



TESE DE DOUTORAMENTO

**UN LINGÜISTA ENTRE DOS
SIGLOS: ANTOINE MEILLET Y SUS
PRIMEROS PROYECTOS DE
LINGÜÍSTICA GENERAL**

Pablo Cano López

ESCOLA DE DOUTORAMENTO INTERNACIONAL DA UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

PROGRAMA DE DOUTORAMENTO EN LINGÜÍSTICA.

SANTIAGO DE COMPOSTELA / LUGO

ANO 2021

D./Dña. **Pablo Cano López**

Título da tese: **Un lingüista entre dos siglos: Antoine Meillet y sus primeros proyectos de lingüística general**

Presento mi tesis, siguiendo el procedimiento adecuado al Reglamento y declaro que:

- 1) La tesis abarca los resultados de la elaboración de mi trabajo.
- 2) De ser el caso, en la tesis se hace referencia a las colaboraciones que tuvo este trabajo.
- 3) Confirmo que la tesis no incurre en ningún tipo de plagio de otros autores ni de trabajos presentados por mí para la obtención de otros títulos.

Y me comprometo a presentar el Compromiso Documental de Supervisión en el caso que el original no esté depositado en la Escuela.

En **A Coruña, 18 de mayo de 2021.**

Firma electrónica



AUTORIZACIÓN DE LA DIRECTORA/TUTORA DE LA TESIS

Dña. **Milagros Fernández Pérez**

En condición de: **Tutora y directora**

Título de la tesis:

Un lingüista entre dos siglos: Antoine Meillet y sus primeros proyectos de lingüística general

INFORMA:

Que la presente tesis, se corresponde con el trabajo realizado por D. Pablo Cano López, bajo mi dirección/tutorización, y autorizo su presentación, considerando que reúne los requisitos exigidos en el Reglamento de Estudios de Doctorado de la USC, y que como director/tutor de esta no incurre en las causas de abstención establecidas en la Ley 40/2015.

En Santiago de Compostela, 21 de mayo de 2021

Vº Bº

Milagros Fernández Pérez
Profesora Catedrática de Lingüística General de la USC

ÍNDICE

RESUMEN	1
RESUMO	4
ABSTRACT	7
INTRODUCCIÓN	10
PRESENTACIÓN	12
OBJETIVOS	18
METODOLOGÍA	22
NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA	27
1.1 EL MEILLET PRIVADO	29
1.1.1 ENTRE CHÂTEAUMEILLANT Y MOULINS: INFANCIA Y JUVENTUD	33
1.1.2 NUEVAS OPORTUNIDADES, NUEVOS HORIZONTES: PARÍS	40
1.1.3 EL MUNDO VISTO A LOS 40 AÑOS: MEILLET EN SU DIARIO	45
1.2 EL MEILLET PÚBLICO	63
1.2.1 LA MUERTE DE UN MAESTRO	63
1.2.2 LA REACCIÓN DE LA PRENSA	68
1.2.3 LA RESPUESTA DE LOS ESPECIALISTAS	70
1.3 CONCLUSIONES	82

LA LINGÜÍSTICA DEL XIX VISTA DESDE EL FIN DE SIGLO **84**

2.1 LAS GLORIAS DEL COMPARATISMO: UN RELATO AUTOCELEBRATORIO	87
2.1.1 LA VISIÓN DE GRAZIADIO I. ASCOLI: WILLIAM JONES, EL PIONERO	92
2.1.2 LA VISIÓN DE FRIEDRICH MAX MÜLLER: FRIEDRICH SCHLEGEL, EL POETA	107
2.1.3 LA VISIÓN DE DOMENICO PEZZI: FRANZ BOPP, EL CONSTRUCTOR	121
2.1.4 ACOTACIONES A LA HISTORIA CONVENCIONAL	130
2.2. VOCES DISIDENTES: HACIA UNA LINGÜÍSTICA GENERAL	143
2.2.1 ALEMANIA, PRIMER TERCIO DEL S. XIX: WILHELM VON HUMBOLDT	148
2.2.2 ALEMANIA, ÚLTIMO TERCIO DEL S. XIX: HERMANN PAUL	151
2.2.3 ALGUNAS VOCES DE LA PERIFERIA	163
2.3. CONCLUSIONES	169

MEILLET Y LA LINGÜÍSTICA GENERAL: LOS PRIMEROS AÑOS **172**

3. 1 EL ESCENARIO INSTITUCIONAL: ORÍGENES Y DESARROLLO	177
3.1.1 LA CÁTEDRA DE GRAMÁTICA COMPARADA DEL COLEGIO DE FRANCIA (1864)	183
3.1.2 LA FUNDACION DE LA ÉCOLE PRATIQUE DES HAUTES ÉTUDES (1868)	193
3. 2 ETAPA DE FORMACIÓN (1888-1901)	205
3.2.1 LOS PRIMEROS PASOS DE SU CARRERA ACADÉMICA	205
3.2.2 LAS LEYES DEL LENGUAJE	216
3.2.2.1 La <i>Revue Internationale de Sociologie</i>	217
3.2.2.2 Propósito divulgativo	226
3.2.2.3 Las leyes fonéticas	233
3.2.2.4 La analogía	251
3. 3. EL ASCENSO A LA CUMBRE (1902-1906)	272
3.3.1 LA SUCESIÓN DE CARRIÈRE Y MUERTE DE DUVAU (1902-1903)	273
3.3.2. LA SUCESIÓN DE BRÉAL (1905-1906)	279

3.3.3. UN <i>MANIFIESTO</i> Y UN PROGRAMA: LA PRIMERA CONFERENCIA EN EL COLLÈGE DE FRANCE (1906)	288
3. 4. CONCLUSIONES	300
CONCLUSIONES	304
BIBLIOGRAFÍA	310



AGRADECEMENTOS

Cando se vive a crédito durante vinte anos, as débedas medran ata volverse imposibles de liquidar. Así e todo, quero deixar aquí apuntados os nomes dos meus acredores preferentes, para que ninguén descoñeza que teñen dereitos imprescritibles sobre a miña persoa.

Á miña directora, a Prof.^a Milagros Fernández Pérez, débolle gratitude non só pola inmensa paciencia que demostrou, non só polos seus consellos, sempre oportunos e salutíferos, senón tamén —e sobre todo— porque esperou en min a vocación pola lingüística... e porque me deu a oportunidade de convertela en profesión.

Obrigado estou tamén —e non pouco— ás miñas compañeiras da área de Didáctica da Lingua e da Literatura da Universidade da Coruña, que fixeron canto puideron para reducir a miña carga de traballo docente neste ano crucial.

Da miña nai, Amalia, e do meu pai, Gregorio, abondará con dicir que lles debo a vida, doazón que me fixeron hai máis de corenta anos e que renovan día tras día. De Isabel, a miña muller, tan só direi que o seu agarimo e a súa axuda foron ingredientes indispensables na confección deste traballo. Canto aos meus fillos, Lucas e Alexandra, teño que lles pedir perdón por todo o tempo que non lles dediquei... e darlles as grazas por todo o amor que, aínda así, me deron de grado.

Finalmente, sen amentalos un por un, quero recordar os meus amigos de aquí e de acolá: talvez non o saiban, mais tamén me deron forzas para seguir adiante.

LEMA

Vive la linguistique!

*Antoine Meillet, en carta a Berthe Esbaupin,
(30 de julio de 1891)*





RESUMEN

Discípulo de Michel Bréal (1832-1915) y Ferdinand de Saussure (1857-1913), amigo de Maurice Grammont (1866-1946), Sylvain Lévi (1863-1935) y Joseph Vendryes (1875-1960), maestro de Émile Benveniste (1902-1976) — el más afamado de una larga serie de devotos seguidores—, Antoine Meillet fue, sin duda, un coloso de la lingüística. Alzándonos sobre sus hombros, tendremos una visión amplia y abarcadora de la historia de la disciplina durante todo el siglo XX. Si queremos ahondar en las tres primeras décadas, la carrera y el trabajo de Meillet nos brindan, obviamente, una imagen especular (bien entendido que, en el ámbito intelectual, todos los espejos son más o menos deformantes). Durante esos treinta años, en efecto, nuestro autor estuvo siempre en el primer plano del escenario de la lingüística. No hubo tema que no explorase, problema que no le interesase ni corriente de pensamiento que no recibiese, cuando menos, con benevolente curiosidad. En cuanto a las siete décadas siguientes, es obvio que sus escritos no pueden darnos acceso directo a ellas. Meillet murió en el otoño de 1936, de modo que no pudo presenciar ni evaluar las transformaciones institucionales y derivas doctrinales que dieron forma a la ciencia del lenguaje tras el paréntesis de la Segunda Guerra Mundial. Y, con todo, en cierto sentido cabe ver en él una clave para la comprensión de los desarrollos posteriores. Si estudiamos cómo valoraron la obra y la personalidad científica de Meillet las generaciones más jóvenes, podremos familiarizarnos con la evolución de sus marcos de referencia, sus ideas e ideales científicos y, finalmente, su autoubicación en la historia de la disciplina. Los lingüistas que se habían iniciado en la ciencia entre 1900 y 1930 veían en Meillet a un gran lingüista general que además era, como especialista, un indoeuropeísta brillante. Quienes comenzaron su carrera a partir de 1930, en cambio, parecían ansiosos por tratarlo como un *mero* comparatista, como un trabajador concienzudo y riguroso, sí, pero también, por des-

gracia, estrecho de miras y miope, incapaz de avanzar al ritmo de sus compañeros más jóvenes y de advertir los cambios que comenzaban a producirse. Solo en las dos últimas décadas del siglo XX, coincidiendo —no por casualidad— con el rápido desarrollo de la historiografía lingüística, se puso en marcha la *rehabilitación* de Meillet como lingüista general. Los efectos de este cambio de parecer ya se van haciendo notar fuera del círculo —bastante estrecho— de los historiógrafos de profesión. Con todo, esta tentativa de reevaluación adolece de algunas limitaciones.

Mucho trabajo hay pendiente, por ejemplo, para determinar en qué medida pudo Meillet anticipar algunas de las tendencias e iniciativas que tomarían cuerpo en la segunda mitad del siglo. Los líderes de esos movimientos de renovación no eran precisamente aficionados a desenterrar a sus precursores. Olvidar el pasado, o incluso fingir que no había pasado que olvidar, era una forma de liberarse de aquella herencia, que, por entonces, más parecía carga que don. Por otra parte, no se ha prestado atención suficiente a la actitud de Meillet ante las generaciones que precedieron a la suya. Habiéndose formado como lingüista durante los últimos años del siglo XIX, recibió y asimiló los mejores frutos de ocho décadas extraordinarias en la historia de la ciencia del lenguaje. Nunca antes se habían puesto tantas lenguas bajo el microscopio del lingüista, nunca antes se había alcanzado una visión tan nítida de la diversidad estructural de las lenguas ni de los cambios que pueden experimentar a lo largo de su historia. Los predecesores de Meillet lo enriquecieron legándole esa ingente cantidad de conocimientos, pero él no quiso cruzarse de brazos y vivir de las rentas del patrimonio heredado; antes bien, le dio un uso productivo, convirtiéndolo en alimento de un pensamiento original, que se nutría del pasado y se proyectaba hacia el futuro.

En el presente trabajo hemos tratado de focalizar nuestra atención en los años de formación de Meillet, a fin de mostrar lo mucho de *Ianus bifrons* que había en él. Por un lado, miraba hacia atrás, esto es, hacia la lingüística comparativa e histórica del siglo XIX, y se tenía por un eslabón más en la cadena

de esa tradición. Por otro lado, miraba hacia adelante, esto es, se dedicaba a trazar las líneas maestras de una nueva lingüística general, basada no en la mera especulación, sino en los sólidos resultados de las varias lingüísticas particulares que se desarrollaron durante el Ochocientos. Creemos haber demostrado que, en su juventud, antes de cumplir treinta años, Meillet ya había alcanzado un alto grado de madurez intelectual. Sus ambiciones científicas, así como las presuposiciones teóricas sobre las que descansaban, estaban ya fijadas en lo esencial. Su *forma mentis* se hallaba ya casi completamente definida, y el paso del tiempo, con su carga de nuevas lecturas y nuevas experiencias, solo iba a aportar un enriquecimiento material. Si se nos permitiese usar de una metáfora, diríamos que muchos libros nuevos se sumaban cada año a los fondos de Meillet, pero los anaqueles de su mente, no se doblaban ni se rompían, y no había necesidad de alargarlos ni ensancharlos. Fecunda y facetada, su trayectoria científica fue también rectilínea, sin zigzagues, sin dramáticos cambios de rumbo. No muchos lingüistas pueden decir lo mismo.

PALABRAS CLAVE

Lingüística comparativa e histórica, Lingüística indoeuropea, Lingüística general, Historia de la lingüística, Antoine Meillet.

RESUMO

Discípulo de Michel Bréal (1832-1915) e Ferdinand de Saussure (1857-1913), amigo de Maurice Grammont (1866-1946), Sylvain Lévi (1863-1935) e Joseph Vendryes (1875-1960), mestre de Émile Benveniste (1902-1976) — o máis afamado dunha longa serie de devotos seguidores—, Antoine Meillet (1866-1936) foi, sen dúbida, un coloso da lingüística. Erguéndonos sobre os seus ombreiros, teremos unha visión ampla e abarcadora da historia da disciplina durante todo o século XX. Se queremos afondar nas tres primeiras décadas, a carreira e a obra de Meillet fornécennos, obviamente, unha imaxe especular (ben entendido que, no eido intelectual, todos os espellos son máis ou menos deformantes). Durante eses trinta anos, en efecto, o noso autor estivo sempre no primeiro plano do escenario da lingüística. Non houbo tema que non explorase, problema polo que non se interesase nin corrente de pensamento que non recibise, cando menos, con benevolente curiosidade. Canto ás sete décadas posteriores, é obvio que os seus escritos non poden darnos acceso directo a elas. Morreu no outono de 1936, de xeito que non puido presenciar nin avaliar as transformacións institucionais e derivas doutrinais que deron forma á ciencia da linguaxe tras a paréntese da Segunda Guerra Mundial. E, con todo, en certo sentido cabe ver nel unha chave para a comprensión dos desenvolvementos posteriores. Se estudamos como valoraron a obra e a personalidade científica de Meillet as xeracións máis novas, podemos familiarizarnos coa evolución dos seus marcos de referencia, das súas ideas e os seus ideais científicos e, en fin, da súa autoubicación na historia da disciplina. Os lingüistas que se iniciaran na ciencia entre os anos 1900 e 1930 vían en Meillet un gran lingüista xeral que ademais era, como especialista, un indoeuropeísta brillante. Os que deron comezo ás súas carreiras a partir de 1930, en cambio, parecían desexosos de tratalo como un *mero* comparatista, como un traballador concienciado e rigoroso, si, mais tamén, por desgraza, estreito de mente e

curto de vista, incapaz de avanzar ao ritmo dos seus colegas máis novos e de advertir os cambios que estaban empezando a producirse. Só nas dúas derradeiras décadas do século XX, coincidindo —non por casualidade— co rápido desenvolvemento da historiografía lingüística, púxose en marcha a *rehabilitación* de Meillet como lingüista xeral. Os efectos dese cambio de parecer xa se van facendo notar fóra do círculo —bastante estreito— dos historiógrafos de profesión. Así e todo, esta tentativa de reavaliación adoece dalgunhas eivas.

Moito traballo hai pendente, por exemplo, para determinar en que medida puido Meillet anticipar algunhas das tendencias e iniciativas que tomarían corpo na segunda metade do século. Os líderes deses movementos de renovación non eran precisamente afeccionados a desenterrar os seus precursores. Esquecer o pasado, ou mesmo finxir que non había pasado que esquecer, era un xeito de se liberar daquela herdanza, que, por entón, máis semellaba carga do que don. Por outra banda, non se prestou atención abonda á actitude de Meillet ante as xeracións que precederon a súa. Formándose como lingüista durante os anos finais do século XIX, recibiu e asimilou os mellores froitos de oito décadas extraordinarias na historia da ciencia da linguaxe. Os predecesores de Meillet enriquecéranlo legándolle esa inxente cantidade de coñecementos, mais el non quixo cruzarse de brazos e vivir das rendas do patrimonio herdado; antes ben, deulle un uso produtivo, converténdoo en alimento dun pensamento orixinal, que se nutría do pasado e se proxectaba cara ao futuro.

No presente traballo tratamos de focalizar a nosa atención nos anos de formación de Meillet, a fin de amosar o moito que de *Ianus bifrons* había nel. Por unha banda, miraba cara atrás, isto é, cara á lingüística comparativa e histórica do século XIX, e, con orgullo, tíñase por un elo máis na cadea desa tradición. Por outra banda, miraba cara adiante, isto é, dedicábase a trazar as liñas mestras dunha nova lingüística xeral, baseada non na mera especulación, senón nos sólidos resultados das varias lingüísticas particulares que se desenvolveran durante o Oitocentos. Na nosa opinión, logramos demostrar que, na

súa xuventude, antes de cumprir os trinta anos, Meillet xa alcanzara un alto grao de madurez intelectual. As súas ambicións científicas, así como as presuposicións teóricas sobre as que descansaban, estaban xa fixadas no esencial. A súa *forma mentis* achábase xa case completamente definida, e o correr dos anos, coa súa carga de novas lecturas e novas experiencias, só ía aportar un enriquecemento material. Se tivésemos licenza para usar dunha metáfora, diríamos que moitos libros novos se sumaban cada ano aos fondos de Meillet, mais, canto aos andeis da súa mente, estes non vencían nin crebaban, e non había necesidade de alongalos ou ensanchalos. Fecunda e facetada, a súa traxectoria científica foi tamén rectilínea, sen zigzagueos, sen dramáticos cambios de rumbo. Non moitos lingüistas poden dicir o mesmo.

PALABRAS CHAVE

Lingüística comparativa e histórica, Lingüística indoeuropea, Lingüística xeral, Historia da lingüística, Antoine Meillet

ABSTRACT

Disciple of Michel Bréal (1832-1915) and Ferdinand de Saussure (1857-1913), friend of Maurice Grammont (1866-1946), Sylvain Lévi (1863-1935) and Joseph Vendryes (1875-1960), master to Émile Benveniste (1902-1976) —the most celebrated in a long series of devoted pupils—, Antoine Meillet was, no doubt, a giant of linguistics. Standing upon his shoulders, one can gain a clear and far-reaching view of the history of the discipline along the whole twentieth century. If we want to dive into the first three decades, Meillet's career and work provide us, obviously, with a mirror-like image (be it noticed that, in the intellectual sphere, all mirrors are more or less distorting). During those thirty years, indeed, there was no theme he did not explore, no problem that he did not care for, no school of thought that he did not receive with, at least, benevolent curiosity. As for the seven following decades, it is needless to say that his writings cannot give us a direct access to them. Meillet died in the autumn of 1936, so he could not witness nor evaluate the institutional transformations and intellectual drifts that would shape linguistic science after the parenthesis of World War Two. And yet there is a sense in which we can still take him as a key to the understanding of later developments. If we study how the younger generations of linguists assessed his work and scientific personality, we can be acquainted with the evolution of those scholars' frames of reference, scientific ideas and ideals and self-location in the history of the discipline. The way in which those men and women reacted to Meillet's legacy gives us an insight into their thinking. Those linguists who began to cultivate science during the years 1900-1930 had used to see Meillet as a great general linguist who, besides, as a specialist, was a brilliant indo-europeanist. Those who started their careers from 1930 onwards, however, seemed keen to think of him as a *mere* comparativist, as a conscientious and rigorous worker who, sadly, was also narrow-minded and short-sighted, inca-

pable of keeping pace with his junior colleagues, unable to notice the changes which were then starting to unfold. Only in the last two decades of the century, coinciding —not by chance— with the rapid growth of linguistic historiography, a shift began towards Meillet's *rehabilitation* as a general linguist. The effects of this change of mind are beginning to show even outside the rather small circle of professional historiographers. Nevertheless, this attempt at a reassessment of his work is not without some shortcomings.

Much needs still to be done, for instance, in order to find up to which point did Meillet foresee some of the trends and initiatives which would take shape in the second half of the century. The leaders of those new movements were not inclined to dig that precursor out. Forgetting the past, or even pretending there was no past to forget, was a way to free themselves from that legacy, which, at that time, seemed more a burden than a gift. Also, not enough attention has been paid to Meillet's attitude towards the generations that preceded his own. Having been trained as a linguist during the last years of the nineteenth century, he received and assimilated the best fruits of eight extraordinary decades in the history of language study. Never before so many languages had been put under the linguists' microscope, never before a clearer vision had been gained as regards the structural diversity of languages and the changes they can undergo along their history. Meillet's forebears enriched him with that enormous amount of knowledge, but he chose not to sit idle upon inherited wealth; instead, he put it to good use, making it a power source for an original thinking, one that lived off the past and projected itself unto the future.

In the present work, we have tried to focus on Meillet's years of apprenticeship, so as to show how much of a *Janus bifrons* he was. On the one hand, he looked backwards, i.e., he had an eye on nineteenth-century historical and comparative linguistics, and he thought of himself as a link of that chain of tradition. On the other hand, he looked forwards, i.e., he devoted himself to devising the plot —so to say— of a new general linguistics, founded not on

sheer speculation, but on the sound findings of various branches of particular linguistics (all developed since the beginnings of the nineteenth century). We believe we have shown that, in his youth, before turning thirty years of age, Meillet had already reached a high level of intellectual maturity. His research goals, and also the theoretical presuppositions on which they rested, were, in essence, established. His *forma mentis* was almost entirely defined, and the passing of time, with its load of new readings and new experiences, would only bring forth a material enrichment. If I may use metaphor, I will say that each new year would add many new books to Meillet's collection, but, as for the shelves of his mind, they would not bend nor break, and there would be no need to widen nor to lengthen them. Rich and variegated as it was, his scientific trajectory was also very straightforward, without zigzagging, without dramatic changes of course. Not many linguists can boast of that.

KEY WORDS

Comparative and historical linguistics, Indo-European linguistics, General linguistics, History of linguistics, Antoine Meillet.

INTRODUCCIÓN





PRESENTACIÓN

En diciembre de 1986, cuando se acababa de cumplir el quincuagésimo aniversario de la muerte de Antoine Meillet la Società Italiana de Glottologia dedicaba un simposio al estudio de su obra científica (Quattordio Moreschini, 1987). Menos de un año después, en septiembre de 1987, la Universidad de París X (Nanterre) acogía un coloquio sobre «Antoine Meillet et la linguistique de son temps», cuyas actas verían la luz en un número especial de la revista *Histoire, Epistémologie, Langage* (Auroux, 1988), órgano de la Société d'Histoire et d'Epistémologie des Sciences du Langage. Aunque algunos de los participantes se mostraban bastante circunspectos en su valoración de la faceta generalista de Meillet (sus méritos como indoeuropeísta jamás han estado en cuestión), aquellas dos reuniones fueron los primeros pasos de una recuperación que se consolidaría, poco a poco, en los decenios posteriores. Después de treinta años en los que se le había tratado como un personaje secundario en el drama intelectual de Ferdinand de Saussure —en quien se veía a un paradigma de genio atormentado—, se volvía a comprender que su obra podía y debía estudiarse por sí misma. No en vano había sido uno de los faros de la lingüística europea durante el primer tercio del siglo XX.

Aunque no se recogieron en un año, ni siquiera en un decenio, los frutos de aquel nuevo clima fueron abundantes. Otro encuentro científico, celebrado dos décadas después de los anteriores, da testimonio de cuánto se hizo en el ínterin. En septiembre de 2008 la asociación Anamnèse, dedicada al *rescate* de especialistas francófonos en los campos de las Humanidades y Ciencias Sociales, celebraba un coloquio sobre tres lingüistas franceses activos durante las tres primeras décadas del siglo pasado: el indianista Sylvain Lévi, el romanista Ferdinand Brunot y, en fin, Antoine Meillet. Pues bien, el título del coloquio fue *Trois linguistes (trop) oubliés*, no meramente *oubliés*. No se podía afirmar que se les hubiese olvidado a secas, sino que esta-

ban demasiado olvidados (habida cuenta de sus méritos, entiéndase); con otras palabras: que no se les recordaba en medida suficiente. Además, los editores de las actas, Claude Ravelet y Pierre Swiggers, llamaban la atención sobre el carácter «délibérément provocateur» del título (2010, p. 5, n. 2) y advertían que el propósito del volumen no era salvar a los tres autores de un olvido que no sufrían, sino «inciter à des recherches sur des aspects (linguistiques et autres) peu ou pas connus de leur œuvre et de leur activité» (*ibid.*). Veinte años habían bastado para que hablar de olvido, que tal vez no fuese excesivo en la década de los ochenta, se convirtiese en una exageración a todas luces. Y hoy, transcurrido otro decenio, lo sería aún en mayor medida, gracias a aportaciones como las de Francis Gandon (Meillet, 2014).

Dada la situación que acabamos de describir, enseguida se advierte que una investigación acerca de Antoine Meillet y su legado intelectual es, en cierto sentido, una empresa menos prometedora que hace treinta años. Buena parte de lo que entonces yacía enterrado en textos que no se leían — en parte por falta de interés, en parte por las dificultades que entrañaba acceder a ellos— se ha ido exhumando paulatinamente. Son menos, por tanto, los descubrimientos pendientes, y mayor el esfuerzo requerido. Sería un error, con todo, suponer que la de Meillet es una figura agotada, que ya no nos reserva ninguna sorpresa. Hay en su obra y en su actividad, como apuntaban Ravelet y Swiggers, aspectos «peu ou pas connus», zonas que han sido exploradas con precipitación (o que no lo han sido en absoluto). Uno de los objetivos principales de la presente investigación será, precisamente, arrojar luz sobre la primera de esas zonas insuficientemente exploradas: el período inicial de su trayectoria, que se extiende *grasso modo* desde su ingreso en la École Pratique des Hautes Études (1888) hasta su ascenso a la cátedra de gramática comparada del Collège de France (1906).

Del pensamiento lingüístico meilletiano no nos interesa, por tanto, la etapa de madurez. Salvo alusiones esporádicas, no iremos a buscar sus doctrinas en los textos que escribió durante el período de entreguerras, cuando

pudo y supo conquistas una posición hegemónica en el escenario de la lingüística europea (gracias, en parte, al declive de la ciencia alemana, que acusaba el golpe moral y material de la derrota). A fin de cuentas, ese Meillet ya es una figura bastante conocida, sobre todo después de los esfuerzos colectivos que se han llevado a cabo a partir de los años ochenta. Dejaremos a un lado, en suma, al *Meillet-Meillet*, al joven maestro —cuarenta años tenía— que en enero de 1906 sucedía a Michel Bréal en el Collège de France. El foco de la observación será el *Meillet-preMeillet*, un hombre de entre veinte y treinta años, bien considerado por sus profesores, pero con un porvenir todavía incierto en la docencia y en la investigación¹. No faltaba quien le hiciese sombra, y pocos espectadores le habrían augurado la posición dominante que iba a ocupar en la escena lingüística francesa y europea. «Meillet mit quelque temps à se faire apprécier», ha escrito su amigo y discípulo Joseph Vendryes (1937, p. 239). Cuando joven, gustaba de escribir para pocos, como si no le importase conseguir notoriedad entre sus colegas². No había dado aún con la que iba a ser su manera propia, distintiva, que en la claridad y la sobriedad tendría sus dos notas dominantes. Deseaba y buscaba el aislamiento, pero, como veremos, sus preocupaciones de más largo alcance eran comunes a toda la profesión —o, al menos, a sus miembros más

¹ La etiqueta de *Meillet-preMeillet* es un recuerdo y homenaje a la filóloga argentina Frida Weber de Kurlat, que habló (1976) de *Lope-preLope* para referirse al dramaturgo novel, al joven Lope que estaba en búsqueda de la fórmula que había de cristalizar en sus piezas de madurez (obras, estas sí, del *Lope-Lope*).

² Significativa es la anécdota que Vendryes refiere acerca de «De quelques difficultés de la théorie générale des gutturales indo-européennes» (Meillet, 1894a), uno de sus trabajos de juventud. «Meillet alors se vantait d'en dire qu'il n'y avait guère en Europe que deux ou trois personnes qui pussent le comprendre» (Vendryes, 1937, p. 239).

esclarecidos— y cobraban pleno sentido al proyectarse sobre el telón de fondo de los logros y carencias de todo un siglo de investigación lingüística.

Comenzaremos nuestra indagación (**capítulo I**) con un acercamiento a la vida de Meillet, un acercamiento detallado y, sobre todo, denso, que casi se atreve a llamarse biografía. Su propósito es doble, pues, aparte de la función que desempeña en el *organismo* de este trabajo, está dotado de valor sustantivo y podría leerse separadamente. Hemos pretendido, en primer lugar, reconstruir el entorno familiar de nuestro autor, así como algunas de sus experiencias vitales de mayor relieve. En lo tocante a una y otra cosa, errores y lagunas abundan en la literatura secundaria, incluida la de más reciente fecha. En una época en la que las fuentes primarias están cada vez más cerca de los investigadores —dondequiera que estos se encuentren—, es lastimoso que ciertas inexactitudes se perpetúen. Quisiéramos contribuir al descrédito de las más evidentes, para que no sigan circulando durante más tiempo. En segundo lugar, vamos a tratar de descubrir, en la vida y opiniones de Meillet, algunas claves para la comprensión de su pensamiento lingüístico. Siempre es arriesgada la tentativa de establecer vínculos entre el hombre *entero* y sus ideas científicas, pero, como ha hecho notar Stephen E. Toulmin (1972, pp. 261-262), las ideas no son criaturas subsistentes, dotadas de autonomía (aunque a veces sea útil fingir que lo son); no están *en el aire*, sino en las mentes de este o de aquel individuo. Su comprensión profunda requiere tomar en consideración su «human embodiment» (Toulmin, 1972, p. 261), esto es, las características (comunes o particulares) de los sujetos que las piensan.

Una vez que hayamos cerrado la semblanza del personaje, procederemos a reconstruir la matriz intelectual en la que se produjo su formación como lingüista (**capítulo II**). Con la expresión *matriz intelectual* nos referimos, ante todo, a la tradición científica en la que Meillet se educó: la gran tradición del comparatismo. José Ortega y Gasset, atento siempre a la radical historicidad del vivir y el pensar humanos, dijo una vez que cada nueva hor-

nada de hombres está encaramada sobre las anteriores, cualquiera que sea la opinión que aquellas le merezcan: «Es [...] en principio indiferente que una generación nueva aplauda o silbe a la anterior —haga lo uno o haga lo otro, la lleva dentro de sí» (1933, p. 45). Tanto si quiere asimilarse a sus mayores como si aspira a distinguirse de ellos, cada nuevo artista, cada nuevo pensador, cada nuevo individuo, en suma, está obligado a tenerlos en cuenta, y nosotros, para comprenderlo, debemos hacer lo mismo. Lo singular del caso de Meillet es que, al igual que algunos de sus coetáneos, fue ambivalente en sus relaciones con la tradición: quiso asimilarse y distinguirse, quiso —si se nos permite la exageración— aplaudir y silbar. Por ello, el estudio de su matriz intelectual comporta dos operaciones netamente diferenciadas. En primer lugar, trazaremos el perfil del vasto y poderoso movimiento intelectual al que se adscribió desde los inicios de su carrera: la gramática comparada e histórica. De dicho movimiento nos interesa no tanto lo que de hecho fue cuanto lo que creyó ser, esto es, la percepción que de aquella empresa tenían sus representantes más eminentes. En efecto, fue la historia contada, no el pasado vivido, lo que moldeó la mente de nuestro autor, dotándolo de un basamento conceptual, un arsenal metodológico, un horizonte de posibilidades y una idea de las tareas pendientes, o sea, incardinándolo en una disciplina científica. En segundo lugar, mostraremos cómo, en los años de formación de Meillet varios lingüistas de toda Europa ansiaban superar aquella tradición (bien entendido que superar es llegar más lejos, no desandar lo andado y dar el camino por no recorrido). No se puede comprender el pensamiento lingüístico meilletiano si no se contemplan el haz y el envés del patrimonio intelectual que recibió de sus mayores y compartió con sus coetáneos; un haz y un envés que son, como los de una hoja, inseparables: por un lado, la exaltación de las grandes hazañas del comparatismo; por otro, la conciencia, cada vez más aguda, de sus limitaciones.

Quisiéramos hacer notar que este panorama de la *historia contada* se apoya en el trato directo con los algunos de los narradores que le dieron

forma y la pusieron en circulación. Dado el propósito de conocer cómo se contó en el siglo XIX la historia de los estudios lingüísticos a partir de finales del XVIII, hemos resuelto apoyarnos en la lectura de los historiadores del XIX, no en lo que sobre ellos dicen los del XX. A través del estudio crítico de la historiografía lingüística decimonónica, si es exhaustivo y se hace con las fuentes primarias a la vista, se pueden conocer muchas cosas acerca de la lingüística decimonónica, del mismo modo que el estudio de los retratos cortesanos de Velázquez, p. ej., es una vía de acceso al conocimiento de los protagonistas y de la vida de la corte en tiempos de Felipe IV. Nosotros hemos procurado descubrir en el retrato al retratado, en el espejo, los objetos cuya imagen nos devuelve.

Concluida la reconstrucción de la atmósfera intelectual que respiró nuestro autor, habrá llegado el momento de reconstruir las primeras etapas de su carrera académica (**capítulo III**). Objeto de examen atento serán, por supuesto, sus primeros escritos de lingüística general, pero no se descuidará el relato de su lucha por asegurarse una posición laboral que le permitiese cumplir con su vocación científica. Para que dicho relato resulte inteligible se hace necesario observar el entorno institucional a través del cual se canalizaron todas las actividades de Meillet, con especial atención a la *École Pratique de Hautes Études*, su verdadera *alma mater*. Una vez dibujada la silueta de las instituciones que acogieron a nuestro autor, será hora de adentrarse en la lectura de sus escritos. Se procurará trazar, desde dentro de ellos, un plano de las construcciones teóricas meilletianas, pero también, mirando hacia fuera, se buscarán posibles antecedentes, modelos y contrapuntos en la literatura científica del momento. En todo momento se procurará, además, poner en relación los textos con las vicisitudes concomitantes de la carrera académica de Meillet. Estos son los años en los que, venciendo ciertas resistencias ambientales, logró abrirse camino en el mundo de la enseñanza superior. Su pensamiento se forjó en cooperación y conflicto con las circunstancias, y para comprenderlo, plenamente, es preciso tomarlas en con-

sideración. Este recorrido a través de los primeros años de la carrera científica de Meillet pondrá de manifiesto que buena parte de sus ideas cardinales tomaron forma en fecha muy temprana. Su trayectoria ulterior, que queda fuera del alcance de este trabajo, es, en gran medida, el desarrollo de unas *semillas* que ya estaban preparadas para germinar casi desde el principio.

OBJETIVOS

Una vez expuestos, en modo —digamos— discursivo, el asunto y las aspiraciones de nuestro trabajo, parece oportuno hacer elenco de estas, presentando la información, eso sí, bajo una forma más pregnante, más condensada. El esquematismo de la expresión ayudará a delimitar y ordenar las ideas, que corrian el riesgo de confundirse y perderse en los meandros de una disertación más o menos *fluvial*. No obstante, antes de dar comienzo a la enumeración, quisiéramos prevenir un malentendido en cuanto al foco de interés del estudio; mejor dicho: en cuanto a las implicaciones que tiene —y que *no* tiene— el haber colocado a Antoine Meillet en esa posición.

Cuando un trabajo lleva en su título el nombre de un personaje histórico (político, militar, filósofo, científico, artista... tanto monta), queda claro quién es el protagonista de la obra. Grave error sería, con todo, suponer que ese nombre debe aparecer en cada página, y más grave aún figurarse que ningún otro puede jamás hacerle sombra. En nuestro caso, serán muchos los momentos en los que Antoine Meillet comparta el proscenio —valga la metáfora— con otros lingüistas, y no faltarán ocasiones en que dé unos cuantos pasos atrás y permanezca junto al telón de fondo. Mas, por paradójico que parezca, será foco incluso cuando quede en la penumbra. Si mencionamos otros autores, si glosamos sus escritos, es con el designio de hacer más comprensibles la personalidad y obra científicas de Meillet. No hemos querido acercarnos a él a la manera en que un creyente obtuso, con fe de carbonero, se acerca a su libro sagrado. Con otras palabras: no hemos querido contemplar

las producciones meilletianas como una obra autosuficiente, transparente, portadora de todas las claves necesarias para su propia comprensión y, por tanto, abordable *desde dentro de sí mismo*, sin referencia a nada ni nadie que se encuentre *fuera*. Antes bien, hemos tratado de examinarla con los ojos de un historiador y a través de una lente filológica, convencidos como estamos de que «todo texto es fragmento de un contexto inexpresso» (Ortega y Gasset, 1945-1953, p. 395) y de que, para comprenderlo hasta el fondo, es preciso restaurar ese contorno que le falta. El texto solo lleva consigo su contexto bajo la forma de rastro, de huella; lo supone, no lo contiene, del mismo modo que las pisadas en el suelo evocan al caminante que lo holló, pero no nos ofrecen una imagen de él, y menos aún la integridad de su persona.

Esta nuestra mirada histórico-filológica no pretende abarcar —hay que subrayarlo— toda la producción científica de Antoine Meillet, sino que apunta a un sector bien delimitado desde los puntos de vista cronológico y temático. Vamos a ocuparnos preferentemente de los escritos de lingüística general que publicó durante los primeros años de su carrera, sin descuidar los aspectos extraintelectuales de la misma, es decir, el trabajoso trepar de nuestro hombre por la cucaña de la enseñanza superior, siempre en busca de un puesto que le permitiese asentarse y hacer de su pasión, la lingüística, una profesión. Y ahora, hechas ya las puntualizaciones indispensables, podemos pasar a hacer relación de los objetivos que con este trabajo pretendemos alcanzar:

a) Poner de relieve el carácter *jánico* de la figura de Antoine Meillet, es decir, la ambivalencia de su personalidad científica³. De un lado, Meillet recibe, asimila y encarna —a conciencia y con orgullo— la tradición de la lin-

³ La expresión «sabio *jánico*» la hemos descubierto en Pedro Laín Entralgo, que la emplea para referirse a «[un] hombre eminente cuyo saber tiene dos rostros, uno claramente orientado hacia su presente y su futuro y otro —aunque no por espíritu reaccionario o por pura nostalgia— vuelto todavía hacia el pasado, hacia el magisterio de la sabiduría antigua» (1978, p. 251).

güística comparativa e histórica, que venía desarrollándose desde los albores del s. XIX; de otro lado, sin renegar jamás de la herencia recibida, proyecta una nueva lingüística (bien entendido que superación no es negación ni anulación, del mismo modo que, pongamos por caso, el adulto de hoy no niega ni anula al muchacho de ayer).

b) Mostrar cómo Antoine Meillet, en su faceta de lingüista general, fue un hombre de extraordinaria precocidad. Cuando solo contaba veintisiete años, ya había concebido —bajo el influjo de sus mayores y sus coetáneos, por supuesto— algunas de las nociones medulares de su pensamiento lingüístico. No se cumple en Meillet, desde luego, la célebre tesis orteguiana (Ortega y Gasset, 1933, p. 48) que hace de la treintena el arranque de una nueva etapa en la carrera del hombre de ciencia: cerrada la fase de asimilación, de «[instalación] en el mundo científico vigente», se inaugura la de creación, en la que «encuentra todas sus nuevas ideas». Diríase que nuestro autor ya había encontrado muchas de ellas en las postrimerías de la veintena⁴. En las décadas sucesivas, las matizaría, las completaría, las ampliaría, las reformularía, etc., pero en poquísimas ocasiones abjuraría de ellas.

c) Descubrir relaciones entre las ideas lingüísticas y las vicisitudes vitales y personalidad de Antoine Meillet, y no por capricho, sino porque las segundas fueron el marco en el que las primeras se gestaron. Queremos evitar, pues, que se nos pueda hacer el mismo reproche que Georg Simmel formuló contra

⁴ Ciertamente es que resulta fácil encontrar opiniones muy distintas, con arreglo a las cuales no habría nada particularmente notable en la precocidad de Meillet (de hecho, ni siquiera cabría hablar de precocidad). Así, p. ej., figuras de tanto relieve como el físico Paul Dirac y el matemático John von Neumann han situado en torno a los veinticinco años la acmé de las dotes creativas del científico (cfr. Zuckermann y Merton, 1972, pp. 322-323). En realidad, tanto las sentencias de Dirac y Neumann como la de Ortega tienen mucho más de intuición que de constatación, y han de tomarse como hipótesis que poner a prueba, no como verdades inconcusas: «Observations of this sort, based on lore rather than systematic evidence, raise the perennial questions: is it really so? and if so, how does it come to be?» (Zuckermann y Merton, 1972, p. 309).

el tratamiento reductor que los historiadores de la política aplican a los grandes estadistas: «[The political historian] produces a hypothetical construct: the political actor. This construct disregards the existential continuity between political activity and all other circumstances of life: it is as if they did not even exist» (Simmel, 1977, p. 206). Nos guardaremos, eso sí, de incurrir en excesos. Bien puede ser que una lengua sea *un système où tout se tient*, pero una vida humana no lo es: hay que renunciar, por quimérica, a la pretensión de descubrir conexiones íntimas y necesarias entre todos y cada uno de los aspectos de la trayectoria vital de un individuo. De hecho, ni siquiera está claro que la expresión *trayectoria vital* —tan cómoda que, a la hora de la verdad, resulta indispensable— le haga justicia a la complejidad del vivir humano. Nos invita a imaginarlo como un hilo fino y solitario que se extiende desde el nacimiento hasta la muerte. En rigor, sin embargo, una vida no es *un* hilo, sino, más bien, un manojo de fibras que discurren en paralelo, pero sin confundirse, como axones en un fascículo nervioso. Cada vida *singular* —la vida de cada individuo— es constitutivamente *plural*⁵.

d) Hacer ver que los proyectos y ambiciones de Meillet en el campo de la lingüística general no eran singularidades ni extravagancias, sino que se hallaban en armonía con las preocupaciones y aspiraciones de muchos de sus contemporáneos (algunos, mayores que él; otros, de la misma generación; otros, en fin, más jóvenes). En efecto, en los últimos treinta años del s. XIX, no faltaron lingüistas que viesen o entreviesen la necesidad de completar la lingüís-

⁵ Debemos a Pedro Laín Entralgo una de las más precisas y elegantes formulaciones de esta idea: «[N]i transversal, ni longitudinalmente son frecuentes, si es que hay algunos, los *hombres de una pieza*. Con oscilante y desigual atención hacia una o hacia otra, innumerables personas llevan adelante todo un haz de vidas complementarias, y parte de la inquietud a que siempre está sometida la intimidad humana consiste en tener que pasar con frecuencia de una a otra. Einstein, por ejemplo, fue a la vez, saltando a veces de uno a otro registro vital, físico teórico, luchador por la libertad y la paz, hombre fiel a su condición de judío, violinista de afición y varón familiar» (1984, pp. 82-83).

tica comparativa e histórica —disciplina que se divide en muchas, pues muchas son las familias de lenguas— con una lingüística teórica que la fundamentase y que, a la vez, se alimentase de ella. Esta nueva lingüística sería una disciplina única, enteriza, en consonancia con la esencial unidad del lenguaje, que permanece siempre uno a través de todas sus manifestaciones. Meillet, que oyó esas voces durante sus años de formación (o tal vez, en algún caso, ecos más o menos apagados), se hizo partícipe del mismo empeño, le dio forma de programa e intentó concitar las voluntades necesarias para ponerlo por obra.

METODOLOGÍA

De los historiadores y filólogos se ha dicho a veces —con muy poca justicia y con ninguna caridad— que son como asnos de noria. Animosos, diligentes, hacen girar una y otra vez la rueda de los arcaduces, pero desconocen la profundidad del pozo y el origen del manantial que lo alimenta, y no tienen noticia de la localización y las calidades de los cultivos que con su esfuerzo ayudan a regar. Llevan a cabo, en suma, un trabajo indispensable para el agricultor, pero sin tener una noción clara del cómo ni del para qué. Han sido los filósofos quienes más se han complacido en críticas de esta especie, con símiles animalizadores incluidos⁶. Justo es reconocer, con todo, que entre los histo-

⁶ El símil del asno de noria, no nos consta que se haya empleado con anterioridad, aunque no nos sorprendería descubrirlo en las páginas de cualquier pensador de los dos últimos siglos. Ortega y Gasset buscó el término de comparación entre los insectos: «Es preciso, ante todo, por alta exigencia de la disciplina intelectual, negarse a reconocer el título de científico a un hombre que simplemente es laborioso y se afana en los archivos sobre los códices. *El filólogo, solícito como la abeja, suele ser, como ella, torpe. No sabe a qué va todo su ajetreo*» (Ortega y Gasset, 1928, p. 529; las cursivas son nuestras). Benedetto Croce lo hizo entre los anfibios. Los filólogos y los historiadores *filologizantes* son —dice (1920, p. 23)— «veri animaletti innocui e benefici». Su desaparición supondría para el conoci-

riadores no han faltado jueces rigurosísimos de su propio gremio. A veces se han hecho eco —acaso sin saberlo— de las críticas de los filósofos: «[L]os historiadores no reflexionan sobre los fundamentos profundos de su trabajo», decía Julio Aróstegui hace unos cuantos años (2001, p. 17). En otros momentos, puestos ante la evidencia de que algunos historiadores sí reflexionan, han deplorado la escasa originalidad y la poca profundidad de sus resultados. De nuevo encontramos un ejemplo en Julio Aróstegui, que habló con indisimulado desdén de las meditaciones metahistóricas del grueso de sus colegas, repletas de «convencionalismo trivializador» (2001, p. 34). «¡Cuántas veces no hemos observado —escribía (*ibid.*)— que el ‘objeto y método’ de la disciplina no es sino una mera retórica [...] en el curso de la oposición a una plaza de funcionario [...], sin mayores consecuencias!» (*id.*: 34 n. 38). Palabras como estas bastan para infundir temor en quien ha de escribir, siquiera sea brevemente, sobre los principios que han regulado su labor investigadora. Malo es guardar silencio, pero no es mejor amontonar trivialidades sobre trivialidades, destino al que muchos, al parecer, no han sido capaces de sustraerse.

En este instante de perplejidad, de duda paralizante, acude en nuestra ayuda Pierre Swiggers, que tasa en su justo valor el papel de la reflexión metahistórica en la praxis del historiador: «It is perfectly possible to do extremely solid historiographical work without bothering much about metahistory» (1996-1997, p. 394). No es Swiggers, desde luego, un hombre reacio a cavilar sobre su oficio; antes bien, se ha distinguido por su contribución a la construcción de una teoría y una metodología de la historiografía lingüística (Swiggers, 1983; Swiggers, 1990; Swiggers, 2004; Swiggers, 2010a;

miento del hombre lo mismo que la de los sapos para la agricultura: «[L]a fertilità dei campi dello spirito non solo ne sarebbe sminuita ma addirittura rovinata, e bisognerebbe promuovere di urgenza la reintroduzione e l'accrescimento di quei coefficienti di cultura: press'a poco come dicono che sia accaduto di recente nell'agricoltura francese, *dopo l'improvvida caccia data per più anni agli innocui e benefici rospi*» (*ibid.*; las cursivas son nuestras).

Swiggers, Desmet y Jookan, 1998). Ocurre que su dedicación personal a la empresa lo ha convertido en un crítico severo, en vez de hacerlo más indulgente. Siendo un asiduo cultor del campo metahistoriográfico, está en óptimas condiciones para distinguir entre teorización seria y pirotecnia verbal. Sabedor de la facilidad con que se transita de una a otra, les advierte a sus colegas que no tienen por qué pagar ese peaje. Si les resulta demasiado oneroso, pueden saltárselo: lo que importa es que anden su camino.

Este consejo —implícito— de Swiggers nos ha alentado a reducir al mínimo las reflexiones sobre nuestro *modus operandi*. Diremos, pues, que nuestro trabajo ha consistido, ante todo, en seleccionar un corpus documental, leer los textos, comentarlos y, a partir de ellos, (re)construir el pensamiento de los autores, tratando de descubrir quiebras y continuidades entre unos y otros. Siempre hemos tenido presente que el conocimiento histórico es una de las formas del conocimiento *del otro* (cfr. Aron, 1986, p. 105), y que este es siempre un conocimiento fundado en indicios y construido por conjetura. Cuando *el otro* no nos es contemporáneo, los indicios son rastros, vestigios⁷. Vestigios son, p. ej., las ruinas de un templo, el ajuar funerario que acompaña al cadáver en su tumba, y vestigios son también los textos, género de indicios que nos concierne cuando pretendemos adentrarnos en la historia del pensa-

⁷ Bellamente lo expresó el medievalista francés Marc Bloch, padre, junto a Lucien Febvre, de la célebre escuela de los *Annales*: «La primera característica del conocimiento de los hechos humanos del pasado y de la mayor parte de los del presente consiste en ser un conocimiento *por huellas*» (Bloch, 1952, p. 47; las cursivas son nuestras). Y medio siglo antes ya lo habían dicho Charles V. Langlois y Charles Seignobos, tantas veces vilipendiados —y no siempre con razón— por las generaciones posteriores: «L’histoire se fait avec des documents. Les documents sont *les traces qu’ont laissées les pensées et les actes des hommes d’autrefois*» (1898, p. 1; las cursivas son nuestras).

miento filosófico o científico. Con esas teselas, que se han de limpiar y poner en orden, se recompone el mosaico de una doctrina.

En cuanto al modo de presentar los resultados de las pesquisas, hemos optado por un procedimiento que, con toda su simplicidad, posee la ventaja de preservar la libertad de juicio del lector. Hemos citado *in extenso* las fuentes primarias y tomado los pasajes reproducidos como puntos de apoyo para todas nuestras aseveraciones sobre lo que tal o cual autor pensaba. De ese modo, el lector puede hacer por sí mismo un cotejo entre los materiales de que disponíamos y la (re)construcción que con ellos hemos hecho. Escamotear las fuentes, limitarse a resumirlas y parafrasearlas, es inevitable si se escribe un manual, si se pretende ofrecer una vista panorámica del desarrollo histórico durante un período de tiempo más o menos prolongado. Cuando la óptica, en vez de macroscópica, es microscópica, merece la pena sacrificar la agilidad expositiva en aras de la precisión, y, sobre todo, no exigirle al público que crea en lo que no ha podido ver. Esta predilección por la cita extensa, si no se mantiene bajo control, puede conducir a la transformación de la historiografía en mero acopio de testimonios, degradación comparable a la de una paleontología que se ocupase solo de coleccionar huesos y se negase a reconstruir esqueletos. El peligro no es hipotético. En su vejez, el historiador francés Charles-V. Langlois —con quien acabamos de encontrarnos— no se atrevía a escribir historia, sino que, temeroso de manipular el pasado, se limitaba a «offrir à ses lecteurs un montage de textes» (Marrou, 1975, p. 50), es decir, a confeccionar colecciones de documentos⁸. Nosotros creemos, no obstante, que estamos lejos de incurrir en tales excesos. Los textos, como decíamos, se citan y se co-

⁸ Por lo demás, como apunta Henri-I. Marrou —a quien debemos esta noticia—, el historiador no puede saltar jamás por encima de su propia sombra, ni siquiera convirtiéndose en simple acopiador de fuentes: «[Ô] naïveté, comme si le choix des témoignages retenus n'était pas déjà une redoutable intervention de la personnalité de l'auteur, avec ses orientations, ses préjugés, ses limites!» (1975, p. 50).

mentan con detenimiento, de modo que es muy improbable que el lector tenga la impresión de hallarse ante un mero centón.



CAPÍTULO I

NOTAS PARA UNA BIOGRAFÍA

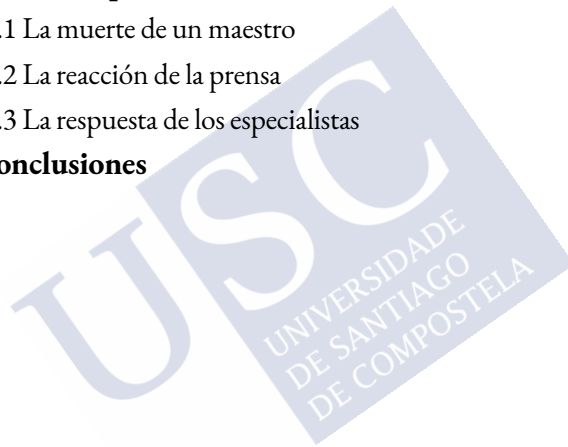
1.1 El Meillet privado

- 1.1.1 Entre Châteaumeillant y Moulins: infancia y juventud
- 1.1.2 Nuevas oportunidades, nuevos horizontes: París
- 1.1.3 El mundo visto a los 40 años: Meillet en su diario

1.2 El Meillet público

- 1.2.1 La muerte de un maestro
- 1.2.2 La reacción de la prensa
- 1.2.3 La respuesta de los especialistas

1.3 Conclusiones





Como ya hemos anunciado en la *Introducción*, este capítulo quiere ser una contribución a la biografía de Antoine Meillet, basada, sobre todo, en la consulta de fuentes hasta ahora poco aprovechadas por los historiadores (o, en algunos casos, fuentes ignoradas). Su propósito es doble: por una parte, pretende enmendar algunos errores e inexactitudes que vienen circulando desde hace décadas en la literatura especializada; por otra parte, dejar trazado un perfil de la personalidad de Meillet que pueda ayudarnos a comprender su pensamiento (o, por lo menos, a arrojar luz sobre alguna de sus facetas). A fin de cuentas, como ha dicho Ortega, «[l]o que se suele denominar ‘doctrinas [...]’ —él habla de las filosóficas; nosotros, de las lingüísticas— no tiene realidad alguna, es una abstracción» (1942, p. 164). Una doctrina no flota sobre la cabeza de los hombres, sino que está dentro de algunas de ellas, que la han concebido en vista de una circunstancia y como reacción ante ella. Olvidar esta *circunstancialidad* de las doctrinas, esta su radicación en el concreto vivir de un individuo concreto, es quedarse solo con un espectro, apunta Ortega (*ibid.*). La atención que prestamos a la vida de nuestro autor pretende evitar que las ideas se convierten en fantasmas: con este capítulo inicial pretendemos tener siempre presente al hombre que las pensó.

1.1 EL MEILLET PRIVADO

«Antoine Meillet fut d’abord [...] un comparatiste». Con estas palabras abre Pierre Swiggers uno de los varios trabajos que ha consagrado al estudio de la obra lingüística de nuestro autor (2010, p. 21). No cabe disentir. Meillet fue, sí, un comparatista, y lo fue, además, a conciencia y con orgullo: jamás se

dejó amedrentar por las reacciones más o menos desdeñosas de algunos colegas más jóvenes⁹.

Erraríamos, no obstante, si pensásemos que solo fue un comparatista e ignorásemos los demás rostros de su persona. Evocando unas palabras de Ortega propósito de *Orígenes del español* (Menéndez Pidal, 1926)¹⁰, podríamos decir que Meillet fue un hombre *de ciencia*, pero también *un hombre*. El propio Pierre Swiggers, con su ejemplo y sus palabras, nos ha invitado a interesarnos por el hombre que se esconde tras el científico (o, mejor dicho, por el hombre del que el científico es parte). Hace unos años, escribió un trabajo —breve, pero sustancioso— acerca de *la muerte de Meillet* (Swiggers, 2006), y en él, en medio de las noticias sobre cómo nuestro hombre regresó, en el último trance, a la fe de sus padres, encontramos una de alcance general: «[L]’histoire de la linguistique devrait aussi inclure l’histoire [...] des personnalités individuelles» (Swiggers, 2006, p. 138).

No hace falta decir que esta apertura hacia lo *anecdótico* —en el sentido de ‘curioso’, no en el de ‘irrelevante’— no es una extravagancia de Swiggers. Desde el último cuarto del siglo pasado, otros autores han mostrado interés por el relato biográfico o autobiográfico, convencidos de que propicia una visión *integral* del desarrollo de nuestra disciplina. Buena prueba son, p. ej., los tres libros de la serie *First person singular* (Davis y O’Cain, 1980; Koerner, 1991; Koerner, 1998), que contienen sucintas autobiografías de cincuenta y tres lingüistas estadounidenses, así como *Linguistics in Britain: personal sto-*

⁹ Más adelante (cfr. *infra*, § 1.2.3) habrá ocasión de desarrollar este apunte y de esclarecer, en la medida de lo posible, la alusión que contiene.

¹⁰ He aquí el texto de Ortega: «[Menéndez Pidal] acumula toneladas de saber medievalista. La abundancia es tal que, para ser sincero, yo tendría que juzgarla excesiva y hacer notar que deforma la arquitectura del libro. Es preciso que los hombres de ciencia vuelvan a caer en la cuenta de que escriben libros [...]. Un libro de ciencia tiene que ser de ciencia; pero también tiene que ser un libro» (Ortega y Gasset, 1926). La sentencia final se hizo célebre al ser elegida por Ernst Robert Curtius como uno de los lemas de *Literatura europea y Edad Media latina* (1955, p. 16).

ries (Brown y Law, 2002), donde los personajes autorretratados son veintitrés, y *La lingüística en España: 24 autobiografías* (Laborda Gil, Romera y Fernández Planas, 2014), cuyo título hace ociosas las aclaraciones¹¹.

Contra esa reivindicación de lo anecdótico, siempre se puede objetar que lo valioso no es el hombre, sino la obra, que aspira a la permanencia. Ahí quería ir a parar Unamuno cuando, con su sólito afán de provocación, escribió estas palabras: «[A] comentar el *Quijote*, dejo a Cervantes fuera, y no me interesa ni poco ni mucho lo que este buen hidalgo pensara al escribir su obra, ni lo que quiso decir en ella» (Unamuno, 1905, p. 88). Actitud esta que es buena para *hacer*, mas no para *escribir* la historia. Quien quiere *hacer* historia se acerca a los monumentos del ayer en busca modelos, de inspiración para prender hoy el fuego que mañana ha de alumbrarle. Lo que no puede convertir en alimento para la hoguera, lo desecha sin vacilación; lo que no puede asimilar, lo expele. Esa es la disposición anímica que Friedrich Nietzsche exalta en la segunda de sus *Consideraciones intempestivas*, cuando afirma que una naturaleza humana «poderosa e imperante» consigue apropiarse de «lo pa-

¹¹ Acerca de *First person singular* y *Linguistics in Britain* se pueden consultar dos trabajos de Xavier Laborda Gil (2012, 2015). Del volumen compilado por Laborda Gil, Lourdes Romera Barrios y Ana M.^a Fernández Planas tenemos una detallada reseña de Manuel Martí Sánchez (2014).

A las obras arriba mencionadas se podría añadir, quizá, *Combats pour la linguistique* (Chevalier y Encrevé, 2006). El libro extracta y comenta las conversaciones de los editores con catorce lingüistas franceses (o naturalizados) que nacieron, *grosso modo*, durante el primer tercio del s. XX: André Martinet, el mayor, lo hizo en 1908; Julia Kristeva, la más joven, en 1941. En los años 1950-1970, relevaron a las últimas generaciones formadas bajo la hegemonía del enfoque histórico-comparativo y, poco a poco, fueron haciéndose con todas las posiciones de poder en el campo de las ciencias del lenguaje.

sado y ajeno» para «transformarlo en sangre» (2006, p. 18), mientras que menosprecia y olvida «todo lo que [...] no logra vencer [*scil.* asimilar]»¹².

Muy otra, mucho menos desenvuelta, es la actitud de quien quiere *escribir*, no *hacer* la historia. Ciertamente, el historiador tiene el deber de seleccionar. Sin embargo, no es menos cierto que debe ser persona inquisitiva, movida de una curiosidad universal, que no se desdén de atender a esas pequeñas noticias que algunos tachan de *chismografía*¹³. A pesar de su aparente insignificancia, los *hechos* menudos pueden brindarnos claves interpretativas que no se nos revelan en los grandes *actos*. Al hombre, a veces, lo conocemos en los detalles.

En el caso de Meillet, su obra impresa, que es una realidad derivada con respecto a la persona del autor, es para el observador externo la única realidad que aparece con los caracteres de inmediatez y patencia. Su vida, en cambio, es siempre problemática, conjetural. Con todo, haciendo uso de toda la información que hemos podido extraer de las fuentes accesibles, trataremos de esbozar una semblanza del personaje. Si el vivir de nuestro hombre, como el de cualquier otro, con su multitud de facetas y vicisitudes, se puede comparar

¹² Más adelante, el propio Nietzsche nos advierte que las naturalezas *poderosas e imperantes*, que en lo viejo buscan aliento para emprender lo nuevo, tienden siempre a mutilar o desfigurar el pasado: «Siempre que el alma de la Historia resida en los grandes impulsos que toma de ella el hombre poderoso, cuando el pasado es descrito [...] como algo imitable y repetible, corre el peligro de verse distorsionada, embellecida y, por ello, acercada a la poesía de libre imaginación» (2006, pp. 36-37).

¹³ Con esta expresión se refería Unamuno (1916, p. 352) a las indagaciones de los eruditos acerca de la vida de Cervantes, que no ayudan —decía— a entender mejor sus obras ni a gustar más de ellas. Aunque filólogo de oficio, don Miguel no tenía la paciencia ni el temple necesarios para dejarnos en herencia —pongamos por caso— una edición crítica y anotada del *Quijote*. Sus dotes eran, eso sí, las apropiadas para escribir una *Vida de don Quijote y Sancho*. Él mismo lo decía sin rodeos: «Dejemos a esos buenos señores [*scil.* los eruditos] que escriban la historia literaria de España, y por nuestra parte procuremos hacerla, hacer esa historia» (1905, p. 100).

con una serie de armónicos, intentaremos dar con la frecuencia fundamental de la cual derivan.

1.1.1 Entre Châteaumeillant y Moulins: infancia y juventud

No parece inoportuno abrir esta semblanza refiriendo lo que hemos averiguado acerca de la infancia y juventud de nuestro hombre. Con los datos que obran en nuestro poder no vamos a tejer una narración minuciosa, pero sí mostraremos algunos de los hitos vitales de nuestro autor durante sus primeros años. Tienen interés bastante para no quedar confinados en una nota a pie de página. Veamos, pues, cuántos y cuáles son.

Paul-Jules-Antoine Meillet —tal era su nombre completo¹⁴— nació el 11 de noviembre de 1866 en la ciudad de Moulins, capital del departamento del Allier, que corresponde, *grosso modo*, a la antigua provincia del Borbonesado (fr. Bourbonnais). Su padre, Jules Meillet, que contaba treinta y un años, era el notario de Châteaumeillant, un pueblecito del vecino departamento del Cher. Su madre, Louise-Pétronille Meillet (*née* Poirier), tenía veintitrés años y se dedicaba exclusivamente a las tareas domésticas. Jules y Louise se habían casado cinco años antes¹⁵, y Antoine era su primer hijo. El alumbramiento tuvo lugar en la casa de los señores Poirier, en donde la parturienta recibió cuidados que en Châteaumeillant no estaban a su alcance.

¹⁴ La página *web* de los archivos del departamento de Allier da acceso a la totalidad de las inscripciones realizadas en el registro civil de la *commune* ('municipio') Moulins hasta el año 1920. A través de este enlace podemos examinar —y descargar, si así lo deseamos— una copia digital de la partida de nacimiento de nuestro autor: <https://bit.ly/3gUFGzb>. Adviértase que, según consta en el documento, el *prénom* completo de Meillet es *Paul-Jules-Antoine*, y no *Antoine-Paul-Jules*, como se ha dicho en ocasiones (cfr., p. ej., Swiggers, 2009).

¹⁵ El compromiso se había celebrado en Moulins, ciudad natal de la novia, el día 23 de septiembre de 1861 (Chevalier, 1937, p. 43). A través de la *web* de los archivos departamentales de Allier, podemos consultar el acta: <https://bit.ly/3eLGjF>.

Después del feliz suceso, la familia regresó al pueblo, y allí pasó nuestro autor toda la infancia. A lo largo de los seis años siguientes, sus padres le dieron dos hermanos: el primero, Antoine-Henri, nació el 8 de marzo de 1869; el segundo, Joseph-Philippe-Émile, el 27 de marzo de 1872. Uno y otro, como Antoine, vinieron al mundo en la casa de sus abuelos maternos; de ahí que sus partidas de nacimiento se encuentren en los archivos del Allier, no en los del Cher¹⁶.

Los años de infancia en Châteaumeillant dejaron en Meillet una impronta que jamás quiso esconder: «[Il] se piquait volontiers d'être un rural; et le fait est qu'il connaissait bien les choses de la campagne pour les avoir observées» (Vendryes, 1937, p. 203). Nada nos hace suponer que su niñez fuese infeliz, aunque la familia sufrió dos grandes desgracias en aquellos años, y nuestro hombre no pudo dejar de acusarlas. El día 28 de abril de 1877, su hermano Antoine-Henri fallecía en Moulins, en casa de los Poirier¹⁷. Diecisiete meses después, el 6 de septiembre de 1878, moría su madre, mujer «d'une rare distinction», a quien recordó con grandísimo afecto «toute sa vie» (*ibid.*)¹⁸. Según el relato de Paul Boyer (1936, pp. 191-192) y Joseph Vendryes (1937, p. 203), viejos amigos y colegas del maestro, fue entonces, al finar la Sra. Louise Meillet, cuando la familia se trasladó de Châteaumeillant a Moulins. Las razones —dicen Boyer y Vendryes— fueron de orden académico. Estando ya a punto de cumplir once años, Antoine podía cursar el Bachillerato, pero para ello debía dejar aquel pueblecito del Cher e instalarse en una ciudad. Con todo, cabe sospechar que la mudanza se había producido cuando la ma-

¹⁶ La partida de nacimiento de Antoine-Henri está a nuestra disposición en el portal del archivo de Allier: <https://bit.ly/3eaKnTE>. Allí también descubriremos, claro está, la de Joseph-Philippe-Émile: <https://bit.ly/3udJIGP>.

¹⁷ Ha sido fácil dar con la partida de defunción, que, por desgracia, no informa sobre la causa de la muerte: <https://bit.ly/3eQEha8>.

¹⁸ Su partida de defunción, como la de Antoine-Henri, no nos dice nada sobre el porqué del fallecimiento: <https://bit.ly/3vE68RB>.

dre aún vivía, ya que el acta de defunción señala que el fallecimiento ocurrió «en son domicile, situé en cette ville [*scil.* Moulins], rue des Capucins»¹⁹. Su hijo Antoine-Henri, en cambio, había muerto «au domicile de l'aïeul maternel, situe en cette ville, rue de la Corroierie»²⁰. Ello nos hace suponer que la mudanza se produjo entre los primeros días de mayo de 1877 (como muy pronto) y los últimos de agosto de septiembre de 1878 (como muy tarde).

En cualquier caso, lo que parece claro es que, a pesar de las recientes desdichas de la familia, Meillet no experimentó grandes dificultades para adaptarse a su nuevo entorno. Como alumno del liceo de Moulins, fue de brillantez extraordinaria: «[I]l emportait toujours a la fin de l'année les premiers prix de sa classe» (Vendryes, 1937, p. 203). Cuarenta años después, en una conversación con el periodista Frédéric Lefèvre (1924, p. 1), Meillet reconocía la deuda que había contraído con su modesto instituto de provincias: «Au lycée, j'ai eu la chance d'avoir des excellents professeurs» (*ibid.*). De entre todos, evocó a cuatro que, jóvenes entonces, habían llegado en los decenios posteriores a alcanzar alguna o mucha notoriedad: el filósofo Charles Chabot; el historiador del arte —y crítico— François Thiébault-Sisson; el helenista Léon Dorison, sobresaliente por su «enthousiasme conquérant» (pero más famoso por sus trabajos sobre el poeta Alfred de Vigny que por sus aportaciones a la

¹⁹ Si examinamos, a día de hoy, un callejero de Moulins, no encontraremos ninguna *rue des Capucins*. Dos eruditos locales, G.-Émile Aubert de la Faïge y Roger Préveraud de la Boutresse, nos revelan que la actual *rue de Vigenère* fue otrora *des Capucins* porque en ella tenía su casa una comunidad de capuchinos (Aubert de La Faïge y La Boutresse, 1936, p. 81). Durante la Revolución, el convento pasó a las manos del Estado; más tarde, en algún punto de la primera mitad del s. XIX, se decidió demolerlo, luego de haberse frustrado varios intentos de reforma y aprovechamiento para otros usos (p. 82).

²⁰ Con la *rue de la Corroierie* sucede lo mismo que con la *des Capucins*: en un callejero actual de Moulins no podemos dar con ella. Aubert de la Faïge y Préveraud de la Boutresse (1936, p. 51) nos descubren que la antigua *rue de la Corroierie* tomó más tarde —no sabemos cuándo— el nombre de *rue de Denain*, que aún hoy conserva.

filología clásica); el crítico literario René Doumic, estudioso de la retórica, hombre «sec et sans rayonnement».

Antes de cerrar este apartado, convendría preguntarse cuál fue el tono de las relaciones de Meillet con su padre y su hermano Émile. Por desgracia, no es fácil dar con la respuesta, a causa del silencio que sobre el asunto guardó Meillet en sus diarios y correspondencia (o, cuando menos, en la porción que de aquellos y esta se ha publicado). Nuestro autor parece ser, en lo tocante a la familia, un hombre bastante circunspecto. De ahí los errores que han cometido algunos de sus lectores, abocados a colmar las lagunas del relato mediante conjeturas que el tiempo acabó revelando como falsas.

Tal es el caso, p. ej., del armenólogo Martiros Minassian, que dio a las prensas las cartas que Meillet envió a su prima Berthe Esbaupin²¹ en el verano de 1891, durante un viaje de estudios al Cáucaso. Minassian identificó como hermano menor a un tal Bernard que aparecía en una de las misivas, enviada el 13 o 14 de junio desde el convento de Echmiadzín (20 km al Oeste de Ereván), sede del patriarca de la Iglesia Armenia:

Je regrette fort de n'être pas à Paris pour plusieurs raisons et en particulier à cause de la maladie de ta tante. Quoi qu'en dise Bernard, il me semble douteux qu'une personne de cet âge et aussi faible puisse survivre à une crise aussi grave, et, si elle survit, ce sera dans des conditions telles qu'elle ne pourra guère vivre qu'à l'hôpital Si tu es résolue à la soigner chez

²¹ Hija de Gilbert Esbaupin, de 31 años, refresquero, y de Catherine Martin, de 28, Pétronille-Berthe Esbaupin nace en Moulins el 3 de noviembre de 1842, según consta en el registro: <https://bit.ly/3vvl30o>. Cuenta, así pues, veintidós años más que su primo Antoine. Quien se limite a leer las cartas no tendrá barruntos de la diferencia, puesto que el estilo y los contenidos invitan a imaginar a Meillet y a su interlocutora como personas con edades y experiencias similares. Por lo demás, la fecha de nacimiento de la Srta. Esbaupin es casi lo único que sabemos con certeza sobre ella. Vendryes —que ni siquiera nos da su nombre— refiere que había trabajado en Polonia como institutriz y que, a su regreso a París, se ganó la vida dando clases de piano (1937, p. 204).

elle, il vaut mieux alors la prendre chez toi. Ce sera au moins plus pratique. Tu sais que je te le déconseille absolument du reste. Ce qui est sur, c'est que cela t'énerve, et que je voudrais bien être à Paris pour pouvoir te calmer un peu. A quoi bon écrire d'ici ? nous sommes séparés par plus de 25 jours pour avoir une réponse. Il est bien possible que ta tante soit morte quand tu recevras cette lettre et cela m'ôte le courage de rien dire. Ce serait la meilleure solution, mais cela même est une crise que je redoute. (J'ai essayé jusqu'ici d'écrire avec l'encre du couvent pour épargner la mienne qui est bonne, mais c'est décidément impossible). Il est vraiment bien fâcheux que tout cela arrive juste en mon absence. Mais que faire ! (Meillet, 1987, pp. 85-86; las cursivas son nuestras).

«Bernard était l'unique frère, cadet, de Meillet», dice una nota a pie. No sabemos por qué senda llegó Minassian a tal conclusión, pero, sin duda, creía en su validez, como prueba el hecho de que también la recogiese en el estudio introductorio. Allí, en una rápida presentación del medio familiar de nuestro hombre, Minassian escribía: «Ce grand comparatiste et armeniste [...] est né le 11 novembre 1866 à Moulins, dans l'Allier. [...] Son père était notaire. Sa mère décéda lorsqu'Antoine, l'aîné de son frère Bernard, avait onze ans» (Minassian, 1987, p. 7). El error reaparece en una muy reciente edición de las cartas y los diarios que Meillet escribió durante sus viajes por Georgia y Armenia: «Frère cadet et unique d'Antoine», leemos en una nota al pie de la citada carta (Gandon, 2014, p. 158).

Aún más sorprendente es el caso del obituario que dedicó a Meillet el filósofo católico Jacques Chevalier, decano de la Facultad de Letras de Grenoble y coterráneo de nuestro autor (era natural del pueblo de Cérilly, sito unos 45 km al Oeste de Moulins). Chevalier escribe un texto rico en noticias sobre el medio familiar de Meillet (Chevalier, 1937, pp. 42-43), con quien había tenido amistad durante los ocho años anteriores. Se habían conocido el 1 julio de 1927, en la ceremonia con que se solemnizó el ingreso de ambos dos,

así como del literato Valéry Larbaud, en la Société d'Émulation du Bourbonnais (Chevalier, 1936, p. 379), una institución que aspira a reunir a todos los hombres eminentes del Allier e invitarlos a dedicar parte de sus ocios al estudio de las gentes y las cosas de su tierra²². Desde entonces, los vínculos de Chevalier con Meillet se habían ido estrechando, como prueba el hecho de que, en las exequias del lingüista (celebradas en la catedral de Moulins el 24 de septiembre de 1936), su viuda lo invitase a pronunciar la oración fúnebre (cfr. *infra*, § 1.2.1). Pues bien, Jacques Chevalier, que tan bien había llegado a conocer a Meillet, escribe una necrológica de tono muy personal en la que no se alude jamás a los hermanos del maestro. Lo más llamativo, empero, es que en las breves *Notes généalogiques* que acompañan al obituario, firmadas por un ignoto J. V., se da por cierto que Jules Meillet no tuvo más que un hijo: «Il n'aurait eu qu'un fils: Paul-Jules-Antoine Meillet» (1937, p. 46).

Solo los obituarios firmados por Paul Boyer y Joseph Vendryes llevan al investigador por el buen camino. Vendryes dice que, tras la muerte de su es-

²² En el tomo XXX del *Bulletin de la Société d'Émulation du Bourbonnais* podemos encontrar una circunstanciada crónica del acto del 1 de julio, que contiene, entre otras cosas, el texto íntegro de los discursos que pronunciaron los nuevos socios. Meillet, el más conciso de los tres, disertó sobre la necesidad de recoger el vocabulario de las hablas locales antes de que fuesen totalmente reemplazadas por el francés común. «Nous savons tous — decía (*apud* Buriot-Darsiles, 1927, p. 186) — que nous devons nous intéresser aux vieilles pierres, les étudier, empêcher qu'on ne les détruise ou que les marchands ne les emportent. Mais nous devons savoir aussi que, comme [...] les vieux châteaux, [...] les mots son des témoins du passé». Meillet ansiaba que la Société d'Émulation promoviese una colecta del léxico borbonés: «En organisant immédiatement, et d'une manière systématique, le relevé des vocabulaires locaux de notre province, la Société [...] ferait œuvre utile» (p. 187). Más que en el amor a la *patria chica*, su llamamiento parecía fundado en inquietudes de índole científica. Abrigaba la convicción de que el estudio del vocabulario regional permitiese ahondar en el conocimiento de la historia lingüística de Francia, al descubrir estratos anteriores no ya a la romanización, sino incluso a la llegada de los galos: «Ce sont les Gaulois que nous apercevons sur notre sol immédiatement avant la conquête romaine: Mais ils étaient, eux aussi, des conquérants, et ils n'étaient en Gaule depuis long siècles quand les romains y sont venus. Le vocabulaire en porte témoignage» (p. 186).

posa, Jules Meillet se trasladó a Moulins con el fin de «assurer l’instruction de ses deux fils, dont Antoine était l’aîné» (1937, p. 203; las cursivas son nuestras). Boyer arroja un poco más de luz, puesto que, al referir el hecho, nos revela el nombre del hermano (y, sobre la marcha, nos deja ver que había habido otro). El Sr. Meillet se afincó en la capital del Allier —cuenta Boyer (1936, p. 192)— «pour y surveiller de plus près les études de ses deux garçons, Antoine, l’aîné, et Émile, seul cadet survivant». Las sumarias indicaciones de Vendryes y Boyer, unidas a la suposición —que se reveló correcta— de que todos los hermanos habían nacido en Moulins (en casa de los abuelos maternos), nos permitieron encontrar sus nombres en la selva del registro civil.

¿Fueron cordiales las relaciones de Meillet con su hermano Émile? La escasa información de que disponemos no nos faculta para responder. No sabemos si él evitó hablar de Émile con sus compañeros o si Vendryes y Boyer prefirieron callar lo que habían escuchado (acaso por estimar que un texto destinado a una revista científica no era lugar adecuado para asuntos familiares). Más aún: suponiendo que fuese Meillet hombre quien guardó silencio, no podríamos saber si lo hizo por despego o por circunspección. A veces es necesario resignarse a ignorar, lección que nos enseñan quienes han consagrado gran parte de su vida a averiguar cuanto se puede sobre un hombre o una época. Valga como ejemplo el testimonio de Mary Terrall, biógrafa de Pierre-Louis Maupertuis:

It is perhaps a truism that the nature of the sources will affect the shape and scope of the finished biographical study. On the one hand, anyone who spends years accumulating materials about a subject will end up with more than can be accommodated in a single book. *On the other, there will always be questions that cannot be answered by surviving sources, and this too affects the contours of the biography.* To give just one example from my own work, I found Maupertuis’s background —a recently ennobled family of Breton corsairs and merchants— key to understanding the pos-

sibilities open to him and certain aspects of his self-presentation as an adventurer and a hero. His ties to his birthplace remained strong throughout his life, as a refuge from the public life that I chronicled in some detail. I was able to discover something about his father's work and career but very little, beyond the crudest outlines, about his mother, sister, and brother. *I suspect that family relationships were deeply significant parts of his personal life, and possibly his intellectual life, but I saw only hints of this in my sources.* How he felt about his family could only be imagined or in some cases construed from very circumstantial evidence (Terrall, 2006, p. 309; las cursivas son nuestras).

1.1.2 Nuevas oportunidades, nuevos horizontes: París

En octubre de 1884, dueño ya de los títulos de bachiller en Letras y en Ciencias, Meillet dejó Moulines y se mudó a París para proseguir estudios. En compañía de su padre, se afincó en un apartamento sito en el 5.º piso del n.º 24 del bulevar Saint-Michel, a unos doscientos metros de la Sorbonne (que no empezaría a frecuentar, empero, hasta el año siguiente). Cuando todavía le faltaban unos pocos días para cumplir los dieciocho años, nuestro autor ya era vecino de la ciudad que iba a ser su hogar durante más de cinco decenios. Pronto, Meillet gozaría también de la presencia de la que había sido su niñera (que, al parecer, le tenía gran afecto) y de Berthe Esbaupin, su prima. En unas líneas rebosantes de nostalgia, Vendryes evoca el abigarrado escenario con que se topaban los amigos y colegas que visitaban al maestro en su gabinete:

C'était un singulier capharnaüm; on y voyait des tas de livres accumulés sur des chaises, des paquets de fiches disposés sur une planche et protégés chacun par le poids d'un palet de métal ou de pierre, enfin entre les fenêtres, un antique divan, auquel manquait un pied et qui basculait quand on avait l'imprudence de s'asseoir dessus. C'est là que travaillait

Meillet, toujours debout, écrivant sur une bibliothèque tournante ou sur le marbre de sa cheminée encombrée de papiers. Car cet extraordinaire savant, qui a passé sa vie à lire et à écrire et dont les ouvrages occupent un rayon de bibliothèque, n'a jamais eu de table de travail (Vendryes, 1937, p. 204).

Según el relato de Vendryes, Meillet residió en el n.º 24 del boulevard Saint-Michel «presque jusqu'à la guerre» (1937, p. 204). En realidad, sin embargo, hay constancia de que en octubre de 1912 ya no vivía allí: su domicilio estaba en el n.º 65 de la calle de Alésia, situada en el 14.º distrito de la capital²³. Pasado un lustro, en octubre de 1917, lo encontramos en otro paraje del 14.º distrito: el n.º 89 de la avenida de Orléans. Solo tres años después, en octubre de 1920, su residencia se ha trasladado al n.º 2 de la calle de François Coppée, en el 15.º distrito. Allí recibirá la visita de algunos estudiantes extranjeros que, andando el tiempo, convertidos ya en investigadores maduros, darán testimonio del encuentro. Uno de ellos es el eslavista checoslovaco Jan Fřcek (1936, p. 242)²⁴; otro, el latinista italiano Giacomo Devoto, mucho más renombrado. Décadas

²³ Gracias al anuario de la sección de ciencias históricas y filológicas de la École Pratique des Hautes Études, institución de enseñanza superior a la que Meillet estuvo ligado durante décadas (para más información, cfr. *infra*, § 3.1.2), podemos rastrear sus cambios de domicilio desde que se acercó en París. Los números, que se publicaban en el último trimestre del año, incluían una crónica de las lecciones del curso anterior, un anuncio de las que se desarrollarían en el siguiente y una nómina completa del personal docente a día 1 de octubre. Junto al nombre de los profesores figuraban su dirección personal y sus días y horas de *réception*. En el portal *web* Persée (<https://www.persee.fr/>) podemos encontrar todas las entregas del anuario desde 1893 hasta 2006: <https://www.persee.fr/collection/ephe>. A la información sobre el domicilio de los docentes no se puede acceder a partir del número que cubre los cursos 1985-1986 y 1987-1987, publicado en 1994.

²⁴ Fřcek le dedicó a Meillet un largo y afectuoso obituario, que vio la luz en *La Revue française de Prague*, instrumento para la comunicación intelectual entre Francia y la joven república checoslovaca. Solo tres años después, al consumarse la destrucción de Checoslovaquia a manos de la Alemania nazi, la *Revue* dejaba de existir. Al cabo de otros tres, Fřcek moría asesinado por la Gestapo (Mazon, 1946, p. 287).

después, Devoto nos dejó una evocación de su primera entrevista con Meillet, gracias al cual sabemos que Meillet conservaba sus peculiares costumbres de veinte años antes:

Lo conobbi nel dicembre 1923, nella sua casa della rue François Coppée, nel XV distretto di Parigi: una casa modesta, ma luminosa e accogliente, aperta a qualsiasi sconosciuto che volesse approfittare dell'orario destinato molto generosamente alle visite. Le sorprese furono quel giorno due: una che nella casa non c'era una scrivania. Meillet, forse a causa della delicatissima vista, scriveva sempre in piedi, appoggiato al leggio. La seconda era concentrata in questo discorso[:]: «Non, non do mai temi di ricerca. Ciascuno deve scegliere da sé. A partir da un primo schema, anche generalissimo, sono a disposizione, prima no» (Devoto, 1975a, p. 112).

En octubre de 1926, Meillet vivía ya en el que sería su último domicilio en la capital, situado en el n.º 24 de la calle de Verneuil, en el 7.º distrito. Contamos con el testimonio de un visitante ilustre: el historiador Lucien Febvre. En diciembre de 1933, Febvre se presentó en la casa del maestro para presentarle la traza del vol. I de la nueva *Encyclopédie française*, que incluía una sección sobre el lenguaje. Cuatro años después, cuando la obra vio la luz, Febvre describía la entrevista en estos términos:

C'est au début de décembre 1933 qu'ayant dressé le plan d'ensemble de l'*Encyclopédie Française*, je le communiquai à Antoine Meillet en lui demandant de bien vouloir, pour le Tome premier [...] formuler les problèmes que pose le langage en tant qu'instrument de la pensée humaine. La réponse ne se fit pas attendre: «En principe, j'accepte». Pour mesurer la valeur d'une si prompte adhésion, il faut se rappeler qu'à ce moment

déjà, Meillet avait subi la première atteinte du mal auquel il devait résister, héroïquement, pendant plus de trois ans.

Quelques jours, et l'acceptation de principe devenait acceptation de fait; je connaissais les noms des collaborateurs que Meillet comptait s'adjoindre; surtout, dans son cabinet de la rue de Verneuil, au cours d'une longue entrevue que j'aurais voulu abrégier pour ne point le fatiguer, mais qui le montrait plus pénétrant que jamais, il m'esquissait le plan de sa contribution à une œuvre dont le dessein, le souci de critique et l'évident désintéressement lui avaient plu d'emblée (Febvre, 1937, p. 1*30-3).

Muchos fueron —lo hemos visto— los cambios de domicilio de nuestro autor, pero, en medio de tantas mudanzas, Meillet guardó siempre lealtad a la *rive gauche*. Allí, en la orilla izquierda del Sena, tenían su sede los centros directivos de la vida académica de París y de Francia entera: la vieja Sorbonne, el Collège de France (creado en 1530, con el nombre de Collège Royal), la École Normale Supérieure (fundada *de facto* en 1808, aunque *de iure* en 1795), y la École Pratique des Hautes Études (que databa de 1868)²⁵. Durante cincuenta y dos años (desde el otoño de 1884 hasta su muerte), los barrios sitos al Sur del río Sena fueron su lugar en el mundo, del que solo saldría para hacer viajes de placer, a los que era muy aficionado (Vendryes, 1937, p. 210), o viajes de estudio²⁶, o para pasar temporadas en Le Paradis, la quinta que poseía —por

²⁵ Este no es momento para entrar en detalles a propósito de los orígenes, la estructura y la misión de dichas instituciones. Cuando nos ocupemos del escenario en que se desarrolló la carrera científica de Meillet (§ 3.1), tendremos ocasión de decir algo sobre todas ellas; nótese que nuestra atención no será objeto de un reparto equitativo: la mayor parte la van a recibir el Collège y la École Pratique; para la Sorbonne y la École Normales Supérieure no habrá más que migajas.

²⁶ Dos de ellos, los que hizo al Cáucaso en la primavera de 1891 y el verano de 1903, están excepcionalmente documentados. Del primero dan testimonio las cartas que Meillet le envió a su prima Berthe Esbaupin desde Tiflis (Georgia) y Echmiadzín (Armenia), publicadas hace casi tres decenios por Martiros Minassian (Meillet, 1987); del segundo, un

herencia de su padre— en los alrededores de Châteaumeillant²⁷. Nos cuenta Vendryes que el maestro gustaba de recibir visitas en su retiro estival (1937, p. 203), y que su hospitalidad alcanzaba no solo a los amigos y los colaboradores más o menos estrechos, sino también a sabios del resto de Europa que estaban en Francia de paso: «[L]es linguistes étrangers ne passaient guère à Paris sans venir lui rendre visite. Certains même eurent l'occasion d'aller le voir à Châteaumeillant, où il accueillait avec empressement tous ceux auxquels il pouvait apprendre quelque chose» (1937, p. 235). Confirma esta noticia, irónicamente, el testimonio de alguien que no visitó la quinta. Nos referimos al latinista italiano Giacomo Devoto, que tuvo la oportunidad de conocer a Meillet en su casa de París (Devoto, 1975a, p. 113), pero no en su refugio de provincia: «Passava lunghi mesi d'estate nella sua piccola proprietà [...] à Châteaumeillant, e là ho il rimorso di non essere mai stato a trovarlo» (p. 116).

En fin, al llegar a este punto —la instalación en París— faltan datos para alargar el hilo de la narración, salvo en lo concerniente al desarrollo de la carrera académica de Meillet, que se tratará ulteriormente, al compás de la exposición de sus ideas. En las páginas que siguen, presentaremos unas cuantas instantáneas de las opiniones y ocupaciones extraacadémicas de nuestro autor, procedentes, sobre todo, de su diario personal, que cubre los años 1897-1907.

diario que ha salido a la luz en época más o menos reciente, revisado y editado por Gabriel Bergounioux y Anne-Marguerite Fryba-Reber (2006). Los dos viajes respondían a un deseo de profundizar en el conocimiento de la lengua armenia clásica y moderna. No es de extrañar: en los albores de su carrera docente e investigadora, nuestro autor fue, ante todo, un armenista (Bolognesi, 1987, p. 119; Lamberterie, 1988, p. 218; Lamberterie, 2006, p. 147).

²⁷ Según refiere Jacques Chevalier (1937, p. 40), la casa se encontraba «aux portes de Châteaumeillant». Acaso fuese mejor escribir *se encuentra*, puesto que sigue en pie. Al parecer, hoy está ocupada por un hospedaje y casa de comidas (Anónimo, 2014, abril).

Unas cuantas pinceladas bastarán para que nos formemos una idea global del personaje y, sobre todo, de la persona.

1.1.3 El mundo visto a los 40 años: Meillet en su diario²⁸

«Thank God I'm a man of low tastes», así solía decir, para describirse a sí mismo el indoeuropeísta estadounidense Edgar H. Sturtevant, fervoroso devoto del cabaret y de sus artistas (Hahn, 1952, p.383, n. 25). He ahí una declaración que nadie habría podido oír de boca de Antoine Meillet. Nada en él, a juzgar por los testimonios disponibles, podría describirse como *bajo* o *vulgar*. En sus aficiones, en su modo *consciente* de vivirlas, Meillet fue siempre un hombre que estaba y se sabía por encima de la multitud, de *la foule*, a la que contemplaba con un leve y fugaz mohín de desprecio, actitud no infrecuente entre la *intelligentsia* liberal de la Europa finisecular²⁹.

Son las aficiones, como ya se ha dicho, el rasgo caracterial que más singulariza a Meillet, la marca que lo adscribe, inequívocamente, a una minoría que llega casi a gloriarse de su condición de tal. Entre todas ellas, ninguna más destacada que la melomanía, a la que se han referido algunos de sus amigos y discípulos (Boyer, 1936, p. 197; Vendryes, 1937. p. 209). Y no solo ellos. Frédéric Lefevre, periodista, nos cuenta una anécdota significativa: empeñado en tras-

²⁸ Este título es un homenaje a *El mundo visto a los 80 años* (1934), el último libro de Santiago Ramón y Cajal, que cerró el ciclo autobiográfico abierto en *Mi infancia y juventud* y continuado en *Historia de mi labor científica* (Ramón y Cajal, 1917). En *El mundo visto a los 80 años* podemos ver, entre otras cosas, como se aparecía la España *moderna* ante los ojos de un hombre nacido a mediados del siglo XIX (López Piñero, 2000, pp. 218-221).

²⁹ Salta a la vista, sin ir más lejos, en uno de los maestros de Meillet: Michel Bréal, el hombre que había logrado aclimatar en Francia la gramática comparada. En el *Essai de sémantique*, su última gran obra lingüística, Bréal escribía estas palabras a propósito de las asociaciones de forma y sentido basadas en la similitud y su papel en la deriva del lenguaje: «Cette logique, nous le répétons, repose tout entière sur l'analogie, l'analogie étant la façon de raisonner *des enfants et de la foule*» (1897, p. 253; las cursivas son nuestras).

ladar al lienzo una sala de conciertos, un «peintre célèbre» creyó necesario que entre los espectadores se divisase «la silhouette de l'homme au foulard blanc» (1924, p. 1), que no era otro que Meillet³⁰. Además, el diario personal de Meillet (escrito entre 1896 y 1907) contiene no pocas pruebas de su amor por la música. Valga como muestra este comentario sobre los gustos y aptitudes del gran público, fechado el 5 de diciembre de 1898:

Entendu hier la symphonie en ut mineur de Beethoven et une symphonie de Haydn. Il est clair que, au temps de Haydn, étant donné la forme très simple et toujours la même, chacun comprenait le plan de l'œuvre. Depuis Beethoven, la plus grande partie du public a dû renoncer à comprendre. A l'heure qu'il est, les publics de concert se laissent bercer, mais ne suivent plus» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 49).

Junto al melómano está el aficionado a las bellas artes, el hombre que frecuentaba tanto el Louvre (Vendryes, 1937, pp. 208-209) como las exposiciones de los contemporáneos, bien que rara vez descubriese en ellas el «esprit nouveau» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 51) que estaba buscando. Así se expresaba, p. ej., el 29 de abril de 1900:

Vu le Salon. J'en suis heureux: jamais la platitude matérialiste ne m'a paru aller plus loin. Copie de réalités triviales. Absence de toute pensée: tous ces peintres et ces sculpteurs ont l'air de gens incultes, étrangers à

³⁰ No parece que la historia sea una mera invención de Lefevre. Desde luego, la verdad de algunos detalles está más que confirmada. Días después de la muerte de Meillet, se publicó en *Le Temps* una semblanza titulada, precisamente, «L'homme au foulard blanc» (R. K. 1936). Por otra parte, el eslavista checo Jan Frček, que había sido alumno suyo, aludió a ese rasgo de su indumentaria en el extenso y afectuoso obituario que le dedicó: «Ses cheveux noirs très fins, restés très abondants, et sa longue barbe blanche composaient un ensemble frappant avec le foulard blanc sans lequel on ne le voyait guère» (1936, p. 342). Lo mismo hizo Paul Boyer (1936, p. 191).

toute la pensée de leur temps. — Et avec cela nulle poésie, et même pas de recherche d'expressions intimes. Quelques-uns cherchent le caractère. Mais aucun n'a de pensée ni de lyrisme. — Trivialité du détail. Manque du sentiment de l'harmonie esthétique (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 63)³¹.

Tenemos también al Meillet que simpatiza con el socialismo, aunque no se sienta del todo identificado con los socialistas de carne y hueso. Un Meillet que denunciaba sin rodeos la injusticia de un régimen social que condenaba a la miseria al obrero retirado (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, pp. 32, 62) y se mostraba indiferente ante el espectáculo de la muerte cotidiana en fábricas y minas. Son ilustrativas sus reflexiones sobre el incendio del Théâtre Français, (8 de marzo de 1900), en el que la jovencísima actriz Jane Henriot encontró la muerte:

Cette jeune actrice n'habitait point chez sa mère, elle avait un petit hôtel, voiture, etc. Cela n'a point empêché [...] le Président de la République [Émile Loubet] d'envoyer chez elle (pas chez sa mère) un de ses officiers d'ordonnance. — La mort d'une fille entretenue intéresse plus notre public et notre gouvernement que celle de seize mineurs qui ont été

³¹ No menos revelador del amor de Meillet por las bellas artes —y de su inveterado elitismo intelectual— es este comentario sobre la reacción del público burgués ante la obra escultórica de Auguste Rodin, fechado el 24 de junio de 1900: «Le public paraît n'aimer ni le sentiment profond de la vie ni l'expression intense: autrement il admirerait Rodin, car personne, depuis Michel-Ange, n'a senti mieux la forme humaine, avec plus de souplesse et de vérité [...]. Le public aime les formes indigentes et les pensées faibles: [Paul] Déroulède et [François] Coppée sont les poètes français populaires» (Meillet, 2006, p. 64).

victimes de leur travail le même jour ou à peu près. — Cela est intéressant (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 61).

Al lado de ese Meillet *socializante*, como diría Georges Mounin (1977, p. 42), y en aparente contradicción con él, tenemos al que se sabe miembro de una minoría selecta: «Le nombre de hommes qui se destinent aux œuvres purement intellectuelles est petit» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 68). Nadie se extrañará de que este Meillet observe a la clase trabajadora desde arriba y con un gesto de desdén. Un hombre capaz de afirmar que, salvo Sausure, todos los lingüistas de la época son «des esprits très médiocres» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 48), que valoraba a la masa proletaria, base de las candidaturas socialistas, en septiembre de 1896 evaluando así su participación en la vida intelectual de Francia: «Absence de tout mouvement intellectuel chez les ouvriers», anotaba en su cuaderno (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 28). Acto seguido, escribía:

Les théâtres populaires ne peuvent créer qu'avec des histoires dénuées de toute réalité. De même les romans populaires. Dans les places à bon marché des grands théâtres pas d'ouvriers. Pas d'ouvriers au Louvre. Toute notre civilisation leur échappe (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 28)³².

No nos hallamos —posiblemente— ante un exabrupto de ocasión: las palabras que acabamos de leer expresan una convicción profundamente arraigada.

³² Se ha dicho que la querencia de Meillet por el ideal socialista lo hizo afiliarse a la Section Française de l'International Ouvrière, el partido que reunió a todas las familias del socialismo francés entre 1905 (año de su fundación) y 1920 (año de la escisión comunista). Jean Stéfanini, que fue testigo —desde lejos— de los últimos años de su vida, escribe: «Meillet était un homme de caractère. Il était membre de la IIe Internationale et pacifiste» (*apud*

gada en nuestro autor. Meillet duda que haya obreros con aspiración a cultivar su espíritu. Muchos no pueden, es cierto, pero ¿quieren los pocos que sí pueden? «Il serait curieux —apunta el 14 de julio de 1900 (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 61)— de savoir si l'ouvrier dont le travail n'est pas physiquement fatigant [...] et n'est pas trop long devient parfois un homme cultivé». Su respuesta es tan significativa como breve: «J'en doute». Unos meses después (21 de octubre), escribe:

Été à l'Exposition Rodin. Bien qu'elle fût ouverte gratuitement, le public était non seulement bourgeois, mais esthète. — Il y a des choses où les ouvriers ne vont pas. Je n'en rencontre nulle part, même si les choses sont gratuites ou à très bon marché (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 67).

Mas, a despecho de todos sus arranques de elitismo, Meillet no dejaba de ser un *bon républicain*, acérrimo enemigo del militarismo, del antisemitismo y del nacionalismo, gravísima amenaza para la unidad y la supervivencia de la civilización europea. El 19 de mayo de 1900, poco después de unas elecciones

Chevalier y Encrevé, 1984, p. 62). Nosotros nos resistimos a creerlo, y no porque supongamos inmodificables las opiniones que Meillet expresó cuando aún no había cumplido cuarenta años. Lo que nos hace escépticos es el testimonio de su discípulo Marcel Cohen, un hombre —él sí— con un largo historial de militancia (fue uno de los representantes más destacados del Parti Communiste Français en el *front culturel*). En un artículo donde refiere sus primeros pasos en la política, Cohen escribe: «[J']avais ma carte dès l'automne 1919, et je commençais à militer activement dans le syndicat de l'enseignement presque uniquement composé d'instituteurs. J'ai réussi à entraîner l'adhésion de quelques membres de l'enseignement supérieur, dont certains voulaient se rapprocher de la classe ouvrière sans adhérer à un parti politique, ainsi le grand linguiste Antoine Meillet, professeur au Collège de France, tandis que d'autres comme Paul Rivet étaient déjà inscrits au parti socialiste» (Cohen, 1961, pp. 93-94; las cursivas son nuestras). De donde se sigue que, a la altura de 1919, Meillet no militaba en la S. F. I. O., y que, a partir de entonces, su vinculación con el movimiento socialista no fue más allá del pago de la cuota sindical.

municipales en las que los nacionalistas habían obtenido un éxito notable en París, bien que no en el conjunto de Francia (Rebérioux, 1975, p. 39), Meillet escribía unas líneas en las que se mezclaban y fundían sus aficiones artísticas y sus inquietudes políticas: «Chaque pays d'Europe n'achète de peinture que des nationaux. Il n'y a pas un [J. M. William] Turner au Louvre, pas un [Arnold] Böcklin au [Musée du Palace du] Luxembourg» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 64). Y, con gran pesadumbre, concluía: «On arrive à ignorer de plus en plus les voisins» (*ibid.*). Más tarde, durante la Gran Guerra, no participó en el volumen de Gabriel Petit y Maurice Leudet acerca de *Les allemands et la science* (Petit y Leudet, 1916), una desdichada colección de diatribas antialemanas en la que sí se implicaron humanistas como Camille Jullian, el gran estudioso de la Galia antigua, y Salomon Reinach, filólogo clásico y arqueólogo³³. Sería un error, con todo, concluir que el sentimiento patriótico le era completamente ajeno. En 1915-1916, Meillet fue uno de los autores de ciertas *Lettres à tous les français*, iniciativa propagandística en la que también colaboraron figuras de la altura de Émile Durkheim y Ernest Lavisse (Prochasson, 1994). En el terrible año de 1917, que no fue el más sangriento de la con-

³³ Con aquel libro, Petit y Leudet pretendían responder a «Al mundo civilizado», el manifiesto con el que, el 4 de octubre de 1914, noventa y tres grandes figuras de la intelectualidad alemana habían cohonestado la violación de la neutralidad de Bélgica (Sánchez Ron, 2007, pp. 569-571). Al final, su réplica no sirvió sino para hacer evidente que los alemanes no eran los únicos sabios obnubilados por el patriotismo. Solo dos de los participantes escaparon al contagio. El primero, Joseph Grasset, que rehusó permitir que las atrocidades de las tropas del Káiser perturbasen su valoración de la obra de sus colegas alemanes (1916, pp. 201-202). El segundo, Charles Richet, que abrió su artículo revolviéndose contra las ineptias que se publicaban en la prensa desde el estallido de la guerra: «D'avance je m'excuse si je ne commence pas par cette phrase qui retentit depuis plus d'un an dans tous les journaux, même scientifiques, de France: "La science française est tout; la science allemande n'est rien". Si c'est le développement de cette proposition qu'on attend de ces courtes pages, il est inutile d'aller plus loin» (1916, p. 346).

tienda, pero sí el más difícil para Francia³⁴, nuestro autor publicaba *Caractères généraux des langues germaniques*, obra con la que rendía homenaje a sus discípulos Achille Burgun y Robert Gauthiot, dos germanistas «morts pour leur pays» (1926a, s. n.)³⁵. Mejor será, con todo, no adelantar acontecimientos: en los primeros años del siglo, Meillet no podía imaginar que las circunstancias lo obligarían a ser un patriota.

Dada la hostilidad de nuestro autor hacia el nacionalismo y el antisemitismo, no pudo permanecer al margen de aquella gran batalla entre «les deux France» (Rebérioux, 1975, pp. 19-26) que fue el *affaire Dreyfus*. Meillet defendió la inocencia del capitán Alfred Dreyfus y abogó por la revisión del proceso. Con ello, tomó partido por la verdad —y por el legado de 1789, 1830 y 1848— frente a sus enemigos: el viejo legitimismo y el nuevo monarquismo, xenófobo y ultrapatriotero, de Maurice Barrès y Charles Maurras (Rebérioux, 1975, pp. 22-23, 158-161). Lo hizo, además, en fecha muy temprana. El 16 de enero de 1898, tres días después de que *L'Aurore* publicase el «J'accuse» de

³⁴ En primavera, el país se vio sacudido por una grave crisis, consecuencia de los sufrimientos ya vividos y del miedo a que se prolongasen *sine die* (la victoria no parecía cercana; de hecho, ni siquiera se veía en lontananza). Hubo motines en el frente y huelgas en la retaguardia, y por un momento pareció que el país había perdido la voluntad de resistir (Becker y Bernstein, 1990, pp. 104-115).

³⁵ Ambos se habían formado junto a él, en la École Pratique des Hautes Études. De los dos, el segundo fue, con diferencia, el más próximo al maestro. Germanista, iranista y, en suma, «comparatiste né» (Meillet, 1917, p. 59), Gauthiot se había desempeñado ya con brillantez en sus dos especialidades, y era de suponer que haría cosas aún más grandes en lo sucesivo. Mas no lo quiso así la suerte: murió en septiembre de 1916, a causa de las heridas que le había provocado la explosión de un proyectil alemán. Meillet deja entrever su honda tristeza en las palabras finales del obituario: «Un obus aveugle a frappé. L'œuvre, que personne n'est en état de reprendre, demeure interrompue» (1917, p. 61).

Émile Zola, Meillet ya daba muestras de haber tomado caso muy en serio; tal vez demasiado, de hecho:

Je me suis laissé aller à penser beaucoup à l'affaire du jour — affaire Dreyfus.

Elle touche à tout ce qui m'est cher et à tout ce que je déteste: égalité de la justice — militarisme — antisémitisme — mouvement nationaliste, et je n'ai pas pu m'empêcher d'y penser et d'éprouver à propos de tout cela des sentiments assez vifs. Ils ont stérilisé toute pensée sérieuse. Il faut éviter l'actualité (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 38).

Unos meses después, el 28 de julio, escribía estas palabras: «Dans l'affaire Dreyfus, il y a eu d'un côté l'opinion publique — de l'autre les gens qui prétendent penser par eux-mêmes» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 46). Para comprender estas líneas, se ha de advertir que los partidarios del capitán aún no eran capaces de movilizar multitudes. Los historiadores constatan que «la masse des électeurs» era hostil a la revisión del proceso (Seignobos, 1920, p. 223) y que, al principio, la agitación en las calles fue «le fait des antidreyfusards» (Rebérioux, 1975, p. 19). Meillet no se dejó arredrar por la fuerza del número³⁶; antes bien, se mantuvo fiel a sus convicciones, a pesar de que no parecía muy seguro de la victoria:

Il suffit de voir la marche du procès Dreyfus pour se rendre compte de ceci. Qu'un procès réel n'ait jamais été admis par l'administration de la guerre: c'est là la grande divergence. On crie d'un côté: vérité, justice; de

³⁶ El saberse en minoría debió de ser motivo de orgullo para él, puesto que no parecía tener a sus contemporáneos en alta estima. Valga como indicio, si no como prueba, esta brutal observación sobre el público de los teatros, fechada el 25 de marzo de 1900: «[Francisque] Sarcey a eu bien raison de dire que le théâtre est fait pour le public. Mais il a omis de dire que, si le public est peu intelligent et très bas moralement, il lui faut un théâtre approprié. C'est le cas aujourd'hui» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 61).

l'autre: autorité d'un grand corps. On ne s'entendra jamais. C'est une question de force: la force n'est pas douteuse (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 52)

En *bon républicain* se condujo también nuestro autor ante otras discusiones que agitaron los espíritus, como, p. ej., la que se desató a propósito de las escuelas de titularidad eclesiástica. Según el informe de una *commission de enquête parlementaire* sobre las órdenes religiosas (Rabier, 1903, pp. 120-154), a principios de siglo había en Francia veinticinco congregaciones dedicadas a la educación, que poseían, en su conjunto, 1690 establecimientos docentes. Grandes hombres de la tribuna, como Henri Brisson (1902, pp. VI-VIII), y de la cátedra, como Alphonse Aulard (1899, p. 17) y Ferdinand Buisson (1903, pp. 159, 161), denunciaban sin cesar el peligro que para la República entrañaba la enseñanza clerical, una enseñanza que ni por sus formas ni por su fondo podía formar a los ciudadanos del porvenir. Meillet habría hecho suyas estas airadas quejas. Nos consta que era detractor de la enseñanza confesional en todas sus formas y niveles: desde la Escuela Primaria hasta la Universidad. El confesionalismo educativo era, a su juicio, una amenaza para el progreso de la ciencia y para la concordia civil de los franceses:

Les Universités catholiques sont un scandale. Si elles visent à constituer une science catholique, cela est absurde: car on ne peut fixer à la science ses résultats par avance. Si elles visent à grouper les catholiques, elles font une mauvaise action, car l'essentiel est précisément le frottement des hommes les uns contre les autres: de toutes manières, l'école confes-

sionnelle [...] est inadmissible (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 16)³⁷.

Este hombre, resueltamente hostil a la enseñanza religiosa³⁸, debió de acoger con alegría la Ley del 9 de diciembre de 1905, que derogaba el concordato entre el Estado y la Santa Sede, suscrito en 1801: la República Francesa garantiza «la liberté de conscience» y, con ella, la libre práctica religiosa (art. 1), pero «ne reconnaît, ne salarie ni ne subventionne aucun culte» (art. 2). Esta ruptura del régimen concordatario no provocó tempestades de la magnitud del affaire Dreyfus; ahora bien, en algunas regiones del país (Flandes, la Vandea, el Velay, el País Vasco, sobre todo) acarreó disturbios de consideración: grupos de feligreses furiosos (y armados, a veces, de palos y piedras) se

³⁷ Una ley con fecha de 12 de julio de 1875 había declarado libre la enseñanza superior (art. 1), poniendo fin al monopolio del Estado y abriendo una puerta que al final, como era de esperar (Liard, 1894, p. 322), solo franqueó la Iglesia. Antes de 1876 se habían constituido ya cuatro universidades católicas: la de París, la de Lille, la de Lyon y la de Angers. El fin que se perseguía con su fundación lo expresó el célebre predicador Henri Didon, O. P.: «Ce qu'il nous importe de fonder, ce ne sont pas des succursales de l'Université de l'État dirigées par des catholiques [...]. L'université catholique ne méritera son nom que le jour où elle enseignera le savoir humain tel que le comprend la doctrine chrétienne» (apud Liard, 1894, pp. 325-326).

³⁸ Y, en el fondo, hacia la Iglesia. Aunque nominalmente católico, el joven Meillet no se limitaba a sostener que el Estado debía vedar el ejercicio de la docencia a las congregaciones. Deseaba que estas se extinguiesen, puesto que defendía la clausura de los noviciados, sin los cuales les sería difícil reclutar nuevos miembros: «C'est un vrai crime que de tolérer les noviciats des Frères: on voit là des enfants préparés à une vie artificielle. Il faudrait interdire cela: car la conséquence, ce sont des crimes contre nature, conséquence naturelle d'une vie contre nature chez des gens qui l'ont choisie sans avoir été jamais au clair, sans avoir dès le début la liberté de choix» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 52). Estas palabras las escribió el 9 de febrero de 1899; dos años antes hablaba de «le retour offensif des idées religieuses» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 31). Diríase, por tanto, que nos encontramos ante un *libre-penseur* al modo del ya citado Henri Brisson. No obstante, hacia el final de su vida Meillet se aproximó a la Iglesia y, según parece, murió asistido por un sacerdote (cfr. *infra*, § 1.2.1).

enfrentaron con los funcionarios que, según lo dispuesto en la ley (art. 3), intentaban entrar en los templos para hacer inventario de sus bienes (Rebérioux, 1975, pp. 83-88). Vista la solidez de las convenciones laicistas de nuestro autor, suponemos que los incidentes no lo hicieron distanciarse de un gobierno que estaba poniendo en práctica las medidas que él preconizaba desde hacía años³⁹.

Pues bien, este hombre de inquebrantable fe republicana, fiel a la herencia del 89 y del 48, es también un elitista liberal a la manera de Ernest Renan. No en vano dice haber leído con provecho *L'avenir de la science*, «Cela est plein de pensées qu'on voudrait garder» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 67); y *L'avenir* —nótese— contenía muchos pasajes que contenían un aristocratismo espiritual exacerbado⁴⁰. Este atento lector de Renan se complace

³⁹ Solo suponemos, porque en los años 1904-1906, que son los de la última batalla contra el clericalismo, Meillet abandonó su diario casi por completo: tres apuntes en 1904; cinco en 1905; en 1906, ninguno. Entre ellos, ninguno que aluda a sucesos políticos concretos. La última entrada del diario está fechada el 29 de mayo de 1907, y empieza, no por casualidad, con la constatación de algo obvio: «Je n'écris plus rien sur ce cahier» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 81).

⁴⁰ En el capítulo XVIII, p. ej., Renan se condeula de los sufrimientos y privaciones de los ilotas, pero al mismo tiempo los da por bien empleados. Si la Humanidad ha construido las grandes obras materiales y espirituales que aún hoy nos admiran, es —dice— porque ha edificado sobre las espaldas de los desdichados. Y la desdicha, que para cada uno de ellos es una tragedia, se convierte así en un sacrificio necesario para el progreso de la Civilización: en la medida en que sobre sus espaldas se alzan las grandes obras: «Au point de vue de l'individu, la liberté, l'égalité absolues semblent de droit naturel. Au point de vue de l'espèce, le gouvernement et l'inégalité se comprennent. Mieux vaut quelque brillante personification de l'humanité, le roi, la cour, qu'une médiocrité générale. Il faut que la noble vie se mène par quelques-uns, puisqu'elle ne peut se mener par tous. Ce privilège serait odieux, si l'on n'envisageait que la jouissance de l'individu privilégié il cesse de l'être si l'on y voit la réalisation d'une forme humanitaire. Notre petit système de gouvernement bourgeois, aspirant pardessus tout à garantir les droits et à procurer le bien-être de chacun, est conçu au point de vue de l'individu, et n'a pu rien produire de grand» (1890, p. 386). Aunque vieron la luz en 1890, Renan escribió estas palabras en 1848, cuando Francia atravesaba violentas

en verse como un solitario entre el gentío que inunda las calles de París — «Les passants me regardent parce que je me promène seul» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 73)—, y habla de las masas con poco aprecio: «Énorme vulgarité, veulerie, grossièreté épaisse et lâche des foules du dimanche» (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006, p. 53). De ahí que no sea un entusiasta de la democracia. En vez de como un factor de progreso, la ve como una rémora, por cuanto otorga un papel directivo a individuos que no cumplen las condiciones necesarias para desempeñarlo: «[L]a foule suit toujours». En una Francia en la que más de la mitad de la población reside en aldeas y pueblos de menos de 2.000 habitantes (Rebérioux, 1975, p. 209), el sufragio universal se le antoja un lastre:

La démocratie est pour la France un arrêt du développement:

1^o Les ruraux forment dans une Chambre la majorité: c'est un élément réactionnaire. 2^o Les députés de villes représentent une population ouvrière dont le niveau de civilisation est relativement peu élevé.

D'où le niveau très bas du Parlement, pas seulement au point de vue intellectuel surtout au point de vue civilisation (Fryba-Reber y Bergounioux, 2006a, pp. 35-36).

Nos hemos demorado en el perfil político de Meillet porque consideramos que, aparte del interés que en sí mismas encierran, estas noticias son relevantes para la comprensión de su obra y doctrina lingüísticas. Nuestro autor es, al menos en este período de su vida, una encarnación de los ideales del liberalismo avanzado de la Francia de la Tercera República: laicismo, racionalismo, repudio del claroscuro y el difumino en todas sus formas y en todos los terrenos, amor por la claridad y la exactitud, universalismo... antiirromanti-

convulsiones revolucionarias. Curiosamente, el Renan anciano, prologuista de la obra, la creía teñida de igualitarismo ingenuo (1890, pp. VIII-X).

cismo, en una palabra⁴¹. Siendo Meillet francés, es fácil caer en divagaciones a propósito del *esprit de géométrie*, a propósito del cartesianismo y su recelo frente a la erudición, —«[J]e quitterai entièrement l'étude des lettres; et me résolvant de ne chercher plus d'autre science que celle qui se pourrait trouver en moi-même, ou bien dans le grand livre du monde» (Descartes, 1824, p. 131)—, a propósito, en fin, de su entusiasmo por lo universal y perenne frente a lo particular y contingente. Algo de verdad hay en el tópico, no obstante. Desde luego, establecer conexiones entre las inclinaciones sociopolíticas de los autores y el contenido de sus contribuciones científicas es una empresa no exenta de peligros: siempre se corre el riesgo de caer en un externalismo simplista. Con todo, es casi inevitable verse abocado a concluir que la querencia de Meillet por la búsqueda de regularidades pancrónicas —tomamos prestado el término de Saussure (1972, pp. 134-135)— es solidaria, en parte, de su ideario político-social. De un Joseph de Maistre, que se negaba a reconocerle eficacia política alguna a la noción de *derechos del hombre*⁴², esperaríamos que, si fuese lingüista, enfatizase lo particular, lo propio y característico de cada lengua, y que recelase del proyecto de construir una lingüística general. De un hombre imbuido del universalismo y del optimismo gnoseológico de la tradición revolucionaria, esperamos que, si se dedica a la investigación lingüística, muestre un notorio afán por descubrir lo general bajo lo particular, por reducir lo diverso a lo uno. Esa fue, desde el principio, una de las más acusadas propensiones intelectuales de nuestro autor. No hace falta decir que la experiencia atesorada durante todo el siglo en curso no podía pasar en balde. La

⁴¹ «Esprit positif et précis, ayant horreur des rêveries romantiques», así lo describió Lucien Tesnière (1936, p. 33).

⁴² Es famoso el pasaje de las *Considérations sur la France* (1797) en el que se resolvía contra las abstracciones vacías de los revolucionarios: «La constitution de 1795 [...] est faite pour l'homme. Or, il n'y a point d'homme dans le monde. J'ai vu, dans ma vie, des Français, des Italiens, des Russes, etc. [...]; mais quant à l'homme, je déclare ne l'avoir rencontré de ma vie» (1797, p. 102).

ciencia del lenguaje había tenido su *momento De Maistre*, por así decirlo, y había comprendido que generalizar tomando como base el conocimiento de solo un puñado de lenguas entrañaba el peligro de tomar lo contingente por necesario.

De una persona tan consciente de su propia valía, tan sabedora de lo excepcional de sus dotes y, en fin, tan pronta al desdén por quien se le antojaba simple, cabría esperar que fuese pobre en afectos. No es fácil indagar en esta faceta de la vida de Meillet, en parte por la circunspección de que siempre hizo gala, en parte por la discreción de los necrologistas. Con todo, haremos una conjetura que, a la luz de las fuentes parece posible, a saber: que la relación de Meillet con Berthe Esbaupin no fue solo una amistad entre primos, hipótesis ya enunciada por Francis Gandon⁴³. *Algo más*, decimos, pero no nos atrevemos a cuantificar ese *algo*, esto es, a determinar el grado de cercanía entre Antoine y Berthe. La diferencia de edad —él era veinticuatro años más joven (cfr. *supra*, § 1.1.1, n. 21)— no invita a pensar en una relación amorosa. Y, sin embargo, cuando se lee la carta que Meillet envió a Esbaupin en junio de 1891, desde Echmiadzín (cfr. *supra*, § 1.1.2), es imposible no sorprenderse de la brutal franqueza («Ce serait la meilleure solution»). Un mes más tarde, habiendo recibido la noticia del deceso de la tía de Berthe, Antoine escribe:

Sois tranquille. Ta tante est morte: désolé de n'avoir pas été là. Cela t'a sans aucun doute produit un effet nerveux très fâcheux et que j'aurais

⁴³ Una sospecha que ya ha expresado Francis Gandon (2014, p. 111): «Berthe et Antoine consacraient fréquemment leur dimanche au piano à quatre mains. Berthe était, on s'en doute, plus qu'une cousine. Son décès, le 11 mars 1911, suscitera des condoléances empreintes de la plus profonde affliction». Cuando habla de «condoléances», Gandon alude a una afectuosa carta de pésame que Ferdinand de Saussure le envió a su amigo y exalumno (*apud* Benveniste, 1964, pp. 120-121). Así comenzaba: «C'est une attristante nouvelle qui m'arrive par votre faire-part, et un bien profond deuil, comme je le vois, qui s'est étendu sur vous depuis quinze jours, sans que je vous aie su dans ce chagrin».

pu amortir un peu. [...] Et puis le choc était tellement prévu et nécessaire !
(13 de julio de 1891; Gandon, 2014, p. 181).

Una vez más, la voz de Meillet suena con acentos que parecen rebasar lo puramente amical. En cualquier caso, lo que resulta más llamativo es el tratamiento que Paul Boyer le da al fallecimiento de la Srta. Esbaupin, y no solo por las palabras con que pondera el dolor de Meillet, sino también por el dato que introduce a continuación:

Un deuil cruellement ressenti avait frappé Antoine Meillet en 1911: la mort de sa cousine, Mademoiselle Berthe Esbaupin. Deux ans après, il perdait son père. Il demeurait donc seul (son frère vivait en province), lui, si naturellement sociable, et qui jamais n'avait été seul. La solitude lui fut atrocement pénible.

Or, en ce temps-là, nous avions comme commune élève, à l'École des langues et à l'École des Hautes Études, une jeune fille d'une rare distinction d'esprit, Mademoiselle Mercédès Garcia. La guerre, qui venait d'éclater, favorisait ces rapprochements entre professeurs et étudiants dont Michel Bréal et Louis Havet nous avaient, à Meillet et à moi, légué la tradition. Une amitié véritable, toute de confiance et de mutuel dévouement, naissait aisément entre maître et disciple. Et c'est ainsi qu'au sombre printemps de l'année 1916 Mademoiselle Garcia devenait Madame Meillet.

En la narración de Boyer, Mercédès Garcia aparece —de forma casi providencial— para ocupar el puesto de la prima Berthe. Se instaura, así, un vínculo entre las dos mujeres. García entra en escena en calidad de cónyuge, y Esbaupin cobra entonces un nuevo aspecto, como si, por una suerte de herencia invertida, asumiese el papel de su continuadora. Muy torpe habría sido Boyer si no hubiese advertido que su enfoque narrativo iba a influir poderosamente

samente sobre el público. Nosotros, desde luego, creemos que obró de intento. Su designio era producir la impresión de que Berthe Esbaupin y Mercédès Garcia habían sido, para Meillet, las dos mujeres de su vida, y, convencido de estar diciendo la verdad (insinuándola, más bien), no se cuidó del modo en que ello iba a afectar a la imagen de la primera.

Se equivoca Boyer, por cierto, al afirmar que el enlace Meillet-García se produjo en la primavera de 1916. La partida de matrimonio, que hemos podido consultar⁴⁴, da como fecha el 18 de mayo de 1915. Curiosamente, Boyer fue uno de los testigos, papel en el que estuvo acompañado por Louis Havet y Sylvain Lévi, compañeros e íntimos amigos de nuestro hombre. El mucho tiempo transcurrido desde la ceremonia —veintiún años, nada menos— le hizo olvidar, sin duda, la datación correcta.

El mejor retrato que de Mercédès Garcia tenemos —ignorado, a lo que parece, por necrologistas e historiadores— se lo debemos a Giacomo Devoto. Devoto nos pinta a la Sra. Garcia en su viudez, amorosamente entregada al recuerdo del difunto, casi recluida en la casa que con él había compartido:

Il lutto della signora Mercedes fu duro, inconsolabile, ma proprio perché sofferto, fu cosa viva. La signora Mercedes dovette vendere in anticipo al Collège de France l'usufrutto della casa di Châteaumeillant cui aveva diritto e dove passavano abitualmente le estati. E il rifiuto di arrendersi le diede coraggio, la mantenne fedele a sé stessa. Una specie di clausura discese sulla casa, a distinguere i visitatori a seconda della sopravvivenza dei ricordi. Aveva un fiuto tutto suo per distinguere quanti erano

⁴⁴ La partida es la n.º 150 del libro de actas matrimoniales del 16.º distrito de París. La sección que cubre el período comprendido entre el 29 de marzo y el 10 de junio (actas 88-178) se puede consultar en la siguiente dirección: <https://bit.ly/3nDyuss>.

un po' tentati di sentirsi ormai al margine del maestro scomparso, senza più obblighi.

Così son passati trentasei anni. Volati. Ogni volta che andavo a Parigi, andavo a trovare la signora Mercedes: ogni volta c'era qualche ruga in più, ogni volta qualche tristezza, qualche luto nuovo, l'idea di un mondo che si dissolveva (Devoto, 1975b, p. 118).

Gracias al testimonio de Devoto, que fecha su evocación el 25 de octubre de 1972, estamos en condiciones de enmendar un error que lleva algún tiempo circulando por la literatura especializada: la datación de la muerte de D.^a Mercedes en 1975 (cfr., p. ej., Fryba-Reber, 2006, p. 4). En realidad, el deceso se produjo el 11 de agosto de 1972, en el hospital geriátrico de Aligre, sito en la localidad de Bourbon-Lancy (departamento de Saona y Loira)⁴⁵. No es mucho más lo que hemos podido averiguar sobre Mercédès García. La consulta del registro civil nos ha revelado que había nacido el 29 de marzo de 1885; era, por lo tanto, diecinueve años más joven que su esposo. Cuando contrajo matrimonio, vivía con su madre, Fanny Baatard, en el n.º 92 de la avenida Mozart. El padre, Pedro García (de origen español, obviamente), ya había fallecido. Que fuese alumna de la École des Langues Orientales, no hemos logrado verificarlo. Sí tenemos constancia, en cambio, de que asistió a algunas clases de gramática comparada en la École Pratique des Hautes Études. En el *Annuaire* del curso 1915-1916, se da noticia de que, en el curso anterior, hubo una señorita García entre los oyentes de las lecciones de eslavística que impartía Meillet: «Dans la conférence de slave, on a étudié la syntaxe slave à propos de fragments de textes qu'expliquaient les auditeurs. MM.

⁴⁵ Así consta en la nota introducida, con fecha de 25 de octubre, en el registro de defunciones del 7.º distrito de París, donde la Sra. García estaba censada.

Malvi et Guillaume, Mmes. Stchoupak, De Willman-Grabowska, Garcia, Kantchalovska y on pris part» (Meillet, Gauthiot y Bréal, 1915-1916, p. 48).

Del testimonio del lingüista noruego Alf Sommerfelt, discípulo y amigo de Meillet, se desprende que Mercédès Garcia era mujer de gran valía intelectual, con buena formación lingüística y excelentes aptitudes para los idiomas:

Intense and continuous work —he wrote all his books during the vacations— undermined his strength and in 1932 he was struck down by hemiplegia and became almost blind. His eyesight was partly restored; he would not give in and continued to work with secretaries. He was much helped by his wife who is a good linguist in both senses of the Word. In fact, she was greatly superior to him as far as the speaking of foreign languages was concerned (Sommerfelt, 1962, p. 248; las cursivas son nuestras)⁴⁶.

Las palabras de Sommerfelt nos brindan una oportunidad para aludir al papel de Garcia durante los últimos cuatro años de Meillet. Según todas las fuentes disponibles, D^a. Mercédès lo colmó de atenciones. Vendryes, p. ej., pondera «l’admirable dévouement dont l’entoura pendant plus de quatre années d’angoisses et de soucis constants la compagne qu’il s’était choisie» (1937, p. 207). Boyer, después de evocar las numerosas afinidades que había entre los esposos (gusto por la música, por los viajes, por las largas camina-

⁴⁶ Idéntica observación encontramos en la nota necrológica que el iranista estadounidense Louis H. Gray dedicó al maestro. Gray cerró su texto dejando constancia de todo cuanto D.^a Mercédès había hecho por su difunto esposo: «[She is] a lady of *unusual linguistic ability*, who aided him in his labours and presided with charming hospitality over his home» (1937, p. 526; las cursivas son nuestras).

tas...), nos habla de la devoción de Mercédès por Antoine, puesta a prueba en los días sombríos que siguieron al ictus de 1932:

Quelques jours avant de mourir, il réclamait les épreuves de l'article dont il s'était chargé à l'*Encyclopédie française* et qu'il avait hâte de corriger. Et le regard poignant de ses yeux, de ses yeux, de ses pauvres déjà demi fermés à la lumière, disait assez sa gratitude à l'admirable compagne qui, en ces quatre années et demie de souffrances stoïquement supportées, pas un seul jour, pas une seule heure ne s'éloigna de celui dont elle portait fièrement le nom (Boyer, 1936, p. 197).

Ha llegado el momento de hacer balance. A lo largo de unas cuantas páginas, hemos podido descubrir diferentes vidas complementarias (Laín Entralgo, 1984, pp. 82-84) en la persona de Meillet, diferentes facetas en un mismo individuo: el amante de la música y de las bellas artes; el defensor de los obreros que, sin embargo, los creía voluntariamente ajenos a los más exquisitos frutos de la civilización; el republicano a machamartillo que, no obstante, recelaba de las masas y temía el sufragio universal... Varios rostros, una sola persona. En lo sucesivo, atenderemos, preferentemente, a una de entre las muchas caras que nuestro autor revela a quien lo observa: en Meillet veremos, sobre todo, al lingüista. Ahora bien, en esa cara se reconocerán, como al trasluz, algunas de las facciones que hemos identificado en las otras.

1.2 EL MEILLET PÚBLICO

1.2.1 La muerte de un maestro

El 21 de septiembre de 1936, en su quinta de Châteaumeillant, fallecía Antoine Meillet. Llevaba ocho días inconsciente —lo cuenta su discípulo Alfred Ernout (1936, p. 16)— por causa de un accidente cerebrovascular, el úl-

timo de una larga serie que había comenzado tiempo atrás, durante la Semana Santa de 1932. No diremos que la muerte *lo sorprendió* al final de uno de los retiros estivales en Le Paradis, ya que su óbito, como apunta Ernout (*ibid.*), era un desenlace previsto por sus allegados: «La nouvelle, si elle a mis en deuil ses amis et ses proches, ne les a pas, hélas!, étonnés». Desde aquella fatídica Pascua, cada nuevo año había sido más duro que el anterior. Falto de la vista, perdida la movilidad, el maestro dependía completamente de las atenciones de su esposa, que se las prodigó con encomiable desprendimiento. En medio de tantos sinsabores, una alegría: en el verano de 1936, el Institut de France⁴⁷ le otorgó el Premio Osiris, dotado con la suma de 100.000 francos. El día 3 de

⁴⁷ Creado en octubre de 1795, el Institut de France tenía el propósito inicial de reemplazar a las viejas academias, disueltas dos años antes por la Convención Nacional, y reunir bajo su tutela a «les représentants de toutes les branches des connaissances humaines» (Aucoc, 1889, p. XIV). En marzo de 1816, reinando Luis XVIII, se reconstituyeron la Académie Française, la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, la Académie des Sciences y la Académie des Beaux-Arts, pero sin dismantelar el Institut (Aucoc, 1889, p. XV), síntomas ambos de la ambigüedad consustancial a la Monarquía restaurada, que quería entroncar con el Antiguo Régimen, pero que, al mismo tiempo, no podía ignorar todo cuanto se había hecho —y deshecho— en el cuarto de siglo anterior. En octubre de 1832, bajo la Monarquía liberal de Luis Felipe de Orleans, la Académie de Sciences Morales et Politiques se sumó a las cuatro anteriores (*ibid.*). Fue entonces cuando el Institut tomó la forma que aún hoy conserva, según lo dispuesto en su reglamento general, aprobado en virtud del *Décret n°2007-810 du 11 mai 2007* (<https://bit.ly/2SzBHxZ>): «L'Académie française, l'Académie des inscriptions et belles-lettres, l'Académie des sciences, l'Académie des beaux-arts et l'Académie des sciences morales et politiques, régies par leurs statuts et règlements respectifs, composent l'Institut de France qui, outre la gestion de ses biens propres, est garant de leurs intérêts communs et respectifs» (art. 1).

julio, el periodista Jean J. Charles, del periódico conservador *L'Intransigeant*, dio cuenta de las reacciones del maestro y de su entorno:

[L]e maître nous confiait hier soir sa joie:
—La nouvelle n'est pas encore officielle!... ajoutait-il modestement
Les visiteurs se succèdent; collègues, anciens élèves accourus...
[...] D'autres visiteurs arrivent: on parle au professeur de sa santé:
—Soixante-dix ans, l'âge de la retraite!...
La retraite? Voilà au moins un mot qui semble peu le fait du professeur Meillet (Charles, 1936).

En su última línea, la crónica sacrificaba la verdad en aras de una cortesía bien intencionada. El deterioro físico del maestro era extremadamente grave, y, como ya sabemos, sus amigos y familiares no se hacían ilusiones. Era imposible albergarlas cuando, día tras día, los hechos las desmentían. «[La] dernière période de sa vie —escribió Joseph Vendryes (1937, p. 207)— laisse un souvenir douloureux à tous ceux qui l'ont connu et aimé». No obstante, entre tantos sufrimientos del cuerpo, Meillet conservaba incólume su mente. Sus conocimientos, su sentido del deber y su pasión por el trabajo no habían sufrido merma alguna:

[I]l avait gardé intacte son intelligence et, sans se faire d'illusion sur son état, il voulut tenir virilement son rôle dans la vie et accomplir jusqu'à l'extrême limite de ses forces ses tâches de professeur et de savant¹. Il se faisait aider pour lire les ouvrages nouveaux, pour écrire articles et comptes rendus, pour préparer les rééditions de ses livres et en corriger les épreuves. Il désirait et sollicitait les visites, surtout des jeunes, qu'il était pressé de connaître; il s'intéressait à leurs progrès, s'informait de leurs travaux et cherchait à préparer leur avenir. Il les mettait au courant de projets de vaste envergure dont il formait le plan dans sa tête. Son cerveau jusqu'aux derniers jours n'a pas cessé d'être actif; et quand on allait le voir, immobile

dans son fauteuil, courbé par la maladie, on était étonné, ému, ravi de lui trouver l'intelligence toujours lucide, trouver l'intelligence toujours lucide, la mémoire toujours fidèle et de recueillir encore de sa bouche des opinions pertinentes, des conseils éclairés, des idées fécondes (Vendryes, 1937, pp. 207-208)⁴⁸.

Las exequias se celebraron dos días después del deceso, en la catedral de Moulins. Ofició el P. Meilleroux, vicario general de la diócesis, en representación del monseñor Augustin Gonon, obispo: en el coro tomaron parte el P. Arthur S. Giraud, deán del cabildo catedralicio, y varios canónigos (Chevalier, 1936, p. 379). Asistieron al funeral, además de algunas autoridades académicas, varios amigos y discípulos del difunto: Vendryes, Boyer, Lévi, el antropólogo Marcel Mauss, el eslavista André Mazon, el helenista Pierre Chantraine y un joven Émile Benveniste, entre otros⁴⁹. Más tarde, ya en el cementerio, Jacques Chevalier pronunció unas palabras de despedida y homenaje. El maestro había dispuesto que no se pronunciase ningún discurso durante el sepelio. D.^a Mercédès, «[i]nteprete fidèle de sa pensée», le encomendó a Chevalier que, con brevedad y sencillez, expresase «le dernier adieu de sa petite patrie, justement fière de sa gloire» (Chevalier, 1936 p. 380). Cabría preguntarse si, al hacer aquel encargo, la viuda no estaba incumpliendo los deseos del difunto: a fin de cuentas, lo que hizo Chevalier fue pronunciar un discurso.

⁴⁸ Paul Boyer corrobora el testimonio de Vendryes: «[D]iminué physiquement, le maître des études linguistiques avait gardé l'intégrité de sa lumineuse intelligence, sa passion pour son devoir d'enseignement, son magnifique acharnement au travail» (1936, p. 197). Idénticas noticias nos ofrecen Louis H. Gray (1937, p. 526) y el indoeuropeísta belga Maurice Leroy (1936, p. 1295). Cabe suponer que Leroy y Gray, a diferencia de Meillet y Boyer, no contaban con información de primera mano, sino que se limitaban a referir lo que se les había contado.

⁴⁹ Una relación de asistentes más larga, pero no exhaustiva, nos la brinda Jacques Chevalier (1936, p. 379).

En cualquier caso, lo que interesa no es el hipotético incumplimiento de la voluntad de Meillet, sino el tenor de aquella oración fúnebre.

Chevalier no era simplemente un pensador católico; era un católico extremadamente conservador en lo político, que pocos años después ocuparía el cargo de ministro de Instrucción Pública del régimen de Vichy. Su mandato, que duró apenas tres meses (de diciembre de 1940 a febrero de 1941), se ha descrito como una ofensiva contra la laicidad de la escuela pública y, más aún, contra toda la obra laicizadora del gabinete de Emile Combes (1902-1905): «il lui importe essentiellement de faire regagner au catholicisme français les positions perdues depuis le combisme dans le français les positions perdues depuis le combisme dans le domaine scolaire» (Handourtzel, 1997, cap. IV)⁵⁰. Para quien conoce la trayectoria ulterior de Chevalier, no resulta difícil adivinar segundas intenciones en este pasaje de la oración fúnebre:

Antoine Meillet aimait passionnément les traditions de son pays. Cet homme, qui était la droiture même et la bonté, y demeura fidèle: il les servit par son œuvre, elles inspirèrent sa vie, elles consolèrent sa mort. À vrai dire, son nom se trouve, dès à présent, incorporé à la tradition de la France et, avec elle, il continuera de rayonner sur le monde (Chevalier, 1936, p. 380).

Diríase que Chevalier intentaba utilizar al difunto como un instrumento para la propaganda de sus ideas. Es de notar, sobre todo, la vinculación entre *tradiciones del país* y catolicidad: las tradiciones —dice Chevalier— fueron

⁵⁰ Justo es señalar que Chevalier, precisamente por lo hondo de sus convicciones religiosas, no formaba parte del sector más peligroso del régimen. Otto Abetz, el embajador de Alemania (que tenía mucho de procónsul), no lo veía con buenos ojos: le molestaban su catolicismo militante y su condición de devoto discípulo del judío Henri Bergson (Handourtzel, 1997, p. cap. III). De hecho, las presiones de Abetz provocaron el retiro de Chevalier y su sustitución por el escrito Abel Bonnard, laico, sí, pero ferozmente antisemita y genuino simpatizante del nazismo.

un consuelo para Meillet en su lecho de muerte. La misma idea reaparece, expresada con mayor claridad, en el obituario que Chevalier publica el año siguiente:

Dans l'une de nos dernières entrevues, il me caractérisa d'un mot la tradition qu'il servait, par opposition à tous les illuminismes: «notre rationalisme catholique, et je dis *notre*, car il y a une tradition catholique qui subsiste chez ceux-là même qui n'en ont pas gardé les croyances». Et, comme je lui souhaitais le courage, il ajouta: «Ce n'est pas le courage qui me manque. Pourtant j'aurais encore bien des choses à faire; mais il faut se soumettre à l'ordre des choses, à Celui qui vous appelez Dieu». *Il devait l'appeler tel, au jour de sa mort. Ainsi s'acheva sa vie, toutes traditions renouées, dans une sereine lumière d'éternité* (Chevalier, 1937, pp. 45-46; las cursivas son nuestras)⁵¹.

1.2.2 La reacción de la prensa

Este intento de instrumentalización de la figura de Meillet no fue óbice para que toda la prensa, sin excepciones, se hiciese eco de su muerte y le diese el relieve que merecía. *Le Populaire*, órgano de la S. F. I. O. (esto es, del Partido Socialista), publicaba un artículo laudatorio que se cerraba con estas palabras: «Plus que ses livres mêmes, plus que son enseignement direct [...], sa forte individualité aura laissé derrière lui [...] une méthode dont on peut attendre encore un grand avenir» (Bracke, 1936a). Como es natural el articulista ponía de relieve, sobre todo, la insistencia de Meillet en el carácter social del lenguaje

⁵¹ He aquí un testimonio de que Meillet murió reconciliado con la Iglesia, que se añade a las aportados por Pierre Swiggers (2006). Gracias a una carta que el P. Louis Mariès envió al lingüista holandés Jacobus van Ginneken (Swiggers, 2006, p. 143), el profesor Swiggers tiene constancia de que Jacques Chevalier fue el único orador que habló durante el sepelio.

y su interés por el descubrimiento de correlaciones entre las transformaciones de la sociedad y los cambios del vocabulario, que pueden ser, por tanto, indicio de aquellas. Una semana antes, el mismo autor había llorado amargamente la desaparición del maestro, a quien tenía por «l'un des homme qui lui [*scil.* à la France] donnaient droit á l'un des premiers rangs dans le concert humain» (Bracke, 1936b).

En el otro extremo del espectro político, *L'Action Française*, órgano del «nationalisme intégral» de Charles Maurras, daba cuenta del fallecimiento de Meillet, mencionaba los títulos de algunas de sus obras y concluía con un elogio muy generoso, aunque formulado en términos tal vez poco precisos: «M. Meillet était l'un des princes de la philologie» (Anónimo, 1936, 23 de septiembre)⁵². También situado en el campo conservador, pero en posiciones mucho más templadas, *Le Journal des Débats* publicaba en primera página la noticia del deceso, acompañándola de un apretado resumen de su carrera (puestos académicos, principales publicaciones científicas). El tono —huelga decirlo— era elogioso: «Antoine Meillet était considéré en Europe comme une grande gloire française» (P.-P. P, 1936, 24 de septiembre).

En el otoño de 1936, Francia vivía sometida a graves tensiones. El gobierno del Frente Popular (radicales, socialistas, comunistas) se veía asediado por las dificultades económicas (espiral inflacionaria, devaluación del franco) y por el odio de la extrema derecha (Borne y Dubief, 1989, pp. 160-164). Y, sin embargo, periódicos de signo ideológico muy diferente se ponían de

⁵² No pretendemos equiparar, en modo alguno, *L'Action Française* con *Le Populaire*. Este era un periódico de partido y, por tanto, parcial. La primera era publicación que rezumaba un antisemitismo indisimulado. El mismo día en que se publicaba el obituario de Meillet, *L'Action Française* acogía un artículo de Léon Daudet—hijo de Alphonse— en el que se defendía la ocupación italiana de Etiopía y se utilizaba la condición de judío del socialista Léon Blum, jefe del gobierno, para despojarlo de la de francés: «Léon Blum n'est pas seulement un Hébreu, étranger à toutes les fibres de notre pays, un Hébreu à l'état pur et rabbinique» (Daudet, 1936, 23 de septiembre). Valga este detalle para hacerse una idea del carácter de aquel medio.

acuerdo a la hora de rendirle homenaje al maestro desaparecido. Es un testimonio inequívoco del respecto que envolvía la figura de Meillet, uno de los pocos personajes capaces de concitar una emoción común en periódicos de signo opuesto.

1.2.3 La respuesta de los especialistas

En la sección anterior, a través de los textos de *Le Populaire*, *L'Action Française* y el *Journal des Débats*, nos hemos formado una imagen de la reacción de la prensa generalista ante el deceso de Meillet. Obviamente, no todos los periódicos se extendieron tanto; de hecho, algunos fueron bastante parcos: una fotografía más o menos reciente del maestro y una escueta noticia del fallecimiento (lugar, fecha). No obstante, las notas dominantes del tratamiento periodístico fueron, en conjunto, el asombro por las dimensiones de su obra investigadora y la gratitud por su papel como maestro: al partir, dejaba escritas mil páginas brillantes, pero también, y, sobre todo, mentes capaces de escribir otras tantas, que no era un logro menor. Aún más elogioso fue, como veremos ahora, el tono de las palabras que le dedicaron sus compañeros de profesión, y no solo los franceses, sino también los extranjeros. El suizo Charles Bally, p. ej., que había tenido alguna que otra fricción con él (Amacker, 1989, p. 107), ponderaba su talento como organizador:

Meillet n'a pas été qu'un grand savant, il était aussi un homme d'action, un animateur, un organisateur. Son enseignement aux Hautes Etudes, au Collège de France, à l'Ecole des langues orientales a formé, au cours de quarante années, une phalange compacte de disciples dont plusieurs sont aujourd'hui des maîtres; ils ont peu à peu constitué une tradition dont le rayonnement ne cessera de grandir. Le dévouement du professeur à ses étudiants ne connaissait pas de bornes; il savait deviner les ap-

titudes de chacun et les orienter dans la meilleure direction (Bally, 1937, p. 335).

Muy similar, en el fondo, es el comentario de Henri-François Muller, un romanista francés afincado en los EE. UU. Ante los ojos de Muller, Meillet aparecía, sobre todo, como «the creator of the flourishing French linguistic school» (1937, p. 65). *Escuela lingüística francesa*, he aquí una etiqueta que hizo fortuna. Más de treinta años antes, ya la había utilizado Victor Henry, al reseñar los *Mélanges linguistiques* (1902) con que los amigos y discípulos de Meillet quisieron rendirle un temprano homenaje: «En somme, nous avons en France une école linguistique, et ces jeunes gens entendent qu'on le sache: ils ont raison» (Henry, 1903, p. 403)⁵³. Siguieron sus pasos Maurice Grammont, en su reseña de los *Mélanges linguistiques offerts à Ferdinand de Saussure* (Grammont, 1912)⁵⁴, y Alf Sommerfelt (Sommerfelt, 1924, p. 22). Después de la muerte de Meillet, hablarían de *escuela francesa*, entre otros, Benvenuto A. Terracini (1949, pp. 172-174, 184), Iorgu Iordan (1962, pp. 507 y

⁵³ Germanista, helenista, latinista, Victor Henry inició su carrera docente (1883) en la Facultad de Letras de Douai (trasladada a Lille en 1887), y la terminó en la de París, adonde llegó para ocupar el puesto del sanscritista Abel Bergaigne (cfr. *infra*, § 3.2.1). Más que por sus contribuciones a la gramática comparada (1893, 1894), hoy se le recuerda por *Antinomies linguistiques* (1896), un breve pero sugestivo ensayo de lingüística general (Henry, 1896). Información abundante sobre la personalidad científica de Henry podemos encontrarla en Marc Décimo (1995) y en las comunicaciones reunidas y editadas por Christian Puech (2004).

⁵⁴ No estará de más señalar que Grammont no se limitaba a dar cuenta del contenido de las diferentes contribuciones reunidas en aquel volumen colectivo. Antes de nada, reclamaba para la *escuela francesa* el monopolio de la herencia saussureana: «En France, M. de Saussure a enseigné la grammaire comparée à l'École des Hautes-Études pendant dix ans (1881-1891). Son enseignement a donné naissance à une véritable école, l'école française de linguistique, qui s'est surtout fait remarquer par la netteté de ses vues et la sûreté de sa méthode. *En dehors de cette école, son nom est inconnu*» (1912, p. 387; las cursivas son nuestras).

ss.) y Tristano Bolelli (1979)⁵⁵. No faltó quien añadiese el título de *jefe* al título de creador de la escuela; *jefe* no ya de su círculo de alumnos y colaboradores, sino de disciplinas enteras. «La linguistique et la grammaire comparée —escribe Ernout (1936, p. 17)— perdent en lui leur chef, pour reprendre à son sujet un mot qu’il aimait appliquer aux conducteurs de peuples indo-européens». No podemos saber a ciencia cierta qué habría pensado Meillet de haberse visto descrito como una suerte de caudillo. Es posible que se hubiese sentido halagado, pero no cabe descartar una sincera protesta. A fin de cuentas, Meillet albergaba la convicción de que, en realidad, las mentes de los discípulos no las moldean los maestros, sino que se forjan a través de la interacción entre iguales:

Les professeurs s’imaginent parfois qu’ils forment des élèves. Ce n’est, heureusement, qu’une illusion. Ils évitent aux jeunes des pertes de temps en leur indiquant les bonnes traditions, les bonnes recettes, les domaines où il y a quelque chose à trouver; ils leur épargnent aussi quelques faux pas. Mais les jeunes gens se forment entre eux. Et c’est pour cela, sans doute, que, si j’évoquais mes souvenirs de professeur, je constateraï que

⁵⁵ Es de notar que Robert Gauthiot, uno de los discípulos predilectos de Meillet (cfr. *supra*, § 1.1.2), expresó una vez su disconformidad con la etiqueta *escuela lingüística francesa*, y lo hizo precisamente en un breve escrito acerca de Saussure y su legado: «[C]ette école n’est pas “française”, parce qu’elle n’a rien de national en principe, qu’un bon savant comme V[ictor] Henry n’en a pas fait partie, et qu’il y a des Français qui sont en dehors d’elle et qui étudient les faits du langage; mais elle est “de Paris” parce qu’elle a toujours encore son foyer principal là où F. de Saussure enseignait, ou elle s’est fondée, à l’École des Hautes Études» (Gauthiot, 1915, p. 90). A diferencia de Grammont, *exiliado* en la Universidad de Montpellier, Gauthiot, profesor de alemán en el liceo de Tourcoing (Meillet, 1916, p. 196), a unos 250 km al Noroeste de la capital, mantenía estrechos vínculos con el foco parisino. De ahí su preferencia por la denominación *de París* en lugar de *francesa*.

les élèves appelés à devenir de vrais savants viennent souvent par groupes (Meillet, 1928a, p. V).

Hubo autores que, en vez de incidir en la presencia de una apretada falange de discípulos, prefirieron llamar la atención sobre lo mucho que se hacía sentir la ausencia del maestro. El estadounidense Louis H. Gray, p. ej., se dolía del quebranto que sufrían los estudios de gramática comparada: «[Meillet's] passing [...] marks the loss to comparative linguistics of one of the most brilliant and distinguished scholar who have adorned [it]» (1937, p. 592). Desde su plaza en la Universidad de Brno (Checoslovaquia), que había ganado hacía pocos años (Pomorska, 1984, p. 44), Roman Jakobson se mostraba todavía más apesorado. No era una sola especialidad, sino la ciencia del lenguaje en su conjunto, la que iba a resentirse de la muerte de Meillet: «La lingüística ha perdido [...] a su máximo maestro» (1937, p. 131). Aún más extremoso, el joven indoeuropeísta italiano Giuliano Bonfante veía en la muerte de Meillet un perjuicio no ya para lingüística, no ya para Francia, sino para la humanidad entera: «pierde en él Francia uno de sus hijos más gloriosos, y el mundo un maestro sin igual» (1936, p. 381)⁵⁶. Paul Boyer, que hablaba como lingüista y como amigo, afirmaba que el mayor daño no lo sufría la ciencia, sino el país: «La France perd en Antoine Meillet l'un des hommes qui ont le mieux servi son génie» (1936, p. 198). Así y todo, la más hermosa y generosa estimación de la figura de Meillet se la debemos a Vendryes (1937, p. 240). En su opinión, Meillet era un dechado de la virtud intelectual que más estimaban los france-

⁵⁶ No nos encontramos ante una traducción, sino ante el texto original. Por entonces, Bonfante residía y trabajaba en España, en donde se había instalado tres años antes para hacerse cargo de la novísima Sección de Estudios Clásicos del Centro de Estudios Históricos (Lapesa, 1979, pp. 73-74). Al poco de la publicación del obituario, Bonfante dejó aquel país en guerra —recuérdese que Meillet fallece en septiembre de 1936— y se trasladó a los EE. UU.

ses de entonces: la claridad. Véanse las palabras con que cerraba su elogio fúnebre del maestro y amigo:

Ce qui toutefois mit le comble à sa gloire, ce sont ces beaux livres qui se succédèrent à intervalles si rapprochés et dont chacun épuisait sa matière en la renouvelant. Par leur langue élégante et ferme, ils témoignent, sans qu'il l'ait cherché, d'un réel talent d'écrivain. C'est que la forme est née du fond même, dont elle fait valoir tout le dessin, toutes les nuances. Le mérite essentiel appartient au fond, c'est-à-dire à l'esprit qui l'anime. En plus d'une érudition irréprochable et qui tient du prodige, on admire dans ces ouvrages la sûreté de la méthode, la justesse et la pénétration de l'analyse. C'est le triomphe suprême de la raison française ou, si l'on préfère, de l'esprit cartésien, car Meillet proclamait volontiers que toute notre pensée moderne vient de Descartes, qu'il appelait le plus grand des Français. S'il fallait pour conclure juger d'un mot l'œuvre de Meillet comme professeur, on pourrait dire que, partout où il a passé, les choses sont apparues après son passage mieux ordonnées, plus claires et plus belles qu'elles n'étaient auparavant⁵⁷.

Hemos visto cómo, dejando a un lado las expresiones de pesar (inevitables en casos como este), la desaparición de Meillet provocó respuestas diferentes. Algunos autores centraron su atención en todo lo que el difunto había

⁵⁷ Creemos que Vendryes no alude aquí a la supuesta *clarté du français* (para una historia de la génesis, la evolución y final descrédito del mito, cfr. Swiggers, 1987), sino a la claridad entendida como un hábito intelectual. Quizá se haya exagerado al ponderar el *besoin de clarté* de los franceses; ahora bien, testimonios como el de Ernest Renan (1890, pp. VI-VII) nos hacen pensar que no se trata de una fantasía. Evocando sus primeras tentativas como ensayista, que databan de 1848, Renan escribe: «Les exigences françaises de clarté et de discrétion, qui parfois, il faut l'avouer, forcent à ne dire qu'une partie de ce qu'on pense et nuisent à la profondeur, me semblaient une tyrannie. Le français ne veut exprimer que des choses claires; or les lois les plus importantes, celles qui tiennent aux transformations de la vie, ne sont pas claires; on les voit dans une sorte de demi-jour».

legado a la posteridad; otros, en lo mucho que se añorarán su consejo, su tutela, su dirección. Ahora bien, más allá de estas diferencias en la apreciación del hombre y su obra, descubriremos una nota común: todos los textos que se le dedicaron al llorado maestro, sin excepción, ponían de relieve su vocación de comparatista.

La pauta la había dado Vendryes. En su obituario, refería una anécdota llamada a gozar de enorme difusión, puesto que parecía capturar y encapsular la personalidad científica del maestro. El incidente había sucedido en el *Premier Congrès International de Linguistes* (La Haya, 10-15 de abril de 1928). Meillet, uno de los principales impulsores de la convocatoria, hubo de escuchar cómo algunos congresistas aludían al método comparativo como algo viejo y agotado, «d'où l'on pouvait conclure que les linguistes devaient [...] chercher une autre voie» (Vendryes, 1937, p. 213). Cuando hubieron terminado, se levantó de su asiento y dijo: «Mais moi, je suis comparatiste!». Si creemos a Vendryes, sus palabras no le pasaron precisamente inadvertidas a la concurrencia: «Chacun fut frappé de la vigueur presque agressive dont Meillet proclama cette affirmation» (*ibid.*). El indoeuropeísta Calvert Watkins ha supuesto —y no ha sido el único— que Meillet estaba respondiendo a «[le] défi de la phonologie synchronique posé par Jakobson» (1984, p. 3). No hay argumentos consistentes que se puedan esgrimir en defensa de dicha hipótesis, y sí se dispone, en cambio, de no pocos indicios sobre su inexactitud. Por una parte, Meillet había dado muestras de apertura hacia la tesis central de la «phonologie synchronique» antes de que Trubetzkoy y Jakobson publicasen sus primeras contribuciones a la nueva disciplina⁵⁸. Por otra parte,

⁵⁸ Valga como ejemplo su reseña de *Russkie glasnye v kačestvennom i količestvennom otnošenii* ('Las vocales rusas desde los puntos de vista cualitativo y cuantitativo), del lingüista ruso Lev V. Scherba, donde se leen estas palabras: «[Sčerba] insiste *avec grande raison* [...], à la suite de M. P. Passy, sur les distinctions phonétiques qui ont une valeur significative et sur celles qui ne servent à rien distinguer. Les phonéticiens qui examinent les faits

la comunicación de Jakobson, Karcevsky y Trubetzkoy en el congreso de La Haya incidía, sobre todo, en la necesidad de transformar la lingüística *diacrónica* mediante la superación de «la conception», común a los Neogramáticos y a Saussure, «selon laquelle les changements phonétiques sont fortuits et involontaires et que la langue ne prémédite rien» (1929, p. 35). El principio de funcionalidad debía imperar también en el estudio de los cambios fonéticos. Estos no son meros accedentes que le sobrevienen a la lengua, sino modificaciones que tienen el propósito de conservar o alterar el sistema: «[L]a question du but d'un événement phonétique [...] s'impose de plus en plus au linguiste, à la place de la question traditionnelle des causes» (1929, p. 36).

Nada de esto podía resultar particularmente molesto para Meillet. Sí es probable, en cambio, que la responsable de su reacción fuese la comunicación de Charles Bally y Ch. Albert Sechehaye, que constituía una clara tentativa de purgar la descripción lingüística de adherencias diacrónicas y que, para alcanzar este objetivo, llegaba casi hasta el extremo de desvalorizar la investigación comparativa e histórica. «[L'] observateur qui [...] fait table rase de l'histoire quand il envisage le système, s'affranchit par là d'une foule d'entraves artificielles», apuntan los ginebrinos (1929, p. 42). Esta tesis, por sí sola, no habría bastado para suscitar el enfado de Meillet; de hecho, él mismo venía haciendo observaciones semejantes desde hacía veinte años⁵⁹. Lo que nuestro autor no

d'une manière brute passent à côté de distinctions qui sont capitales dans la langue et courent risque d'insister sur des cas où la langue admet des variations très étendues, mais sans valeur» (Meillet, 1912-1913, p. CXIII; las cursivas son nuestras).

⁵⁹ En su primera conferencia como titular de la cátedra de gramática comparada del Collège de France (13 de febrero de 1906), Meillet había pronunciado estas palabras acerca de la flexión nominal del armenio moderno, caracterizada: «[D]ans une langue comme l'arménien moderne, où la flexion nominale a des formes distinctes pour un nombre de cas à peine moindre que celui de l'indo-européen, les désinences qui marquent chaque cas sont si fixes et si constantes, identiques d'ailleurs pour le singulier et pour le pluriel, qu'elles sont de tous points comparables aux prépositions françaises; une observation pure et simple des

podía aceptar era que, para defender la descripción ahistórica, puramente sincrónica, se menospreciase la explicación histórica. Los comparatistas siempre se habían jactado de que su perspectiva era la única que permitía dar cuenta de todo lo que en una lengua dada es irregular, al revelar su carácter de vestigio de regularidades pretéritas. Meillet lo había expresado con claridad y rotundidad inigualadas en su *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes* (1903, pp. 9, 378), obra casi de juventud, y lo haría de nuevo en trabajos tardíos (cfr., p. ej., Meillet, 1932, p. 213). Ahora tenía que oír que ese género de explicación era de carácter casi ilusorio, porque lo explicado eran solo las formas de las unidades, no sus «valeurs» (Bally y Sechehaye, 1929, p. 39), que «*priment les formes et non inversement*»:

On voudrait sauver l'explication historique des états en se retranchant derrière la distinction entre formes régulières et formes anormales; les dernières au moins s'expliqueraient mieux par la diachronie que par la synchronie. La forme, oui, la valeur et le fonctionnement, non. C'est le passé qui explique l'opposition, *travail-travaux, un bœuf (bœf), des bœufs (bœ)*. Mais il est évident que les sujets ne savent rien de ce qui a créé ces formes; ils obéissent simplement à la règle statique qui veut que l'irrégulier soit expliqué par association mnémique avec le régulier. Ces pluriels *les*

faits, qui ne tiendrait pas compte de l'histoire —*et c'est ainsi qu'on devrait toujours décrire les langues*— aboutirait à mettre sur un même plan les unes et les autres» (1906, p. 9; las cursivas son nuestras). Por otra parte, si se exploran con detenimiento los números del *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris* publicados durante el segundo decenio del siglo, no será difícil encontrar reseñas donde Meillet se muestra harto comprensivo con los adalides del enfoque descriptivo. Véase, p. ej., la que dedicó al *Traité de stylistique française* (1909) de Charles Bally. Meillet constata que «la linguistique est dominée par une préoccupation d'histoire [...] dont le caractère exclusif surprend et scandalise ceux qui du dehors viennent à y jeter les yeux» (1909-1910, p. CXIX), y apunta —mostrando no contrariedad, sino complacencia— que iniciativas como la de Bally conducirán al desarrollo de «une étude des langues modernes qui sera scientifique sans être historique, et des résultats de laquelle on peut être sûr que la linguistique historique tirera un large profit» (*ibid.*).

travaux, *les bœufs* son implícitement confrontés avec les pluriels invariables *les œuvres*, *les vaches*, etc., de sorte que la variation *travail-travaux* est au fond de même nature que celle de *tout surpris-toute surprise*, confrontée avec *très surpris*, *très surprise*. Les conjugaisons irrégulières fonctionnent uniquement par association permanente avec la conjugaison régulière (en français, celle en *er*); ainsi *il va*, *nous allons*, *j'irai*, etc., n'existent que grâce à l'appui constant de *je marche*, *nous marchons*, *je marcherai*, etc. (*ibid.*).

Fuesen o no estas palabras de Bally y Sechehaye las que motivaron el enfado de Meillet, de una cosa no hay duda: la anécdota del «Mais moi, je suis comparatiste!» ha gozado de gran popularidad entre cronistas e historiadores, que se complacen en citarla cuando necesitan retratar al hombre —y caracterizar su obra— con un solo trazo del pincel⁶⁰. No es de extrañar que la imagen póstuma de Meillet quedase indisolublemente vinculada con la palabra «comparatista» ni que durante décadas se le haya descrito únicamente como tal. La pauta la había dado Joseph Vendryes, su amigo y colaborador durante décadas, de modo que la discrepancia parecía una temeridad. A pesar de la meritísima labor editorial de Fiorenza Granucci, que ha exhumado las notas de Meillet para el *Cours de linguistique générale* que no llegó a completar (Granucci, 1992; Meillet, 1995), a pesar de las numerosas llamadas de atención de Pierre Swiggers (la más reciente, hasta donde sabemos, Swiggers,

⁶⁰ Que sepamos, la alusión más temprana al suceso —dejando a un lado la del propio Vendryes— es esta de un jovencísimo Antonio Tovar (1944, p. 130): «Meillet aparece en el momento del máximo prestigio de los “jóvenes gramáticos”. Dentro del método histórico y comparado se mantuvo siempre. Vendryes cita la significativa anécdota de que en el Congreso de lingüistas de La Haya (1928), cuando ciertos oradores se declararon contra el método comparativo, Meillet hubo de levantarse y decir: Mais moi, je suis comparatiste». Después de Tovar llegarían, entre otros, Alfred Merlin (1952, p. 576), Calvert Watkins (1978, p. 60, 1984, p. 3), Giancarlo Bolognesi (1987, p. 143) y Anna Morpurgo Davies (1988, p. 236).

2010b, p. 22), nuestro autor ha seguido siendo, para el común de los lingüistas, un comparatista; un gran comparatista, sí⁶¹, pero no más que un comparatista. El tercer capítulo de este trabajo va a tener como uno de sus propósitos, precisamente, impugnar esa visión reduccionista, que creemos injusta por partida doble.

En primer lugar, un examen rápido de la producción científica de Meillet basta para percatarse de lo amplio de sus miras, de lo inagotable de su curiosidad y, como diría Roman Jakobson (1988a, p. 131), de su «extraordinaria universalidad de perspectiva». Describirlo como un comparatista o un indoeuropeísta *a secas*, sin aportar notas adicionales, es dar una idea inexacta (aunque no falsa) de su personalidad académica. Sí, Meillet fue un comparatista; comparatista practicante y, más aún, teorizante (1925), que no es detalle sin importancia. El s. XIX, edad dorada de la gramática comparada, apenas había cultivado la reflexión sobre la fundamentación del método de la reconstrucción comparativa ni sobre las operaciones que lo integran. «[L]ittle has been done about [the] task [...] of rigorously describing the procedure used in reconstruction. [...] *The great tradition in comparative linguistics is teaching by example*», escribe Henry M. Hoenigswald (1950, p. 357), un metodólogo de primera fila (Hoenigswald, 1960). Pues bien, el mismo Hoenigswald le reconoce a Meillet el no pequeño mérito de ser quizá el pri-

⁶¹ Sus contribuciones a la metodología de la gramática comparada se citan todavía con provecho y sin desdoro. He aquí una muestra que vale por muchas. Cuando Lyle Campbell tiene que dejar clara la diferencias entre las concordancias interlingüísticas que son prueba de conexión histórica y las que solo implican similitud tipológica, invoca el ejemplo de Antoine Meillet: «Meillet advocated permitting only comparisons which involve both sound and meaning together. Similarities in sound alone (e.g., tonal systems in compared languages) or in meaning alone (e.g., grammatical gender in compared languages) are not reliable, since they are often independent of genetic relationship, due to diffusion, accident, typological tendencies, etc.» (Campbell, 2003, p. 277).

mer comparatista que se propuso poner por escrito una descripción clara de su *modus operandi* (1963, p. 10).

Cuando leemos las palabras *comparatista* e *indoeuropeísta*, pensamos, en efecto, en un estudioso que solo se siente verdaderamente cómodo al realizar labores reconstructivas a partir de los estados de lengua más antiguos de las varias ramas de la familia: para la indoaria, el avéstico y el védico; para la helénica, el dialecto homérico; para la germánica, el gótico, etc. Este comparatista puro tiene bastante o mucha familiaridad con una o dos ramas, cuyos testimonios conoce de primera mano: puesto ante los textos, sabe descifrarlos y traducirlos, se interesa, quizá, por su contenido, puede reconocer, si es el caso, la mezcla de formas pertenecientes a diversos estratos temporales o distintas variedades dialectales, etc. En el resto de las ramas, en cambio, no tiene trato habitual con los textos, de manera que hace acopio de datos en diccionarios y gramáticas. Pues bien, si hay un estudioso que se aleja del tipo ideal que estamos describiendo, ese es Antoine Meillet. En el obituario que le dedicó, su exalumno Lucien Tesnière describe con admiración lo extenso de sus conocimientos. Comienza por llamar la atención sobre sus contribuciones a la lingüística eslava y armenia, y luego añade:

Mais cette connaissance approfondie d'un idiome ou d'un groupe d'idiomes, généralement réservée aux philologues qui s'y sont longuement spécialisés, Meillet ne l'acquiesce pas seulement pour l'arménien et pour le slave. Philologue, il sut l'être dans presque tous les domaines auxquels il s'attaqua. Non seulement les arménisants et les slavissants, mais encore les indianistes, les iranissants, les hellénistes, les latinistes, tous le regardaient comme une autorité dans leur partie et le revendiquaient comme un des leurs. Et c'est certainement pour une large part dans cette variété des phi-

lologies qu'il sut dominer que réside le secret de sa puissance de synthèse comme linguiste.

A l'iranisant, on doit une *Grammaire du vieux-perse* (1915) et des études *Sur les Gâthas [sic] de l'Avesta* (1925); à l'helléniste, un *Aperçu d'une histoire de la langue grecque* (1913), qui est un petit joyau d'humanisme éclairé, et *Les origines indo-européennes des mètres grecs* (1923), sans oublier le *Traité de grammaire comparée des langues classiques*, publié en collaboration avec J. Vendryes (1925, 2e éd. 1927); au latiniste, une étude sur *Quelques innovations de la déclinaison latine* (1906), une *Esquisse d'une histoire de la langue latine* (1928), et, en collaboration avec A. Ernout, un *Dictionnaire étymologique de la langue latine* (1932); au germaniste, un livre sur les *Caractères généraux des langues germaniques* (1917). Cette brève énumération montre combien son horizon linguistique était large (1936, p. 34-35).

Por otra parte, como ya hemos advertido, hubo en Meillet una querencia por lo general y las generalizaciones, que se manifestó, además, desde el comienzo de su carrera. Algunos de sus coetáneos lo señalaron sin vacilación. Paul Boyer, íntimo amigo, llamó la atención sobre esa vertiente de su quehacer científico: «[C]e fut [...] l'un des chagrins de sa vie de n'avoir pas en les temps d'écrire [...] ce *Manuel élémentaire de linguistique* dont il m'avait donné l'esquisse en 1910» (1936, p. 195). Con claridad lo dijo también Charles Bally, con quien Meillet mantuvo una relación mucho menos estrecha:

En fin, par une pente naturelle, il était amené à méditer sur le langage humain en soi, et ses vues personnelles sur la linguistique générale ont une grande portée. On peut regretter qu'il ne nous ait pas laissé, en guise de

testament scientifique, cette «somme» définitive, comparable au *Cours de linguistique générale* de Ferdinand de Saussure (Bally, 1937, p. 335)⁶².

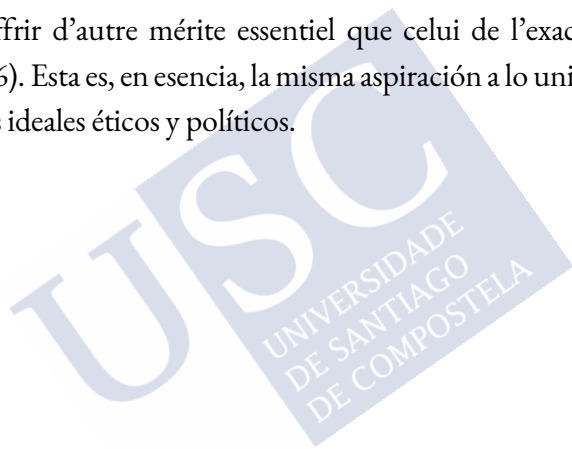
1.3 CONCLUSIONES

A lo largo de las páginas anteriores, hemos intentado disipar algunas de las sombras que envolvían la vida de Antoine Meillet, ya corrigiendo algunos de las inexactitudes que se han deslizado en la tradición historiográfica, ya despejando incógnitas que dejaron sus amigos en los textos que le dedicaron con motivo de su muerte. Ahora bien, a pesar de los esfuerzos realizados, hay zonas de sombra que no ha sido posible iluminar. Las limitaciones en la documentación accesible nos impiden esclarecer, p. ej., el carácter de la relación que mantuvo con su hermano Émile o con su prima Berthe.

A veces, durante la redacción de este capítulo, hemos sentido la tentación de calificar a Meillet de hombre reservado, poco dado a la exteriorización de sus sentimientos, pero hemos acabado percatándonos de que no tenía por qué expresarlos a través del papel. Como cualquier otra persona, vivía su vida para sí, no para quienes, casi un siglo después escriban sobre ella. Más, a pesar de la pervivencia de algunos puntos oscuros, las pesquisas han dado, en conjunto, buenos frutos. Hemos visto, en particular, que Antoine Meillet fue un liberal progresista de la Francia de la Tercera República: laico y laicista, pero sin estridencias antirreligiosas; preocupado por la suerte de las multitudes, pero apartadizo y, a veces, un poco desdeñoso; racionalista, cosmopolita y, por tanto, muy receloso ante el nacionalismo, en el cual veía un peligro para la

⁶² Alusiones a la preocupación de Meillet por las cuestiones generales podemos encontrarlas también en los obituarios escritos por Alfred Coville (1936, p. 225), Maurice Leroy (1936, p. 1294) y Jacques Duchesne-Guillemin (1937, p. 142). Ahora bien, ninguno de ellos alude, ni siquiera de manera vaga, al designio incumplido de escribir un tratado; tan solo remiten a los artículos recogidos en los dos tomos (1926b, 1936) de *Linguistique historique et linguistique générale*.

civilización europea. En estos caracteres del ciudadano hemos creído reconocer una querencia espiritual, que también se manifiesta en su obra de lingüista. Meillet no despreció nunca el conocimiento de los hechos particulares, pero aspiró siempre al descubrimiento de leyes generales. No podemos saber a ciencia cierta si leyó el *Discours sur l'esprit positif* (1844) de Auguste Comte, pero, desde luego, consideramos que había podido hacer suyas palabras como estas: el principio de «la subordination constante de l'imagination à l'observation», que es irrenunciable, no debe interpretarse de tal suerte que la ciencia caiga «en une sorte de stérile accumulation de faits incohérents, qui ne pourrait offrir d'autre mérite essentiel que celui de l'exactitude partielle» (1844, p. 16). Esta es, en esencia, la misma aspiración a lo universal que hemos visto en sus ideales éticos y políticos.



CAPÍTULO II

LA LINGÜÍSTICA DEL XIX VISTA DESDE EL FIN DE SIGLO

2.1 Las glorias del comparatismo: un relato autocelebratorio

- 2.1.1 La visión de Graziadio I. Ascoli: William Jones, el pionero
- 2.1.2 La visión de Friedrich Max Müller: Friedrich Schlegel, el poeta
- 2.1.3 La visión de Domenico Pezzi: Franz Bopp, el constructor
- 2.1.4 Acotaciones a la historia convencional

2.2 Voces disidentes: hacia una lingüística general

- 2.2.1 Alemania, primer tercio del s. XIX: Wilhelm von Humboldt
- 2.2.2 Alemania, último tercio del s. XIX: Hermann Paul
- 2.2.3 Algunas voces de la periferia

2.3 Conclusiones



Tal como anunciamos en la *Introducción*, este capítulo pretende ser una descripción del marco intelectual en el que se inscribió la personalidad científica de Meillet, bien entendido que, a diferencia de un cuadro, un marco intelectual no es solo límite, sino también horizonte de posibilidades y vehículo para alcanzarlo (y acaso rebasarlo). Con Karl Popper (1983, pp. 159, 164 y ss.) sabemos que el científico no se halla jamás solo, inerme frente a la realidad; por el contrario se acerca a ella con ánimo inquisitivo, dispuesto a interrogarla. Esas preguntas y respuestas que preceden a la observación—y que le dan sentido, esto es, propósito— conforman la tradición en la que el investigador se inserta, incluso en los casos en que pretende llegar más lejos: para poder saltar, hace falta una plataforma en la que apoyarse.

Al igual que otros hombres de ciencia, Meillet mostró una acusada dualidad en sus relaciones con el marco en que estaba incardinado. El comparatismo fue para él un hogar en el que vivir y, al mismo tiempo, una celda de la que liberarse. El diseño del presente capítulo es un reflejo de esa dualidad: primero describimos el hogar; luego mostraremos lo que de cárcel tuvo. La primera operación (apdo. 2.1) la llevaremos a cabo apoyándonos en el testimonio de los cronistas del s. XIX, creadores de la imagen de aquella época como de «the heroic age of linguistics» (Hoenigswald, 1986, p. 174). Veremos cómo se representaban los orígenes del método comparativo y su utilización para el deslinde de la familia indoeuropea, que concebían como una gran hazaña en el campo de los estudios lingüísticos. Obviamente, al examinar esa tradición narrativa se nos ofrece la posibilidad de adentrarnos en el conocimiento de los hechos narrados (no se puede observar un espejo sin ver también, al mismo tiempo, lo que en él se refleja). Hemos procurado aprovechar esta oportunidad que se nos brinda y, para ello, no hemos dudado en poner numerosos ejemplos concretos allí donde los autores de la época no creyeron necesario ofrecerlos. La precisión adicional que estos ejemplos aportan se traduce, por supuesto, en una ralentización de la marcha del trabajo, pero creemos que el rigor vale más que la agilidad. Sobre todo, hemos querido evitar

un hábito que Henry M. Hoenigswald (1986, p. 173) ha advertido en parte de nuestra tradición historiográfica: el hablar de lo que los lingüistas dicen hacer y no describir, al mismo tiempo, lo que en efecto hacen. De resultados de este enfoque, la presentación del contexto que se ofrece es extensa y detallada, de modo que estas páginas podrían leerse como un estudio autónomo de (meta)historiografía a propósito de la gramática comparada del s. XIX. No obstante, no deben verse como un cuerpo extraño alojado en el interior de este trabajo: su presencia se justifica porque, como ya hemos dicho, la tradición comparatista fue un hogar para Meillet. Fue también, al mismo tiempo, una cárcel, lo cual justifica que este capítulo tenga un segundo apartado, contrapunto, en cierto modo, del primero.

En la segunda parte del capítulo (apdo. 2.2), comprobaremos cómo todas las glorias del comparatismo, motivo de orgullo legítimo para los lingüistas, no bastaban para acallar las dudas de algunos de ellos. Mucho se había hecho, sin duda, pero, en ciertos círculos, cundía la impresión de que la lingüística no estaba cumpliendo su más alto objetivo: convertirse, a través del estudio de las *lenguas*, en una ciencia del *lenguaje*. Voces más o menos aisladas habían dado cuerpo a tales ideas ya en los primeros años de la centuria, pero no había llegado a tener un impacto considerable (acaso porque, en aquel momento, la mayor parte de las energías se invertían en hacer acopio de información sobre las *lenguas*). Hacia el final del siglo, cuando Meillet dio comienzo a su trayectoria investigadora, había ya un clamor que no se podía ignorar. Prestaremos atención a algunos de los miembros del coro (cada uno con su propio timbre y acento), y no prepararemos, así, para apreciar cómo sonó la voz de nuestro autor dentro de aquel concierto.

2.1 LAS GLORIAS DEL COMPARATISMO: UN RELATO AUTOCELEBRATORIO

Si ansiamos comprender la producción historiográfica de los autores que se formaron en los años de esplendor de la lingüística comparativa e histórica,

nos será útil recordar unas líneas de Theodor Mommsen sobre los usos funerarios de la nobleza romana en tiempo de los Escipiones. Tanto las evocaciones históricas, como la que se muestra en este capítulo, como las ceremonias fúnebres pueden responder a una misma finalidad: mostrar una imagen del ayer y proponerla como modelo para el mañana. He aquí, en fin, el pasaje que nos interesa, en el cual se describe la procesión de las imágenes de los antepasados (lat. *imagines maiorum*), «el más bello y el principal episodio del cortejo [funerario]», dice Mommsen:

En caso de muerte de uno de los miembros de la familia, se revestían ciertos hombres asalariados (*mimi*), mímicos o histriones, con el traje correspondiente a las funciones que habían desempeñado los antepasados, y se los colocaba en carros que precedían al féretro, formando una especie de escolta llevando cada cual el traje correspondiente á sus más altas dignidades [...]. Detrás llevaban el lecho fúnebre (*lectica, feretrum, capulus*), cubierto de pesados tapices de púrpura o bordados de oro, y ricas mortajas sobre las que reposaba el cadáver, vestido igualmente con todas las insignias de su más elevado cargo. Llevábanse a su lado las armaduras de los enemigos muertos y las coronas de honor que había ganado. Seguían los parientes completamente vestidos de negro, y sin adornos. Los hijos, con la cabeza cubierta, las hijas sin velo, los agnados y cognados, los amigos, los clientes y los emancipados. Al llegar al *forum*, se detenía el cortejo; colocábase el lecho mortuario sobre un tablado, bajaban del carro los antepasados, e iban a sentarse en las sillas curules. El hijo ó el pariente más próximo, subía sobre los *rostra* y enumeraba, sin exagerar, los nombres y las acciones de sus antepasados, todos sentados y presentes, y hacía ante la multitud reunida el elogio fúnebre del difunto (*laudatio funebris*) (Mommsen, 1876, pp. 171-172).

Ceremonias como estas, con tanta pompa, se encaminan no solo a honrar a los difuntos, sino también a dejar hondas impresiones en la mente de los

vivos. Convertida casi en una corporación, la familia pretende espolpear a *los de dentro* (proponiéndoles modelos) e impresionar a *los de fuera* (haciendo ante ellos un alarde de glorias que jamás podrán igualar). Pues bien, la lectura que haremos en este capítulo de algunos textos representativos de la historiografía lingüística del s. XIX (y de las primeras décadas del XX) nos hará ver que su función es semejante a la de una procesión de *imagines maiorum*⁶³. En efecto, ponen ante los ojos del lector un elenco de gestas científicas y de héroes del saber, y lo invitan a engrosar aquellas y sumarse a estos. No se esconden los tropiezos ocasionales, pero, vista en su conjunto, la historia reciente de la disciplina aparece como una sucesión de triunfos que desemboca, por fuerza, en su estado presente (atalaya desde donde se contempla el legado de las generaciones anteriores y se intuyen caminos para las que han de venir).

Así pues, encontraremos con facilidad textos que sean expresión de orgullo por las empresas que se han llevado a cabo, testimonio de un consenso general en torno a los métodos que han posibilitado tales logros y, finalmente, esbozo de un programa de actuaciones a corto y a medio plazo. Dicho de otra forma: textos que se adscriben al género de las «*summing-up histories of linguistics*» (Koerner, 1999a; Koerner, 1999b). Conviene examinar cómo caracteriza Konrad Koerner dicha clase de obras y qué ejemplos nos brinda, ya que tanto la descripción como la lista de títulos son de gran relevancia en el contexto de este trabajo. Las «*summing-up histories*» —escribe Koerner (1999b,

⁶³ Salustio, en el prólogo del *Bellum Iugurthinum*, ya apuntaba una conexión entre las *imagines maiorum* y el relato histórico, atribuyendo a este la primacía. No son las mascarillas funerarias de cera —afirmaba— las que hacen que los hombres se conduzcan de esta o aquella manera, sino el recuerdo de los hechos que llevaron a cabo: «Nam saepe ego audiui Q. Maximum, P. Scipionem, praeterea civitatis nostrae praeclaros viros solitos ita dicere, cum maiorum imagines intuerentur, vehementissime sibi animum ad virtutem accendi. Scilicet non ceram illam neque figuram tantam vim in sese habere, sed memoria rerum gestarum eam flammam egregiis viris in pectore crescere neque prius sedari, quam virtus eorum famam atque gloriam adaequaverit» (Salustio, 1919, p. 55; las cursivas son nuestras).

pp. 26-27)— son el signo de que en el seno de la comunidad científica reina una concordia casi perfecta en cuanto a los fines y medios propios de la disciplina. La línea de meta está trazada; todo lo que queda por hacer es seguir andando. De vez en cuando, el caminante necesitará que le recuerden de dónde viene y adónde va, que le muestren que es continuador de insignes andariegos, que lo convenzan de que, si persevera, conquistará la gloria de llegar a parajes que aquellos no conocieron. Ese es, precisamente, el papel de las historias del tipo «*summing-up*»: infundir un sentimiento de comunidad y de continuidad. Son, según Koerner (1999, p. 27), obras que muestran el desarrollo de la disciplina «in an essentially unilinear fashion». En cuanto a los títulos que se podrían adscribir a tal género, Koerner destaca dos: la *Geschichte der Sprachwissenschaft und orientalischen Philologie* ('Historia de la lingüística y de la filología oriental') de Theodor Benfey (1869) y la *Geschichte der germanischen Philologie* ('Historia de la filología germánica') de Rudolf von Raumer (1870).

Nosotros, con todo, no vamos a trabajar con ninguno de esos textos, que ya son —sobre todo el primero— bien conocidos de los especialistas. Hemos preferido fijar nuestra atención en un testimonio más temprano de la tradición historiográfica en la que se insertan Benfey y Von Raumer. Nos referimos a los «Cenni storici sugli studi orientali e linguistici» ('Apuntes históricos sobre los estudios orientales y lingüísticos') que un joven Graziadio I. Ascoli incluyó, allá por el año 1854, en el primer fascículo de la revista *Studi orientali e linguistici*. Su lectura nos mostrará que los cultivadores de la *nueva* lingüística adquirieron tempranamente la conciencia de constituir un grupo y el orgullo de saberse parte de él, bien entendido que la voz *grupo* debe tomarse, en este caso, en un sentido muy vago. No pensamos en un círculo de personas ligadas por los estrechos lazos del trabajo cooperativo y del contacto reiterado (sea epistolar o cara a cara), sino tan solo en una constelación de individuos con experiencias, inquietudes y aspiraciones compartidas, y que se

mueven en escenarios que, desde cierto punto de vista, son similares (o incluso idénticos).

Una vez finalizado el examen del escrito de Ascoli, nos acercaremos a un par de textos posteriores y demostraremos que, en lo esencial, no hay modificaciones de calado: cuando escrita por y para comparatistas, la historia de la lingüística es un autorretrato grupal, y las facciones de ese personaje colectivo ya se hallan bien definidas hacia mediados del s. XIX. Concretamente, vamos a prestar atención a los panoramas históricos que se nos ofrecen en dos obras cuyo propósito principal no es reconstruir el pasado de la disciplina, sino familiarizar al lector con los problemas, métodos y resultados de este ramo del saber: las *Lectures on the science of language* de Friedrich Max Müller y la introducción de Domenico Pezzi a su traducción (parcial) del *Compendium der vergleichenden Grammatik* de August Schleicher. Dos son las razones que avalan esta elección. Por una parte, es probable que obras de este género influyesen mucho sobre la imagen que los lingüistas tenían del pasado de su ciencia, incluso más que las de carácter declaradamente histórico. Se ha hecho notar, con razón que «[e]l conocimiento de los ejemplos históricos y de las figuras patriarcales de la disciplina [...] constituyen parte importante del proceso de socialización [del] científico» (Kragh, 1989, p. 148), pero conviene añadir que, en muchos casos, ese conocimiento se va depositando por decantación en el fondo de la mente de los científicos, a medida que van adquiriendo las técnicas y aprendiendo los resultados de su especialidad. Por otra parte, las obras que sí pretenden ser historias de la lingüística decimonónica —obras como las de Vilhelm Thomsen (1945) y Holger Pedersen (1931)— son ya bien conocidas, de tal modo que su relectura, por concienzuda que sea, no puede descubrirnos nada que no se sepa ya.

Antes de dar paso al examen de las páginas históricas de Ascoli, hemos de advertir que este excursus metahistoriográfico lo es solo en apariencia. En realidad, todo él responde al propósito de ahondar en el conocimiento de la figura de Meillet. Formado en el comparatismo, nuestro hombre pretendió, en

cierto modo, superarlo, pero jamás arrumbarlo. La lingüística que ansía ver construida lo lleva dentro de sí; no lo anula, sino que lo integra y lo sublima, al modo en que un nuevo sistema filosófico, como dice Ortega, es portador de los que preceden (Ortega y Gasset, 1942, pp. 407-409). Intentar acercarse a Meillet sin tener en cuenta la herencia de un siglo de investigación lingüística denotaría una falta de sentido histórico comparable con la de un historiador de las religiones que pretendiese estudiar a Jesús de Nazaret sin previo conocimiento del judaísmo palestino de la época postmacabea. *Historia non facit saltus*.

2.1.1 La visión de Graziadio I. Ascoli: William Jones, el pionero

No hubo que esperar largo tiempo para que comenzase la glorificación de la lingüística comparativa: este cantar —digámoslo así— fue componiéndose al paso que los héroes acometían sus gestas. Apenas rebasada la mitad del s. XIX, cuando aún no era el gran semitista e indianista que un día llegaría a ser, Ascoli publicaba un esbozo de historia de la filología oriental y la gramática comparada. La empresa era osada, pues apenas tenía precedentes⁶⁴. Las

⁶⁴ En la década anterior, Francisco Predari había publicado la memoria *Origine e progresso dello studio delle lingue orientali in Italia* (1842), pero la deliberada limitación de su campo de observación, de un lado, y el espíritu patriótico que la anima, de otro, la convierten en un trabajo de otro carácter. En rigor, hasta donde nosotros sabemos, el único estudio comparable al de Ascoli son las *Recherches sur les langues, la littérature, la religion et la philosophie des indiens* de Jean Denis Lanjuinais, fechadas, al parecer, a principios del segundo decenio del s. XIX (Lanjuinais, 1832, p. 3). En ellas podemos encontrar una crónica de «[les] [p]rogès successifs des européens dans les langues et les littératures de l'Hindoustan, particulièrement dans le sanscrit» (Lanjuinais, 1832, pp. 26-56). No deja de resultar llamativo que, de la obra de William Jones, Lanjuinais evoque solo su actividad de traductor (1832, pp. 51-52). Sobre el discurso «On the Hindus» (1786), que hoy es lo que de él más se recuerda, no dice una palabra. Sin embargo, Lanjuinais demuestra en todo momento estar bien informado; de hecho, conoce incluso algunas publicaciones que acababan

indispensables noticias bibliográficas habían de espigarse en obras ya antiguas, como el *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* (1800-1805) del abate Lorenzo Hervás y Panduro o la *Geschichte der neuern Sprachenkunde* (1807) de Johann G. Eichhorn⁶⁵. Pero, por grandes que fuesen los obstáculos, Ascoli —casi un autodidacta (Terracini, 1930, p. 69; Terracini, 1949, p. 127; Timpanaro, 1972, p. 150)— fue capaz de sortearlos hábilmente, imbuido como estaba de un entusiasmo casi juvenil.

En su ensayo historiográfico, Ascoli exhibe el entusiasmo de todos los profetas de la nueva lingüística. Empero, sería injusto acusarlo de pintar la aparición de la gramática comparada como una creación *ex nihilo*. De hecho, tiene palabras elogiosas para los eruditos y misioneros de los y ss. XVI-XVIII, que habían ensanchado los horizontes glotológicos de los europeos. El elogio viene teñido de reticencia, con todo. Aunque merecen encomio, las obras de aquellos hombres «non bastarono [...] a gittare i fondamenti alla linguistica» (1854, p. 33); tampoco lo lograron «i pregevoli labori di Hervas [sic]» (*ibid.*). La solución llegaría de tierras indostanas, como si el destino hubiese querido probar la verdad de aquel viejo aforismo latino —*Ex Oriente lux!*— que les recordaba a los europeos lo que acaso preferían olvidar: el Sol sale por el Este. He aquí el pasaje en el que Ascoli relata cómo y cuándo se produjo aquella iluminación:

Nell'agosto del 1783, Guglielmo Jones, spinto dal suo genio e dalla vasta erudizione, vedeva la spiaggia dell'India lungamente sospirata, «mentre a sinistra gli si affacciava la Persia, e una brezza dall'Arabia vicina soffiava in poppa» [...]. E l'India e la Persia e l'Arabia, che il suo pensiero

de aparecer, como el *Über die Sprache und Weisheit der Indier* de Friedrich Schlegel, «un curieux essai [...] qui, par des recherches intéressantes et des idées profondes, a excité l'attention du monde savant» (Lanjuinais, 1832, p. 56).

⁶⁵ En particular, el volumen II, que comprende «[las] lenguas y naciones de las islas de los mares Pacífico e Indiano austral y oriental, y del continente del Asia» (Hervás, 1801).

abbracciava con entusiasmo, grandemente furono illustrate dalla Società che nell'anno seguente egli ebbe fondato in Calcutta «per investigare la storia e le antichità, le arti, le scienze, e la letteratura dell'Asia». Le memorie da questa pubblicate, unite ad altri studi fatti nel medesimo tempo in India e in Inghilterra da dotti inglesi, sparsero, tra altro, luce abbondante sulla lingua e la letteratura dell'India antica; le quali al principio del secolo decimonono si potevano dire presso che ignote all'Europa, e oggidì vi sono professate nelle principali Università. *La rivelazione della veneranda lingua sanscrita*, che palesava uno sviluppo di perfezione incomparabile; alla quale le persiane, le greco-italiche, le germaniche, le slave, si riconoscevano congiunte dalla più stretta affinità, e da cui erano rischiarati i rapporti tra ognuna di queste e l'intimo organismo de ciascheduna, — *segnò l'epoca più importante per gli studi di lingua* (1854, pp. 36-38; *las cursivas son nuestras*).

«Lungamente sospirata», escribía Ascoli, y bastan esas dos palabras para mostrarnos hasta qué punto conocía la peripecia vital y los proyectos intelectuales de Sir William. En efecto, se sabe que, para el juriconsulto inglés, el viaje a la India era el cumplimiento de un deseo acariciado desde hacía mucho tiempo. Allí por abril de 1783, cuando se hallaba embarcado en la fragata Crocodile, que tardaría cinco meses en completar su ruta (Cannon, 1964, pp. 112-115; Franklin, 2011, pp. 1-10), Jones no pensaba solo en sus deberes como juez del Tribunal Supremo de la ciudad de Calcuta, sede del gobierno de la East India Company. Llenaban su mente las ansias de perfeccionar su conocimiento de los idiomas, las literaturas, las religiones, las costumbres y demás frutos de las civilizaciones del Irán y el Indostán, que ya conocía en parte —solo en parte— por haber estudiado las lenguas árabe y persa (Cannon, 1964, pp. 10-11, 14-18, 23-28). Menos de un año después, en un dis-

curso pronunciado en la sesión inaugural de la Asiatic Society, Sir William evocaba las emociones que había experimentado durante el viaje:

When I was at sea last August, on my voyage to this country which I had long and ardently desired to visit, I found one evening [...] *that India lay before us, and Persia on our left, whilst a breeze from Arabia blew nearly on our stern.* [...] It gave me inexpressible pleasure to find myself in the midst of so noble an amphitheatre, almost encircled by the vast regions of Asia, which has ever been esteemed the nurse of sciences, the inventress of delightful and useful arts, the scene of glorious actions, fertile in the productions of human genius, abounding in natural wonders, and infinitely diversified in the forms of religion and government, in the laws, manners, customs, and languages, as well as in the features and complexions, of men (Jones, 1784, pp. 1-2; las cursivas son nuestras)⁶⁶.

Salta a la vista que Ascoli tiene noticia de este discurso, del cual reproduce un brevísimo fragmento: «[V]edeva la spiaggia dell'India lungamente sospirata, mentre a sinistra gli si affacciava la Persia, e una brezza dall'Arabia vicina soffiava in poppa». En él y en las publicaciones ulteriores de la Asiatic Society, Ascoli encuentra sillares con los que va a levantar una construcción

⁶⁶ No parece justo dudar de la sinceridad de Jones. En su correspondencia abundan las pruebas de que, antes de emprender el viaje, antes incluso de conseguir el nombramiento, ya acariciaba la idea de instalarse en la India y completar su formación como orientalista. Veamos un ejemplo. En marzo de 1782, en carta dirigida al influyente político *whig* Edmund Burke, Jones insistía en que no pedía un puesto en el tribunal de Calcuta por afán de enriquecerse, sino, sobre todo, con ánimo de servir y de aprender: «I cannot but know [...] that my particular studies and turn of mind would enable me to be useful in Bengal, and perhaps make discoveries of importance to the British government, and when I compared the judgeship, from its effects on me, to the golden apple of Hippomenes, I was far from insinuating that gold is by any means my principal object, for I believe that the greatest part of my savings would be spent in purchasing oriental books, and in rewarding [...] the translators and interpreters of them» (*apud* Cannon, 1970, vol. II, pp. 521-522).

historiográfica imponente y duradera: la que describe la Calcuta de finales del s. XVIII como escenario de una *revelación* que engendrará una nueva ciencia del lenguaje. No se le puede acusar de haber alzado su edificio sobre cimientos no apreciables. Hay muchas y buenas razones para creer que, de no ser por las publicaciones de la Asiatic Society, la Europa erudita no habría desarrollado tanto interés por las lenguas y literaturas indostánicas (o lo habría hecho en fechas posteriores).

La cuantía de la deuda contraída con los orientalistas ingleses es reconocida incluso por sus colegas de allende el canal de la Mancha, celosos defensores del prestigio de la ciencia francesa. Jean Denis Lanjuinais encomia la labor de los misioneros jesuitas franceses como recolectores de manuscritos sanscríticos (1832, p. 30), y hace un rendido elogio de Abraham-Hyacinthe Anquetil-Duperron, que tradujo los *Upaniṣad* (partiendo de una versión en persa) y estudió *in situ* los usos, la liturgia y los textos sagrados de la comunidad parsi de Bombay (1832, pp. 37-39). Así y todo, no puede por menos de someterse ante la fuerza de los hechos: los avances de la segunda mitad del s. XVIII se han efectuado «surtout par les doctes recherches et les traductions estimables dues aux membres de la Société Académique de Calcutta» (1832, p. 27)⁶⁷. Queda claro, en suma, que Ascoli reproducía la opinión común cuando hacía de Jones y sus consocios los promotores de «l'immense révolution glossale» —son palabras de un coetáneo (Guerrier de Dumast, 1854, p. 38)— que se había producido durante la primera mitad del s. XIX.

Por lo demás, es evidente que, cuando apunta a Calcuta, Ascoli no piensa solo en la labor de Jones y de sus amigos —Charles Wilkins, Henry Th. Cole-

⁶⁷ Mucho más cerca de nosotros, Jean Filliozat acaba por llegar a una conclusión que, en el fondo, no está lejos de la de Lanjuinais: «On admet en général que la création de l'indianisme commence avec la fondation de l'Asiatic Society of Bengal à Calcutta en 1784. Et il est bien vrai que ce fut là *le point de départ de l'essor définitif*». Acto seguido, sin embargo, nos previene contra la reducción de autores como los misioneros Jean-F. Pons y Jean Calmette «au simple rôle de Précurseurs» (*ibid.*).

brooke— como traductores, gramáticos y lexicógrafos. Sobre todo, tiene en mente la aportación de Sir William el día 2 de febrero de 1786, dos años después de la inauguración de la Asiatic Society. En calidad de presidente, Jones autor pronunció ante los socios un discurso sobre la historia cultural del Indostán desde la época de composición de los *Vedas* —cuya datación era entonces insegura— hasta el s. XI de nuestra era, en el que se inició la penetración musulmana en el valle del río Indo. Bien entrados ya en la lectura del texto, encontraremos un pasaje (Jones, 1786, p. 26) que le ha valido una gloria a su autor y que se ha citado decenas de veces en tratados, manuales y obras de divulgación:

The *Sanscrit* language, whatever be its antiquity, is of a wonderful structure; more perfect than the *Greek*, more copious than the *Latin*, and more exquisitely refined than either, yet bearing to both of them a stronger affinity, both in the roots of verbs and in the forms of grammar, than could possibly have been produced by accident; so strong indeed, that no philologer could examine them all three, without believing them to have sprung from some common source, which, perhaps, no longer exists: there is a similar reason, though not quite so forcible, for supposing that both the *Gothick* [*sic*] and the *Celtick* [*sic*] though blended with a very different idiom, had the same origin with the Sanscrit; and the old Persian might be added to the same family, if this were the place for discussing any question concerning the antiquities of Persia.

Mucho se ha discutido sobre el sentido último de las líneas que acabamos de reproducir, en las que varias generaciones de lingüistas —desde los tiempos de Ascoli hasta bien entrado el s. XX (cfr., p. ej., Hockett, 1965, p. 185)— han querido ver el prólogo (o incluso el primer acto) de la gran obra del comparatismo. Estudios como los de Henry M. Hoenigswald (1974, pp. 349-350) y Lyle Campbell (2006), entre otros, hacen cada vez más difícil defender esa

lectura. De todos modos, en este momento no nos interesa tanto lo que el discurso de Jones dice cuanto lo que Ascoli, temprano representante de toda una tradición historiográfica, ha creído descubrir en él: el comienzo de «l'epoca più importante per gli studi di lingua». Gran interés revisten también lo que el lingüista italiano no quiso o no supo ver. Si el pasaje anterior se cuenta entre los textos más citados de la historia de nuestra ciencia, otros fragmentos del discurso han pasado casi inadvertidos. Es el caso del siguiente, donde Sir William señala las afinidades que ha creído advertir entre la religión y la filosofía de la India preislámica y las de *nuestra* antigüedad, esto es, la clásica, la grecolatina:

Of the Indian Religion and Philosophy, I shall here say but little because a full account of each would require a separate volume: it will be sufficient in this dissertation to assume what might be proved beyond controversy, that we now live among the adorers of those very deities, who were worshipped under different names in old Greece and Italy, and among the professors of those philosophical tenets, which the *Ionick* and *Attick* writers illustrated with all the beauties of their melodious language (Jones, 1786, p. 28).

Aún menos conocido es que Sir William, dejándose seducir por una semejanza en la forma fónica de las voces, supuso que el Buda de los indios y el Woden (u Odín) de los antiguos germanos eran la misma figura, y creyó que su origen se encontraba en la Escitia o en el país, semilegendario, de los hiperbóreos (*ibid.*). O la conjetura —audaz y errónea— según la cual Rāma, el héroe del *Rāmāyana*, y Sītā, su fiel esposa, le dieron nombre a una festividad religiosa del Perú prehispánico, de donde Jones infiere que la civilización incaica tiene raíces indostanas: «The *Peruvians* [...] styled their greatest festival *Ramasitoea*; whence we may suppose, that South America was peopled by the same race, who imported into the farthest parts of Asia the rites and fabulous

history of Rama» (Jones, 1786, p. 30)⁶⁸. No hace falta decir que Ascoli no alude a estos deslices en su evocación del personaje, como tampoco a los intereses extraglotológicos —digámoslo llanamente: filológicos— a los que nos referimos en la página anterior.

Cuando intenta explicarnos el impacto del descubrimiento de Jones⁶⁹ entre los investigadores europeos —una *revelación* que acabó por engendrar una revolución—, Ascoli privilegia los factores intralingüísticos. No era la única explicación posible. Cabía incidir en la acción de factores ambientales, ajenos a la organización interna de la antigua lengua sacra de la India. La Europa culta de finales del s. XVIII estaba fascinada por el continente asiático, por más que no lo conociese sino de forma superficial. Había carencia de información, pero también expectación y curiosidad. Una expectación y una curiosidad no siempre bien dirigidas. Voltaire, p. ej., se había deshecho en elogios de la sabiduría del *Ezour-Vedam*, un comentario de los *Vedas* que creía antiquísimo y que, en realidad, había nacido al calor de las misiones jesuíticas y respondía al propósito de socavar —desde dentro de la cultura india— el politeísmo hindú contemporáneo (Schwab, 1950, pp. 164-168). Poco después, en el París revolucionario, el conde de Volney escandalizaba al público

⁶⁸ Es probable que la información sobre el festival religioso incaico tenga su origen en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega: «Tambien alcançaron los equinocios, y los solenizaron muy mucho. En el de Março segavan los mayzales del Cozco con gran fiesta y regozijo: particularmente el andén de Collcampata, que era como jardín del Sol. En el equinocio de Setiembre hazian una de las quatro fiestas principales del Sol, que llamavan Citua Raymi [...], quiere dezir fiesta principal» (1609, lib. II, cap. XXII, p. 42; respetamos la ortografía del original). La alteración formal de las palabras y la inversión de su orden de aparición (de *Citua Raymi* a *Ramasitua*) hacen suponer que Jones no acudió directamente a los *Comentarios*, sino que encontró la noticia en una obra que citaba —deformándolo— el texto del Inca.

⁶⁹ En realidad, como veremos (cfr. *infra*, § 2.1.4), Jones no fue el primer estudioso europeo en observar las concordancias entre el sánscrito y las lenguas clásicas. Otra cosa es que, ayudado por su prestigio personal y por un cúmulo de circunstancias favorables, consiguiese un mayor eco que otros (Burridge, 2013, pp. 153-154).

con sus conjeturas sobre la huella del zoroastrismo en el judaísmo postexílico (1791, pp. 289-290) o sobre la identidad entre Cristo —cuya historicidad negaba— y el dios Kṛṣṇa (1791, p. 297). Europa estaba entonces a punto de precipitarse en un abismo de guerras que se prolongaría durante casi veinticinco años, pero, como enseguida veremos, ni siquiera aquellas conmociones sofocaron el entusiasmo de los eruditos (de un selecto grupo de ellos, cuando menos).

Si buscamos una prueba de que las tempestades revolucionarias y las guerras de coalición no apagaron la fascinación por el Oriente, la hallaremos en la publicación del ensayo *Über die Sprache und Weisheit der Indier* (1808), de Friedrich Schlegel. Este autor anuncia una buena nueva filológica: el estudio de la lengua y literatura sánscrita, si se aborda con pericia y tenacidad similares a las de los latinistas y helenistas del Renacimiento, comportará una transformación de la vida, una palingenesia de las artes, letras y ciencias. «[L'étude de l'antiquité orientale] pourrait [...] nous ramener plus sûrement —escribe Schlegel (1808, p. 215)— à la connaissance de ce qui est divin, et à cette force du sentiment qui seule donne la lumière et la vie à tout art et à toute science». El (re)descubrimiento de la India traerá consigo la restauración de la unidad espiritual que había existido en los momentos aurales de las civilizaciones europeas. En el concierto de la historia humana —señala Schlegel (1808, p. 213)—, los pueblos de Europa y de Asia son como «une grande famille». Estudiarlos como lo que son, como parientes, no puede por menos de conducirnos a una comprensión más profunda de las cosas: «[P]lus d'un point de vue exclusif et limité disparaîtrait de lui-même, [...] plus d'une chose intelligible deviendrait claire, et [...] toute chose apparaîtrait sous un jour entièrement nouveau» (Schlegel, 1808, p. 213). Este no es lugar para buscar las raíces de la fe de Schlegel en los poderes regeneradores de los estudios orientales. Ya Heinrich Heine sospechó que la indofilia del insigne filólogo tenía vínculos con su conversión al catolicismo y el giro reaccionario de su pensamiento po-

lítico (1855, pp. 257-258). Mucho más cerca de nosotros, Sebastiano Timpanaro se ha hecho eco de los recelos del poeta:

In truth, *this new humanism would have ended up looking more like a new Middle Ages*. Schlegel himself admitted as much. If in the passage just quoted from his preface, he seems to pass admiring judgment on the humanism of the 15th and 16th centuries, just so the new Indophile humanism appeared destined to develop and deepen, not deny, that tradition; at the close of the book, oriental studies were presented as an antidote to the irreligious tendencies fed by excessive love of the Hellenic world» (1972, p. XXVII; las cursivas son nuestras)..

No cabe duda de que esta atmósfera de *indomanía* —así ha sido bautizada— contribuyó decisivamente al desarrollo de los estudios orientales, primero, y de la lingüística comparativa, después⁷⁰. Con todo, Ascoli no toma

⁷⁰ Erraríamos, con todo, si pensásemos que toda la inteligencia europea del momento se dejó fascinar por el Oriente en general y por la India en particular. El entusiasmo de algunos estudiosos y publicistas generaban adhesiones, pero también reacciones adversas. Valga como ejemplo la polémica acerca de la política educativa que la Compañía de las Indias Orientales había de aplicar en sus dominios (McGetchin, 2009, pp. 31 y ss.). Jones y sus continuadores querían que la India se gobernase respetando, en lo posible, los usos y costumbres locales; por lo tanto, sostenían que la educación de las élites nativas debiera discurrir a través del cauce de la lengua sánscrita (entre los hindúes) o del persa y el árabe (entre los musulmanes). Aunque bien ganadas, sus credenciales de expertos no los mantuvieron a salvo de la crítica. Hombres eminentes como Thomas B. Macaulay hicieron campaña en pro del establecimiento de un sistema de enseñanza secundaria *a la europea*, con el inglés como sola lengua vehicular. En un memorial sobre la cuestión, fechado el 2 de febrero de 1835, Macaulay escribió palabras muy duras a propósito del valor de las tradiciones literarias autóctonas: «I have read translations of the most celebrated Arabic and Sanscrit works. I have conversed, both here and at home, with men distinguished by their proficiency in the Eastern tongues. I am quite ready to take the oriental learning at the valuation of the orientalists themselves. I have never found one among them who could deny

en consideración esos elementos potenciadores de índole cultural. Para él, como ya hemos dejado entrever, la clave radica en el vocabulario y el aparato flexional de la lengua sánscrita y de sus parientes. Mejor dicho: en la combinación de unidad y diferenciación, de estabilidad y movimiento, que se observa al examinar la historia del tronco indoeuropeo. De un lado, los cambios fonéticos (incondicionados, combinatorios, esporádicos) han provocado el oscurecimiento de la identidad originaria entre unidades significativas elementales (raíces, temas, desinencias). No es obvio, p. ej., que el gr. *πούς* ‘pie’ y el got. *fotus* ‘íd.’ son el resultado de la paulatina transformación de una única forma. Ahora bien, la alteración no ha llegado hasta el extremo de hacer irreconocible la comunidad de origen: aún se puede sacar a la luz, a través del establecimiento de correspondencias fónicas regulares (gr. *πέντε* ‘cinco’ = got. *fimf* ‘íd.’, gr. *πολύς* ‘muchos’ = got. *filu* ‘mucho’, gr. *πῦρ* ‘fuego’ = got. *fon* ‘íd.’, etc.). De otro lado, en el ámbito de la flexión, la analogía ha actuado como un agente perturbador, al acuñar formas nuevas, propiedad exclusiva de la lengua en que se generan⁷¹, y ponerlas en el lugar de formas heredadas que tenían reflejos en otras ramas de la familia. Así, el gr. *λύκοι* (nom. plur. de *λύκος* ‘lobo’) no continúa el prototipo representado por el got. *wulfos* (nom. plur. de *wulfs* ‘lobo’), sino que responde a una suerte de contaminación provocada por la frecuente combinación con *ὁ*, nom. plur. del artículo definido *ὅ*. Al mismo tiempo, sigue habiendo detalles reveladores de la ascendencia común, como, p. ej., el

that a single shelf of a good European library was worth the whole native literature of India and Arabia» (*apud* Sharp, 1920, p. 109).

⁷¹ En rigor, al presentar las innovaciones analógicas como *propiedad exclusiva* de una determinada rama de la familia, estamos incurriendo en una simplificación. Nadie ignora que hay innovaciones comunes a dos o más ramas, sea porque todas ellas proceden de un mismo dialecto (uno de aquellos en los que se fragmentó la unidad originaria), sea porque sus hablantes se hallaban en contacto estrecho (lo cual facilitó la transferencia de elementos y patrones), sea, en fin, como consecuencia de desarrollos paralelos e independientes (cfr. *infra*, § 3.2.2.4).

hecho de que el ac. plur. de λύκος sea λύκονς (en el dialecto de la Argólide) o λύκους (en el jonio-ático), que responden punto por punto al got. *wulfans*⁷². Vemos, en suma, cómo las concordancias coexisten con las discrepancias, de tal modo que el parentesco no es ni reconocible a primera vista ni casi imposible de demostrar.

Muy diferente es —prosigue Ascoli— el caso de las lenguas semíticas. Al ser evidente, su identidad de origen no da pie a una empresa intelectualmente estimulante ni obliga a afinar los instrumentos de pesquisa:

La rivelazione della veneranda lingua sanscrita, che palesava uno sviluppo di perfezione incomparabile; alla quale le persiane, le grecoitaliche, le germaniche, le slave, si riconoscevano congiunte dalla più stretta affinità, e da cui erano rischiarati i rapporti tra ognuna di queste e l'intimo organismo di ciascheduna, — segnò l'epoca più importante per gli studi di lingua. La consanguinità delle semitiche (arabo, ebraico, siriano ecc.) è in generale da ogni lato di un'evidenza talmente superiore a ogni dubbio, che ad onta di varie trasmutazioni di lettere dall'una all'altra nella medesima radice, la rassomiglianza del suono basta sempre, o quasi, ad attestarne la parentela, l'identità; nè le semitiche (quelle almeno che più si coltivano) si alterarono a nostra cognizione nel corso dei secoli per modo tale da cangiar faccia, e, come di frequente presso le indo-germaniche (sanscritiche) succede, da non esservi a prima vista riconoscibile per affine l'identico vocabolo, osservato in epoche differenti. Se, a mo' d'esempio, avrete la voce con cui Mosè esprime il numero *quattro*, אַרְבַּע [*arbá*], vi troverete senza stento la parola medesima che il siro e l'arameo e l'arabo di Maometto e l'odierno ci adoperano; ma [scr.] *ćatur*, [gr.] τέσσαρες e [ing.] *four*,

⁷² Acerca del origen de las formas de nom. plur. en -oi, véanse, p. ej., las observaciones de Pierre Chantraine (1961, § 17) o, más cerca de nosotros, las de Oswald Szemerényi (1978, p. 240). Nótese que, como apunta Szemerényi, una transformación análoga se ha producido en el latín (*lupī*, nom. plur. de *lupus* 'lobo'), en el lituano (*vilkai*, nom. plur. de *vilkas* 'íd.') y en el antiguo eslavo eclesiástico (*vlīci*, nom. plur. de *vlīkū* 'íd.').

che pure per anelli storici [*sic*] vi si manifesteranno d'un ceppo comune, esteriormente non vi si annunziano prossimi nè anco. Lo studio delle semitiche non aveva quindi potuto valere a distruggere la mala abitudine di prender l'orecchio per unica guida nelle ricerche etimologiche; esso produceva grammatiche *armoniche*, quello delle sanscritiche venne a creare le grammatiche storiche, le *comparative*. (Ascoli, 1854, pp. 37-38).

Estas líneas, escritas solo dos años después de que Franz Bopp publicase el sexto y último tomo de la primera edición de su *Vergleichende Grammatik des Sanskrit, Zend, Griechischen, Lateinischen, Litauischen, Gotischen und Deutschen* ('Gramática comparada del sánscrito, zendo, griego, latín, lituano, gótico y alemán'), nos muestran con cuánta rapidez pintaron los indoeuropeístas su autorretrato. Además, nos ayudan a reparar en la estabilidad y persistencia de los trazos, pues la línea argumental de Ascoli, su manera de *probar* la supremacía de la lingüística indoeuropea, reaparece en varios lingüistas eminentes de la segunda mitad de la centuria (cfr., p. ej., Whitney, 1867, p. 234; Saussure, 2002, pp. 299-303). Muy grande era, desde luego, el prestigio de aquella (sub)disciplina, cuyo primado nadie osaba discutir. De hecho, hubo incluso semitistas que suscribieron los razonamientos de Ascoli (sin haberlo leído ni citado), como el francés Ernest Renan o el británico Archibald H. Sayce⁷³.

El descubrimiento del sánscrito —viene a decir Ascoli— supone la ruptura con todo un modo de concebir la investigación etimológica y la clasifica-

⁷³ En las páginas iniciales de su *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques* (1855), Renan afirmaba sin titubeos que las lenguas indoeuropeas eran un campo de estudio mucho más fecundo: «Trois ou quatre années d'études suffirent pour dévoiler, au moyen de l'analyse des langues indoeuropéennes, les lois les plus profondes du langage, tandis que la philologie sémitique est restée jusqu'à nos jours renfermée en elle-même, et presque étrangère au mouvement général de la science. La cause de ce singulier phénomène doit être cherchée dans le caractère même des idiomes sémitiques. [...] [Ils] n'ont pas eu de

ción de las lenguas. El recurso a la mera semejanza material entre los vocablos se ve reemplazado por la búsqueda de correspondencias regulares entre los sonidos. Estas no tienen por qué acarrear una semejanza superficial entre las unidades significativas, advertencia que encontraremos aun en los más modernos manuales de lingüística histórica: «[I]t is systematic correspondences which are crucial, not mere similarities; correspondences do not necessarily involve similar sounds» (Campbell, 2013, pp. 349-350; las cursivas son nuestras; cfr. también Harrison, 2003, p. 219). Por otro lado, dado que no es verosímil una transferencia masiva de piezas léxicas y formas gramaticales del sánscrito a las lenguas de Europa, se perfila cada vez más el concepto de *parentesco lingüístico*: un nuevo tipo de conexión histórica entre lenguas, que no se confunde con las influencias por contacto⁷⁴. Hasta el ocaso del s. XVIII y los albores del XIX, pocos autores tuvieron plena conciencia de la variabilidad y mutabilidad de los usos lingüísticos. Lo más común era explicar las alteraciones de la lengua A ora por la incorporación de unidades procedentes de B, ora porque los hablantes de esta última la abandonaban para adoptar la primera, y, por

révolutions profondes, pas de développement, pas de progrès. L'étude exclusive des langues sémitiques ne pouvait former de grands linguistes» (1878, p. XII). En cuanto a Sayce, aunque deploraba la tendencia a tomar las peculiaridades del tronco indoeuropeo por leyes generales del lenguaje (1874, p. 74; 1880, pp. 55-56), no dejaba de señalar que la familia semítica era un objeto de estudio menos atractivo y menos instructivo: «The Semitic family is at once too small and too compact; its branches do not differ more among themselves than do the Romance languages in Europe; and until its Sanskrit has been found, as it may yet be in the old Egyptian or the sub-Semitic idioms of Africa, we cannot get back beyond a parent speech which is philologically late» (1874, p. 70).

⁷⁴ Se ha de advertir, sin embargo, que tener noticia del sánscrito no garantizaba la posesión del concepto de *parentesco*. Así, p. ej., gracias a los libros de Jean-François Pons y de Paolino da San Bartolomeo, el español Lorenzo Hervás y Panduro descubrió algunas concordancias entre la lengua *samscreda* y el griego (1801, pp. 134-135)... pero se empecinó en interpretarlas como resultado de una transferencia por contacto: «[L]os griegos aprendieron de los indostanos, y no estos de los griegos, la metafísica. Aprendieron también muchas palabras samscredas que introduxéron en su lengua, y probabilísimamente perfeccionaron la inflexión de las palabras de esta».

no haberla aprendido bien, la corrompían. Valgan como muestra las observaciones de Bernardo de Aldrete sobre la génesis de los romances:

Con la venida delos Godos, i otras barbaras naciones a Italia, i alas provincias del Imperio, los vencidos se uvieron de acomodar ala lengua de los vencedores, *los quales desearon, i procuraron aprender la Latina, que se les dio mui mal, i la corrompieron*, i unos, i otros cada uno por diverso camino, vinieron a dar principio a la lengua Italiana, i Castellana (1606, p. 151; las cursivas son nuestras).

Ascoli cierra su panorama histórico con notas entusiásticas y movilizadoras. Mucho se ha hecho —apunta— en poco más de medio siglo, y mucho más se ha de hacer en los venideros. La llama que ha prendido en el tronco indoeuropeo se extenderá a los demás; la nueva lingüística, libre de esquematismos rutinarios y de suposiciones infundadas, esclarecerá no ya la historia de tal o cual familia de lenguas, sino la del lenguaje mismo y, por ende, la de la Humanidad toda:

Rotti i ceppi che [...] la grammatica latina imponeva all'analisi degl'idiomi più ribelli alle forme che vi si volevano rinvenire; denudate le imperfezioni delle grammatiche generali colla scoperta di nuovi fenomeni, che sturbavano quella universalità di regole così pericolosa in fatto di lingue: sorgono le grammatiche comparative a sviscerare le più recondite somiglianze tra gl'idiomi, le più secrete storie dei vocaboli; e codeste dotte analisi sono raccolte da menti superiori che s'inalzano [*sic*] a legggervi non solo gli avvenimenti territoriali dei popoli, ma ad esaminarvi altresì il vario

sviluppo del pensiero, e a seguire e a dichiarare nella parola le vicende della
intelligenza umana (Ascoli, 1854, pp. 43-44).

Estas fascinantes perspectivas se abren por primera vez ante los ojos de los estudiosos merced a un impulso que ha venido, en primer lugar, del descubrimiento del sánscrito: esta es la tesis que subyace a toda la reconstrucción historiográfica de Ascoli. Ahora comprobaremos que los ensayos historiográficos posteriores discurrieron, en lo esencial, por el mismo camino.

2.1.2 La visión de Friedrich Max Müller: Friedrich Schlegel, el poeta

Como ya hemos advertido, el texto de Graziadio I. Ascoli traza un camino que la historiografía lingüística seguirá, sin desviarse apenas, durante casi un siglo. Para explicar esta admirable concordancia, no invocaremos la hipótesis de una influencia *directa* del ensayo histórico de Ascoli⁷⁵. Más conveniente parece explicar las semejanzas como efecto de la común disciplina intelectual a la que estuvieron sometidos los lingüistas que escribieron la historia de su ciencia entre mediados del s. XIX y mediados del s. XX. Siendo muy similares sus experiencias formativas, no es extraño que lo fuesen sus visiones históricas. En mayor o menor medida, todos ellos participan del sanscritocentrismo que ya advertíamos en Ascoli. Un sanscritocentrismo que, como ya sabemos, tiene una doble manifestación: por una parte, la insistencia en que el descubrimiento del sánscrito fue el fermento que posibilitó el desarrollo de la nueva lingüística; por otra parte, el convencimiento de que el *mi-*

⁷⁵ Hasta donde nosotros sabemos la difusión que ha alcanzado es limitada: solo lo ha citado y recomendado algún que otro lingüista italiano (Terracini, 1949, p. 49; Timpanaro, 1972, p. 150 n.).

lagro vino dado por las características intrínsecas de la lengua sacra de la India y de las ramas colaterales de la familia.

Un valioso testimonio de esta corriente doctrinal —preferimos evitar el calificativo *ideológica*— lo descubriremos en la obra del indianista alemán Friedrich Max Müller, primer gran divulgador de los métodos y resultados de la nueva lingüística en el Reino Unido, su segunda patria, y en toda Europa. Aun su máximo detractor, el sanscritista estadounidense William D. Whitney, hubo de rendirle homenaje: «The reputation of Professor Müller — escribió (1873, p. 239)— is not excelled, if it is equalled, by that of any other man who writes for the English speaking public»⁷⁶.

Max Müller fue, sin duda, un peregrino de la lingüística y la filología. Nacido en la ciudad de Dessau, capital del pequeño ducado de Anhalt-Dessau, cursó estudios clásicos y orientales en la Universidad de Leipzig, donde tuvo profesores tan insignes como el helenista Gottfried Hermann, el latinista Moritz Haupt y el indianista Hermann Brockhaus (Müller, 1901, pp. 121 y ss.). Más tarde pasó a Berlín, en cuya universidad asistió a las lecciones de Franz Bopp (pp. 156-157). Completó su formación en París, donde trabajó contacto con Eugène Burnouf, a la sazón el mayor especialista en la historia de los textos religiosos budistas y zoroastrianos (pp. 167 y ss.). La última etapa de su camino, que sería la más fecunda y duradera, la inició en el año 1846,

⁷⁶ No trataremos de sacar aquí a la luz las raíces de la hostilidad de Whitney (para más información sobre el caso, cfr. Nerlich, 1990, pp. 36-50). Nos limitaremos a apuntar que, sin desconocer los méritos de Müller como sanscritista, Whitney lo reputaba mediocre como lingüista general y teórico del lenguaje. Singularmente duro fue su ataque contra la tesis mülleriana (Müller, 1864, pp. 69 y ss.) de la identidad total entre el pensamiento y el lenguaje: «To maintain that the idea waits for its generation till the sign is ready, or that the generation of the idea and of the sign is a simple indivisible process, is, in our view, precisely equivalent to holding, because infants cannot live in this climate without clothing and shelter, that no child is or can be born until a *layette* and a nursery are ready for its use, or that along with each child are born its swaddling clothes and a cradle» (Whitney, 1873, p. 247).

cuando solo tenía 23 de edad. Fue entonces cuando se instaló en Londres para consultar algunos manuscritos sánscritos conservados en la biblioteca de la East India Company.

Al poco de llegar a Londres, Müller se ganó la amistad y el patrocinio del barón Karl von Bunsen, embajador del reino de Prusia (Müller, 1901, pp. 190 y ss.). Gracias a tan ilustre protector, así como a sus labores en el campo de la indología⁷⁷, Müller sucedió al indianista suizo Franz H. Trithen como profesor de Lenguas Modernas en la Taylor Institution, un organismo perteneciente a la Universidad de Oxford: primero, a finales de 1850, en calidad de interino (Müller, 1902, p. 116); luego, a principios de 1854, como titular (p. 151)⁷⁸.

Allá por el mes de abril de 1861, cuando Müller ya había conseguido renombre en su cátedra oxoniense, se le llamó a Londres para que pronunciase una serie de conferencias sobre el lenguaje, las lenguas y la lingüística en el auditorio de la Royal Institution. Según los testimonios disponibles (Chaudhuri, 1974, p. 185), el público —del que formaban parte no pocos representantes de la *buena sociedad*— le tributó una acogida calurosísima. De ahí que las disertaciones se trasladasen pronto al papel (Müller, 1861) y que, poco después, tuviesen una continuación igualmente exitosa (Müller, 1864).

Pues bien, uno de los temas principales de la primera serie de conferencias fue el desarrollo histórico de la ciencia del lenguaje, desde los filólogos alejandrinos y pergamenos (Müller, 1861, pp. 90 y ss.) y los gramáticos indios (p. 107), hasta «the labours of Bopp, Grimm, Pott, Benfey, Curtius, Kuhn, and

⁷⁷ Müller estaba embarcado en una empresa monumental, concebida durante su estancia en París: la publicación de una edición comentada del *Rig-Veda*. Estaba previsto que la obra ocupase «six volumes quarto of about a thousand pages each» (Müller, 1901, p. 180).

⁷⁸ Años después, en 1868, la Universidad de Oxford creó para él una cátedra de Filología Comparada, posición mejor remunerada y más conforme a su formación y a sus intereses (Müller, 1902, p. 350).

others» (p. 202). Aquí, con todo, solo nos interesa lo que Müller dice sobre la génesis y evolución de la gramática comparada. Como hiciera Ascoli, Müller recuerda los trabajos de catalogación de finales del s. XVIII y principios del s. XIX, entre los cuales destaca la obra de Hervás y Panduro, a quien le reconoce el mérito de haber entrevisto el parentesco entre el sánscrito y las lenguas griega y latina (pp. 133-134)⁷⁹. Acto seguido, Müller advierte — nueva coincidencia con Ascoli— que los esfuerzos de Hervás y de sus contemporáneos no bastaron para hacer que la lingüística entrase en una nueva fase de su historia. Hubo que aguardar hasta el *descubrimiento* de la lengua sacra de la antigua India:

Languages seemed to float about like islands on the ocean of human speech; they did not shoot together to form themselves into larger continents. This is a most critical period in the history of every science, and if it had not been for *a happy accident, which, like an electric spark, caused the floating elements to crystallise into regular forms*, it is more than doubtful whether the long list of languages and dialects, enumerated and described in the works of Hervas and Adelung, could long have sustained the interest of the student of languages. *This electric spark was the discovery of Sanskrit* (1866, pp.153-154).

Bueno es saber, sin embargo, que no todo son similitudes: la reconstrucción historiográfica de Müller presenta algunos rasgos que la singularizan frente a la de Ascoli. El relato ascoliano pretende, ante todo, arrojar luz sobre la labor preparatoria que hizo posible el alumbramiento de la gramática comparada. De ahí que Jones y sus colaboradores de la Sociedad Asiática aparezcan como grandes figuras. Müller, en cambio, va a reducir su estatura a medi-

⁷⁹ Aunque, como ya sabemos (cfr. *supra*, n. 74), Hervás no interpretaba las coincidencias como huellas de un origen común, sino como rastros de un proceso de intercambio cultural.

das mucho más modestas. La decisión no es caprichosa. A fin de cuentas, en lo tocante a la realización del trabajo comparativo, la aportación de Sir William fue limitada. Él mismo podía haberlo hecho, pero no tuvo interés. Fue —si es lícito el símil— más botánico que edafólogo. Absorto en la contemplación de la vegetación que ornaba la superficie, esto es, de la literatura sánscrita⁸⁰, no se molestó en horadar el suelo para llegar hasta las corrientes subterráneas. De ahí que Müller, como ya hemos advertido, prefiriese buscar otra figura para cumplir el doble papel de padre fundador y santo patrón de la nueva lingüística. Bien es verdad que la admiración de Müller no está exenta de reservas; valgan como prueba las palabras que escribe a propósito del *Über die Sprache und Weisheit der Indier*:

[*On the Language and Wisdom of the Indians*] became the foundation of the science of language. Though published only two years after the first volume of Adelung's *Mithridates*, it is separated from that work by the same distance which separates the Copernican from the Ptolemaean system. Schlegel was not a great scholar. Many of his statements have proved erroneous; and nothing would be easier than to dissect his essay and hold it up to ridicule. But Schlegel was a man of genius; and when a new science is to be created, the imagination of the poet is wanted, even more than the accuracy of the scholar. It surely required somewhat of poetic vision to embrace with *one* glance the languages of India, Persia,

⁸⁰ En este contexto, la voz *literatura* ha de tomarse en su más amplio sentido, que es el que se le daba en la Europa del s. XVIII (esto es, tiempos de Sir William). Valga como ejemplo el caso del abate Juan Andrés, que en su monumental *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (1704-1806) se propuso abarcar todos los ramos del saber humano, tanto las *buenas letras* (poesía épica, dramática y lírica, historia, geografía, gramática...) como las *ciencias naturales y eclesiásticas* (Andrés, 1784, pp. VII-VIII).

Greece, Italy, and Germany, and to rivet them together by the simple name of Indo-Germanic. This was Schlegel's work» [...] (1861, p. 157).

No faltan razones para sospechar que, al atribuirle a Schlegel la paternidad de la denominación *lenguas indogermánicas*, Müller es víctima de un desliz de su memoria⁸¹. En cualquier caso, lo que ahora importa no es ese probable error, sino la cautela con que administra los elogios. «Friedrich Schlegel fue más poeta que sabio», viene a decirnos Müller. En realidad, él y su hermano August Wilhelm se contaban entre los mayores sabios de la Europa de su tiempo (aunque, por supuesto, la erudición no es garantía de acierto en la búsqueda de cognados). Sí es cierto, empero, que Schlegel no legó a sus herederos una gramática comparada de la lengua sánscrita⁸². No fue el Friedrich Diez de la lingüística indoeuropea. Ni siquiera su François Raynouard. Su obra de indoeuropeísta —Müller lo dice entre líneas— tiene un carácter meramente programático: su valor no radica en lo que es en sí misma, sino el papel que, por modo de acicate, desempeñó en la génesis de trabajos posterior-

⁸¹ En el texto de la versión francesa, que es la que hemos manejado, no se encuentran ni una sola vez las expresiones *langues indo-germaniques* o *famille indo-germanique*. El traductor y prologuista, Adolphe Mazure, filósofo, sí habla en una ocasión de *famille indo-germanique*, pero de sus palabras se desprende que la etiqueta es posterior a Schlegel: «Nous ne parlerons pas de quelques erreurs de détail que nous avons observées [...]; mais, quant au point de vue général, il n'a point changé dans la science depuis notre auteur: l'indien ou le sanscrit est toujours regardé comme à la tête d'une famille nombreuse de langues connues plus récemment sous le nom de famille indo-germanique, parce qu'ayant son point de départ à l'extrémité de la presqu'île des Indes, elle s'étend, par une trace incontestée, en remontant la haute Asie, traversant la Perse, la Phrygie, la Grèce, l'Italie, toutes les nations septentrionales, et vient s'arrêter à la limite même des nations germaniques» (Mazure, 1837, pp. XV-XVI; las cursivas son nuestras).

⁸² Fascinado por la riqueza y la regularidad de su flexión verbal y nominal, Schlegel tomó el sánscrito por lengua originaria de la familia indoeuropea: «De la comparaison de ces langues résulte [...] que la langue indienne est la plus ancienne, que les autres [*scil.* persa, griego, latín, lenguas germánicas] son plus modernes et dérivées de la première» (1808, p. 42).

res. Ese aspecto de la labor de Schlegel —que podríamos calificar de *incitativo*— se insinúa, p. ej., en el pasaje en donde pone en circulación⁸³ la expresión *gramática comparada*:

Mais le point décisif qui éclaircira tout [*scil.* todo lo relativo a las conexiones históricas entre el sánscrito, de un lado, y el griego y el latín, de otro], c'est la structure intérieure des langues ou la grammaire comparée, laquelle nous donnera des solutions toutes nouvelles sur la généalogie des langues, de la même manière que l'anatomie comparée a répandu un grand jour sur l'histoire naturelle plus élevée (Schlegel, 1808, p. 35).

En nuestra opinión, el empleo de formas de 3.^a pers. sing. del futuro (*éclaircira* y *donnera*) es indicio de que Schlegel concibe la construcción de una gramática comparada como una empresa que se no ha de llevar a cabo ahora, sino andando el tiempo. Más adelante encontramos pasajes en los que la delegación de responsabilidades se muestra con mayor claridad. Valgan como muestra las líneas que escribe acerca del estudio de la lengua persa: «Il serait à désirer *que quelqu'un*, muni de tous les secours nécessaires, *fît des recherches sur l'ancien état de la grammaire persane*, pour savoir [...] si elle n'avait pas jadis ressemblé aux grammaires indienne et grecque plus encore qu'elle ne le fait aujourd'hui» (Schlegel, 1808, p. 38). Schlegel señalaba el camino para que otros lo recorriesen. Más que de lingüista, tenía vocación de literato, de filósofo y de filólogo *stricto sensu* (o sea, de lector e intérprete de textos). Durante los dos decenios que median entre la publicación del *Über die Sprache und Weisheit der Indier* y su prematuro fallecimiento, no hizo

⁸³ Hemos hablado de puesta en circulación, no de acuñación. La expresión *gramática comparada* —esto es cosa sabida (cfr., p. ej., Timpanaro, 1977, pp. XXXIII-XXXIV)— aparece ya en textos anteriores al *Über die Sprache und Weisheit der Indier*, pero fue esta la obra que le dio carta de naturaleza entre los lingüistas europeos del primer cuarto del s. XIX.

ninguna contribución sustancial a la lingüística. En verdad, no parece que una inactividad tan prolongada pueda considerarse un mero accidente.

No es del todo seguro, por lo demás, que Schlegel entienda por *gramática comparada* lo mismo que entenderán sus herederos y continuadores. Cuando lleva a cabo un cotejo del sánscrito con las lenguas griega y latina, combina dos especies de observaciones que las nuevas promociones de lingüistas tratarán de mantener separadas. Por un lado, busca coincidencias *materiales*, esto es, similitudes en las expresiones fónicas de determinados accidentes gramaticales. Así, p. ej., apunta que la terminación latina *-bus*, de dat. y abl. plur. (3.^a, 4.^a y 5.^a declinación), corresponde al scr. *-bhyah* (1808, p. 44), o que la terminación griega *-ω*, del nom., voc. y acus. dual (2.^a declinación), corresponde al scr. *-au* (*ibid.*). Por otro lado, busca coincidencias *estructurales*, que atañen al tipo de procedimiento utilizado para la expresión de los contenidos morfemáticos:

La grammaire indienne s'accorde si intimement avec la grecque et la latine, qu'elle ne diffère pas plus, soit de l'une soit de l'autre, que ces deux grammaires ne diffèrent entre elles. Le point essentiel est ici la communauté du principe entre ces trois langues, principe en vertu duquel tous les rapports et les autres modifications accessoires de l'idée s'y font reconnaître, tant dans les unes que dans les autres, non par des particules ajoutées au mot, mais par des flexions, c'est-à-dire par des modifications intérieures de la racine (Schlegel, 1808, p. 42).

De hecho, esta íntima unión entre la expresión de los *conceptos concretos* y la de los *conceptos de relación* — por su comodidad, empleamos los términos de Edward Sapir (1921, pp. 86 y ss.) — es el rasgo más característico del sánscrito y sus parientes. Las demás lenguas del Viejo y el Nuevo Mundo no se atienen a ese principio estructural. Su mecanismo consiste, *grosso modo*, en la adición de signos gramaticales (prefijos, sufijos, *mots-outils* como artículos y

preposiciones) a los signos léxicos. En dichas lenguas —escribe Schlegel (1808, p. 57)—, la palabra no es una unidad, sino «un assemblage d’atomes que le premier souffle fortuit peut disperser ou réunir»; no es una *formación orgánica*, sino un mero *agregado mecánico* (*ibid.*). No llega el autor a darnos razón de esta su caracterización estructural de las lenguas de estirpe sanscítica, que hoy puede parecer incomprensible. En un primer momento, el lector actual se siente llamado, en efecto, a tomar partido por Franz Bopp, que declaró su discrepancia cuando Schlegel aún vivía:

If we can draw any conclusion from the fact that roots are monosyllables in Sanskrit and its kindred languages, it is this, that such languages cannot display any great facility of expressing grammatical modifications by the change of their original materials without the help of foreign additions. [...] That this really is the case, I hope I shall be enabled to prove in this essay, in opposition to the opinion of a celebrated German author, who believes that the grammatical forms of the Sanskrit, and its kindred languages, consist merely of inflections, or intermodifications [*sic*] of words. Mr. Frederic Schlegel, in his excellent work on the language and philosophy of the Hindus, very judiciously observes, that language is constructed by the operation of two methods; by inflection, or the internal modification of words, in order to indicate a variation of sense, and secondly, by the addition of suffixes, having themselves a proper meaning. But I cannot agree with his opinion, when he divides languages, according as he supposes them to use exclusively the first or second method, into two classes, reckoning the Sanskrit language, and those of the same family, in the first, under the supposition that the second method never is used by them. I rather think that both methods are adopted in the formation of all languages, the Chinese perhaps alone excepted, and that the second,

by the use of significant suffixes, is the method which predominates in all (Bopp. 1820, p. 10)⁸⁴.

Con todo, un examen más pausado de la cuestión nos hace ver que el error de Schlegel, como tantos otros errores intelectuales, estaba entreverado de verdad. Era una extravagancia, sin duda, la tentativa de describir todas las formas verbales y nominales del sánscrito, el griego y el latín como resultado de la sola modificación de las raíces. No era, empero, un puro disparate. Cuando forjó su doctrina, Schlegel debía de hallarse influido por las alteraciones del vocalismo radical en las lenguas *sanscritis* que le eran conocidas. A buen seguro, había reparado en las alternancias vocálicas del griego, presentes en la declinación y en la conjugación: así, p. ej., al nominativo δῶτωρ ('dador') le corresponde el genitivo δῶτορος, y al presente de indicativo λείπω ('dejo'), el aoristo ἔλιπον y el perfecto λέλοιπα⁸⁵. Huelga decir que no podía desconocer las del latín, concentradas en el campo de la flexión verbal: así, p. ej., a los presentes *ēdo*, *sēdeo* y *cāpio* les corresponden los perfectos *ēdi*, *sēdi* y *cēpi*⁸⁶. Aún más notoria debía de serle la apofonía de los verbos fuertes de las lenguas germánicas: en gótico, p. ej., al infinitivo *bindan* ('atar') le corresponden las

⁸⁴ Años después, desaparecido ya Schlegel, Bopp sería aún más franco en la crítica: «Les racines sémitiques ont [...] la faculté de marquer les rapports grammaticaux par des modifications internes, et elles ont fait de cette faculté l'usage le plus large; au contraire, les racines indo-européennes, aussitôt qu'elles ont à indiquer une relation grammaticale, doivent recourir à un complément externe: il paraîtra d'autant plus étonnant que Fr. de Schlegel place ces deux familles de langues dans le rapport inverse» (1866, p. 225).

⁸⁵ Ejemplos tomados de Pierre Chantraine (1961, §§ 73, 176).

⁸⁶ Ejemplos tomados de Alfred Ernout (1953, pp. 195-197). Solo hemos consignado alternancias cuyo origen tiene visos de remontarse a la fase unitaria de la familia indoeuropea. Fuera de nuestra consideración han quedado las modificaciones vocálicas que se produjeron en algún punto de la historia del latín como lengua independiente; es el caso, p. ej., del cierre de la vocal radical de algunos verbos cuando, de resultas de la adición de un prefijo, queda en interior de palabra: *de* + *cādo* > *decīdo*; *ob* + *tēneo* > *obtīneo*; *ad* + *scāndo* > *ascēndo*, etc. (Bassols de Climent, 1962, §§ 122-125; Monteil, 1992, pp. 118-122).

formas *band* (pretérito, 1.^a persona de singular), *bundum* (pretérito, 1.^a persona de plural) y *bundans* (participio de perfecto); en alto alemán antiguo, al infinitivo *bintan* ('id.'), las formas *bintu*, *bant*, *buntun*; en inglés antiguo, al infinitivo *bindan* ('id.'), las formas *bint*, *band*, *bundon*⁸⁷. En cuanto al sánscrito, era imposible no advertir el papel que en su flexión desempeñaban las dos alteraciones vocálicas denominadas *guṇa* y *vrddhi*: así, p. ej., la raíz *kṛ* ('hacer'), sin sufrir cambio alguno, engendra el participio de perfecto pasivo *kṛta*; reforzada con el *guṇa*, produce el infinitivo *kartum*; reforzada con la *vrddhi*, la forma finita *cakāra*, 1.^a persona de singular del perfecto⁸⁸. Bien pudo ser que la consideración cuidadosa de estos fenómenos, así como de la opacidad semántica e inseparabilidad de las desinencias⁸⁹, empujase a Schlegel a enunciar la tesis de la *organicidad* de la flexión indoeuropea. Una tesis que —forzoso es admitirlo— es del todo insostenible si se toma a la letra. Una cosa es llamar la atención sobre el papel de las alternancias vocálicas en la declina-

⁸⁷ El ejemplo del gótico lo hemos tomado de Jay H. Jasanoff (2008, p. 206); el del alto alemán antiguo, de Joseph Wright (1906, p. 74); el del inglés antiguo, de Randolph Quirk y Charles L. Wrenn (1957, p. 49).

⁸⁸ Ejemplo tomado de Stephanie W. Jamison (2008, p. 13).

⁸⁹ Las desinencias son semánticamente opacas porque, a diferencia de las palabras *lexemáticas* (Coseriu, 1978a, p. 133), no se bastan a sí mismas para expresar su contenido. Valga como ejemplo el sufijo flexivo *-ī* del latín, que, por sí solo, es equívoco en extremo. Solo podemos atribuirle valores morfemáticos definidos si lo encontramos fundido con una determinada base nominal o verbal: así, p. ej., en *discipulī* es marca de genitivo singular (o de nominativo plural); en *patri*, de dativo singular; en *amavī*, de primera persona de singular.

En cuanto a la inseparabilidad, consiste en que las desinencias no figuran solas en el decurso, sino siempre fundidas con una base nominal o verbal. Difieren en esto de las palabras *instrumentales* o *morfemáticas* (Coseriu, 1978a, p. 133), que son separables —aunque no autónomas— y a veces gozan incluso de cierto grado de libertad posicional. En castellano, p. ej., se dice *aplaudir al buen alumno*: la preposición *a*, fundida con el artículo *el*, se apoya prosódicamente en el adjetivo *buen*, pero incide sintácticamente sobre la totalidad del grupo nominal, y basta que aparezca una sola vez. En cambio, en latín se dice *bonī discipulī plaudere*, con repetición de la desinencia de dativo.

ción y conjugación del protoindoeuropeo, como han hecho y hacen todos los especialistas (cfr., p. ej.: Meillet, 1903, pp. 123 y ss.; Szemerényi, 1978, pp. 115 y ss.; Watkins, 1995, pp. 84-86). Otra cosa, y muy distinta, es presentar las desinencias nominales y verbales de las lenguas indoeuropeas como una suerte de excrecencias de las raíces.

En cualquier caso, dejando al margen las críticas —justificadas— contra la dicotomía *orgánico / mecánico* (y contra la forma en que Schlegel la aplicó a la descripción de las lenguas indoeuropeas), hay una conclusión se impone con la fuerza propia de lo evidente: para Schlegel, los criterios de clasificación que hoy llamamos *genealógico* y *tipológico* no se excluyen el uno al otro, sino que convergen y, en último término, se confunden. Diríase que concibe *la indoeuropeidad* —si así se puede decir— como una forma perenne, pura e inmiscible: el paralelismo de las estructuras es, como la correspondencia en el detalle material de las formas, huella indeleble de una comunidad de origen. Se advierte aquí lo lejos que está Schlegel de las generaciones ulteriores de lingüistas, que distinguirán con claridad creciente los puntos de vista genealógico y tipológico, hasta dejar claro que entre las clasificaciones a que uno y otro conducen no tiene por qué haber congruencia. Uno de los deslindes más claros es, precisamente, el que llevará a cabo nuestro Antoine Meillet. Apoyándose en contrastes como el que hay entre el latín (con su complicada maquinaria desinencial, rica en casos de exponencia cumulativa y sincretismo) y el francés (con escasa flexión y frecuentísimo uso de *mots-outils*), concluye que el parentesco —ya sea en línea directa o colateral— no implica identidad en las estructuras: «Les structures des langues indo-européennes actuellement parlées son très différentes de la structure qu'avait l'indo-européen commun et de plus très différentes entre elles. Dès lors, *ce n'est pas à la struc-*

ture générale qu'on reconnaît une langue indo-européenne» (1925, p. 24; las cursivas son nuestras; cfr. también Meillet, 1924, p. 58)⁹⁰.

En nuestra opinión, la alusión de Schlegel a la anatomía comparada robustece la hipótesis de la confusión entre el punto de vista genealógico y el tipológico (o, mejor aún, de la subsunción del segundo en el primero). En efecto, la empresa científica de un George Cuvier era reducir la inmensa variedad de especies animales a unas cuantas clases definidas desde el punto de vista estructural, es decir, atendiendo a la configuración de los diferentes órganos y a las relaciones (estructurales y funcionales) entre unos y otros (Russell, 1916, pp. 40 y ss.). Hoy en día, en el terreno de las ciencias biológicas, pensar en comparación y clasificación es pensar en la evolución, pero no sucedía lo mismo en 1808, cuando vio la luz *Über die Sprache und Weisheit der Indier*⁹¹.

El acercamiento a la obra lingüística de Friedrich Schlegel, que toca ya a su fin, nos ha dado la oportunidad de familiarizarnos con la tradición del comparatismo, matriz intelectual en que se formó Meillet. Sobre todo, nos hemos percatado de que Schlegel aún no tenía una visión clara del parentesco lingüístico —en tanto se distingue de otras relaciones interidiomáticas— ni de las pruebas que se pueden aducir para demostrarlo. Nada hemos visto hasta

⁹⁰ Décadas después, su discípulo Émile Benveniste defenderá una posición más matizada (y acaso más cercana a las de los lingüistas de nuestros días). La *consanguinidad* de dos lenguas —dice Benveniste (1952, p. 107)— trae consigo una cierta *afinidad* estructural entre ellas, y no cabe probar la primera sin reparar, al mismo tiempo, en la segunda: «Les identifications matérielles entre les formes et les éléments des formes aboutissent à dégager une structure formelle et grammaticale propre à la famille définie». Ahora bien, si faltan las concordancias materiales, la mera existencia de tales o cuales paralelismos estructurales entre dos lenguas no basta para demostrar su pertenencia a una misma familia (pp. 109-110).

⁹¹ Como indica Sebastiano Timpanaro (1977, pp. XXXV-XXXVI), aún faltaba un año para que Jean-B. Lamarck publicase su *Philosophie zoologique*. Bueno es saber, además, que Cuvier acogió la obra de Lamarck con hostilidad indisimulada (López Piñero, 1992, pp. 26-27).

ahora, con todo, que baste a justificar uno de los comentarios de Max Müller: «[N]othing would be easier than to dissect [Schlegel's] essay and hold it up to ridicule». Es de suponer que, cuando alude a las *ridiculeces* que contiene la obra, piensa en algunas desatentadas hipótesis etimológicas a las que Schlegel da crédito. Valga como muestra la tesis de la identidad originaria entre *Inti*, deidad solar de los incas, e *Indra*, uno de los más grandes dioses del panteón védico (Schlegel, 1808, pp. 64-65)⁹². Este resbalón muestra que, cuando se trata del vocabulario, Schlegel está falto de un criterio sólido para distinguir entre las similitudes accidentales y las que son consecuencia de una identidad de origen. Consciente de que las *permutationes litterarum* se han utilizado para avalar conjeturas disparatadas, Schlegel (1808, p. 14) exige «une parfaite conformité» para afirmar la conexión entre dos voces. Ocurre que no llega a indicar qué se ha de entender por *conformidad perfecta* ni cómo se ha de verificar, aunque por un instante entrevea el principio de las correspondencias regulares⁹³. Cuando mantiene bien sujeta la imaginación, da con un buen número de cognados griegos, latinos y góticos de voces sánscritas (1808, pp. 15 y ss.). Cuando permite que se le desboque, cae en ingenuidades como la que acabamos de señalar.

En todo caso, a pesar de esas *caídas* ocasionales, Müller no duda en conceder a Schlegel el título de fundador: «[*On the Language and Wisdom of the Indians*] became the foundation of the science of language». Pocos autores

⁹² Imposible no acordarse de las cavilaciones de William Jones acerca de la fiesta del *Ramasitua*, o, por mejor decir, *Citua Raymi* (cfr. *supra*, § 2.1.1).

⁹³ «[Q]uand on s'est assure que la lettre *f* des Latins se change très-souvent en *b* dans l'espagnol; que le *p* en latin se convertit très-fréquemment en *f* dans la forme allemande du même mot, et que le *c* y devient quelquefois un *b*, on a sans doute lieu d'admettre l'analogie pour les autres cas où la ressemblance n'est pas tout-à-fait aussi claire» (Schlegel, 1808, p. 15). Ocurre que Schlegel no nos explica cuáles son esos *autres cas* que nos invitan a apoyarnos en las regularidades comprobadas. Así pues, cabe preguntarse si está pensando en semejanzas *no tan claras* entre dos voces de las dos lenguas en cuestión (p. ej., lat. *fiducia* y cast. *bucia*) o en semejanzas *no tan claras* entre dos voces de otras dos lenguas cualesquiera.

lo han seguido en este punto, pero muchos han admitido que Schlegel contribuyó poderosamente a la difusión del interés por los estudios indianísticos, que tanto impulso dio al desarrollo de la lingüística comparativa (cfr., p. ej.: Tagliavini, 1963, p. 53; Pagliaro, 1993, 51; Burridge, 2013, p. 145; Swiggers, 2017, p. 174).

2.1.3 La visión de Domenico Pezzi: Franz Bopp, el constructor

No mucho tiempo después de que Müller publicase sus *Lectures*, en el mismo año en que apareció la *Geschichte* de Theodor Benfey, veía la luz otra aproximación a la historia de la lingüística (de dimensiones mucho más modestas, eso sí). Era obra de un joven lingüista italiano que atendía al nombre de Domenico Pezzi. Al cabo de unos cuantos años (Stampini, 1906, p. 4), Pezzi llegaría a ser profesor de la Universidad de Turín, donde se había formado; por ahora era solo un muchacho animoso, entusiasta de la lingüística comparativa y deseoso de difundir sus métodos y resultados entre los profesores italianos de lenguas clásicas. Con este fin, puso en manos de sus compatriotas un resumen del *Compendium der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen* ('Compendio de gramática comparada de las lenguas indoeuropeas') de August Schleicher (1861-1862), junto con un extracto de la *Vergleichende Grammatik der griechischen und lateinischen Sprache* ('Gramática comparada de las lenguas griega y latina') de Leo Meyer (1861-1865)⁹⁴. Pezzi tenía fe en la utilidad de sus labores como traductor y publi-

⁹⁴ De la obra de Schleicher, que abarcaba el examen de las transformaciones de los sonidos (al. *Phonologie*) y las formas (al. *Morphologie*), Pezzi tradujo las páginas dedicadas al sánscrito védico (al. *Altindisch*), al griego preclásico y clásico (al. *Altgriechisch*) y a las antiguas lenguas itálicas (al. *Altitalisch*), esto es, latín, osco y umbro, así como las que delineaban el sistema del indoeuropeo común (al. *indogermanische Ursprache*). Quedaban fuera los capítulos dedicados al zendo (al. *Altbaktrisch*), o avéstico, al irlandés antiguo (al.

cista, aunque, vistos los términos en que las describía, quizá fuese más atinado escribir «de traductor y *apóstol*»:

E si potrà porne seriamente in dubbio la utilità [di questo libro] in ordine agli studi classici? No, malgrado la contraria opinione di quei molti, i quali, reputando sapienza la immobilità, non vogliono staccarsi allora dalle tarlate reliquie dei loro vieti sistemi. Ma questi ciechi è miglior consiglio compiangere che confutare. Io lavorai per *coloro che aprono gli occhi a la luce*, e questi, io confido, non sprezzaranno l'opera mia (Pezzi, 1869a, p. 10; las cursivas son nuestras).

En aquel entonces, los filólogos italianos —esto se infiere de lo recién dicho— aún no estaban familiarizados con la nueva lingüística. De ahí que Pezzi acompañase sus traducciones parciales de Schleicher y Meyer con una concisa *Introduzione allo studio della scienza del linguaggio* (ochenta páginas, poco más o menos), en la cual se bosquejaba una historia de la disciplina, se reflexionaba sobre sus límites y relaciones con la filología y se presentaba, en fin, un esquema de clasificación estructural de las lenguas conocidas, junto con una panorámica (con indicaciones bibliográficas) de las familias semítica e indoeuropea (o aria, que diría Pezzi). Por supuesto, lo que ahora nos compete es el compendio de historia de la lingüística, que se ajusta perfectamente

Altirisch), al antiguo eslavo eclesiástico (al. *Altbulgarisch*), al lituano (al. *Litanisch*) y al gótico (al. *Gotisch*). De la obra de Meyer, retuvo solo una relación de raíces indoeuropeas representadas en sánscrito, griego y latín, para que sirviese de suplemento al trabajo de Schleicher: «Siccome lo Schleicher non ha inserto nel suo *Compendio* un elenco delle precipue radici indo-italo-greche, mi parve pressoché necessario colmare questa lacuna, aggiungendo tradotto alla mia versione quello che ne dà il Meyer nel primo volume della sua lodatissima [*G*]rammatica comparativa del greco e del latino» (Pezzi, 1869a, p. 7).

al patrón triunfalista y al enfoque sanscritocéntrico que ya habíamos observado en Ascoli:

[I]n questi tempi [*scil.* el s. XVIII] si veniva rivelando al genio critico europeo un idioma, che colla trasparenza del suo organismo eminentemente regolare tradiva il segreto delle più complesse formazioni linguistiche: un idioma già ridotto dai grammatici nazionali ad un sistema, che per la potenza meravigliosa dell'analisi non è troppo lontano dalla perfezione scientifica: un idioma, onde i numerosi ed intimi rapporti con molte favelle d'Asia e di Europa apparivano in parte anche ai meno veggenti. Era la lingua della lirica religiosa, della epopea, del dramma, della filosofia indiana, il sanscrito, in cui la linguistica trovò ad un tempo, diremo col Boltz, il suo microscopio e lo apparato su cui adoperarlo (Pezzi, 1869b, p. XXII)⁹⁵.

Cuando ha de señalar al padre de la nueva lingüística, Pezzi no abriga dudas: únicamente Franz Bopp merece tal título. Antes de Bopp, varios investi-

⁹⁵ La expresión «il suo microscopio e lo apparato su cui adoperarlo» nos parece desconcertante. Después de *il suo microscopio*, el lector espera encontrar una alusión a los tejidos orgánicos («il suo microscopio e il tessuto su cui adoperarlo»), lo cual estaría en plena sintonía con el clima científico de la época. En el período 1840-1870 se asiste, en efecto, a un prodigioso florecimiento de la histología, propiciado por el perfeccionamiento del microscopio y por el desarrollo de las técnicas de tinción (Laín Entralgo, 1978, pp. 432-433; Albarracín Teulón, 1983, pp. 205-207; López Piñero, 2000, pp. 89-95). De nada sirve acudir a la versión francesa de la *Introduzione*, ya que dice exactamente lo mismo: «son microscope et l'appareil sur lequel il devait être employé» (Pezzi, 1875, p. 62). Para restituirle a este pasaje su verdadero sentido, es necesario acudir a la fuente de Pezzi, esto es, a la obra de August Boltz (1868, pp. 27-28). Allí veremos cómo Boltz sostiene que, al *descubrir* el sánscrito, hemos encontrado «das Mikroskop der Sprachforschung, und den Spektral-Apparat zugleich» ('el microscopio de la investigación lingüística y, al mismo tiempo, su espectrómetro'). Este pasaje encierra una alusión al descubrimiento de Robert W. Bunsen y Gustav R. Kirchhoff, padres del análisis espectral (Lang y Cabrera, 1933, pp. 56 y ss.). Los

gadores habían llamado la atención —con mayor o menor claridad— sobre la identidad originaria del sánscrito, del griego, del latín, del gótico, etc., pero aquel paso, por importante que fuese, no era más que el primero de una larga andadura: «[A]mmessa l'affinità di tali idiomi —escribe Pezzi (1869b, p. XXVII)—, restava a farne la grammatica storico-comparativa». En aquella gran empresa, que solo se podría llevar a término con el concurso de muchos brazos y con el paso de muchos años, las primeras construcciones sólidas habían sido las de Franz Bopp:

L'uomo, a cui la scienza debbe [*sic*] la prima grammatica comparativa delle lingue indo-germaniche, è Francesco Bopp. Col 'Coniugations-system [*sic*], ecc.', egli inaugurò quegli studi linguistici storico-comparativi ond'esso [*sic*] diede poi la sintesi più comprensiva nella seconda edizione della 'Vergleichende Grammatik'.

Questo capolavoro della linguistica moderna non solo si raccomanda pel numero infinito di fatti che vi si trovano raccolti e investigati con un'analisi eminentemente scientifica, ma eziandio per la virtù mirabile che esso possiede di infondere in chi lo medita la cognizione del vero metodo e di prepararlo così alle ricerche linguistiche (Pezzi, 1869b, p. XXVIII).

Quizá sorprenda ver la obra de Bopp presentada como acta de nacimiento de la gramática *histórico*-comparativa, ya que nos hemos habituado a

dos sabios alemanes comprobaron que, si hacemos pasar por un prisma la luz irradiada por un cuerpo incandescente, obtendremos un espectro con rayas de varios colores, que son la «firma», por así decirlo, de los elementos de que está compuesto. Pues bien, lo que Boltz viene a decir es que, para el estudio de las lenguas indoeuropeas, el sánscrito supuso lo mismo que el espectrómetro para el análisis químico. Confrontando con sus formas flexivas los paradigmas de otra lengua de la familia, podemos distinguir entre lo que es innovación y lo que es simple continuación del estado lingüístico previo a la fragmentación de la familia.

pensar que la historia lingüística propiamente dicha era la menor de las preocupaciones del comparatista alemán. Harto conocida es, en efecto, su afición a las que hemos dado en llamar *especulaciones glotogónicas* (cfr., p. ej., Terracini, 1949, p. 65). Basta con un somero examen de su *Analytical comparison of the Sanscrit, Greek, Latin and Teutonic languages* (1820) para advertir esa querencia, de la que no podía huir. Como fundamento de su indagación, Bopp (1820, pp. 13-14) toma la concepción del verbo —ya añeja por entonces— como palabra cuyo oficio propio es expresar el acto del entendimiento en virtud del cual un atributo se predica de un sujeto (cfr., p. ej., Arnauld y Lancelot, 1660, pp. 89 y ss.). Salvo en sus infrecuentes usos absolutos (p. ej., *Deus est* ‘Dios existe’), el verbo *ser* (lat. *esse*, ing. *to be*, etc.) es una simple cópula, un elemento de enlace entre el sujeto y el atributo, de donde le viene el nombre de *verbo copulativo*. Los otros verbos, en vez de actuar como meros goznes lógico-sintácticos, son portadores del atributo, de donde les viene el nombre de *verbos atributivos* (Bopp, 1820, *ibid.*). A mayores, tanto el verbo copulativo como los atributivos incluyen, en muchas lenguas (sánscrito, griego, latín...), una suerte de eco del sujeto: la desinencia. Pues bien, Bopp trata de probar que esta descripción del contenido de las formas personales es, al mismo tiempo, una descripción de su génesis⁹⁶. Las formas personales—

⁹⁶ Así pues, parece incurrir en el error de confundir el análisis conceptual con la explicación histórica, en el que ya habían caído algunos representantes de la *grammaire générale* de los y ss. XVII-XVIII: «[S]e si concepisce il verbo come parte del discorso che ha per antonomasia la funzione di trasformare le “parole” in “frase”, il *dicibile* in *dictum*, si può ben dire che il verbo “essere”, nella sua funzione di copula, rappresenta la verbalità pura e che, in questo senso, ogni altro verbo contiene un significato lessicale (che può venire rappresentato con *Lex*) e il verbo «essere». *Ma l’analisi concettuale, in quanto tale, non dice che i verbi nelle diverse lingue, “procedono” da una combinazione di certi elementi lessematici con il verbo “essere” di queste lingue (verbo che in esse potrebbe anche non esistere), essa non afferma il carattere primitivo del verbo “essere” nel senso glottogonico o storico, essa non attribuisce neppure il verbo a tutte le lingue (se è un fatto, questo fatto deve essere stabilito da altre considerazioni).* E soprattutto l’analisi ben intesa non attribuisce esistenza autonoma alle entità che essa individua». (Coseriu, 1975, p. 395; las cursivas son nuestras).

dice— tienen su origen en la aglutinación de unidades significativas que un día fueron independientes. La unión es estrecha, pero no tanto que la palabra resista al análisis. Si diseccionamos una forma finita, podemos identificar, al menos, un segmento que corresponde al atributo y otro que corresponde al sujeto, y a veces está presente también la cópula:

The Latin verb, *dat*, expresses the proposition, ‘he gives’, or ‘he is giving’: the letter *t*, indicating the third person, is the subject, *da* expresses the attribute of giving, and the grammatical *copula* is understood. In the verb *potest*, the latter is expressed, and *potest* unites in itself the three essential parts of speech, *t* being the subject, *es* the *copula*, and *pot* the attribute.

After these observations the reader will not be surprised, if in the languages, which we are now comparing, he should meet with other verbs, constructed in the same way as *potest*, or if he should discover that some tenses contain the substantive verb, whilst others have rejected it, or perhaps never used it. He will rather feel inclined to ask, why do not all verbs in all tenses exhibit this compound structure and the absence of the substantive verb he perhaps will consider as a kind of ellipsis (Bopp, 1820, p. 14).

Acucioso de aplicar por doquier su esquema explicativo, Bopp formula numerosas hipótesis. Veamos algunos ejemplos. Con un convencimiento absoluto, sostiene (1820, pp. 15-17) que las desinencias sánscritas de 1.^a, 2.^a y 3.^a pers. sing. del presente de indicativo (*pāmi* ‘gobierno’, *pāsi* ‘gobiernas’, *pāti* ‘gobierna’) provienen de raíces pronominales (*mām*, pron. 1.^a pers. sing., acus.; scr. *tvam*, pron. 2.^a pers. sing., nom.; scr. *tās*, *tā*, *tat*, pron. demostrativo distal, nom. sing.), y proyecta la conclusión sobre las terminaciones que encontramos en otras lenguas de la familia (lat. *do*, *das*, *dat*, de *dare* ‘dar’; gr. dor. φαμί, φής, φατί, de φάναι ‘decir’; got. *haba*, *habais*, *habaiþh*, de *haban*

‘tener’)⁹⁷. Afirmar que las formas latinas *amarem*, *monerem*, *legerem*, pretérito imperfecto de subjuntivo, encierran el inf. *esse* (‘ser’), con caída de la vocal inicial, simplificación de la geminada y consiguiente cambio (rotacismo) de *-s-* en *-r-* (1820, pp. 57-58). En fin, por no ofrecer sino una muestra más, declara que el sufijo *-ba-* de las formas *amabam*, *monebam*, *legebam*, pretérito imperfecto de indicativo, es un correlato de la raíz sánscrita *bhū-* (‘ser’), con la que también se relaciona la raíz latina *fu-*, que engendra el tema de perfecto del verbo *sum* (1820, pp. 58-59)⁹⁸. Se ha de advertir que, en este caso, las in-

⁹⁷ En el caso de la 1.^a y la 3.^a pers. sing., la hipótesis parece seductora; en el de la 2.^a, en cambio, adolece de un inconveniente: la dificultad que entraña el explicar cómo la raíz pronominal *tu-* ha dado lugar a la desinencia *-si*. En la *Vergleichende Grammatik* (1869, p. 30), Bopp se desembaraza del problema con una hipótesis cómoda: la consonante *t* se ha trocado en *s*, del mismo modo que, en griego jonio-ático (pero no en los dialectos dorio y beocio), el primitivo **tu* ha dado *σύ* (Chantraine, 1961, § 152). La extrapolación es muy osada. Demos por hecho que el paso de **tu* a *σύ* es un resultado de un cambio fonético /t/ > /s/, cosa que —hay que decirlo— no está del todo clara (Chantraine, 1961, § 152; Buck, 1933, § 298; Sihler, 1995, § 367). Aun así, hay una objeción que sigue en pie. El hecho de que en jonio-ático se produjese el paso de /t/ a /s/ en algunas palabras —¿o solo en el nominativo del pron. de 2.^a pers. sing.?— no autoriza a concluir que ese mismo cambio se produjo unos cientos de años antes, durante el proceso de separación de la rama india respecto de la rama irania. No es de extrañar, por lo tanto, que Karl Brugmann (1895, § 971) envolviese la conjuntura boppiana en un piadoso silencio: para él, solo en las formas de 1.^a y la 3.^a pers. sing. cabía suponer la fusión de sendas raíces pronominales con el tema verbal.

⁹⁸ Bopp se anticipa a las posibles objeciones señalando que a la oclusiva sonora aspirada *bh* del sánscrito no solo puede corresponderle en latín la fricativa *f* (scr. *bhrātra* ‘hermano’, lat. *frater* ‘íd.’; scr. *bharāmi-* ‘yo llevo’, lat. *fero* ‘íd.’), sino también, a veces, la oclusiva sonora simple *b* (scr. *tubhyam*, dat. del pronombre personal de 2.^a pers. de sing., lat. *tibi*, ‘íd.’). Curiosamente, se conforma con señalar que la *bh* sánscrita tiene dos correlatos en latín, sin especificar las condiciones de aparición del uno y del otro, tarea esta que habría sido bien fácil de llevar a cabo: en posición inicial de palabra (ante vocal o sonante), encontramos *f*; en el interior de palabra (entre vocales), *b* (Bassols de Climent, 1962, § 223; Monteil, 1992, p. 71). Salta a la vista que Bopp está todavía lejos del rigor con el que, al cabo de medio siglo, se va a abrazar el principio de la regularidad del cambio fonético. Para él, lo primero es la intuición, conque, si esta le señala un camino, no va a permitir que una con-

vestigaciones posteriores han confirmado las conjeturas de Bopp (Ernout, 1953, § 235; Monteil, 1992, pp. 373-374).

Ejemplos como los que acabamos de citar ilustran el enfoque retrospectivo que es característico de Bopp, un enfoque por cuya causa se le ha negado, a veces, la condición de pionero de la lingüística *histórica*. Así, p. ej., nuestro Meillet ha dicho que Bopp no se proponía seguir el desarrollo de las lenguas indoeuropeas, y que, para él, la comparación era más que un procedimiento para ensanchar el campo de observación más allá de los límites, a menudo estrechos, de la tradición escrita. Según Meillet, la utilizaba para remontarse a un estado lingüístico más perfecto, en el que todas las formas flexivas eran perfectamente analizables, puesto que sus componentes aún no se habían visto sometidas a la acción erosiva del cambio fonético:

La comparaison des langues attestées donne à ses yeux un moyen de remonter à un *état primitif* où les formes grammaticales se laissent expliquer directement et où il est possible de les analyser; en ce sens, Bopp est encore un homme du XVIII^e siècle; il prétend remonter au commencement même des choses dont les progrès de la science créée par lui ont fait comprendre à ses successeurs qu'on pouvait seulement connaître le développement historique. La détermination de l'identité fondamentale des langues indo-européennes n'est donc pas pour lui la fin de la grammaire comparée, et il ne voit dans les changements qui se sont produits depuis l'époque d'unité qu'une déchéance progressive de l'organisme ancien. Bopp a trouvé la grammaire comparée en cherchant à expliquer l'indo-

sonante o una vocal se interpongan: «[T]he impression that the words compared were identical was [...] always decisive for him, *and the sounds had to adapt themselves to this impression*» (Delbrück, 1880, p. 23; las cursivas son nuestras). En el caso concreto que ahora nos ocupa, su intuición fue certerísima, mas no así en otros.

européen, à peu près comme Christophe Colomb a découvert l'Amérique en cherchant la route des Indes (Meillet, 1903, pp. 388-389).

Gran fortuna ha tenido, en particular, la frase que cierra el párrafo. Muchos estudiosos se han hecho eco —con señales evidentes de aprobación— de ese paralelismo entre las figuras de Bopp y de Colón (Leroy, 1969, pp. 37-38; Mounin, 1971, p. 182; Robins, 1990, p. 191; Burridge, 2013, p. 152; François, 2017, p. 119). Desde luego, no faltan razones que justifiquen que se preste atención preferente a ese aspecto del legado de Bopp, pero es posible que, al focalizarlo una y otra vez, se haya ido forjando una imagen falseada del personaje y de su obra. «[I]t would be [...] mistaken to see [him] as a pure comparativist who had no interest in language development», ha apuntado Anna Morpurgo Davies (1998, p. 133). Como prueba —como indicio, más bien— del progresivo abrirse de Bopp hacia una consideración histórica de las lenguas, aduciremos un detalle que nos parece significativo. En la 2.^a edición de la *Vergleichende Grammatik*, se apoya en el *De Graecae linguae dialectis* (1839-1843) de Heinrich Ahrens para enriquecer, dándole *espesor* histórico, su acercamiento a la rama griega de la familia indoeuropea. No se conforma, p. ej., con señalar que la comparación entre formas de acus. plur. como scr. *vykān*, got. *wulfans*, lat. *lupōs* y gr. *λύκους* ('lobos') obliga a suponer una desinencia originaria **-ns* y a conjeturar, para el griego, una forma primitiva **λύκους*. Citando a Ahrens, advierte que la desinencia *-υς* está atestiguada en los dialectos cretense y argivo (Bopp, 1868, § 236).

Llega aquí a término nuestra incursión en el legado científico de Franz Bopp y, al mismo tiempo, en el relato histórico de Domenico Pezzi. Enriquecidos por esta experiencia, tenemos una imagen mucho más clara de la tradición que vimos anunciada —esbozada casi— en Friedrich Schlegel, y estamos en mejores condiciones para entender el entusiasmo que Pezzi pone en su retrato de Bopp. En particular, se nos ha hecho más comprensible que lo presente como iniciador de la lingüística *histórico-comparativa*, frente a quienes

hacen de él un comparatista *tout court*, con interés exclusivo por la lengua originaria (en la medida en que podemos entreverla mediante el cotejo de su descendencia) y sin ninguna preocupación por el desarrollo de las diferentes ramas en que se dividió.

2.1.4 Acotaciones a la historia convencional

En las páginas anteriores hemos comprobado que, desde fecha muy temprana (mediados del s. XIX), los indoeuropeístas contemplaban con orgullo el pasado de su disciplina y encaraban el porvenir con absoluta confianza. Los principios estaban firmemente establecidos; los métodos, cada día más depurados; el plano del edificio, trazado de mano maestra; los cimientos, incommovibles; la estructura, en fin, ya levantada. Quedaba trabajo por hacer, desde luego, pero era de esperar que se desarrollase conforme a las previsiones, sin sorpresas: no había sino añadir cubiertas, paramentos y tabiques, o sea, ir revisitando de datos unos esquemas que no estaban en discusión. La suficiencia del gremio llegaba hasta el extremo de darle a su disciplina, la gramática comparada *de las lenguas indoeuropeas*, el nombre de *gramática comparada* a secas, sin modificadores especificativos (como si no hubiese otra que la del tronco indoeuropeo). Esta actitud, que acaso tenía justificación en torno a 1850, a principios del s. XX ya no se podía ni siquiera cohonestar. Y, sin embargo, no había desaparecido, sino que se mantenía viva y actuante. De ella participaba, p. ej., Antoine Meillet, que le dio el título de «Aperçu du développement *de la grammaire comparée*» (la cursiva es nuestra) al apéndice histórico de la *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes* (1903). La primera línea del texto era, además, una ratificación de aquella sinécdoque (*totum pro parte*): «La grammaire comparée a été créée au début du XIX^e siècle par des savants allemands et danois» (1903, p. 383). Meillet mienta la gramática comparada *de las lenguas indoeuropeas*, que es la que fue

creada por estudiosos alemanes (Friedrich von Schlegel, Franz Bopp) y daneses (Rasmus Rask), pero se obstina en llamarla *gramática comparada*, sin más, como si no hubiese otra. Al igual que la mayoría de sus colegas, parece imbuido de una fe incommovible en su ciencia; el único temor que puede asaltarle es, de hecho, el de que pueda morir de éxito:

En un sens au moins, il semble qu'on soit parvenu à un terme impossible à dépasser: il n'y a pas de langue, attestée à date ancienne ou récente, qui puisse être ajoutée au groupe indo-européen; rien non plus ne fait prévoir la découverte de textes plus anciens des dialectes déjà connus; les inscriptions grecques, indiennes, etc., qu'on découvre de temps à autre trouvent naturellement leur place dans les séries établies et n'apportent que des nouveautés de détail; seule, une trouvaille d'espèce inattendue pourrait apporter des faits qui renouvellent l'idée qu'on se fait de l'indo-européen; il ne vient plus à la grammaire comparée des langues indo-européennes de matériaux vraiment neufs (Meillet, 1903, pp. 410-411).

Meillet no podía saber que el tiempo iba a invalidar en parte sus pronósticos. Al cabo de solo cinco años, los indianistas alemanes Emil Sieg y Wilhelm Siegling darían a conocer un descubrimiento de primera magnitud. Hacía algún tiempo que se venían emprendiendo expediciones arqueológicas a través de la cuenca del río Tarim, que riega las áridas tierras del Turquestán Oriental. Uno de los frutos de aquellos viajes fue el hallazgo de ciertos documentos escritos en una modalidad gráfica que derivaba del alfasilabario brahmí (Diringer, 1969, p. 520; Jensen, 1970, p. 372). Pues bien, Sieg y Siegling demostraron que los textos en cuestión daban testimonio de dos lenguas indoeuropeas previamente desconocidas. Aquellas dos lenguas, con un estrecho parentesco, pero, al parecer, sin inteligibilidad mutua (Penney, 2017, p. 1298), formaban

una nueva rama de la familia indoeuropea: la rama *tocaria*⁹⁹. Solo nueve años después (1917), el asiriólogo checo Bedřich Hřozný hizo un anuncio aún más llamativo. Después de años dedicado al estudio de las inscripciones cuneiformes de Hattusas (ciudad en ruinas próxima a la aldea de Boghazköi, en el centro de Anatolia), dio a conocer los resultados de su trabajo: la lengua en la que estaban escritas —a la que se convino en llamar *hitita*¹⁰⁰— formaba parte de la familia indoeuropea.

Estos dos descubrimientos, y en particular el segundo, obligaban a revisar la reconstrucción *clásica* del indoeuropeo común, codificada por Karl Brugmann y Berthold Delbrück en el colosal *Grundriss der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen* (1.ª ed., 1886-1900)¹⁰¹. Jay Jasanoff ha descrito la situación de manera particulamente gráfica: «The ink was scarcely dry on the last volume of Brugmann's *Grundriß* (1916, 2nd ed., Vol. 2, pt. 3) so to speak, when an unexpected discovery [...] portended the end of the scholarly consensus that Brugmann had done so much to create (2017, p. 220). Y, sin embargo, muchos indoeuropeístas seguían fieles a su convicción —no del todo infundada— de que la disciplina estaba *hecha*. De hecho, algunos intentaron oponerse por todos los medios a la introducción de reajustes. Fue el caso de Edgar H. Sturtevant con su *hipótesis indo-hitita*. A el fin de

⁹⁹ Según los especialistas, es muy poco probable que los hablantes de *tocario* utilizaran ese nombre, *tocario*, como autoglotónimo y autoetnónimo (Villar, 1996, pp. 457-458).

¹⁰⁰ Una decisión no exenta de inconvenientes: como Hřozný ha señalado (1934, p. 78), los hablantes de *hitita* llamaban *hitita* a la lengua (no indoeuropea) de la población autóctona de Anatolia.

¹⁰¹ Brugmann, profesor en la Universidad de Leipzig (Fries, 2009), fue autor de los tomos I y II de la 1.ª edición (1886-1892), en los que se estudiaban la fonética (al. *Lautlehre*), la formación de los temas nominales y verbales (al. *Stammbildungslehre*) y la flexión (*Flexionslehre*). Delbrück, que enseñaba en la Universidad de Jena (Eggers, 2009) se encargó de los tomos III, IV y V (1893-1900), dedicados a la sintaxis. La 2.ª edición de la obra, publicada entre 1896 y 1916, fue de la sola autoría de Brugmann.

preservar la tradición brugmanniana, Surtevant afirmó que el hitita, dadas las peculiaridades de su aparato flexional, no podía ser una rama más, al mismo nivel que la indoirania, la helénica, la itálica, la céltica, etc. Solo podía ser una lengua *hermana* del indoeuropeo común, resultante, como este, de la evolución diferenciada de un sistema más antiguo, al que se podía dar el nombre de *indo-hitita* (Villar, 1996, pp. 303-305; Jasanoff, 2017, pp. 233-234). De esta forma, el modelo del *Grundriss* se salvaba... solo para las lenguas de cuyo estudio había surgido.

Aunque no faltará quien juzgue con dureza la estratagema de Sturtevant, lo cierto es que su fidelidad al esquema heredado era sobradamente comprensible. Hasta entonces, la historia de la indoeuropeística había sido un rosario de éxitos, un proceso de perfeccionamiento gradual, sin rupturas traumáticas. Muchos especialistas querían evitar el papel de perturbadores de la *paz pública* de su disciplina. Se puede objetar que, como ha señalado Pierre Swiggers, en esta reconstrucción histórica hay una dosis apreciable de mitificación: «The history of Indo-European [...] linguistics in the 19th and 20th century is not one of a straightforward development» (2017, p. 197). Con todo, si los miembros de una comunidad toman un mito por historia y hacen de la adhesión a él una seña de identidad, entonces el mito se va a convertir en una de las fuerzas que moldean la historia.

Habiéndonos familiarizado ya con la autorrepresentación de los indoeuropeístas, conviene que nos hagamos eco de las críticas que contra ella se han lanzado. Ya en las décadas centrales del s. XIX se produjeron algunos ataques, aunque su eficacia fue, en conjunto, muy escasa. Los más numerosos eran los que, sin romper con el marco de la narración al uso, pretendían introducir puntualizaciones de detalle, casi siempre con ánimo de defender el *honor nacional*. Se denunciaba, ante todo, la anglofilia de la historia corriente, que confería a las observaciones de Sir William Jones un aura de novedad no del todo justificada. Con dos decenios de adelanto lo había hecho el misionero jesuita francés Gaston-L. Coeurdoux, en una carta dirigida al abate Jean-J. Barthé-

lemy... que no se publicó hasta 1808 y que ni siquiera entonces suscitó gran interés¹⁰². Cœurdoux proporcionaba una larga lista de concordancias de vocabulario entre el sánscrito, el griego y el latín, al tiempo que hacía notar las similitudes de algunos casos del pronombre personal de 1ª pers. sing., de algunos numerales y del pres. ind. y subj. del verbo copulativo (1808, pp. 651-653). Además, no contento con ofrecer aquellas relaciones de vocablos y formas gramaticales —cosa que Jones no haría—, el P. Coeurdoux intentaba explicar las correspondencias que había detectado:

Cette communication et cette ressemblance de termes ne peut, ce semble, être attribuée qu'à une de ces six causes: au commerce, aux sciences, au voisinage des pays, à la religion, à la domination, à une commune origine, ou à plusieurs de ces causes réunies (1808, p. 660)¹⁰³.

No por casualidad un francés, Michel Bréal, fue quien se afanó en rescatar del olvido a Cœurdoux (Bréal 1866, pp. XVI-XVIII; Bréal, 1879, p. 1006). En Italia, el patriotismo hizo que Francesco Predari (1842, pp. 45-47) se apropiase del misionero carmelita austríaco Paolino da San Bartolomeo, con el pretexto

¹⁰² A veces se ha afirmado que la carta de Coeurdoux se dirigía a Anquetil-Duperron (Zupanov, 2008, p. 228). Es una verdad a medias. Barthélemy actuó como intermediario: «Le célèbre abbé Barthélemy, [...], lui avoit [sic] marqué [...] les différens [sic] objets relatifs à l'Inde sur lesquels on desiroit [sic] en France d'avoir des notions exactes [...]. La réponse de l'habile Jésuite me fut remise par mon savant confrère le 20 juillet 1768» (1808, p. 647).

¹⁰³ Cuando somete a juicio la sexta posible causa (1808, pp. 664-667), Cœurdoux se empecina en encajar la historia de las lenguas sánscrita, griega y latina en un marco narrativo suministrado por el libro bíblico del Génesis: «Des fils de Japhet, l'uns parloient [sic] grec, les autres latin, d'autres samskroutan [sic]. Avant leur totale séparation, la communication qu'ils eurent ensemble mêla un peu leurs langues» (1808, p. 667).

de que se había formado en Roma, y acusaba a los ingleses de haberse beneficiado de su trabajo sin otorgarle el reconocimiento que merecía:

[S]e le opere a lui succedute dispenseranno d'ora in poi dal far ricorso alla maggior parte delle opere di Paolino, sarebbe pure ingiustizia il non retribuire a lui il sommo merito di avere pel primo dischiuso l'aringo, e di avervi preceduti rivale più di lui fortunati per ciò solo che sono venuti dopo di lui (Predari, 1842, p. 47).

Más radical es la crítica de quienes, no contentos con reclamar que se le reconozca prioridad a un compatriota, recusan radicalmente la visión *sanscritocéntrica* al uso. No es cierto —dicen— que el camino hacia el desarrollo del mérito comparativo y de la clasificación genealógica pasase forzosamente por el Indostán. Los indoeuropeístas daneses, con Vilhelm Thomsen y Holger Pedersen en cabeza, hacen notar que su conterráneo Rasmus Rask demostró el parentesco de las lenguas germánicas entre sí y con las eslavas, bálticas (letón y lituano) y tracias (griego y latín), y todo ello sin saber sánscrito (Thomsen, 1945, p. 15; Pedersen, 1931, pp. 248 y ss.). Por otra parte, no faltaban semitistas que afirmaban que la suya era la disciplina en la que el método comparativo había velado sus armas y conseguido sus primeros triunfos. Valga como ejemplo el asiriólogo alemán (naturalizado francés) Jules Oppert. En 1857, en la conferencia inaugural de un curso de sánscrito que se iba a impartir en la Bibliothèque Impériale de París, Oppert quiso dejar claro que la prioridad no le correspondía a la lingüística indoeuropea: «L'unité originaire des langues sémitiques a été reconnue depuis deux siècles et [...] la philologie comparée des ces idiomes est l'ainée de celles dont nous nous occuperons» (1858, p.

9)¹⁰⁴. Demás está decir que estas denuncias no surtieron efecto. Estos, como ya sabemos, siguieron convencidos, durante todo el resto del siglo (y acaso más allá), de que solo el tronco indoeuropeo había reunido las condiciones para actuar como caldo de cultivo de la nueva lingüística.

Hasta ahora hemos aludido a las críticas que se formularon al mismo tiempo que se iba construyendo y consolidando el relato convencional, es decir, a partir de mediados del s. XIX. Es el momento de hacerse eco de los ataques —más recientes, más exitosos— ligados al nacimiento y desarrollo de la historiografía lingüística como disciplina autónoma. Desde el último tercio del s. XX, a autores como Ascoli, Müller, Pezzi, Thomsen, Pedersen, etc., se les ha tachado de portavoces de los prejuicios e intereses de su grupo de referencia. Construyen y divulgan una «légende dorée» (Auroux, 2000, p. 9), una narración parcial (aunque no falsa *stricto sensu*), que responde al propósito de infundir en las nuevas generaciones los ideales que garantizan la cohesión y continuidad del grupo. Con otras palabras: son los creadores y propagandistas de una historia presentista, apologética, *whigh*¹⁰⁵. En el ayer buscan

¹⁰⁴ Oppert pensaba acaso en la célebre contribución del orientalista alemán Hiob Ludolf, cuya *Grammatica aethiopica* incluía una breve disertación «de origini, natura et usu lingua Aethiopicae», en donde se podían leer estas palabras: «Lingua Aethiopica originem suam traxit ex Arabica, cuius filia censerit potest, sicuti ista Haebraeam pro matre agnoscit [...]. Id clare apparet non tantum ex copia vocum harmonicarum [...], sed ex et ipsa grammatica, quae cum Arabica convenit» (1702, s. n.), esto es, una lista de cognados que comprendía voces etíopes, árabes y hebreas. Es de notar que Ludolf interpretaba el parentesco colateral como relación maternofilial: no suponía un origen común para las tres lenguas en cuestión, sino que se representaba el etíope como derivado del árabe, y este como derivado del hebreo. Por lo demás, se ha de notar que el sabio orientalista no publicó en 1702 un libro titulado *Disertatio de harmonia linguae Aethiopicae cum ceteris orientalibus*. Esta atribución tiene su origen en un error de Theodor Benfey (1869, p. 236), que citó el «Syllabus» por el título que figuraba en el índice del *Lexicon* (no en el cuerpo de la obra).

¹⁰⁵ La expresión *whigh history* ('historia liberal') la acuñó el historiador inglés Herbert Butterfield (1931) para referirse a cierta visión del desarrollo político de Inglaterra durante

solo aquello que prefigura su hoy, conque tienden a ignorar tradiciones que tiempo atrás se encontraban en el centro de la escena; es el caso, p. ej., de la *grammaire générale* de los y ss. XVII-XVIII, sobre la cual escriben apenas unas líneas, casi todas de tono displicente. Ni siquiera se desprenden de sus parcialidades a la hora de tratar las porciones del pasado que sí les interesan, sino que agrandan lo pequeño si les es cercano y achican lo grande si les queda demasiado lejos.

Un ejemplo de las insuficiencias de la historia corriente lo encontramos en el trato que dispensa a figuras de estatura tan diferente como Filippo Sassetti, viajero italiano del s. XVI, y János Sajnovics y Sámuel Gyarmathi, eruditos húngaros de la segunda mitad del s. XVIII¹⁰⁶. Los apuntes de Sassetti sobre

los siglos XVI-XVIII, que presentaba el triunfo del protestantismo sobre el catolicismo y la supremacía del Parlamento sobre la Corona como resultados inevitables, *naturales*, del acontecer histórico: las cosas fueron como tenían que ser (necesidad) y como debían ser (conveniencia); no podían haber sido de otra forma (Butterfield, 1931). Años después, el propio Butterfield introdujo la idea de *whig history* —aunque no el término— en el terreno de la historia de las ciencias. En el prefacio de un celebrado estudio acerca de la génesis de la ciencia moderna, lamentó la falta de *sentido histórico* de algunos científicos que se lanzaban a escribir la historia de sus disciplinas sin formación como historiadores (Butterfield, 1949, pp. VIII-IX). En vez de afanarse en comprender a sus antepasados, se contentaban con clasificarlos en dos grupos: por un lado, el de los ciegos (numerosos) que no percibieron la luz de las nuevas ideas; por otro, el de los vigías (pocos) que vieron más lejos y más claro. Una historia que solo toma en consideración los éxitos —dice Butterfield— es una historia insatisfactoria: «Our history of science is lifeless and its whole shape is distorted if we seize now upon this particular man in the fifteenth century who had an idea that strikes us as modern, now upon another man of the sixteenth century who had a hunch or an anticipation of some later theory [...]. It has proved almost more useful to learn something of the misfires and the mistaken hypotheses of early scientists, to examine the particular intellectual hurdles that seemed insurmountable at given periods, and even to pursue courses of scientific development which ran into a blind alley, but which still had their effect on the progress of science in general».

¹⁰⁶ Este es —que conste— solo un ejemplo de entre todos los que se podían aducir. Cabía haberse referido, p. ej., a la simplificación que entraña el hacer de Jones el descubri-

las semejanzas entre algunas palabras sánscritas e italianas —que no se divulgaron hasta mediados del s. XIX— reciben tanta atención como dos libros, los de Sajnovics (1770) y Gyarmathi (1799), en los que se lleva a cabo un análisis comparativo del organismo gramatical de varias lenguas para probar su identidad de origen (Zsirai, 1951, pp. 66 y ss.; Gulya, 1974, pp. 266 y ss.). Max Müller, p. ej., incluye a Sassetti en una crónica de los ensayos de clasificación de las lenguas del mundo, que se extiende desde la Antigüedad (Müller, 1861, p. 106 y ss.) hasta el primer decenio del XIX. Le otorga a Sassetti, por tanto, un lugar en la historia de una empresa multiseccular. Alude también a Gyarmathi, pero lo hace en el contexto de una somera descripción de la familia finoúgrica (1861, pp. 302-309). Así, el lingüista magiar no queda inserto en la *gran* historia de la lingüística (sin adjetivo), sino en la *pequeña* historia de la lingüística finoúgrica. Los historiadores *whigh* se escudan en que la capacidad de atracción de la empresa fundada por Sajnovics y Gyarmathi fue bastante menor que la del proyecto de Friedrich von Schlegel. No les falta razón, pero evitan indagar las causas. El húngaro, el lapón, el finés, etc., no son de por sí un terreno menos propicio para la investigación comparativa: han sido facto-

dor de la lengua y la literatura sánscritas, y no simplemente porque el P. Cœurdoux se le hubiese adelantado. En realidad, desde el s. XVI hasta mediados del XVIII fueron varios los europeos —mercaderes y misioneros, sobre todo— que tuvieron conocimiento del sánscrito y advirtieron sus similitudes con lenguas como el latín o el alemán (Schwab, 1950, pp. 34-40; Droixhe, 1978, pp. 77-80; Rocher, 1995, pp. 188-190). Por otra parte, los estudios de George J. Metcalf (1966, 1974, pp. 233-228) han revelado la existencia de un precursor cuyo recuerdo se había perdido por completo: a finales del s. XVII, el sueco Andreas Jäger había vislumbrado la existencia de una lengua primitiva (y no documentada) a la que llamaba *escítica*, de cuya fragmentación habrían nacido, en su opinión, el griego, el latín y las lenguas célticas, germánicas y eslavas.

res ambientales (económicos y culturales, sobre todo) los que han determinado la suerte de la lingüística indoeuropea y de la finougría¹⁰⁷.

Hasta ahora hemos evocado algunas de las críticas que se han lanzado contra la historia al uso, y hemos tratado de mostrar sus líneas maestras. Llegamos al momento de las puntualizaciones; de la puntualización, mejor dicho, pues solo introduciremos una. Bien está, como mecanismo compensatorio, colocar en el centro de la escena las corrientes e indagaciones que la tradición ha preferido dejar entre bastidores. Ahora bien, si apuntamos todos los autores y títulos que se mencionan en obras como la de Pedersen, la de Carlo Tagliavini (1963) o la de Anna Morpurgo Davies (1998), nos daremos cuenta de que el *whiggismo* de la vieja historia no carecía de justificación. Hay un hecho innegable: en los albores del s. XX, la comunidad académica de los lingüistas había reunido una suma imponente de conocimientos factuales, positivos, acerca de la evolución y estructura de las lenguas del mundo. En comparación con esa inmensa mole, la información disponible cien años antes se revelaba fragmentaria e insegura. Los métodos, además, se habían refinado hasta llegar a un punto en el que parecía imposible un perfeccionamiento ulterior. En la primera mitad del XIX, todo un Franz Bopp se había afanado en probar la pertenencia de las lenguas malayo-polinesias al tronco indoeuropeo, apoyán-

¹⁰⁷ Los reinos y principados alemanes poseían una *intelligentsia* laica cada vez más consciente de su propia dignidad y más influyente en el interior y el exterior, para la cual era un timbre de gloria entroncar a su pueblo con los profetas, sabios y guerreros de la antigua India y del antiguo Irán. En Hungría, donde el campesinado vivía sometido a servidumbre por una nobleza orgullosa y turbulenta, no había, en cambio, una *intelligentsia* pujante como la alemana (vivero inagotable de profesores y alumnos universitarios). Además, nadie estaba ansioso por emparentar con pueblos que, como los lapones, los fineses, los estonios o los cheremises, no habían fundado escuelas filosóficas, grandes religiones ni poderosos imperios. János Gulya lo ha expresado en forma tan concisa como gráfica: «The difference between Bopp's inclusion of Sanskrit, and Gyarmathi's inclusion of Cheremis—both the inclusion of another member of a Family—is not just the fuller and clearer state of the information about Sanskrit, but the difference between a desired and a rejected ancestry» (1974, p. 272).

dose para ello en ecuaciones léxicas caprichosas, sin hacer ningún esfuerzo para establecer correspondencias fonéticas regulares: así, el tahitiano *po* ‘noche’ sería cognado del sánscrito *kṣapo* ‘id.’, y se explicaría por la caída de la primera sílaba de la forma originaria (Delbrück, 1880, p. 24). Cuarenta años después, errores tan significativos eran simplemente inconcebibles. El avance se produjo, pues, en todos los órdenes, y no parece que la *leyenda dorada* se pueda descartar como mera propaganda.

Estos progresos de la lingüística en el s. XIX no eran, por lo demás, un fenómeno aislado. Meillet, que jamás estuvo aquejado de un *especialismo* miope y limitante, supo darse cuenta. «La grammaire comparée —dijo una vez (1903, p. 386)— n’est qu’une partie du grande ensemble des recherches méthodiques que le XIX^e siècle a instituées sur le développement historique des faits naturels et sociaux». Debemos verlos como una de las manifestaciones de un movimiento intelectual que elevó el estudio de la humanidad y sus obras —mejor dicho: de la humanidad *en* sus obras— a cotas nunca antes alcanzadas. Dos o tres generaciones bastaron, como apunta Ortega (s. a., p. 22), para lograr lo que siglos enteros no habían conseguido: «[dejar] los estudios históricos [...] puestos *en forma*; [...] en forma de ciencia, de juicio riguroso y seguro de sí mismo». Si no temiésemos enzarzarnos en discusiones interminables, daríamos a este movimiento el nombre de *historicismo*, y lo caracterizaríamos, a la manera de Friedrich Meinecke (1943, p. 12), como «la sustitución de una consideración generalizadora de las fuerzas humanas históricas por una consideración individualizadora». En todas las ciencias del hombre, la indagación de lo particular y cambiante primaba sobre la visión de lo general y permanente. El conocimiento del hombre, y de *lo humano* en todas sus manifestaciones, adoptaba —casi exclusivamente— la forma de historia. Lucien Febvre, que se había formado en las postrimerías de aquella era, la evocaba, décadas después, en estos términos: «[L]orsque j’entrais à l’École, la partie était [...] [t]rop gagnée pour l’histoire. [...] L’histoire faisait, une à une, la conquête de toutes les disciplines humaines» (1943, p. 10). Era el suyo un

recuerdo teñido de crítica: «Fière de ses conquêtes, [...] l'histoire s'endormait dans ses certitudes» (*ibid.*). No había en él acentos de entusiasmo y orgullo como los que antaño se oían en boca de un Gabriel Monod:

Au développement des sciences positives qui est le caractère distinctif de notre siècle, correspond, dans le domaine que nous appelons littéraire, le développement de l'histoire, qui a pour but de soumettre à une connaissance scientifique et même à des lois scientifiques toutes les manifestations de l'être humain. [...] [L]a contemplation purement esthétique des œuvres intellectuelles a été de plus en plus négligée pour faire place à des recherches historiques. *Histoire des langues, histoire des littératures, histoire des institutions, histoire des philosophies, histoire des religions, toutes les études qui ont l'homme et les phénomènes de l'esprit humain pour objet ont pris un caractère historique. Notre siècle est le siècle de l'histoire.*

Grâce aux progrès des sciences et des méthodes scientifiques, l'histoire possède aujourd'hui de merveilleux moyens d'investigation. Par la philologie comparée, par l'anthropologie, par la géologie elle-même, elle plonge ses regards dans des époques pour lesquelles les monuments font défaut aussi bien que les textes écrits. Des sciences accessoires, la numismatique, l'épigraphie, la paléographie, la diplomatique, lui fournissent des documents d'une autorité indiscutable. Enfin la critique des textes, établie sur des principes et des classifications vraiment scientifiques, lui permet de reconstituer, sinon dans leur pureté primitive, du moins sous une forme aussi peu altérée que possible tous les écrits historiques, juridiques, littéraires qui ne nous ont pas été conservés dans des manuscrits originaux et autographes. Ainsi secondée, armée de pareils instruments, l'histoire peut, avec une méthode rigoureuse et une critique prudente, sinon découvrir toujours la vérité complète, du moins déterminer exactement sur

chaque point le certain, le vraisemblable, le douteux et le faux (Monod, 1876, pp. 26-27; las cursivas son nuestras).

Las líneas que acabamos de reproducir proceden del artículo «Du progrès des études historiques en France depuis le XVI^e siècle», que abría el primer número de la *Revue historique*, una tribuna para los historiadores profesionales, académicos, frequentadores de archivos y enemigos de las generalidades huecas: «Nous ne ferons [...] ni une œuvre de polémique ni une œuvre de vulgarisation» (Monod y Fagniez, 1876, p. 1). De haberse publicado separadamente, los dos párrafos en cuestión habrían podido llevar el título de «El triunfo de la historia». En ellos se nos muestra, en efecto, como una disciplina segura de sí misma («déterminer exactement sur chaque point...»), sin sospecha de las limitaciones que el tiempo acabará por revelar.

Escribiendo aquellas líneas, Monod se erigía en portavoz de un estado de opinión que rebasaba los límites de las disciplinas y las fronteras de los países. No es de extrañar, pues, que los comparatistas de su tiempo participasen de la misma actitud. Era la actitud de un Vilhelm Thomsen en su *Sprogvidenskabens historie* (1902). Haciendo balance de los cien años anteriores, Thomsen se jactaba de que la ciencia del lenguaje había experimentado un avance extraordinario, sin parangón en los dos milenios transcurridos desde su origen en la Grecia y la India antiguas (1945, p. 11). Y no temía el agotamiento de la disciplina, porque cada nueva respuesta —advertía— obligaba a hacerse preguntas nuevas: «[C]uanto [...] más ahondamos [...], más cuestiones generales y particulares se suscitan» (1945, p. 132). El lingüista danés encaraba el futuro con optimismo: si los problemas de ayer habían tenido solución, también la tendrían los de mañana. Ni les faltarían ocupaciones a las nuevas promociones de estudiosos, ni era de temer que se viesen desbordados e incapaces de desentrañarlos: «Temas bastantes hay, y gran parte de ellos serán solucionados, con mayor o menor precisión o verosimilitud» (*ibid.*). Sean las palabras de Thomsen un testimonio de la fe que muchos lingüistas —pro-

blemente la mayor parte— habían puesto en la solidez de los resultados de la lingüística y en la *souplesse* de sus métodos, fructíferos más allá de los confines de la familia lingüística indoeuropea. La ciencia del lenguaje parecía caminaba, a buen paso, hacia el pleno cumplimiento de los que por entonces parecían sus objetivos principales: inventariar todo el patrimonio idiomático de la humanidad; clasificar las lenguas en familias, con arreglo a su parentesco genético; por último, en la medida en que los datos lo permitiesen, reconstruir la evolución de su inventario fónico, organismo gramatical y vocabulario.

2.2. VOCES DISIDENTES: HACIA UNA LINGÜÍSTICA GENERAL

Con todo, sería un error creer que, en la Europa finisecular, la lingüística era un estanque donde el agua no circulaba, que todos los lingüistas veían los logros del s. XIX como un *non plus ultra* y que ninguno deseaba explorar nuevos terrenos ni ensayar puntos de vista distintos. Una hermosa alegoría de Joseph Vendryes, destinada originalmente a explicar las relaciones entre la lengua escrita y la oralidad *espontánea* y *popular*, puede ayudarnos a entender el estado en que se encontraba la disciplina. La lengua escrita —observa Vendryes (1921, p. 325)— es la capa de hielo que se forma en la superficie de un río durante el invierno; el habla popular, la corriente que sigue fluyendo bajo aquella:

L'enfant, voyant la glace, croit qu'il n'y a plus de rivière, que le cours en est arrêté. Illusion! Sous la couche de glace l'eau continue à couler, à suivre sa pente vers la plaine. Vienne la glace à se rompre, on voit brusquement l'eau jaillir et bondir en murmurant (*ibid.*).

En nuestra refundición de la alegoría, la capa de hielo representa los consensos reinantes en la lingüística de finales del s. XIX y principios del XX; el agua que sigue corriendo por debajo —y que aflora de vez en cuando—, la insatis-

facción con la realidad presente de la ciencia (y el deseo de transformarla). Bastaba un cambio en las condiciones ambientales para que la capa superficial se quebrase, primero, y se licuase, después, lo que dejaría al descubierto el malestar que durante tanto tiempo había estado escondido. Y nos equivocaríamos, por cierto, si supusiésemos que solo en figuras más o menos *marginales* se advertían las señales de cansancio y el apetito de nuevos horizontes. No son menos visibles en Meillet, formado en la tradición del comparatismo. Son reveladoras —y sorprendentes por su franqueza— las palabras con las que cerró el apéndice histórico de la *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*:

Partie, au commencement du XIX^e siècle, de la grammaire générale, la linguistique revient à poser des principes généraux, *qui seuls peuvent en effet être objets de science*. La linguistique scientifique s'est longtemps identifiée avec la linguistique historique; *l'histoire des langues est suffisamment faite maintenant pour rendre nécessaire à nouveau la recherche des principes généraux*. Mais, au lieu que la grammaire générale ancienne reposait sur la logique [...], la linguistique actuelle repose sur l'examen des faits du passé et du présent, et elle cherche à déterminer [...] dans quelles conditions, *suivant quelles lois constantes et universellement valables*[,] les faits observés coexistent et se succèdent (Meillet, 1903, pp. 413-414; las cursivas son nuestras).

Solo cinco años después, Albert Sechehaye tomaba la palabra para formular, envuelto en otros términos, el mismo diagnóstico: la lingüística ha sido, hasta el momento, una ciencia de lo particular, «une *science des faits historiques* ou plus simplement une *science des faits*» (1908, p. 2). Lo es cuando se limita a describir un estado de lengua a partir de su reflejo en los documentos, y cuando, cotejando dos o más estados sucesivos, consigna los cambios acaecidos en el íterin. Lo es también cuando confronta varias lenguas (toma-

das tal como aparecen en los testimonios más antiguos), descubre coincidencias que solo se explican suponiendo un origen común, y luego conjetura las alteraciones que en cada una de ellas han experimentado su patrimonio léxico, sus patrones gramaticales y su repertorio de sonidos. «Cette science des faits —escribe Sechehaye (1908, p. 3)— nous apparaît [...] dans un triple rôle: elle décrit, elle raconte, elle reconstitue». Descriptiva, histórica o comparativa, la lingüística se ha conformado con hacer inventario de *lo real* sin tratar de descubrir «les conditions *du possible*» (Sechehaye, 1908, p. 4; las cursivas son nuestras). Ha levantado acta de los hechos, pero no ha intentado jerarquizarlos ni descubrir los principios generales que presiden su coexistencia y sucesión. Si una lengua posee tales caracteres en el nivel de la pronunciación o de la gramática, ¿qué otros *posee* necesariamente, cuáles *no posee* necesariamente y cuáles *puede poseer*? Si una lengua presenta, en uno de sus niveles, tales unidades organizadas de tal manera, ¿qué curso *puede* o *no puede seguir* su evolución? A preguntas como estas responden las *sciences des lois*, que «cherchent[,] derrière le contingent, le général et le nécessaire» y enuncian verdades que «n'ont point de date ni de localisation» (1908, p. 4)¹⁰⁸. Pues bien —concluye Sechehaye (1908, pp. 9-10)—, junto a la lingüística *de los hechos*, esto es, junto a la «linguistique historique» (que abarca también la descriptiva), urge

¹⁰⁸ Las denominaciones *science(s) des faits* y *science(s) des lois* las había puesto en circulación el filósofo suizo Adrien Naville (Sechehaye, 1908, p. 2, n. 1), decano de la Facultad de Letras y Ciencias Sociales de la Universidad de Ginebra, donde Sechehaye trabajaba como *privat-dozent* (Fryba-Reber, 1995, p. 125). Con el nombre de *sciences des lois*, o *théorématiques*, Naville se refería a las que determinan los límites de lo posible (1901, pp. 12-16, 23 y ss.); con el de *sciences des faits*, o *historiques*, a las que, dentro de la esfera de lo posible, determinan los límites de lo real (1901, pp. 16-18, 109 y ss.). Junto a unas y otras se encuentran las *sciences des règles*, o *canoniques*, que son las que, dentro de la esfera de lo posible, tratan de determinar lo conveniente (1901, pp. 18-20, 145 y ss.). Al leer a Naville, es forzoso acordarse de la distinción que Wilhelm Windelband (1980) trazó entre *ciencias nomotéticas* y *ciencias idiográficas*, o de la de Karl Popper (2002, pp. 161-165) entre *ciencias históricas* y *ciencias teóricas*.

construir la lingüística *de las leyes*, es decir, la «linguistique théorique», que todavía existe solo en forma de deseo. No puede ser casual que Meillet, al reseñar la obra de Secheyaye, acepte su descripción del estado de los estudios lingüísticos en aquella coyuntura histórica:

Il n'y a pas de science qui soit demeurée plus empirique que la linguistique. Aussi longtemps qu'on se borne à de simples descriptions grammaticales et à la comparaison terme à terme des éléments de deux phonétismes ou de deux grammaires, on peut se faire illusion sur les inconvénients de cet empirisme. Mais, dès qu'on aborde des problèmes plus compliqués et plus délicats et qu'on se pose le problème des causes, l'impossibilité de rien démontrer sans avoir posé: une doctrine générale se révèle à tout esprit méthodique (1908, p. XXIII).

Se ha de notar, por lo demás, que Secheyaye y Meillet no eran dos voces aisladas. No eran los únicos lingüistas que pedían un ensanchamiento de los horizontes de su ciencia; tampoco los primeros. Cuando ellos escribieron las palabras que acabamos de leer, hacía ya mucho tiempo que se venía hablando de la necesidad de ir más allá, de no dejarse encerrar en el *recinto* de la gramática comparada (por anchuroso que fuese y por muchas riquezas que contuviese). Sí, se hablaba de la necesidad de ir más allá; que de hecho se fuese, en cambio, no está tan claro. Claudine Normand ha llamado la atención sobre este aspecto proyectivo, futurizo, de la lingüística general en la Europa de la *Belle Époque*. La expresión *lingüística general* —escribe (2000, p. 443)— «renvoie moins à une totalité empirique [...], qu'il n'en est la formulation d'une 'idée'». Y añade, acto seguido, que se presenta como una empresa «toujours à faire, et dont on doute parfois qu' [elle] soit réalisable dans son ensemble» (*ibid.*). Anna Morpurgo Davies ha hecho observaciones similares (1998, pp. 325-326). No faltaban, pues, iniciativas de corte generalista, pero adolecían de excesiva dispersión, de falta de continuidad: más de una pro-

puesta atractiva se extinguía con su autor (más bien, cuando el libro en que se había formulado, una vez *absorbido* el impacto inicial, dejaba de circular). Además, no había un consenso lo bastante amplio en torno a los temas y problemas de aquella disciplina que estaba en perenne *statu nascendi*¹⁰⁹. «[N]o agreement was available about the way in which general linguistics was to be approached» (Morpurgo Davies, 1998, p. 326)¹¹⁰. Bien es verdad que no parece justo reprocharles esa confusión a los lingüistas de finales del Ochocientos, visto que sus herederos no han demostrado mayor precisión a la hora de trazar linderos. Cien años después, el término *lingüística general* seguía mar-

¹⁰⁹ Estaba siempre naciendo, pero no acababa de nacer; estaba siempre haciéndose, pero nunca estaba hecha. El tiempo no ponía remedio a aquella enojosa situación. A finales del primer tercio del s. XX, aún se podía escribir: «La linguistique générale, *en formation*, essaie de formuler les caractéristiques constantes du langage et de dégager les lois qui gouvernent l'évolution continue des langages humains» (Cohen, 1928, p. 6; las cursivas son nuestras).

¹¹⁰ Morpurgo Davies llega a afirmar que el grueso de la profesión convenía en la necesidad de construir una lingüística general: «On this point most practicing linguists of the end of the century [...] would have agreed, even if they continued to work within their familiar historical and philological framework» (1998, pp. 325-326). Cabe preguntarse si el acuerdo era general entre la mayoría de los lingüistas de aquel tiempo o entre la mayoría de aquellos a los que seguimos leyendo en el nuestro. Poco operativo es, por lo demás, un consenso científico que no llega a alterar sustancialmente el itinerario formativo de las nuevas generaciones. A juzgar por evocaciones autobiográficas como la de Yakov Malkiel (1986), formado en Berlín en la segunda mitad de los años treinta, el peso de la lingüística general en la formación de los jóvenes lingüistas era escasísimo: «[P]our ma génération de jeunes romanisants européens, [*Linguistique générale et linguistique française*, de Charles Bally] représentait [...] presque le seul lien entre les travaux microscopiques auxquels nous obligeait le programme universitaire et *les généralités auxquelles il nous était permis de rêver*» (1986, p. 15; las cursivas son nuestras). Sería conveniente disponer de testimonios procedentes de otras universidades y otras especialidades lingüístico-filológicas, pero el detalle es revelador.

cado por «la ambigüedad y [la] polivalencia», dada la gran cantidad de definiciones en circulación (Fernández Pérez, 1999, pp. 37-41)¹¹¹.

Hasta ahora hemos insistido —no sin justificación— en cómo durante los últimos decenios del s. XIX aumentó el interés por la construcción de una lingüística que fuese ciencia de las lenguas *y del lenguaje*. Erraríamos gravemente, con todo, si pensásemos que fue entonces, solo entonces, cuando se empezó a acariciar la idea. En realidad, propósitos semejantes venían formulándose —con discretas repercusiones, eso sí— desde los primeros años de la centuria, como enseguida vamos a comprobar.

2.2.1 Alemania, primer tercio del s. XIX: Wilhelm von Humboldt

Una formulación clara la encontramos ya en Wilhelm von Humboldt. En su *Essai sur les langues du nouveau continent* (1812), prefacio de un gran catálogo descriptivo de las lenguas amerindias que no llegó a ver la luz, el polígrafo prusiano ponderaba la importancia que para el conocimiento del lenguaje entrañaba el estudio del patrimonio lingüístico de los indígenas americanos. No es posible —concedía Humboldt— concebir una suerte de *langua-en-general* que sea cifra y compendio de todas: «[Elle] deviendrait [*sic*] vuide, si [elle] faisoit [*sic*] abstraction des caractères distinctifs, et contradictoire, si elle les admettoit [*sic*] tous à la fois» (1903, p. 308). Con todo, se ha de tener presente que todas las lenguas son manifestaciones de «la faculté du langage de l'homme», que constituye «le point central» de la investigación lingüís-

¹¹¹ Por supuesto, siempre cabe hacer un esfuerzo de delimitación (Fernández Pérez, 1986, pp. 53-56), esforzarse en trazar una línea entre los dominios de la lingüística *teórica*, que determina los rasgos definitorios del concepto de *lenguaje*, y los de la lingüística *general*, que descubre y describe propiedades compartidas por los objetos (las *lenguas*) que caen bajo dicho concepto, pero que no se pueden deducir de él. Con todo, dado que los autores que estudiamos no hacen tal distinción, hemos preferido abstenernos de imponérsela *desde fuera* a su doctrina

tica: en última instancia, todo lo particular ha de verse a través de ella y, al tiempo, ha de iluminarla. Grande es la diversidad estructural de las lenguas¹¹², pero se halla limitada —observa Humboldt (1812, pp. 308-309)— por varios factores de unificación: la identidad esencial de la constitución física y psíquica de los hombres; las semejanzas entre los entornos naturales y sociales que los envuelven; la naturaleza misma de los instrumentos idiomáticos, que siempre hacen uso de los mismos medios materiales (sonidos articulados que se combinan unos con otros y se suceden en el tiempo). Misión del lingüista es descubrir, bajo la diversidad, la unidad esencial (o bien, si invertimos el punto de vista, descubrir cómo la unidad esencial se articula, se despliega, se manifiesta de diversas maneras). De ahí que Humboldt insista en la necesidad de alternar la observación de lo particular con la atención a lo general:

L'expérience journalière prouve que la connoissance [*sic*] d'une langue facilite celle d'une autre. Or on n'a qu'à généraliser cette observation pour se convaincre qu'on tâchera en vain de rendre compte d'une langue quelconque, et de l'expliquer d'une manière vraiment satisfaisante, sans porter constamment, autant que possible, ces regards en même tems [*sic*] vers l'universalité des langues connues. Chaque idiome particulier est sous plusieurs points de vue fragment d'un ensemble plus grand dont il a été détaché; fragment par rapport à ce qu'il a été pendant toutes les vicis-

¹¹² Nadie podrá acusar a Humboldt de haber pasado por alto esa diversidad, siendo la mayor de sus obras lingüísticas la que lleva el título de *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues* ('Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano'), y leyéndose en ella frases como esta: «[C]ada lengua traza en torno al pueblo al que pertenece un círculo del que no puede salir si no es entrando al mismo tiempo en el círculo de otra. *Por eso aprender una lengua extraña debería comportar la obtención de un nuevo punto de vista en la propia manera de entender el mundo*» (Humboldt, 1836, p. 83; las cursivas son nuestras). La idea, por lo demás, ya estaba en germen en el *Essai*: «Car toutes les langues ensemble ressemblent à un prisme dont chaque face montrerait l'univers sous une couleur différemment nuancée» (1812, p. 321).

situdes de sa durée; fragment par rapport à la souche d'où il est issu; *fragment enfin par rapport à l'ensemble des langues qui existent ou ont existé dans l'univers* (1812, p. 309; las cursivas son nuestras).

Tiempo después de haber escrito estas líneas, en un opúsculo titulado *Über das vergleichende Sprachstudium in Beziehung auf die verschiedenen Epochen der Sprachentwicklung* ('Sobre el estudio comparado de las lenguas en relación con las diversas épocas de su evolución'), Humboldt formulaba su programa con claridad aún más grande. La finalidad última de la investigación lingüística —decía (1822, p. 40)— es «mostrar las diversas maneras [pluralidad] en que el ser humano ha hecho realidad el lenguaje [unidad]». Para lograrlo, se ha de evitar toda precipitación. De nada sirve lanzarse a comparar magnitudes que no se conocen bien: hay que partir de la descripción integral de un cierto número de lenguas, que no deforme ni mutile ninguna de las partes de su *organismo*. Al mismo tiempo, empero, habrá que llevar a cabo estudios interlingüísticos sectoriales: «monografías de partes singulares de la estructura lingüística, del verbo por ejemplo, *a través de todas las lenguas*» (1822, p. 41; las cursivas son nuestras).

Obviamente, se puede poner en duda la pertinencia de este acercamiento a los escritos programáticos de Humboldt. A fin de cuentas, no vivió bastante para llevar a término sus proyectos, que excedían con creces —justo es reconocerlo— las fuerzas de un solo hombre). Además, en las nuevas generaciones de lingüistas, pocos se mostraron dispuestos a imitar su ejemplo y continuar su obra. Con todo, no se puede tratar como simple accidente histórico el hecho de que uno de los promotores de la lingüística comparativa dejase trazadas las líneas maestras de una lingüística general de base empírica (esto es, fundada en un conocimiento suficientemente profundo de un número de lenguas suficientemente amplio).

Como apunta Anne-Marie Chabrolle-Cerretini (2007, p. 125), las resonancias del pensamiento lingüístico humboldtiano en el s. XIX son débiles,

pero no inexistentes. Erraríamos si dijésemos, como a veces se ha hecho, que Humboldt no tuvo lectores: «Il serait plus juste d'écrire que la problématique humboldtienne n'occupe pas le devant de la scène au XIX^e siècle» (*ibid.*). Como poco, sus escritos muestran que la apetencia de generalidad tenía que surgir cada vez que se reflexionase sobre la naturaleza y el cometido de los estudios lingüísticos. De ahí que, a lo largo de la centuria, aparezca una y otra vez, como una llamada de atención a una comunidad científica que parecía demasiado satisfecha de sí misma y de su obra. En las páginas que siguen prestaremos atención a varios de esos aldabonazos, protagonizados por autores de notable altura intelectual, pero desiguales en cuanto a su influencia y a su posición en el escenario de la lingüística europea. En el corazón de Europa (y de la disciplina), tenemos a Hermann Paul, figura *central*; en el Este tenemos a Jan I. Baudouin de Courtenay y Mikołaj Kruszewski, y en el Oeste, a Paul Passy y Maurice Grammont, personalidades todas ellas *periféricas* (en mayor o menor medida). Cinco nombres no se pueden considerar una muestra representativa, pero tampoco son una anécdota. En nuestra opinión, bastan para formarse una idea de las inquietudes que bullían en las mentes más despiertas de la lingüística europea. Antoine Meillet, que vivía inmerso en la misma atmósfera, participaba de ellas sin reservas, como más adelante tendremos ocasión de comprobar.

2.2.2 Alemania, último tercio del s. XIX: Hermann Paul

Hace ya más de tres décadas, Giorgio Graffi denunciaba los prejuicios que, en su opinión, militaban contra una justa valoración de la labor de Hermann Paul en los terrenos de la teoría del lenguaje y la metodología de la lin-

güística¹¹³. «Dell'opera teorica di Paul —decía Graffi (1988, p. 211)— si ricorda molto poco: l'unica affermazione [...] qui sembra aver resistito all'usura del tempo è quella [...] che nega la possibilità che un approccio “non storico” allo studio del linguaggio abbia dignità scientifica»¹¹⁴. Una afirmación que, además, ha sido a menudo objeto de lecturas deformantes. No parece que Roman Jakobson estuviese acertado cuando, para explicar el subdesarrollo de la tipología en el último tercio del s. XIX, cargó las culpas sobre Paul: «[T]oute étude typologique impliquait l'usage de la technique descriptive, et [...] toute approche descriptive se voyait bannie comme non scientifique par les dogmatiques *Prinzipien der Sprachgeschichte*» (1963, pp. 69-70). No ha sido la de Graffi la única voz que se ha alzado contra esas interpretaciones. Bien sabido es que Konrad Koerner ha denunciado como simplista la opinión de que Paul reducía la lingüística científica a gramática histórica (Koerner, 1972; Koerner, 2008, pp. 109 y ss.). En el mismo sentido se ha expresado Anna Morpurgo

¹¹³ Formado como germanista en las universidades de Berlín y Leipzig, Hermann Paul ejerció la docencia en las de Friburgo (1874-1887) y Munich (1888-1916). Aparte del trabajo de Graffi y de los que le ha dedicado Konrad Koerner (1972, 1982, 2008), arrojan luz sobre el hombre y su obra —mucho más sobre esta que sobre aquel— las páginas que le han dedicado Kurt R. Jankowski (1972, pp. 144-162) y Jacques François (2017, pp. 252-267).

¹¹⁴ Aunque se ha citado decenas de veces, no estará de más recordar el pasaje en el que Paul manifiesta su convicción de que solo una consideración histórica del lenguaje merece pasar por científica: «It has been objected that there is another view of language possible besides the historical. I must contradict this. What is explained as an unhistorical and still scientific observation of languages is at bottom nothing but one incompletely historical [...]. As soon as we ever pass beyond the mere statements of single facts and attempt to grasp the connexion as a whole, and to comprehend the phenomena, we come upon historical ground at once, though it may be we are not aware of the fact» (1886, pp. XLVI-XLVII). Es una tesis que Eugenio Coseriu retomó y reformuló en un texto que ha circulado poco en el ámbito hispánico: «Il n'y a pas d'antinomie entre description et histoire; s'il y en a une, c'est uniquement dans ce sens que l'histoire contient la description, alors que la description, en tant que partie de l'histoire, ne peut pas saisir le tout. La description linguistique *est déjà l'histoire, fût-ce une histoire partielle et provisoire*» (2007, p. 15).

Davies, que ha logrado resolver en pocas líneas las dificultades de exégesis que presentaba el texto de Paul:

[He] was not arguing for the priority of diachrony over synchrony in linguistics, but simply for an integrated view of the study of language in which both the description and the study of historical development played their part [...] However, [...] Paul did not think that a purely synchronic description of a language provided an adequate account of that language. In general, he felt that linguistic data call for an explanation and that no explanation was adequate unless it took into account the earlier history of the phenomenon (1998, pp. 249-250).

En efecto, una descripción lingüística es, para Paul (1886, p. 2), una abstracción, un ejercicio de esquematización, de simplificación. Lo es, ante todo, porque se basa en la observación de la actividad lingüística de un corto número de individuos, e intenta distinguir, casi a tientas, entre lo que es propio de ellos en exclusiva y lo que es compartido por toda la comunidad (Paul, 1886, pp. 8-9). Lo es también porque no captura todos los vínculos asociativos que existen, en la memoria de cada individuo, entre las unidades de que se compone su acervo lingüístico. Esos vínculos —indica Paul (1886, pp. 6-7)— no están dados de una vez para siempre, sino que pueden nacer o extinguirse, reforzarse o debilitarse, de resultados de todo lo que individuo dice y escucha día tras día. Por todo ello, la relación entre la lingüística descriptiva y la realidad que trata de describir es análoga —podríamos decir— a la que existe entre un caballo que galopa y un lienzo que intenta reflejar un instante de su carrera. Ahora bien, la insatisfacción de Paul se extiende también a una gran parte de la lingüística histórica, ya que esta se alimenta de la descriptiva y adolece de idéntico esquematismo. Una gramática histórica convencional consiste en una concatenación de descripciones correspondientes a estados de lengua sucesivos y un registro de las modificaciones acaecidas entre ellos, pero no nos

muestra cómo se ha producido el tránsito desde uno a otro, o sea, cómo la actividad lingüística de los hablantes acarrió, con el tiempo, una modificación de los hábitos lingüísticos de la comunidad:

Descriptive Grammar has to register the grammatical forms and grammatical conditions in use at a given date within a certain community speaking a common language; to take note, in fact, of all that can be used by any individual without his being misunderstood and without his utterances seeming to him unusual. Its contents consist not in facts, but merely in abstractions from observed facts. If we make such abstractions at different times, within the same linguistic community, we shall find the results different. It is through comparison that we obtain the certainty that revolutions in the language have occurred; we discover too, perhaps, a certain regularity in the reciprocal relations of such revolutions; but this method sheds absolutely no light on the true nature of these. *The connexion of cause and effect is hidden as long as we calculate by means of these abstractions only, as if one had actually taken its rise from the other.* For there is no such thing as a connexion of cause between abstractions; cause and effect exist only between real objects and facts. As long as we are content with descriptive grammar in the case of abstractions, we are far indeed removed from a scientific apprehension of the life of language (Paul, 1886, p. 2; las cursivas son nuestras).

En este momento, sin embargo, no nos interesan aquellos aspectos de la obra de Paul en los que se podría ver —con mayor o menor justificación— la prefiguración de algunas ideas clave del estructuralismo. Con otras palabras: no nos cuidamos de determinar en qué sentido y en qué medida se puede afirmar que Hermann Paul es un precursor de Ferdinand de Saussure, *vexata quaestio* entre los historiadores de la lingüística.

Nuestra atención va a centrarse en un componente de su doctrina al que, salvo excepciones (Koerner, 1972; Koerner, 2008, p. 111; Morpurgo Davies,

1998, p. 246), no se le ha prestado atención suficiente. Nos referimos a su clara apuesta por la construcción de una ciencia general del lenguaje que se nutra de las investigaciones particulares y que al mismo tiempo las oriente, relación semejante a la que existe entre la sociología, por un lado, y la historiografía política y social, por otro¹¹⁵. Esta ciencia estudiaría «the general conditions of existence of the object historically developing [*scil.* el lenguaje], y trataría de determinar «the nature and operations of the elements which throughout all change remain constant» (Paul, 1886, p. XXI). En principio, cabría darle los nombres de *lingüística general* o de *filosofía del lenguaje*, pero ninguno de ellos es del agrado de Paul. El primero, ni lo menciona ni lo toma en consideración; en cuanto al segundo, lo desecha, convencido como está de que puede ser causa de malentendidos respecto del carácter y cometido de la disciplina. Como veremos, su alternativa resulta acaso un tanto alambicada, pero, desde luego, no se le puede reprochar falta de consistencia.

Paul propone que se denomine *Prinzipienwissenschaft* ('ciencia de los principios') a la ciencia general de los fenómenos culturales, cuyo dominio coincidirá, por tanto, con el de la investigación histórica: «This large science falls naturally into as many divisions as there are branches of special history, the word *history* being used in its widest sense» (Paul, 1886, pp. XXIII-XXIV)». La ciencia de *los principios de la historia lingüística* —que da título a la obra de Paul— es una de las divisiones de la susodicha macrodisciplina, cuyo nombre exacto no es propiamente *Prinzipienwissenschaft*, sino —advierte Paul (1886, p. XXIX)— *Prinzipienlehre der Kulturwissenschaft* ('doc-

¹¹⁵ Sabido es que el historiador, a la hora de emprender sus pesquisas, se provee de un bagaje de nociones sociológicas; bien es verdad que, como apunta Karl Popper, esa operación de *aprovisionamiento* puede pasarle inadvertida: «Las usa principalmente no como leyes universales que le ayudan a experimentar sus hipótesis específicas, sino como algo implícito en su terminología. Al hablar de gobiernos, naciones, ejércitos, usa, normalmente sin advertirlo, los “modelos” que le suministra el análisis sociológico científico o precientífico» (Popper, 2002, p. 163).

trina de los principios de la ciencia de la cultura'), denominación *grosso modo* equivalente a *ciencia teórica de la cultura*. Siendo la cultura un producto de la cooperación entre individuos, la ciencia teórica de la cultura tiene por misión indagar las bases psíquicas del aprendizaje y los factores que regulan el proceso de transmisión interindividual. En palabras de Paul: «[S]howing how the single individual is related to the community and defining it in turn, and how the younger generation enters on the heritage of the elder» (1886, p. XXX). De ahí que dicha ciencia haya de apoyarse en la psicología, ciencia de la vida mental, pero también en las ciencias naturales (anatomía, fisiología, acústica...), dado que solo a través de medios materiales son posibles la comunicación y la influencia recíproca entre las mentes (Paul, 1886, pp. XXXVI-XXXVII). Paul se expresa con claridad: la psicología es «the most important foundation of the whole science of culture». La más importante, pero no la única:

The truth is that there is only one pure mental science, that is, Psychology regarded as an exact science. As soon as we enter the area of historical development we have to deal with *physical* side by side with psychical forces. The human mind must always work in harmony with the human body and with its environing nature in order to bring forth any product of culture; and the secret of its growth, the way in which it comes to its completion, depends upon physical no less than on psychical conditions; and both these sets of conditions must necessarily be known in order to gain a perfect appreciation of historical growth. A necessity is thus imposed of mastering not merely psychology, but also the laws according to which the physical factors of culture move (Paul, 1886, p. XXIX).

Es obligado confesar que no es fácil describir la concepción que Paul tenía de la interrelación entre la ciencia de los principios y la investigación histórica concreta. Las páginas iniciales de los *Prinzipien* no son las más claras de

la obra, como apuntan Peter Auer y Robert W. Murray en el prólogo de su reciente traducción (2015, p. 11). A lo abstruso de la materia se añaden la escasez de ejemplos y el carácter circular, más que rectilíneo, de la exposición. En cualquier caso, intentaremos esclarecer el punto en cuestión, con plena conciencia de que esclarecer la doctrina de Paul implica, en parte, tratar de reconstruirla: el texto muestra el pensamiento del autor en forma lagunar, y, ante la imposibilidad de dirigirse a él en busca de aclaraciones, el lector tiene que cubrir los huecos según su saber y entender, con los riesgos que ello implica.

Como ya sabemos, Paul considera que la máxima aspiración del lingüista ha de ser la explicación histórica (para él no hay otra posible) del uso lingüístico de una comunidad. Esa tarea no se puede abordar sin una base teórica: «We merely deceive ourselves, if we think we state the simplest fact in history without some accretion of speculation» (Paul, 1886, p. XXVII). No menos errónea sería, con todo, la suposición de que, para explicar el uso, basta el conocimiento de las condiciones generales y de las constantes vitales —por así decirlo— del fenómeno lingüístico. El desarrollo histórico es resultado de la interacción de un enorme número de factores, y no se deja apresar por una simple fórmula. En cualquier caso —concluye Paul—, el papel de los enunciados generales en la indagación histórica es muy diferente del que desempeñan en la ciencia natural. Al naturalista le concierne solo lo que es siempre igual a sí mismo, solo lo que se mantiene inalterado en todos los momentos y lugares, solo lo universal, en una palabra:

The exact sciences no doubt compare the single processes, disregarding, however, their temporal relation to each other, and merely caring to discover where they agree and where they differ; and by their aid to find what is unchanging and constant amid every change. The conception of development is absolutely strange to them — nay, it seems irreconcilable

with their principles; and they thus stand in sharp antithesis to the historical sciences (Paul, 1886, p. XXII)¹¹⁶.

Un ejemplo tomado de otra rama del saber ayudará a comprender la *polinización cruzada* —si así se puede decir— entre los puntos de vista generalista y particularista. Considérese la evolución de la república romana en los siglos III-I a. C. Un buen conocimiento de la politología clásica, de estirpe aristotélico, es útil para captar la naturaleza de aquel régimen, en el cual se fundían los tres principios organizativos fundamentales: la monarquía, convertida en la institución del consulado; la aristocracia, encarnada en el senado; la democracia, representada por los comicios y asambleas. Obviamente, la captación de la naturaleza del régimen hace más inteligible su devenir. La tensión entre el principio democrático y el aristocrático conduce al reforzamiento del principio monárquico, que desemboca en el frecuente acceso al consulado (o a la dictadura) de caudillos militares carismáticos con un aura de popularidad. Ahora bien, para dar cuenta del proceso no bastan las ideas generales. Si una historia de Roma afirma que el régimen republicano dio paso al principado porque los sistemas mixtos son inherentemente inestables, sin añadir nada, es tan insatisfactoria como una historia clínica que explicase la muerte de un anciano arguyendo que es natural morir en la vejez. Para poder

¹¹⁶ Al trasluz de estas líneas se adivina una tesis metacientífica que ya por entonces era tradicional: la tesis según la cual las ciencias naturales se interesan únicamente por lo que sucede indefectiblemente siempre que se cumplen ciertas condiciones, y, por consiguiente, puestas ante una enorme masa de fenómenos observados, despreciar todo aquello que es contingente e irrepetible. En su *Introduction à la philosophie de l'histoire* (1938), Raymond Aron la formula con una claridad insuperable: «[S]upposons qu'une pierre tombe: ou bien nous envisageons le fait comme susceptible de répétition afin d'analyser les lois selon lesquelles tombent tous les corps (soit à la surface de la terre, soit même en tout lieu); ou bien, au contraire, nous nous attacherons aux caractères singuliers de cette chute, la pierre est tombée de tel rocher, tel mouvement en a été cause, etc.» (Aron, 1938, p. 19). La primera perspectiva es la de las ciencias *naturales* (o *teóricas*, como dice Aron); la segunda, la de las ciencias *históricas*.

explicar el acontecer histórico, el historiador necesita usar de categorías generales (*régimen político, monarquía, aristocracia, democracia...*), pero debe contar con más armas. De lo contrario, acabará por caer en el esquematismo; construirá una historia huera, sin contenido propiamente histórico, como aquella que, obligado por las circunstancias, un viejo sabio deslizó en los oídos de un rey agonizante:

Et quant à l'affirmation implicite qui se dégage du livre de Toynbee [*A study of history*, 1934], qu'il ne formule point, mais qu'on sent derrière toutes les pages de son livre: «L'histoire se répète» [...]. L'histoire se répète, en effet. Dans toute la mesure qu'exprimait ce vieux bibliothécaire d'un Shah agonisant. Le monarque, à la dernière minute de sa vie, aurait tant et tant voulu apprendre toute l'Histoire... «Mon prince, lui dit le sage vieillard, mon prince, les hommes naissent, aiment et meurent» (Febvre, 1936, pp. 601-602).

Además, el estudio de los acontecimientos singulares, de los hechos únicos e irrepetibles, puede hacer aconsejable una revisión de las generalizaciones que se tomarán como base para investigaciones posteriores. Así, p. ej., la atención al caso particular de la república romana nos invita a añadir un nuevo miembro, el *cesarismo*, a la tipología de formas de gestión y ejercicio del poder, y esta categoría, una vez deslindada, resultará útil para abordar el estudio de figuras concretas como Napoleón Bonaparte o su sobrino Luis Napoleón. La relación entre la teoría y la historia es dialéctica: cada una se alimenta de la otra.

En el campo de la historia lingüística, la situación no es sustancialmente diferente: las generalizaciones orientan la indagación histórica, pero no la suplen ni la hacen prescindible. La *ciencia de los principios* aspira a determinar «the conditions of the life of language» con el fin de trazar «the fundamental lines for a general theory of the development of language» (Paul, 1886, p.

XXVIII). Se trata, en suma, de determinar las condiciones de posibilidad de los fenómenos, bien entendido que poner en relación un suceso con la ley general que lo posibilita no es explicarlo históricamente. Valga como ejemplo el cambio /f-/ > /h-/ en castellano medieval. El estudio del mecanismo de producción de los sonidos del habla, junto con el de sus propiedades acústicas, demuestra que dicho cambio no repugna a la configuración de los aparatos fonarticulatorio y auditivo. Además, la investigación histórica nos hace ver que el mismo cambio se ha cumplido en otros momentos y lugares; p. ej., hay inscripciones latinas donde se encuentra <h-> en lugar de <f->: **haba* por *faba*, **hebris* por *febris* (Bassols de Climent, 1962, p. 183). Ahora bien, nunca se estimaría satisfactoria una historia de la lengua castellana que se limitase a consignar que es posible el paso de /f-/ a /h-/ (descubrimiento que, en verdad, tiene poco de asombroso). Hay que averiguar cuáles fueron los factores extra e intrasistemáticos que propiciaron la realización efectiva de dicha posibilidad, dónde se hallaba el foco de la innovación, cómo se propagó, qué resistencias hubo de vencer, etc.¹¹⁷ Evidentemente, para dar respuesta a esas preguntas no hay otro camino que descender de las alturas de la teoría para sumergirse en las honduras de la historia, esto es, en los documentos.

Cuando los *Prinzipien* vieron la luz, no faltaron lectores que advirtiesen la verdadera índole de la propuesta científica de Paul. En su *Očerk nauki o jazyke* ('Ensayo sobre la ciencia del lenguaje'), publicado en 1883, el joven lin-

¹¹⁷ Fue precisamente en el transcurso de una controversia sobre la explicación del cambio /f-/ > /h-/ cuando Ramón Menéndez Pidal acertó a formular con claridad la distinción entre los puntos de vista teórico e histórico. Como es sabido, Pidal suponía un influjo del sustrato ibérico, hipótesis que el romanista inglés John Orr descartaba argumentando que la misma transformación estaba documentada en otros rincones de la Romania. Aquí la réplica: «No es comprensible que se utilice tanto como argumento válido el de que *f* > *h* se produzca en otras partes sin influjo ibérico; *todo cambio fonético es natural y puede ocurrir en varias lenguas, pero siempre en cada una ocurre por precisas causas históricas determinantes*; cambios lingüísticos semejantes han de tener en distintos países causas históricas distintas» (1950, p. 203; las cursivas son nuestras).

güista polaco Mikołaj Kruszewski¹¹⁸ describía el libro de Paul como una obra dedicada «to general problems of language» (1883, p. 49), y, además, lo calificaba de «remarkable» (p. 48). Dos decenios después (1904), en *Jezykoznawstwo czyli lingwistyka w wieky* ('La lingüística del s. XIX'), su compatriota Jan I. Baudouin de Courtenay¹¹⁹ presentaba los *Prinzipien* como un libro de «philosophy of language or philosophy of speech» (1904, p. 240). Sin embargo, durante el primer tercio del s. XX, la orientación generalista de la obra de Paul cayó rápidamente en el olvido, sepultada bajo un estereotipo (era, sin más, *la Biblia de los neogramáticos*). Solo Karl Bühler, a mediados de los años

¹¹⁸ Nacido en Volinia, extremo noroccidental de Ucrania (entonces parte del Imperio Ruso), Kruszewski era polacohablante, como muchos de sus coterráneos. Cursó estudios universitarios en Varsovia, capital de la Polonia rusa, y se trasladó después a Kazán, ciudad ruso-tártara a orillas del Volga. El viaje respondía al deseo de trabajar junto a un lingüista polaco, Jan I. Baudouin de Courtenay, profesor de la Universidad desde 1875. Al cabo de ocho años, Baudouin se trasladó a Dorpat (hoy Tartu, en Estonia). Kruszewski permaneció en Kazán, ya como docente universitario, pero apenas pudo disfrutar del éxito profesional. Víctima de graves trastornos psíquicos de base orgánica, incapacitado para el trabajo intelectual, falleció en 1887, a los 36 años. Acerca de su vida y obra, son de interés los trabajos de Roman Jakobson (1988b) y Konrad Koerner (1995).

¹¹⁹ En la nota anterior ya nos encontramos con Baudouin, cuya carrera académica fue un continuo peregrinar a través de las universidades del inmenso imperio de los zares. Lo dejamos en Dorpat en 1883. Diez años después pasaría a Cracovia, en la Polonia austríaca, pero no tardaría en regresar a territorio ruso. En 1897 lo encontramos en la Universidad de San Petersburgo, y allí permaneció durante veinte años. Acabada la I Guerra Mundial y reconstituida Polonia como estado independiente, Baudouin se instaló en Varsovia y ejerció la docencia en su universidad. Su lejanía respecto de los países más ricos y mejor comunicados de Europa perjudicó la difusión de sus obras, pero no fue un eremita, como prueba su correspondencia con Saussure (Sljusareva, 1972). Roman Jakobson (1988c) y Edward Stankiewicz (1972) nos proporcionan información abundante sobre la vida, la carrera profesional y las grandes contribuciones científicas de Baudouin.

30, puso de relieve —con toda justicia— ese aspecto olvidado de los *Prinzipien*:

Por esto, los pocos capítulos de los *Prinzipien* de Paul que no siguen desde luego y totalmente el esquema de secciones históricas longitudinales contrastan con los demás. Entre ellos, por ejemplo, se tratan en general, y aparte de la evolución, en el VI, «las relaciones sintácticas fundamentales», o en el XVIII, el tema «la economía en la expresión». El lector no experimenta en ellos, en modo alguno, la forma en que las relaciones sintácticas fundamentales o el momento de la economía se han desarrollado, modificado, desplegado en la historia de la familia lingüística indoeuropea que la ciencia puede abarcar con la mirada. No, sino que aquí Heráclito cede el puesto a lo eleatas y capta de un modo plenamente adecuado algo distinto del río en el que no se puede sumergir dos veces; describe algo de que «permanece eternamente idéntico en todo el cambio de los fenómenos» (pág. 2); su objeto es en estos capítulos «el lenguaje de los hombres» en singular (1979, p. 24).

Ocurre que, como se ha visto, Bühler solo reconoce la dimensión generalista en aquellos capítulos en los que el foco deja de apuntar a los procesos evolutivos para orientarse hacia las propiedades esenciales del instrumento lingüístico o los factores operantes en toda situación de comunicación. Nosotros creemos, en cambio, que la vocación generalizadora se manifiesta también en el resto de la obra. Una reducción de los cambios de significación de los vocablos a un puñado de tipos fundamentales, una descripción de las condiciones de posibilidad de los cambios fonéticos, una explicación del mecanismo generador de las formaciones analógicas no son menos lingüística general —aunque no se les dé ese nombre— que un listado de los tipos de procedimientos disponibles para conectar las palabras entre sí y dar expresión,

por tanto, a «the combination of several ideas or groups of ideas» (Paul, 1886, p. 111).

2.2.3 Algunas voces de la periferia

Hasta aquí hemos visto que uno de los autores ubicados en el corazón de la lingüística europea reconoce sin reservas, aunque en forma tal vez poco clara, la necesidad de una lingüística general. Ahora comprobaremos cómo, en las áreas periféricas, las exigencias adoptaban un aire más perentorio, y la crítica del estado de cosas vigente se tornaba más severa.

Baudouin de Courtenay, a quien acabamos de conocer, juzgaba abusivo el predominio del enfoque histórico en los estudios lingüísticos. En el ensayo *O zadaniach jezykoznawstwa* ('Sobre el cometido de la lingüística'), de 1889, Baudouin señalaba que la disciplina acusaba todavía sus raíces filológicas. Sus padres eran filólogos de formación (y, en mayor o menor medida, también de profesión). Se habían acercado a las lenguas antiguas para conocer, a través de ellas, la vida cultural de los pueblos. En el curso de sus pesquisas, habían descubierto, sin tenerlo previsto, casi por accidente, «the pleasure of studying language for its own sake» (1889, p. 127). El cambio de foco, el ascenso del lenguaje al rango de objeto de estudio (cfr. *infra*, 3.1.1, n. 136), no había sido lo bastante drástico para que la joven ciencia lingüística quedase purgada del *pecado* de anticuarismo:

[L]inguistics long bore, and even now to some extent bears, the stamp of its origin in philology. Hence the peculiar character of philological linguistics, which still employs improper, perverted methods of investigation. Today it would be inconceivable for a natural scientist to begin his investigations on forms which had long ago disappeared or which were preserved only in fragments and only then to proceed to the study of the world around him. But this is the method that is still dominant in linguistics.

tics. From old to new, from inaccessible to accessible, from the monuments of a language to the language itself, from letters to sounds — this is the order in which most linguistics pursue their object of study (1889, p. 127).

No muchos años antes, Kruszewski se había expresado en términos similares. Al igual que Baudouin, deploraba el «archaeological bias» ('prejuicio arqueológico') de la lingüística de su tiempo y reclamaba mayor atención a las lenguas vivas (1881, p. 7). La raíz de aquella desmesurada querencia por lo antiguo se hallaba, según Kruszewski, en la formación filológica de los lingüistas. Los pioneros de la lingüística se habían formado como filólogos e historiadores, y transfirieron sus viejos hábitos intelectuales a la ciencia nueva que estaban creando: «The sole aim of their discipline was [...] the clarification of our view of the past» (1881, p. 7). Ahora bien, el objetivo supremo de la lingüística no puede ser la reconstrucción de la prehistoria de cierto grupo de lenguas, por brillante que haya sido el papel de sus hablantes en la historia de la civilización. La lingüística es la ciencia del lenguaje y, por lo tanto, debe descubrir las leyes a las que está sometido. Si no lo hace, si no descubre pautas cuya validez rebase los límites de una determinada familia lingüística, entonces no merece —dice Kruszewski— el nombre de *ciencia*:

Everyone will agree that the subject matter of linguistics must be those phenomena whose totality is called *language*, and that the ultimate goal of this science must be the *discovery* of those *laws* which govern such phenomena. We would hardly arrive at this definition of linguistics if we were merely following the works which have appeared under its aegis since the time of Bopp. We might, in that case, define linguistics as a science *which attempts to clarify reciprocal relationships within the Indo-Eu-*

ropean language family and to reconstruct both the Indo-European proto-language and the proto-languages of its various subgroups.

Needless to say, none of this can be considered science. Even if it could, one would still have first to admit that a science whose aim is to discover the laws which govern linguistic phenomena is both possible and necessary (1881, p. 7).

Aunque a Baudouin y Kruszewski no les faltaron lectores en la Europa central y occidental, su impacto habría sido mayor —no cabe duda— si hubiesen vivido y publicado en Alemania, Austria o Dinamarca. Rusia estaba muy lejos de las grandes capitales de la ciencia europea, y no solo en sentido geográfico. En cualquier caso, voces semejantes a las suyas sonaban en la otra punta del continente. En Francia, el fonetista Paul Passy¹²⁰, en el prólogo de su *Étude sur les changements phonétiques* (1890), concedía gustosamente que el descubrimiento de las llamadas *leyes fonéticas*, regularidades vigentes solo en un momento y lugar determinados, había sido un gran paso adelante para la lingüística: «C'est grâce à [elles] que l'étymologie a pu devenir une science sérieuse, autre chose qu'un jeu de devinettes» (Passy, 1890, p. 7). Había lle-

¹²⁰ Paul Passy, primer presidente (1886-1888) de la Phonetic Teachers Association, germen de la International Phonetic Association, es uno de los padres fundadores de la fonética moderna, junto con figuras de la talla y el renombre de Henry Sweet, Jean-P. Roussetot, Wilhelm Viëtor y Otto Jespersen. Se incorporó al cuerpo docente de la École Pratique des Hautes Études en el año 1894. Según cuenta en sus memorias (1930, p. 74), la fonética gozaba entonces de escaso crédito entre los filólogos y los lingüistas: muchos pensaban que era solo «la marotte de quelques toqués» ('el pasatiempo de unos cuantos locos'). No obstante, su carrera en la École fue fecunda y dilatada: se jubiló al cabo de treinta años de ejercicio profesional. Para más información sobre la personalidad de Passy, sobre su compromiso con los ideales del socialismo cristiano y sobre su obra lingüística, se puede consultar la nota necrológica que le dedicó su discípulo Daniel Jones (1941), uno de los más grandes fonetistas ingleses del s. XX. El texto, publicado en *Le Maître Phonétique* (órgano de la I.P.A.), «ai hav tæ kænvei tu auə membaz ðə nju:z ðæt PAUL PASSY, auə rivied faundə ənd prezidənt, hæz bin teikən frəm əs. hiz deθ əkə:d...» (Jones, 1941, p. 139).

gado, con todo, la hora de seguir adelante, de perseguir fines más altos, como el de reducir —o intentarlo, al menos— lo diverso a lo uno. Esa multitud de leyes contingentes, particulares, que se habían ido revelando a lo largo del siglo, ¿no se podrían compendiar en un puñado de leyes necesarias y generales? Así lo razona Passy:

Étudier la nature intime des changements phonétiques et rechercher comment ils peuvent se produire; les grouper entre eux, les classer, déterminer les circonstances dans lesquelles ils ont lieu; examiner s'ils sont soumis à des lois générales et jusqu'à quel point ces lois sont constantes; en fin, chercher à dégager les causes premières de ces changements et des lois qui les régissent, c'est une tâche que la linguistique se voit nécessairement amenée à entreprendre. Jusqu'à présent, elle ne l'a guère fait qu'incidemment [...]: il est temps, semble-t-il, qu'elle aborde le problème de front (Passy, 1890, p. 8).

La misma ruta iba a seguir otro fonetista francés, Maurice Grammont, formado en la École Pratique des Hautes Études. En 1895, cuando ocupaba un puesto de profesor en la Facultad de Letras de Dijon, publicó *La dissimilation consonantique dans les langues indo-européennes et dans les langues romanes*, obra muy ambiciosa para un lingüista sin apenas historial investigador¹²¹. Él mismo lo decía sin rodeos: «Pour un début c'[est] évidemment une

¹²¹ En el prólogo del libro, Grammont tiene palabras de agradecimiento para su amigo y condiscípulo Antoine Meillet, que se había convertido en profesor durante una excedencia de Ferdinand de Saussure (cfr. *infra*, § 3.2.1). «Étant de mon âge et de mes plus intimes amis —escribe (1895, p. 8)—, il [*scil.* Meillet] ne m'a jamais permis de le considérer comme un de mes maîtres et ne veut pas que je voie en lui autre chose qu'un camarade» (1895, p. 8). Y, sin embargo, sí fue un maestro, porque actuó como tutor de Maurice: lo orientó, le aconsejó y, en fin, le evitó «les dangers de l'isolement scientifique» (*ibid.*).

entreprise très hasardeuse. Si le travail est mauvais, cela prouvera simplement que l'élève ne valait pas grand chose» (1895, p. 8). Grammont constataba que, hasta la fecha, los lingüistas no habían logrado descubrir las regularidades a las que se someten los procesos asimilatorios y disimilatorios; para encubrir esta limitación, los describían como *accidentes* fonéticos, «mot [...] joli, mais [...] bien peu scientifique» (1895, p. 9). Solo las leyes establecidas por los hombres —apunta Grammont (*ibid.*)— pueden sufrir infracciones, de donde se desprende, aunque el autor no lo diga, que las del lenguaje tienen otro carácter, cercano, tal vez, al de las de la naturaleza. Nótese que las leyes lingüísticas en las que Grammont pensaba no eran, como las *leyes fonéticas* al uso, simples constataciones de regularidades con vigencia limitada en el tiempo y en el espacio. Su estatus era, por el contrario, el de leyes *en sentido fuerte*, con pretensiones de validez universal. Grammont se proponía, precisamente, descubrir las leyes universales que regulan el fenómeno de la disimilación:

Pour bien comprendre ces lois il est nécessaire de se placer à notre point de vue, c'est-à-dire de considérer la *dissimilation* indépendamment de telle ou telle langue, en dehors et en quelque sort au-dessus des langues. Ce sont les lois de la dissimilation dans les langues indo-européennes en ce sens que dans ces langues la dissimilation ne se fait que conformément à ces lois. Leur formule est la suivante: quand deux phonèmes remplissant

Fue Grammont una figura un tanto excéntrica —en sentido literal— en el escenario de la lingüística francesa del primer tercio del s. XX. Aunque se formó en París, su carrera docente e investigadora se desarrolló por entero *en provincias*: en Dijon hasta el curso 1893-1894, en Montpellier a partir del curso 1895-1896, según los datos consignados por Gabriel Bergounioux (1990, pp. 54, 68). En un país tan centralizado como la Francia de la Tercera República, trabajar lejos de la capital disminuía el impacto de las publicaciones y hacía difícil reclutar discípulos. Acerca de la carrera y las ideas de Grammont nos ilustran los obituarios de Bertil Malmberg (1947) y Eugène Wibl  (1948), así como un trabajo de Anne-Marguerite Fryba-Reber (1999).

les conditions voulues sont placés respectivement de telle manière, c'est tel phonème qui est dissimilé.

Pour telle ou telle langue en particulier, ce qui n'est pas notre point de vue, ces lois sont des *possibilités*; elles sont la formule suivant laquelle la dissimilation se fera, si elle se fait (Grammont, 1895, p. 15).

No quedó Grammont insatisfecho de los resultados de aquel su primer libro, puesto que, años posteriores, más de una vez situaría en 1895 el nacimiento efectivo de la lingüística general. Es reveladora su recensión de la *Introduction à l'étude des langues indoeuropéennes* de Meillet (Grammont, 1903). Ya en la primera frase se nos descubre la médula de las ideas de Grammont sobre el pasado y el porvenir de los estudios lingüísticos: «La linguistique est entrée depuis quelques années dans une fase [*sic*] nouvelle; le moment est donc bien choisi pour réunir et vulgariser les résultats de la précédent» (Grammont, 1903, p. 600). La *Introduction* se le antoja, en efecto, una obra de vulgarización, lo cual —nótese— no equivale para él a 'obra escrita para el gran público'. Meillet —advierde Grammont (1903, pp. 600-601)— no ha escrito un libro *para todos*: «[I]l n'est pas accessible aux lecteurs de la *Revue des deux mondes* et le sera même très difficilement à la plupart des érudits et aux philologues [*sic*] classiques» (por razones que no tenemos del todo claras, Grammont profesará una feroz hostilidad a los clasicistas: los acusaba de ser meros coleccionistas de curiosidades, ayunos de ideas generales y espíritu de sistema). Meillet había logrado reunir, en apretada síntesis, los mejores frutos de un siglo de investigación sobre las lenguas indoeuropeas. Ahora bien, la lingüística debía seguir avanzando, debía elevarse sobre los hechos particulares para llegar a la formulación de leyes generales:

Soumettre le tout à des doctrines coérentes [*sic*] et systématiques [*sic*] qui en rendent compte; déterminer les lois des modifications qui ne dépendent pas simplement d'un état physiologique [*sic*], mais reposent avant

tout sur un état psychique inconscient; en un mot, reconnaître les conditions générales de l'évolution du langage: tel sera l'objet de la fase [*sic*] actuelle. Il a déjà reçu un début de réalisation, qui permet de dater le début de cette période par l'année 1895 (Grammont, 1903, p. 600).

2.3. CONCLUSIONES

Henry Hoenigswald, habilidoso cultivador del método comparativo, pero también buen conocedor de su génesis, observó una vez que el relato *heroizante* de su historia era anterior a las obras de Holger Pedersen y Vilhelm Thomsen, que tanto habían contribuido a difundirlo. «[Q]uite possibly — escribía (1974, p. 346) — we must go back to Benfey (1869) or beyond to find something significantly different». En este capítulo hemos comprobado que ni siquiera con un retroceso de quince años encontramos algo *significativamente diferente*. En Graziadio I. Ascoli (1854) aparecen ya, perfectamente definidos, los trazos fundamentales del relato heroico: el énfasis en la idoneidad estructural de las lenguas indoeuropeas para convertirse en campo de aplicación del método comparativo; el providencial *descubrimiento* de la lengua sánscrita, descrito con un vocabulario de tinte cuasirreligioso (*revelación*); y el rapidísimo incremento del caudal de conocimientos sobre las lenguas (en primer término, las del tronco indoeuropeo), que había vuelto casi inservibles las obras de siglos anteriores. Los relatos de Max Müller (1861) y Domenico Pezzi (1869) no aportan modificaciones de gran calado, salvo en la identidad del *héroe*: si para Ascoli es William Jones, para Müller y Pezzi son Friedrich Schlegel y Franz Bopp, respectivamente. Los tres relatos irradian orgullo y confianza: orgullo por todo lo que hasta hoy se ha conseguido; confianza en que mañana se superarán esas marcas. Son actitudes que los indoeuropeístas exhibirán durante todo el s. XIX y aun en los albores del XX. Antoine Meillet, un indoeuropeísta de pura cepa, no era ajeno a ellas. Lo prueba, ante todo, la

reconstrucción histórica que, a modo de apéndice, incluyó en su *Introduction à l'étude des langues indoeuropéennes*.

Hemos comprobado también, sin embargo, que bajo el orgullo y la confianza se ocultaban, y pugnaban por aflorar, algunas insatisfacciones, algunas reticencias. En toda Europa —centro y periferia—, varios lingüistas, buenos conocedores de la tradición comparativa (se habían formado en ella), empezaban a expresar su malestar ante el régimen de monocultivo que parecía imperar en la lingüística. La investigación comparativa e histórica particular era, desde luego, una empresa fructífera que, por serlo, debía seguir adelante. Con todo, había que suplementarla con una ciencia general —para algunos, la única ciencia *stricto sensu*— que permitiese a los lingüistas, por un lado, tomar conciencia de la fundamentación y el alcance de sus presupuestos, y, por otro, partiendo de los resultados de las investigaciones de detalle, enunciar las leyes estáticas y dinámicas del lenguaje: las primeras determinan las condiciones de equilibrio de los sistemas; las segundas regulan sus transformaciones. Dichas leyes permitirán trazar los límites de lo posible (lo que *puede* ser u ocurrir), lo probable (lo que *suele* ser u ocurrir) y lo necesario (lo que *debe* ser u ocurrir), y podrán ser irrestrictas (*en toda lengua es posible/probable/necesario que P*) o condicionales (*en toda lengua, si P, entonces es posible/probable/necesario que Q*). Merced al conocimiento de todas esas regularidades empíricas, los lingüistas podrán hacer por su disciplina lo que Cuvier hizo por la biología: introducir en ella el *principio de correlación* (Russell, 1916, p. 35). Esta era la meta que, conscientemente o no, varios de ellos perseguían, y el que, desde fuera de la lingüística, proponían algunos pensadores eminentes¹²². Antoine Meillet se

¹²² Son reveladoras las palabras que Adrien Naville escribió a propósito de la morfología general esbozada por Sechehaye en *Programme et méthodes de la linguistique théorique*: «N'est-ce pas cette science qui dont nous apprendre [,] par exemple [,] que tel système de suffixes est nécessairement lié à del système de préfixes, selon les circonstances — comme la biologie statique nous apprend que telle constitution des dents est nécessairement liée à telle constitution de l'estomac, selon les circonstances?» (1908, p. 179).

contaba —no cabe duda— entre los que se proponían alcanzarla, y no era de los que lo hacían a tientas, desde luego. En el próximo capítulo veremos cuántos y cuáles fueron sus primeros pasos en pos de ese objetivo, tan fácil de enunciar como difícil de lograr.



CAPÍTULO III

MEILLET Y LA LINGÜÍSTICA GENERAL: LOS PRIMEROS AÑOS

3.1 El escenario institucional: orígenes y desarrollo

3.1.1 La cátedra de gramática comparada del Collège de France (1864)

3.1.2 La fundación de la École Pratique de Hautes Études (1868)

3.2 Etapa de formación (1888-1901)

3.2.1 Los primeros pasos de su carrera académica

3.2.2 Las leyes del lenguaje

3.2.2.1 La *Revue Internationale de Sociologie*

3.2.2.2 Propósito divulgativo

3.2.2.3 Las leyes fonéticas

3.2.2.4 La analogía

3.3 El ascenso a la cumbre (1902-1906)

3.3.1 La sucesión de Carrière y muerte de Duvau (1902-1903)

3.3.2 La sucesión de Bréal (1905-1906)

3.3.3. Un *manifesto* y un programa: la primera conferencia en el Collège de France (1906)

3.4 Conclusiones



En el presente capítulo haremos un recorrido a través de las etapas iniciales de la trayectoria académica de Antoine Meillet, comenzando por su llegada —en calidad de alumno— a la École Pratique des Hautes Études (1885) y concluyendo con su elevación a la cátedra de gramática comparada del Collège de France (1906), en donde tomó el relevo de su maestro Michel Bréal. Como ya advertimos en la introducción, nuestro propósito es exhumar las ideas generales que se hallan sepultadas en sus primeras producciones científicas, y poner de relieve lo que en ellas hay de anticipación de sus tesis posteriores.

Antes de comenzar nuestro seguimiento de Meillet, dedicaremos unas cuantas páginas a describir, sin pretensiones de exhaustividad, el escenario por el que discurrieron sus pasos: un entramado institucional que él no había fundado, sino que halló ya construido, y del que recibió su formación, primero, y sus oportunidades de colocación, después. De nuestro autor, cuando ya estaba en el umbral de la vejez, se dijo que era «der einzige heutige Linguist [...] der zum ‘Ohr Europas’ über linguistische Dinge reden darf» (Spitzer, 1930, p. 336), esto es, el único lingüista que podía hablar al oído de Europa sobre cuestiones lingüísticas. Estaba entonces en la cima de la lingüística europea, adonde no habría llegado de no haber contado con dotes intelectuales poco comunes, pero tampoco, probablemente, si no hubiese podido acceder a la École Pratique des Hautes Études y hubiese debido conformarse con la humilde Facultad de Letras de Clermont-Ferrand. En la École, Meillet encontró un plantel de profesores al corriente de las últimas conquistas de la ciencia, que podían abordar las materias lingüísticas con una profundidad imposible en las universidades de provincias (e incluso en la de París). Encontró compañeros con aspiraciones similares, con quienes podía compartir preguntas y, por supuesto, respuestas. Encontró, en fin, un puesto de trabajo que le per-

mitió ganarse la vida y le dejó tiempo suficiente para consagrarse a sus investigaciones.

Por todo ello, hemos creído conveniente remansar la exposición para poder referir, en forma sumaria, el origen de dos instituciones que sería cauce de la carrera científica de nuestro autor: la cátedra de gramática comparada del Collège de France (creada en 1864) y la sección de ciencias históricas y filológicas de la École Pratique des Hautes Études (fundada en 1868). Nada o apenas nada diremos, en cambio, sobre otros componentes del paisaje institucional, como pueden ser las facultades provinciales de Letras, las *sociétés savantes* (Société Asiatique, Société de Linguistique de Paris, Société d'Anthropologie de Paris) con sus respectivas reuniones y publicaciones periódicas, los congresos internacionales, la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature*, infatigable en el ejercicio de su función arbitral (a través de un constante esfuerzo reseñístico), etc. Por un lado, adentrarse en esos campos redundaría en grave perjuicio de la cohesión de este trabajo; por otro, si lo hiciésemos, poco podríamos decir que no haya dicho ya Gabriel Bergounioux en su larga serie de publicaciones (1984; 1990; 1991; 1992; 1996a; 1996b; 1997; 1998; 2001; 2005) sobre la historia social de la lingüística en la Francia del s. XIX y la primera mitad del XX.

Una vez concluida la reconstrucción del paisaje institucional, empezaremos a caminar tras los pasos de Meillet, tratando de seguir sus movimientos en los dos planos de su carrera: el de la docencia y el de la investigación. De la faceta docente de Meillet no nos interesa tanto el trabajo que realizó dentro del aula, hoy inaccesible¹²³, cuanto su pugna por entrar en ella como profesor;

¹²³ Salvo, claro está, en la medida en que los testimonios de sus antiguos alumnos nos permiten asomarnos a aquellas lecciones, impartidas hace ya más de cien años. No hay ninguno que no alabe sin medida la entrega, la cortesía, la generosidad y la solvencia intelectual del Meillet profesor. Como no podemos reproducirlos todos, bastarán estos tres: Paul Boyer evoca su «passion d'apostolat», su «ardeur de dévouement» (1936, p. 196); Lucien

dicho de otro modo: sus afanes por una posición académica que le permitiese vivir con el desahogo indispensable para dedicarse al estudio (su más auténtica y honda vocación). No está fuera de lugar, a nuestro ver, la palabra *pugna*. A pesar de sus altas prendas intelectuales, Meillet hubo de luchar con denuedo durante los años iniciales de su carrera. Jamás pudo dar el éxito por descontado, y momentos hubo en los que se creyó abocado a enseñar en un liceo, un destino que, como veremos, no resultaba satisfactorio. En cuanto a la vertiente investigadora de Meillet, ya hemos señalado en varias ocasiones —comenzando por la introducción— que sus varios aspectos no nos interesan por igual. Del Meillet comparatista, de todos bien conocido, no hemos querido ocuparnos. Nos interesa el Meillet que aspiraba a ensanchar el radio de acción de la lingüística, a infundirle nuevas ambiciones, a convertirla en ciencia no

Tesnière lo califica de «pédagogue de premier ordre» (1936, p. 40); Giuliano Bonfante, en fin, nos dice que «sabía hacer lo que pocos hombres y pocos profesores: escuchar» (1936, p. 380). Ahora bien, cuando llega la hora de valorar sus dotes *interpretativas* (todo docente, cuando sube a la tarima, tiene algo de actor sobre las tablas), se advierten diferencias de enfoque. Jan Fřcek, p. ej., nos dice que Meillet se expresaba «dans une langue qui n'était qu'à lui, d'un vocabulaire tout particulier et dont la forme nette et cristalline le rangeait parmi les maîtres de la pensée et du langage français» (1936, p. 244), y Alf Sommerfelt, aún más elogioso, nos asegura que una lección de Meillet era «a work of art, always well rounded off and complete» (1962, p. 246). Otros testimonios, en cambio, aluden a la debilidad de su voz y apuntan —con la intención de elogiarlo, eso sí— que su exposición era de tono casi conversacional, sin atavíos oratorios (Marouzeau, 1936, p. 260; Mazon, 1936, p. 206; Chantraine, 1971, p. 40). Tesnière es aún más franco: «[I]l n'était pas éloquent. Mais il parlait mieux que s'il l'eût été. Ou plus exactement, il ne parlait pas, il pensait tout haut» (1936, p. 40). Se objetará que no hay contradicción entre los juicios de Fřcek y Sommerfelt y los de sus condiscípulos: una exposición oral desprovista de adornos y de alardes de erudición puede ser una obra maestra. Así es, sí, pero nos parece innegable que, en la mente del lector, las expresiones de los dos primeros y las de los restantes exalumnos evocan imágenes muy diferentes.

solo de las *lenguas*, plural, sino también del *lenguaje*, singular¹²⁴. En el transcurso de este viaje como acompañantes de Meillet, procuraremos no encerrarnos en el terreno de las declaraciones de principios e intenciones, sino adentrarnos en la discusión de sus ideas sustantivas. Meillet traza los límites de una ciencia nueva —acaso no tan nueva— que ansía ver constituida. A medida que los traza, va señalando los temas y problemas que quedan dentro de su dominio, y bosqueja tesis y soluciones. Como vamos tras sus pasos, estamos abocados a esa misma *promiscuidad*: nos interesa, por supuesto, la planta del edificio, pero también el mobiliario de cada una de sus estancias. Por otra parte, aunque nuestro viaje se interrumpe en febrero de 1906, no perderemos ocasión de señalar las líneas de continuidad —no son pocas— que se prolongan más allá de ese momento. Meillet fue, entre otras cosas, un hombre pronto en formar sus ideas y tardo en abandonarlas (cuando las abandonó, cosa que no ocurrió a menudo).

3. 1 EL ESCENARIO INSTITUCIONAL: ORÍGENES Y DESARROLLO

En el año 1915, cuando Francia estaba envuelta en la más peligrosa de las guerras que había vivido (la propia supervivencia del país parecía en juego), el Ministerio de Instrucción Pública hacía publicar *La science française*, obra en dos volúmenes que servía de acompañamiento y comentario a la muestra de publicaciones exhibidas en la Exposición Universal de San Francisco (EE. UU.). Consistía en una colección de breves ensayos donde, con ánimo en gran

¹²⁴ Fórmula que tomamos prestada del discurso de Otto Jespersen en la sesión inaugural del *Quatrième Congrès International de Linguistes*, que se celebró el día 27 de agosto de 1936 en Copenhague (faltaba menos de un mes para la muerte de nuestro autor). «[A]s the science of language in the singular and of languages in the plural, [linguistics] should as far as possible assist humanity to break through the barriers which diversities of human speech have raised between the nations of the earth» (1938, p. 30).

medida propagandístico¹²⁵, se trazaba la historia de las contribuciones de los franceses a los diferentes ramas del saber. Correspondió a Antoine Meillet la tarea de escribir unas páginas —solo seis— sobre el desarrollo de los estudios lingüísticos en Francia. Con toda franqueza, nuestro autor comenzaba señalando que, en las primeras décadas del siglo anterior, el país no había marchado al compás de los progresos de la disciplina:

Les recherches sur les langues ont beaucoup intéressé les Français au XVIII^e siècle; mais le point de vue auquel ils se plaçaient était surtout logique; la *grammaire générale* qu'ils visaient à fonder était une doctrine universelle, susceptible de s'appliquer à toutes les langues et à tous les temps; elle reposait sur des conceptions à priori. Cela ne conduisait guère à étudier et à décrire les parlers infiniment variés que l'on peut observer; moins encore à suivre dans leur développement les langues qui se sont transformées à des époques historiques. Les savants qui, encore au début du XIX^e siècle, se sont inspirés de ces idées ont pu décrire admirablement une grande langue littéraire comme l'a fait Sylvestre de Sacy dans sa célèbre *Grammaire arabe*. Mais ces préoccupations philosophiques ne préparaient pas à une étude historique du langage.

Durant la première moitié du XIX^e siècle, les Français, ainsi orientés vers la grammaire générale et vers l'examen des seules langues littéraires,

¹²⁵ Para advertir ese propósito, basta con una lectura apresurada del prólogo, obra de Lucien Poincaré, físico notable, Director General de Enseñanza Superior (Havelange *et al.*, 1986, p. 556) y hermano de Raymond Poincaré, Presidente de la República. El texto era un apasionado encomio de la tradición científica francesa y de las cualidades que, al decir de Poincaré, la habían adornado siempre: «Partout où [la Science française] porta son activité, elle sut mettre l'ordre, la netteté, la précision, qui sont dans son génie. La Science française se pourrait comparer à ces monuments grecs, dont les lignes hardies et sûres excitent l'admiration par leur fermeté gracieuse et leur pureté élégante; rien d'inutile, rien de disproportionné, tout est simple, tout est intelligible, et les éléments donnent, par leur harmonieux assemblage, l'impression d'une chose solide et voisine de la perfection» (Poincaré, 1915, p. 10).

n'ont pris à peu près aucune part à l'étude de l'histoire des langues que poursuivaient des Allemands comme Bopp, Pott, Grimm, et plus tard Schleicher, et un Danois comme Rask.

Ce n'est guère qu'après 1860 que les études de linguistique ont commencé de prendre en France une direction historique (Meillet, 1915, p. 117).

Obviamente, la causa de aquel retraso no radicaba en la escasez de mentes despiertas, inquisitivas y perspicaces. Otras eran las raíces del problema. Entre ellas se hallaban, por una parte, ciertos modos de sentir y pensar característicos de la *buena sociedad* francesa, como el «pédantisme de la frivolité» (miedo al ridículo, culto a la agudeza, menosprecio de la precisión...), enérgicamente denunciada por Madame de Staël (1814, p. 24) y Ernest Renan (1859, p. 316; 1890, p. 118); por otra parte, la desdichada organización de las facultades de Letras, encerradas en los estrechos moldes del Decreto del 17 de marzo de 1808 (Karady, 1986, p. 263 y ss.)¹²⁶. A mediados del s. XIX, aún no se habían liberado de aquella camisa de fuerza. Nacidas con el siglo, vivían al margen de

¹²⁶ En el portal *web* del Ministerio de Educación Nacional se puede leer una copia digital del texto de la disposición: <https://bit.ly/2SqC2mm>. Basta con una ojeada para percatarse de que la llamada *Universidad Imperial* difería no poco de las instituciones que hoy llamamos *universidades*. Encabezada por un Gran Maestre designado por el Emperador (art. 50), la Universidad Imperial era un órgano de dimensiones colosales, que tenía a su cargo la enseñanza en todos sus grados y en todo el Imperio. El territorio francés quedaba dividido en distritos escolares (en francés, *académies*), a razón de uno por cada localidad dotada de Tribunal de Apelación (art. 4). Había en los distritos, obviamente, instituciones educativas de diversa naturaleza, pero todas ellas formaban parte de la Universidad: desde las escuelas primarias, «où l'on apprend à lire, à écrire, et les premières notions du calcul», hasta las facultades, destinadas a «[cultiver] les sciences approfondies» y «[assurer] la collation des grades» (art. 5). En lo tocante a la enseñanza superior, el decreto disponía (art. 6) la creación de «cinq ordres de facultés»: Teología, Derecho, Medicina, Ciencias Matemáticas y Físicas, Letras. A las tres facultades *mayores* de las universidades del Antiguo Régimen se les añadían las de Ciencias y Letras, fruto del desdoblamiento de las antiguas facultades de Artes.

él: no se daban por enteradas de ninguno de los triunfos que las ciencias históricas y filológicas habían alcanzado a partir de 1800. Ernest Renan las juzgaba con extrema severidad: «L'enseignement de nos facultés des lettres est moins celui de la science moderne que celui des rhéteurs du IV^e ou du V^e siècle» (1864, p. 87). Más tarde, como si temiese que su postura no estuviese suficientemente clara, añadía: «[S]i les grammairiens contemporains d'Ausone entraient dans les salles de notre haute enseignement, ils croiraient entrer dans leur école» (1864, p. 100). Aquellas espectrales facultades solo podían ofrecer una enseñanza propia de los tiempos —ya pasados— en los que saber escribir y declamar en latín eran condiciones suficientes para pasar por culto y «avoir [...] l'accès dans le beau monde et aux belles places» (Lanson, 1902, p. 103). Justificado quizá en 1599, cuando apareció la *Ratio atque institutio studiorum* de la Compañía de Jesús, aquel modelo de instrucción había perdido su razón de ser. Obstinar en mantenerlo sólo servía para hacer de Francia «une nation de parleurs et de rédacteurs, sans souci du fond des choses» (Renan, 1864, p. 84). Facultades como aquellas no podían ser terreno apto para el cultivo de la gramática comparada, disciplina joven y de escasa o nula utilidad con vistas a los ejercicios de *explication des auteurs* y *composition des thèmes*, pilares de la formación humanística tradicional (cfr., p. ej., Rollin, 1863, vol. I, pp. 188-199). No obstante, el cambio iba a llegar a la enseñanza superior, como llegaría a otros sectores de la vida del país.

La quinta década del s. XIX fue para Francia un período de hondas transformaciones. El país no sufría ya convulsiones parejas a las del período revolucionario e imperial (1789-1815), pero su rostro estaba cambiando. La Segunda República, nacida en las barricadas de febrero de 1848, tuvo una vida breve y tormentosa. Entre diciembre de 1851 y enero de 1852, merced a un autogolpe y a un plebiscito convenientemente organizado, dio paso al Segundo Imperio. Luis Napoleón Bonaparte, sobrino del Gran Corso, dejó de ser Presidente y se hizo Emperador. Napoleón III —este fue el nombre que adoptó— se presentaba como paladín de la modernización de Francia, como

el hombre providencial que garantizaba la armonía entre orden y progreso, entre autoridad y libertad, entre igualdad y jerarquía. Mientras que él tuviese la mano en el timón, la nave del Estado navegaría por aguas tranquilas, sin que la hiciesen zozobrar las «idées démagogiques» ni las «hallucinations monarchiques»¹²⁷. Aunque estos mensajes propagandísticos no se pueden tomar como descripciones objetivas, voces respetables atribuyen a Bonaparte el mérito de ser «el primer soberano en Francia [...] que [...] consideró prioritario el desarrollo económico del país» (Ferro, 2001, p. 235). Superada la fiebre represiva de los primeros meses, el régimen se dispuso a cumplir sus promesas de progreso, aunque sin comprometer seriamente los intereses de las élites. Para consolidar su trono, el Emperador debía conservar el apoyo de la nobleza terrateniente y la alta burguesía, circunstancia que hacía inviable un rápido incremento de la presión fiscal (y, por consiguiente, una rápida subida del gasto público). Su gobierno tuvo, pues, que mantener un difícil equilibrio entre el deber de evitar iniciativas dispendiosas y el ansia de innovar, de romper con la atonía de las décadas anteriores. Solo al cabo de unos años, cuando el régimen parecía ya bien asentado, gozó el Emperador de mayor libertad de movimientos¹²⁸.

En el campo de la enseñanza superior, que es el que nos concierne e interesa, la gran transformación se inició en junio de 1863, con un relevo en la

¹²⁷ Expresiones que Luis Napoleón utilizó en un discurso pronunciado el 25 de noviembre de 1851, cuando aún era *solo* Presidente, durante un homenaje a los industriales y comerciantes franceses galardonados en la Exposición Universal de Londres. «Comme elle pourrait être grande la République française — así comenzaba —, s'il lui était permis de vaquer à ses véritables affaires, et de réformer ses institutions au lieu d'être sans cesse troublée d'un côté par les idées démagogiques, et de l'autre par les hallucinations monarchiques» (*apud* Delord, 1869, p. 253)

¹²⁸ Hemos de advertir que no toda la historiografía aprueba esta interpretación del giro aperturista, liberalizador, que se produce en la década de los sesenta. Algunos autores (cfr., p. ej., Plessis, 1979, pp. 202-210), lejos de considerarlo una prueba de fortaleza, lo ven

cúpula del Ministerio de Instrucción Pública. Por voluntad del Emperador, el magistrado Gustave Rouland —que llevaba ocho años en el cargo— fue sustituido por el historiador Victor Duruy, que había logrado notoriedad con obras como la *Histoire des Romains et des peuples soumis à leur domination* (1843-1843) y la *Histoire grecque* (1851). En aquel mismo año, Bonaparte prescindió de los servicios del fiel Jean-Gilbert Persigny, ministro de la Gobernación y diligente *organizador* de las elecciones, que llenaban siempre el parlamento de diputados adictos al gobierno. Las dos decisiones estaban íntimamente vinculadas entre sí: respondían al propósito de ensanchar la base del régimen. Napoleón III no quería que su trono dependiese en exceso del clero y de la nobleza, cuyo apoyo distaba mucho de ser incondicional. Ansiaba seducir a la pequeña burguesía liberal e incluso a los sectores más acomodados de las clases laboriosas, y no temía incomodar levemente a los grupos sociales que hasta entonces habían sido los pilares más sólidos del Imperio. Los dos relevos ministeriales mencionados eran señales de que el curso del régimen estaba cambiando.

El ministro Duruy, que no era hombre de convicciones democráticas, sino liberal templado, no se sentía próximo a la oposición republicana. Ahora bien, aunque enemigo de los cambios radicales, comprendía que el inmovilismo sólo sirve para precipitarlos y hacerlos más violentos. En los primeros años del Segundo Imperio, sus convicciones, con ser tan moderadas, lo ubicaron en las filas de los desafectos. Sus obras habían alcanzado el favor del público, pero no el del Ministerio, que había rehusado autorizar el uso de algunas como libros de texto. Además, Duruy se había visto imposibilitado de ascender en la jerarquía docente: aunque cumplía con todos los requisitos, no consiguió incorporarse al cuerpo de profesores de la prestigiosa École Nor-

como un indicio de debilidad. El régimen no se abría por propia iniciativa, de acuerdo con sus propios designios, sino para responder al fortalecimiento de la oposición: haciendo concesiones, esperaba dividirla (captando a sus elementos más moderados) y, en último término, *desactivarla*.

male Supérieure¹²⁹. En suma, la administración había sido —él mismo lo diría en sus memorias (1901, tomo I, p. 73)— una madre muy severa para con él. Desde luego, Napoleón III no ignoraba los antecedentes del nuevo ministro. Sabía cuán poco fluidas habían sido sus relaciones con los anteriores titulares del cargo. Eso era, precisamente, lo que convertía su designación en un acto cargado de significación reformista: la llegada de Duruy al ministerio fue «l'annonce d'une ère nouvelle dans les relations entre l'Université et le pouvoir» (Karady, 1986, p. 289). Una nueva era en la que, por fin, la gramática comparada comenzaría a conquistar una posición sólida en la enseñanza superior.

3.1.1 La cátedra de gramática comparada del Colegio de Francia (1864)

Al poco de acomodarse Duruy en el Ministerio, un luctuoso suceso le brindó la oportunidad de actuar como protector de los estudios lingüísticos

¹²⁹ Los orígenes de la E. N. S. se encontraban en el decreto del 17 de marzo de 1808, que disponía (arts. 110-111) que, cada año, los mejores alumnos de los liceos —escogidos a través de exámenes y concursos— se reunirían en un «pensionnat normal» radicado en París, donde se les formaría en «l'art d'enseigner les arts et les sciences». Los jóvenes pensionados seguirían cursos en los grandes establecimientos educativos de la capital: «le collège de France, [...] l'école polytechnique, ou [le] muséum d'histoire naturelle, suivant qu'ils se destineront à enseigner les lettres ou les divers genres des sciences» (art. 113). Contarían, además, con el socorro de «répétiteurs» seleccionados entre los alumnos veteranos más aventajados, «soit pour revoir les objets qui leur seront enseignés dans les écoles spéciales [...], soit pour s'exercer aux expériences de physique et de chimie, et pour se former à l'art de enseigner» (art. 114). Nadie ignoraba que la E. N. S., por lo escogido de sus alumnos y profesores, rayaba a una altura que ni siquiera las facultades de la capital podían alcanzar (por no hablar de las de provincias). De ahí que los egresados, en general, se mostrasen muy orgullosos de haber pasado tres años en aquella suerte de seminario de docentes, consagrados al estudio y la libre discusión. «Nous avions conscience de notre valeur, et nous nous regardions modestement comme l'élite de la jeunesse française», recordaba el filósofo y estadista Jules Simon, alumno de la promoción 1833-1836 (*apud* Peyrefitte, 1987, p. 231)

en Francia. Nos referimos al fallecimiento de Charles-Benoît Hase, titular de la única cátedra de gramática comparada que existía en el país: la que doce años antes se había establecido en la Facultad de Letras de París, por iniciativa del ministro Hippolyte Fortoul¹³⁰. Vacante la plaza, Duruy debía pronunciarse sobre su porvenir. Cabía buscar un nuevo titular, pero también amortizarla, ya que, al ser una cátedra *extraordinaria*, se podía eliminar por decreto. Pocos la habrían echado en falta. De la gramática comparada se pensaba que era simple cúmulo de curiosidades, de noticias acaso amenas, pero sin duda inútiles. Además, en caso de que se prefiriese conservar el puesto, sería difícil hallar un profesor competente, salvo que se recurriese al expediente de *importar*, una vez más, a un filólogo extranjero. Salta a la vista, pues, que el *bon sens* aconsejaba la amortización, pero Duruy era un hombre de ciencia: sabía que «tout est fécond excepté le bon sens» (Renan, 1890, p. 425). Gracias a su amplitud de miras, gracias a que no asintió a las que para muchos eran verdades evidentes, la gramática comparada eludió en Francia un retroceso que habría sido fatal. Una sola cátedra es poco, pero poco es mejor que nada.

Esta crítica del *bon sens* nace de la convicción de que, en un ministro de Instrucción Pública, la fe ciega en el *bon sens* es peligrosa. Con un criterio tan estrecho, tan mezquino, no se pueden hacer prosperar la enseñanza superior ni la investigación científica. Para el hombre de *bon sens*, solo los descubrimientos con una aplicación práctica inmediata tienen verdadero valor. La ciencia se le presenta como una empresa que ha de estar siempre al servicio del

¹³⁰ Natural de Turingia, hijo de un pastor protestante, Hase se había trasladado a París en 1801, dando así comienzo a una carrera que se ha calificado de «tout a fait étonnante» (Hültenschmidt, 2001, p. 59). Supo granjearse la amistad del ilustre helenista Jean-Baptiste d'Ansse de Villoison, cuyo puesto en la École des Langues Orientales heredó en 1815. Cinco años más tarde, adoptó la nacionalidad francesa. Se le abrieron entonces las puertas de un sinfín de cargos administrativos y docentes (para una relación completa, cfr. Hültenschmidt, 2001, p. 59, n. 25). El nombramiento como catedrático de gramática comparada sólo fue para él un galón más en la bocamanga, si así se puede decir.

poder político o económico: los sabios absortos en *especulaciones de gabinete* no merecen apoyo del Estado, porque su trabajo no contribuye al bienestar general. Esos ermitaños de la ciencia prefieren saciar sus *vanas* ansias de conocer antes que responder a las demandas de sus conciudadanos. Justo es que estos, en consecuencia, guarden sus aplausos —y su dinero— para quien sí les presta atención. Hasta aquí la doctrina del *bon sens*. A menudo son los estadistas e industriales quienes van *a rastras*, quienes les encuentran utilidades a las verdades que un científico buscó de forma desinteresada. De ahí que los gobiernos deban prestar ayuda a todo buscador de conocimiento. Lo que hoy se cree inútil, mañana puede resultar rico en aplicaciones:

Si le progrès des sciences est la gloire et la richesse d'un pays, [...] on ne saurait trop répéter que ce progrès dépend des perfectionnements de la théorie que le savant trouve, comme Papin et Ampère, au fond de son laboratoire ou dans les inspirations de son génie.

Il n'existe pas de sciences appliquées; il n'y a que d'innombrables applications de la science. D'où cette conséquence que, pour multiplier encore ces applications heureuses, pour rendre l'industrie plus prospère, l'agriculture plus féconde, le commerce plus actif et l'homme plus grand, une des conditions nécessaires est de fournir à la science les ressources nécessaires pour développer la théorie, sans gêner en rien la liberté de ses recherches, l'État n'ayant, en fait de science pure, ni opinion ni doctrine (Duruy, 1868, pp. III-IV).

Más arriba dijimos que, al morir Hase, el ministro Duruy decidió mantener la cátedra de gramática comparada. Olvidamos señalar que juzgó conveniente transferirla de la Facultad de Letras al Collège de France. Hoy en día no se puede saber con certeza cuáles fueron los motivos de tal resolución. Cabe, eso sí, hacer conjeturas verosímiles. Nosotros sospechamos que Duruy buscaba un marco más adecuado para la cátedra, y que creyó encontrarlo en

el Collège, una venerable institución que el rey Francisco I había fundado en 1530¹³¹. A la altura de 1864, la oferta de enseñanzas filológicas y lingüísticas de la Facultad de Letras de París era mucho más pobre que la del Collège. De todas las lenguas con las que los indoeuropeístas operaban, sólo cobijaba dos: el griego y el latín. En el Collège podían estudiarse, además de las dos lenguas clásicas, el persa y sánscrito; también lecciones de árabe, hebreo, arameo, turco, chino... idiomas todavía poco explorados con las herramientas de la nueva lingüística, pero que antes o después darían qué hacer a los comparatistas. Era una ventaja adicional el hecho de que los cursos fuesen de acceso libre, gratuitos y sin efectos académicos. Ciertamente es que con ello se les abrían las puertas a los simples *curiosos*, pero, a cambio, se excluía a quienes estudiaban con el único propósito de conseguir un título. De esta manera, se le garantizaba al profesor un público de verdaderos amantes de la ciencia. Por todo ello, el Collège era un entorno relativamente propicio para la enseñanza de la gramática comparada.

Habiéndose ya resuelto que la cátedra se conservaría y que se trasladaría al Collège, urgía encontrar un ocupante. De acuerdo con el reglamento en vigor (cfr. Barrau, 1853, pp. 434-439), la provisión de las plazas era responsabilidad del claustro, que debía elegir «par la voie du scrutin» (art. 24) a uno de entre los aspirantes que concurrían. En aquella ocasión, la tarea era difícil. Pocos franceses estaban preparados para cubrir el puesto que la muerte de Hase había dejado libre, y, de entre los que sí lo estaban, casi todos se hallaban excluidos *de facto*. Así, p. ej., no se podía acudir al helenista Émile Egger, autor de un exitoso manual elemental de gramática comparada (Egger, 1852). Cómodamente instalado en la École Normale Supérieure, Egger no tenía ningún

¹³¹ Este no es momento ni lugar para entrar en detalles acerca de la génesis del Collège Royal, como entonces se llamaba. Baste con decir que la institución nació para cobijar los nuevos saberes humanísticos que no encontraban acomodo en la Sorbonne, dominada, en gran medida, por teólogos retardatarios (para más información, cfr., p. ej., Compagnon *et al.*, 2015, pp. 16-26).

deseo de cambiar de plaza. En cuanto a Ernest Renan, que había querido ser el Franz Bopp de los estudios semíticos (Renan, 1863, p. IX), su nombre no se podía pronunciar siquiera. A aquel hombre lo acompañaba el escándalo por dondequiera que iba. Dos años antes, en la primera lección de su curso de hebreo en el Collège de France, había osado referirse a Jesús como «*homme incomparable*» (Plessis, 1979, p. 203; las cursivas son nuestras). Se produjo tal alboroto que hubo que suspender el curso. El año siguiente, con la publicación de la *Vie de Jésus* (1863), Renan colmó el vaso de la paciencia clerical¹³². Para apaciguar al episcopado, fue privado de su cátedra al término del segundo semestre del curso 1863-1864 (Duruy, 1901, tomo I, p. 379). Con este historial, no se le podía confiar el puesto de Hase en el primer semestre del curso 1864-1865. Esa medida habría enfurecido al clero y debilitado al régimen frente a sus enemigos interiores, que la habrían interpretado como una vergonzosa retractación.

Similares a las que concurrían en el caso de Renan eran las circunstancias que obligaban a descartar al belga Honoré-Joseph Chavée, un *esprit curieux* —así lo caracteriza Meillet (1932, p. 216)— que llevaba casi veinte años afinado en París desde 1845 (Leroy, 1985, col. 199). Al igual que Renan, Chavée era un apóstata: ordenado sacerdote en su juventud, Chavée había cambiado la sotana por el mandil masónico, y la fe católica por el positivismo (Leroy, 1985, cols. 199-200). Se asemejaba también a Renan en la franqueza con que

¹³² En una carta al Emperador (Duruy, 1901, tomo I, pp. 375-377), el arzobispo de París, Monseñor Darboy, se dolía de que aquel «insulteur de la foi» hubiese abusado «de la liberté d'écrire» con «une impiété si scandaleuse» (*apud* Duruy, 1901, tomo I, p. 375). El arzobispo denunciaba que la *Vie de Jésus* se había compuesto «à l'aide de procédés [...] qui ne peuvent qu'étonner [...] quiconque aime la vérité et la loyauté» (*apud* Duruy, 1901, I, 376), y, en fin, cuestionaba la aptitud de Renan para el puesto: «[sa] science, même en ce qui regarde son propre cours, reste très problématique» (*apud* Duruy, 1901, *ibid.*). Es de notar que Monseñor Darboy era uno de los miembros más abiertos de la jerarquía eclesiástica y un buen amigo del ministro de Instrucción Pública (Duruy, 1901, tomo I, pp. 368-369).

proclamaba su heterodoxia. Lejos de callarse para no enfurecer al clero, hacía públicas manifestaciones de anticatolicismo, y esgrimía su formación lingüística como un arma para destruir las bases de la doctrina. Según Chavée, la moderna lingüística, o «science comparative et raisonnée des langues» (1862, p. 9), había demostrado que las familias semítica e indoeuropea no pueden brotar de la misma fuente: nada en común tienen sus respectivas «étouffes lexicques», y sus «procédés [grammaticaux]» son «diamétralement opposés» (1862, p. 59). Quedaba claro para él, por tanto, que los dos troncos lingüísticos son fruto de sendas *creaciones* independientes, de donde infería que no hay identidad de origen entre los pueblos de lengua semítica y los de lengua indoeuropea: «les Ariens et les Sémites sont deux variétés primitives de notre espèce» (1862, p. 60). Ahora bien, si la humanidad aparece desde el principio en dos variedades diferentes —razona Chavée—, es imposible que todos los hombres descendan de una sola pareja, de manera que la doctrina del pecado original se viene abajo: la culpa de Adán no ha contaminado a todos los hombres, ya que no todos lo tienen por ancestro. Con la del pecado original se hunde la doctrina de la redención. Cristo no puede ser *Agnus Dei, qui tollit peccata mundi*, porque no todo el mundo está manchado por el pecado: no hay ninguna culpa universal que se deba expiar. Al lanzar haber lanzado este ataque contra «la théologie dogmatique» (*ibid.*) —que hoy nos parece, por lo demás, bastante ingenuo—, Chavée se había convertido en un indeseable. Nunca podría conseguir plaza en los establecimientos públicos de enseñanza superior: facultades de Letras, École Normale Supérieure, Collège de France...¹³³

Una vez vetados Renan y Chavée, y autoexcluido Egger, que no deseaba abandonar la École Normale, el círculo de posibles sucesores de Hase se estre-

¹³³ Para más información acerca de Honoré Chavée y de sus seguidores, reunidos en torno a la *Revue de Linguistique et de Philologie Comparée* (fundada en 1867), se puede acudir al trabajo —verdaderamente monumental— de Piet Desmet (1996).

chaba peligrosamente. Cabía acaso acudir a Adolphe Regnier, que gozaba de justa fama como helenista y orientalista, y era, además, un hombre de orden. Regnier podía contar con el apoyo de los profesores del Collège, pero, por desgracia, sus escrúpulos le impedían aceptar la oferta. Hacía algunos años que se había alejado de la lingüística para dedicarse al estudio de la literatura francesa, así que no tenía la plena seguridad de estar capacitado para ocupar la plaza. Ahora bien, Regnier no dejó desasistido al ministro: quiso ayudarle presentándole «un candidat plus jeune et qui pouvait se donner tout entier et sans réserve à l'organisation de l'enseignement nouveau» (Darmesteter, 1885, p. 380). Aquel candidato *más joven* y capaz de *entregarse sin reservas* era un egresado de la École Normale que trabajaba, desde hacía cuatro años, en el departamento de manuscritos de la Biblioteca Imperial (Maspero, 1916, pp. 549-550). Se llamaba Michel-Jules-Alfred Bréal. Su edad era de treinta y dos años. Ciertamente, ya había dejado de ser un muchacho, pero lo era en comparación con Regnier, que tenía sesenta.

Michel Bréal había nacido en 1832, en el seno de una familia judía de la ciudad de Landau (Renania-Palatinado), en aquel entonces parte de los dominios de Luis I de Baviera¹³⁴. Por su doble condición de judío y de bávaro (legalmente lo era, pero no culturalmente), había estado a punto de verse excluido de la École Normale Supérieure (Perrot, 1895, p. XXV). Al final, los buenos oficios del ministro de Estado, Achille Fould —que era de estirpe judía—, lograron vencer los obstáculos que oponía el reaccionario Hippolyte Fortoul (Reinach, 1916, p. 139). Bréal se creyó afortunado: iba a gozar de una magnífica oportunidad para cultivar su afición al estudio de las letras griegas

¹³⁴ En 1832, cuando Bréal nació, Landau llevaba dieciséis años bajo dominio bávaro, al que había pasado de resultas de la derrota francesa en Waterloo. De acuerdo con las cláusulas del Tratado de París (20 de noviembre de 1815), Francia tuvo que entregarle Landau a Francisco I de Austria, quien, al cabo de menos de un año, se la transfirió al reino de Baviera (Aulard, 1921, pp. 19 ss.). Con aquella cesión, Luis XVIII había puesto fin, muy a su pesar, a ciento setenta y un años de presencia francesa prácticamente ininterrumpida.

y latinas, de la cual había dado vivas muestras en sus años de colegial. La experiencia, con todo, acabó por ser decepcionante: «Une certaine entente de l'art d'écrire, c'est tout ce qu'on voulait nous laisser»¹³⁵. El Segundo Imperio, casi recién nacido, atravesaba su fase más autoritaria. Las autoridades académicas, con Fortoul a la cabeza, se empeñaron en impedir que la École Normale desarrollase en sus alumnos una curiosidad *malsana* (que es madre de ideas *perilosas*): «L'administration s'appliquait à faire de ces trois ans [...] une mesquine et monotone prolongation des hautes classes du lycée» (Perrot, 1895, p. XXV)».

Al término de sus tres años en la École Normale, Bréal buscó nuevos horizontes. En 1857 viajó a Berlín, en cuya universidad siguió las lecciones de sánscrito de Albrecht Weber y, sobre todo, las de gramática comparada de Franz Bopp. Este contacto directo con Bopp —un contacto breve: solo dos años— fue clave para la obtención de la cátedra. Cuando se le nombró, tenía solo cuatro publicaciones en su haber (Bréal 1862a; Bréal 1862b; Bréal 1863a; Bréal 1863b), y bastaba hojearlas para advertir que la historia de las religiones y los mitos le interesaba más que la gramática comparada. Para él, el estudio comparativo de las lenguas no era un fin, sino un medio¹³⁶: lo que le atraía era confrontar las fábulas protagonizadas por los dioses y héroes de los pueblos

¹³⁵ Bréal escribió estas palabras en una carta (con fecha de 3 de abril de 1909) dirigida a su amigo Salomon Reinach, que las reprodujo en el largo obituario que le dedicó (Reinach, 1916, p. 139).

¹³⁶ En Bopp se encuentra la actitud opuesta, que quizá se podría calificar de *antifilológica* —o de *no filológica*— y que reaparece, bajo diversas envolturas verbales, en varios momentos de la historia de la lingüística de los ss. XIX-XX. «Les langues dont traite cet ouvrage —escribe Bopp en el prólogo de su *opus magnum*— sont étudiées pour elles mêmes, c'est-à-dire comme objet et non comme moyen de connaissance; on essaye d'en donner la physique ou la physiologie, plutôt qu'on ne se propose d'en enseigner le manie-ment pratique» (Bopp, 1866, p. 8). En pocas palabras: a Bopp no le interesan los textos (ni como estructuras ni como testimonios y depósitos de una cultura); lo que le interesa de veras son las lenguas, contempladas, en la medida de lo posible, como cuerpos organizados, no como instrumentos al servicio de sus usuarios.

de estirpe indoeuropea, descubrir las conexiones que se esconden bajo la diversidad de nombres y de circunstancias, discernir los orígenes de cada leyenda. No obstante, como había bebido de las fuentes mismas de la nueva ciencia, contaba con las calificaciones necesarias, y muy pronto se encargó de demostrar que el ministro Duruy había acertado al promover su nombramiento. Además de impartir sus lecciones, Bréal abordó —y completó— la colosal empresa de traducir al francés la *Vergleichende Grammatik* de Franz Bopp (Bopp, 1866-1872). Antoine Meillet, que fue discípulo suyo, ve en esta decisión un signo de la personalidad científica de Michel Bréal:

Si, pour introduire en France la grammaire comparée, Michel Bréal a traduit un traité, c'est qu'il n'avait pas le goût d'en écrire un. Il n'aimait pas la science arrêtée, et ce qui sans doute lui avait plu dans le grand livre de Bopp, c'est que c'était un commencement. Dans le tome IV de sa traduction, le dernier, qui a paru en 1872, plusieurs années après la mort de Bopp, il dit du livre qu'il avait traduit: 'Ce n'est pas purement un exposé de la science, mais une suite presque continue de découvertes, le fruit de recherches personnelles de l'auteur.'

Au moment où Bréal a traduit Bopp, il existait déjà en Allemagne un livre dû à un savant d'une génération postérieure et qui a exercé sur le développement de la grammaire comparée une action décisive: le *Compendium* de Schleicher. Bréal ne l'ignorait pas; mais il l'a volontairement laissé de côté parce que partant des découvertes de Bopp, de Pott, de Grimm, et les tenant pour acquises, Schleicher avait bâti là-dessus un système, et que, à l'aide de comparaisons faites entre les diverses langues indoeuropéennes, il restituait par une hypothèse hardie et réalisait la langue indo-européenne commune dont toutes les langues de la famille sont des continuations diverses. Poussant l'audace jusqu'au bout, Schleicher composait dans cette langue hypothétique toute une fable. Le bon sens de

Bréal le gardait de pareille témérité qui n'a pas été renouvelée (Meillet, 1930, pp. 217-218).

Unas cuantas líneas más adelante, nuestro autor concede que, al esquivar el *Compendium*, Bréal tomaba una decisión arriesgada: «[I]l s'était séparé du mouvement qui alors entraînait les chercheurs allemands, il risquait d'isoler les élèves qu'il formait en France» (Meillet, 1930, p. 220). En Alemania, los lingüistas nacidos a la ciencia en los años 1870-1880 iban a debutar sometiendo a una dura crítica varios aspectos del legado de Schleicher, no solo en lo tocante a la concepción del lenguaje, las lenguas y la lingüística, sino también —y sobre todo— en lo que se refería a la reconstrucción del fonetismo del indoeuropeo común (Swiggers, 2017, p. 184; para una exposición exhaustiva de las discrepancias, Pedersen, 1931, pp. 277-294). Desde luego, cabía leer a los *jóvenes* sin una previa lectura del autor contra el que reaccionaban, del mismo modo que, p. ej., podemos acercarnos al *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés sin haber pasado por Nebrija. Ocurre que ese modo de abordar los textos, al ignorar una porción de sus contextos, desemboca en una lectura más superficial, más pobre. Al final, con todo, la amenaza —dice Meillet (*ibid.*)— se vio conjurada gracias al *liberalismo* del viejo maestro. En efecto, Bréal no quiso jamás rodearse de discípulos leales, sino de hombres de genio, capaces de agradecer, con el tiempo, el favor que se les había hecho al no imponerles una ortodoxia:

Chez les jeunes qui venaient le trouver, il ne cherchait que les promesses de talent, pour mettre à leur service son influence qui, durant longtemps, a été puissante. Il ne leur demandait pas de penser comme lui, de suivre les voies où il s'engageait, pas même de tenir compte de ses idées propres, souvent riches d'avenir. Il cherchait à faire avancer la science, non à faire école. Dans un pays comme la France, où les jeunes ont un vif souci

d'indépendance, c'est le seul moyen d'avoir une action sur les hommes qui sont à encourager (Meillet, 1930, p. 220).

3.1.2 La fundación de la École Pratique des Hautes Études (1868)

El 1 de diciembre de 1921, alumnos y profesores de la cuarta sección de la École Pratique des Hautes Études, dedicada al cultivo de las *sciences historiques et philologiques*, se reunían para celebrar el quincuagésimo aniversario de la institución (Anónimo, 1922, pp. 1-2). Los acompañaban no pocos exalumnos, así como un sinnúmero de autoridades políticas y académicas: el Presidente de la República, el Ministro de Instrucción Pública, el Alcalde de París, los decanos de las facultades de la capital... Además, varias instituciones educativas francesas y extranjeras enviaron telegramas para hacer explícita su adhesión. La ceremonia fue, en suma, brillante y conmovedora. No en vano la École era la institución que más había sacado a Francia del letargo intelectual en el que se encontraba a mediados del siglo anterior.

Huelga decir que en aquella jornada se pronunciaron varios discursos de carácter panegírico. En primer lugar, el de Louis Havet, director de la cuarta sección (1922, pp. 3-12). Convencido de que la fundación de la École había abierto una nueva era en la historia de la enseñanza superior en Francia, Havet tuvo palabras de recuerdo y gratitud para el hombre que la había promovido: Victor Duruy, «le grand ministre qui, de 1863 à 1869, a tant fait pour toutes les formes de l'enseignement» (Havet, 1922, p. 6). Cuando se leen las alocuciones de Havet y de sus compañeros, henchidas de justificado orgullo, se hace difícil creer que la École, en sus primeros tiempos, fuese una empresa modesta y de futuro incierto. Y, sin embargo, lo fue. Sólo un optimista incorregible habría imaginado entonces que aquella institución iba a desempeñar un papel tan brillante en la historia intelectual de Francia.

Cuando hablamos de la modestia de la iniciativa, no nos referimos solo a factores de índole material, como son la falta de instalaciones propias o la mez-

quindad de los salarios (Vendryes, 1955, p. 11). Aludimos, sobre todo, al diseño de la institución, que respondía a la más timorata de todas las propuestas que para reformar la enseñanza superior se habían formulado hasta la fecha. Entre los defensores de la reforma, algunos, los más jóvenes (que habían estudiado en Alemania), reclamaban la refundación de las facultades de Letras y de Ciencias. Debían dejar de ser simples salones de conferencias en donde, como diría Havet, «une poignée d'hommes éminents énonçaient en chaire des résultats, *sans avoir le temps de souffler mot des données*» (1922, p. 6.; las cursivas son nuestras). Debían transformarse en centros volcados en la formación de científicos y en el cultivo de la ciencia. No bastaba con divulgar algunos resultados de la investigación más reciente, con suministrarle al auditorio pequeñas dosis de ciencia *hecha*. Había que enseñar a *hacer* ciencia; había que dirigirse a un público formado por auténticos estudiantes, que tomaran notas en vez de aplaudir frases brillantes y ocurrencias ingeniosas. Ello suponía borrar un trazo que había caracterizado las facultades de Letras (también las de Ciencias, aunque en menor grado) desde su creación: el carácter libre y gratuito de los cursos.

Otros reformistas, en cambio, no querían llegar tan lejos. Se resistían a acabar con una tradición tan genuinamente francesa¹³⁷. Su apuesta era conservar la fisonomía de las facultades y constituir, al margen de ellas, una insti-

¹³⁷ En realidad, aquella tradición *tan genuinamente francesa* databa de principios del siglo: su antigüedad apenas rebasaba los cincuenta años. Por supuesto, ello no impedía que se tuviese por tradición. Los grupos humanos tienden a creer antiguo todo aquello que, por una u otra razón, suscita su adhesión emotiva o les resulta provechoso. Durante la primera guerra civil (1833-1840), p. ej., muchos partidarios de Carlos María Isidro creían *tradicional*, españolísima, la ley sucesoria que avalaba sus pretensiones; en realidad, sin embargo, era una innovación introducida por Felipe V en 1713, esto es, solo ciento veinte años antes de que comenzase la contienda. El antropólogo vasco Julio Caro Baroja, tras llamar la atención del lector sobre el hecho (1986, p. 117), comenta: «[M]uchas veces la tradición es la historia falsificada y adulterada. Pero el político no solamente no lo sabe o no quiere saberlo, sino que se inventa una tradición y se queda tan ancho» (*ibid.*).

tución que se consagrara por completo al cultivo de la ciencia y a la formación de científicos. A la ventaja de ser conforme a los hábitos intelectuales del país, aquella opción unía la de ser menos gravosa para el Estado: crear un pequeño centro de élite en París era más barato que reestructurar todas las facultades de Letras y Ciencias del país. Las consideraciones económicas debieron de pesar mucho en el ánimo del ministro, dado lo angosto de su margen de manobra presupuestario. Más de una vez había tenido que enfrentarse con sus compañeros de gabinete, reacios a engrosar las dotaciones del Ministerio de Instrucción Pública. Con tales antecedentes, la reforma universitaria integral que Francia necesitaba tenía que posponerse *sine die*; entre tanto, había que conformarse con la fundación de un mero centro-piloto: la École Pratique des Hautes Études, nombre este que pide dos comentarios aclaratorios.

En primer lugar, urge evitar el malentendido que podría suscitar el uso del vocablo *escuela*. Dado que nos situamos en la Francia de mediados del s. XIX, es inevitable que, al verlo escrito, se nos vengan a la memoria la École Normale Supérieure, la École des Langues Orientales, la École des Chartes, la École Polytechnique, etc. Son las famosas Grandes Écoles, creadas por los hombres de la Revolución y del Primer Imperio para que ocupasen el lugar de las decadentes facultades del Antiguo Régimen. Pues bien, la conexión entre estas instituciones y la École Pratique es más aparente que real: no llega mucho más allá del nombre. Las Grandes Écoles conferían grados que habilitaban para el ejercicio de determinadas profesiones. Un graduado por la École des Langues Orientales, p. ej., podía encontrar empleo como traductor en el Ministerio de Asuntos Exteriores o en la sección de manuscritos orientales de la Biblioteca Nacional¹³⁸. La École Pratique, en cambio, no expedía título alguno. Su única preocupación y finalidad era enseñar a los alumnos los méto-

¹³⁸ Podía también concurrir a las pruebas necesarias para obtener el grado de licenciado o doctor en letras, pero ello no resultaba imprescindible. El título que había obtenido en su escuela bastaba para encontrar una salida laboral.

dos de la investigación científica en la especialidad de su elección. Si no disponían de una licenciatura cuando se matriculaban en la École, debían procurársela por su propia cuenta, inscribiéndose en los cursos de la Facultad de Letras para luego poder presentarse al examen de grado.

La segunda aclaración concierne al calificativo *Pratique*, que no se debe, desde luego, a que la École impartiese una enseñanza de bajo vuelo teórico. De hecho, como sabemos, su propósito principal era coadyuvar a la superación del atraso que en Francia sufrían los estudios más *elevados*, así en el campo de las ciencias matemáticas, físicas y naturales como en el de la historia y la filología. Louis Havet, en su discurso, nos da la razón de ser del apellido *práctica*. En la École se impartía una enseñanza de carácter *práctico* porque la clave de la acción docente no eran los «monologues» del profesor desde su cátedra, sino la participación del alumno en los trabajos de investigación de aquel: «l'apprenti qui tâtonne est assis à la même table à côté du vieux routier qui guide» (Havet, 1922, p. 7). Se trata, por tanto, de una enseñanza «de laboratorio», que diría Francisco Giner de los Ríos (1884, p. 159).

En su momento, algunas voces dieron a entender que la École Pratique des Hautes Études suponía un feliz redescubrimiento de las mejores tradiciones de la enseñanza francesa. Subrayaban las similitudes existentes entre aquella nueva institución y el Collège de France, cuya docencia también carecía de efectos administrativos y se organizaba *desde dentro*, sin que los profesores se viesen constreñidos por programas oficiales. Hay semejanzas, sí, pero no se puede ignorar que los seminarios de las universidades alemanas actuaron como un modelo para los fundadores de la École. En el seminario, en vez de pronunciar sus lecciones ante un público silente, el profesor propone ejercicios orales y escritos. Suscita la discusión entre los alumnos, los anima a intervenir y, cuando lo estima necesario, los corrige. Este método dialógico había sido descrito con entusiasmo por cuantos habían tenido la dicha de conocerlo (cfr., p. ej., Demarteau, 1863, pp. 41 y ss.). Se comprende que los organizadores de la École lo tomaran como modelo... y también que, arrastrados por su

patriotismo, se resistiesen a admitirlo. No obstante, ningún observador imparcial se dejaba engañar; valgan como prueba estas palabras de Giner de los Ríos: «Francia, cuyas facultades vegetan en el mecanismo burocrático, ha ensayado en su Escuela de Altos Estudios [...] una enseñanza más libre, *análoga a la de las universidades alemanas*, y privada [...] de efectos académicos» (1879, p. 93; las cursivas son nuestras).

Habida cuenta de la formación intelectual de Victor Duruy, parece natural que la investigación histórico-filológica ocupase una destacada posición en la École Pratique des Hautes Études. Desde el día de la fundación, las Letras tuvieron sección propia, privilegio del que otras áreas del saber sólo disfrutarían al cabo de unos cuantos años¹³⁹. Queda claro, por tanto, que el Ministro deseaba salvar a las Letras de la postración en que habían caído entre sus compatriotas, habituados a tratar con *hombres de Letras* que eran maestros del estilo, pero no verdaderos sabios. O, como decía Renan (1868, p. 94), «des publicistes exquis, des romanciers attachants, des esprits raffinés en des genres fort divers, tout enfin, excepté des hommes possédant une solide connaissance des langues et des littératures». Duruy ansiaba liberar a las Huma-

¹³⁹ Según el Decreto de 31 de julio de 1868, texto fundacional de la École Pratique (Duruy 1901: vol. I, p. 317; Havet 1922, p. 4), esta constaba de cuatro secciones: la Sección de Matemáticas (primera sección), la de Física y Química (segunda sección), la de Historia Natural y Fisiología (tercera sección) y la de Ciencias Históricas y Filológicas (cuarta sección). Esta estructura se mantuvo hasta 1886, cuando se estableció la sección de Ciencias Religiosas (quinta sección). Vino a continuación un dilatado período de estabilidad, roto en 1947 con la fundación de la sección de Ciencias Económicas (sexta sección), de cuya necesidad, por cierto, ya se había percatado el ministro Duruy en su día (1868, pp. XXII-XXVI, 1901: vol. I, p. 318). Cuanto acabamos de decir puede verificarse con facilidad. De ahí que provoquen desconcierto los errores que a veces se deslizan en trabajos que, por lo demás, son valiosísimos. Así, uno no puede dejar de sorprenderse cuando ve a Ernest Lavisse afirmar que la *École* “fut divisée en cinq sections” (1895, p. 81), ni cuando comprueba que Gabriel Bergounioux eleva el número a seis: «l'École Pratique des Hautes Études [...] rassembl[a] six sections, dont la quatrième prend le titre de ‘Sciences historiques et philologiques’» (1984, p. 14).

nidades del lastre que suponía este género de cultivadores, tan brillantes como superficiales. Quería devolver a los franceses el amor por el detalle y la pasión por la exactitud; inculcarles el desprecio de los primores de la forma cuando se utilizan con el único fin de disimular la inanidad del fondo; persuadirlos, en fin, de que todo se agosta y muere cuando se pierde el contacto con la erudición:

[O]n est conduit à penser que le goût du public français pour les études sévères s'émousse et s'affaiblit. Il semble qu'en dehors de l'Académie des inscriptions et de l'École des chartes, l'érudition nous effraye. On préfère les lettres pures, les vérités générales, la peinture des caractères et des passions, l'analyse du cœur humain, le style brillant des lectures faciles, et ces innombrables études de critique dont quelques-unes ne sont que la forme littéraire de cet esprit de frondeur, une des formes les plus anciennes et les plus vives du génie national.

Mais il y aurait péril pour les lettres elles-mêmes à dédaigner l'érudition, comme un objet de vaine et inutile curiosité. L'esprit français perdrait de sa force, puisqu'il laisserait tarir pour lui une des trois sources de vie, d'inspiration et d'études fécondes où les lettres se retrempent et se fortifient: l'homme et la société, Dieu et la nature, l'humanité et son histoire. C'est la pensée qui a fait instituer, à l'École des hautes études, une section d'histoire et de philologie (Duruy, 1868, p. XVII).¹⁴⁰

No cabe duda de que las intenciones que el Ministro abriga con respecto a las Letras son dignas de encomio. Ocurre que resultan difíciles de traducir

¹⁴⁰ En un principio, Duruy había diseñado una École destinada únicamente al cultivo y a la enseñanza de las ciencias físicas, químicas y naturales. Según Havet (1922, p. 7), comentó este hecho en 1878, en un banquete con «les rédacteurs d'un volume de *Mélanges* [...], composé en son honneur par les membres de [la IV^{ème}] Section». «[L]'ancien ministre —prosigue Havet (*ibid.*)— nous raconta les origines de l'École, de l'École dans son en-

en hechos. Bien estaba no caer en un pesimismo y compartir con Renan (1868, p. 102) la fe en que Francia podía resolver en breve «toutes ses fautes passées» porque era capaz de «exceller même en ce qu'elle emprunte». Sin embargo, la fe no basta para resolver los problemas, aunque brinde el coraje necesario para afrontarlos. Mucho coraje es lo que va a demostrar Duruy al salvar el obstáculo de la falta de docentes experimentados.

En el campo de las Ciencias Naturales, el país disponía de un puñado de investigadores de enorme altura, que no tenían nada que envidiar a sus colegas de allende el Rin, salvo la disponibilidad de abundantes recursos humanos y materiales. A pesar de la crónica escasez de medios, Francia había producido sabios de primera fila, admirados más allá de sus fronteras¹⁴¹. Cuando pudiesen ofrecerles los colaboradores y los instrumentos

semble. Ce n'est pas aux historiens que l'auteur de l'*Histoire des Romains* avait songé d'abord; il nous le dit avec une belle franchise. Ce qui l'avait ému était la misère des laboratoires, misère considérée au point de vue de l'enseignement. [...] Des sciences expérimentales, la sollicitude du ministre avait passé à nos sciences, cela très naturellement. L'enseignement par le travail en commun a les mêmes vertus partout». Las memorias de Duruy (1901, vol. I, pp. 309-316) confirman la validez de este testimonio, aunque no de manera explícita. Se muestra en ellas cómo, durante el primer semestre de 1868, el Ministro peleó sin pausa para obtener el dinero y los locales que le permitirían construir una red de laboratorios modernos y espaciosos. Para el lector es evidente que, durante aquel medio año, las Letras recibieron menos atenciones, quizás porque la promoción de su desarrollo no exigía grandes esfuerzos presupuestarios. Con todo, conviene recordar que Duruy ya había afirmado en enero que la reforma de la enseñanza superior no debía limitarse al ámbito de las ciencias *duras*: también necesitaban de cambios los establecimientos en que se enseñaban «la théologie, les lettres, l'histoire, la philologie et l'érudition» (1901: I, 304-305). El Ministro vertió esta reflexión en una misiva dirigida al Emperador, que constituyó —repárese en esto— «le point de départ de la campagne qui aboutit à la création de l'École des Hautes Études» (1901, vol. I, 3p. 02).

¹⁴¹ Recuérdese, p. ej., al insigne fisiólogo Claude Bernard, apóstol de la *medicina de laboratorio*, al que los estudiosos siguen considerando «uno de los más grandes pensadores científicos de todos los tiempos» (López Piñero y Terrada, 2000, p. 42). O al químico y biólogo Louis Pasteur, conocido incluso por los profanos, de quien se recientemente se ha

que necesitaban, los éxitos serían aún mayores. La tarea de reunir las sumas necesarias podía llegar a ser ardua, pero, en cuanto se librasen los fondos, se disiparían todas las trabas que habían ralentizado el avance de la ciencia francesa. En el terreno de las Letras, en cambio, semejantes alardes de optimismo estaban fuera de lugar. Entre los historiadores y filólogos franceses, pocos podían señalar de tener a sus espaldas una larga carrera investigadora y, al mismo tiempo, de dominar las nuevas técnicas de investigación y estar familiarizados con las nuevas ideas. El ministro Duruy se encontraba ante una disyuntiva: o renunciaba al propósito de renovar los estudios históricos y filológicos, o se resignaba a depositar sus esperanzas en hombres todavía jóvenes, con la esperanza de que estuviesen a la altura de la misión que se les iba a encomendar. Por fortuna para su país, Duruy escogió la segunda opción. Aquí, como es natural, sólo nos interesa cómo se constituyó la primera plantilla de docentes del área lingüística de la École; nada diremos sobre quienes se encargaron de las materias históricas, ni sobre los que impartían las de carácter estrictamente filológico.

En el verano de 1868, antes de que la École comenzase su actividad docente, el Ministerio de Instrucción Pública ya había trazado los planos para el establecimiento de un seminario de *Philologie Comparée* dentro de la sección de Ciencias Históricas y Filológicas. Su dirección quedaría en manos de Michel Bréal, que contaría con la ayuda de cuatro *répétiteurs*: para las lenguas románicas, Gaston Paris; para las semíticas, Stanislas Guyard; para el sánscrito, el veterano Eugène-L. Hauvette-Besnault (frisaba ya los cincuenta años), que tendría como adjunto a Abel Bergaigne. No ha de sorprendernos

dicho que es «uno de los grandes nombres de la historia[,] no ya de la ciencia únicamente, sino de la humanidad» (Sánchez Ron, 2007, p. 235). Se objetará que, en 1868, Pasteur aún estaba lejos de la cumbre de su prestigio: la alcanzaría dos décadas más tarde, por su labor en el terreno de la bacteriología y la inmunología. Es cierto, pero no es menos cierto que ya se había hecho notar por sus investigaciones sobre la génesis de los procesos de fermentación, que le habían llevado a demostrar la imposibilidad de la generación espontánea.

que las funciones directivas se le confiasen a Bréal. Por su historial científico, era el candidato idóneo. Su contribución personal a la gramática comparada era, sin duda, bastante modesta, pero, como traductor de Franz Bopp, conocía bien sus métodos y resultados. Tampoco es de extrañar la designación de Paris. Aún no había cumplido treinta años, es cierto, pero ya podía jactarse de haber demostrado su valía en los ámbitos de la investigación lingüística (1862) y literaria (1865). Sí resulta llamativo, en cambio, el caso de Guyard, que tenía solo veintidós años y ninguna publicación, aunque su talento su saber le habían granjeado un puesto de bibliotecario en la Sociedad Asiática (Messaoudi, 2008, p. 473)¹⁴². Con todo, el más revelador de los nombramientos es el de Abel Bergaigne, de quien se podría decir que se convirtió en profesor de la noche a la mañana. Eso es, cuando menos, lo que se desprende del relato de Bréal:

Bergaigne était [...] un étudiant incertain de la voie qu'il suivrait, candidat fraîchement reçu à la licence, auditeur au Collège de France, quand un ensemble de circonstances favorables, en 1868, mit fin à ses hésitations et décida de son avenir. L'École des hautes études venait d'être fondée et n'avait pas encore fini d'organiser ses premiers cadres: Bergaigne reçut le titre de répétiteur adjoint (1888, p. CCXXX).

Así pues, cuando se le nombró *répétiteur adjoint*, Bergaigne era un mero aprendiz. Aún no sabía qué rumbo le imprimiría a su carrera, aún no tenía en su haber ni una sola publicación científica. No era más que uno de los jóvenes

¹⁴² La primera publicación de Guyard, el *Essai sur la formation du pluriel brisé en arabe*, vio la luz en 1870. Durante los catorce años siguientes, Guyard trabajó incesantemente, simultaneando sus investigaciones personales con el ejercicio de la docencia y el desempeño de funciones editoriales en la *Revue de l'Histoire des Religions*. Exhausto, puso fin a su vida en 1884 (Messaoudi, 2008, p. 473); su colega Joseph Halévy, en el obituario que le dedicó, habla —pudorosamente— de «mort imprévue» (Halévy, 1885, p. CCV).

—o no tan jóvenes— que asistían a las conferencias de Bréal en el Collège de France¹⁴³. Su valía para la docencia y la investigación estaba por demostrar, de modo que la apuesta de Bréal —suya debió de ser, en efecto— entrañaba riesgos considerables. Que no hubiese más remedio que asumirlos es prueba de lo grave que era la falta de personal docente cualificado. Muy delicada tiene que ser la situación cuando se recurre a un joven estudiante para cubrir una plaza en un centro de élite¹⁴⁴. Como apunta Gabriel Bergounioux (1984, p. 15), «[l]a jeunesse des professeurs de l'E. P. H. E. trahi[ssait] une crise universitaire». Así y todo, aquel pequeño seminario de gramática comparada era la

¹⁴³ Según cuenta Bréal (1898, p. CLXVI), Bergaigne tomó contacto con su curso de gramática comparada gracias a una casualidad, a un encuentro imprevisto: «Bergaigne, la tête remplie de projets[,] était venu à Paris et avait commencé par se préparer d'abord au baccalauréat, puis à la licence ès lettres. Il suivait les conférences qu'on donnait au collège Sainte-Barbe en vue de la licence: un ancien fonctionnaire de l'Université, M. [Friedrich] Eichhoff, vint y faire un certain nombre de leçons sur la parenté des langues, sur les origines communes de l'Inde et de la Grèce. L'esprit plein d'images poétiques, séduit par l'idée de découvrir les premières conceptions de la race [...], Bergaigne écouta avidement ces leçons. Puis il entendit parler du cours de grammaire comparée récemment ouvert au Collège de France. Des la première année du cours, il en devint un élève assidu, et il le resta pendant une série d'années». A nuestro entender, este relato interesa porque revela que los estudios lingüísticos adolecían de una escasa *visibilidad*. En la enseñanza superior, nadie ingresaba con vocación de comparatista: ésta se gestaba posteriormente, gracias a circunstancias tan azarosas como el contacto con un profesor que sabía conquistar a su auditorio.

¹⁴⁴ Con el tiempo, Bergaigne demostró merecer la confianza de su maestro. Baste decir que su *Essai sur la construction grammaticale dans les langues indo-européennes* (1875-1878) mereció el honor de ser citado por Berthold Delbrück (1880, p. 92). El mero hecho de que un estudioso alemán se hiciese eco del trabajo de un colega francés era ya una gran victoria. Aún mayor notoriedad conseguiría con sus estudios sobre la religión védica (1878-1883). Falleció en 1888, a los cincuenta años, al sufrir una caída cuando practicaba la escalada en un pico de los Alpes (Wallon, 1896, p. 553). Su muerte le impidió llevar a término la última empresa en que se había embarcado: una traducción integral de los Vedas al francés. «L'accident où il a trouvé la mort —dijo Bréal (1885-1888, p. CCXXXIII)— nous a privés d'une œuvre dont il parlait déjà comme arrêtée en ses contours généraux dans sa tête».

semilla de la que nacería un árbol frondoso, cuyas ramas se extenderían por toda Francia. Medio siglo después, en el discurso que pronunció durante la ceremonia conmemorativa, Meillet lo diría sin ampulósidades oratorias, pero también con rotundidad: «La création de l'École des Hautes Études devait donner à l'orientalisme et à la linguistique le moyen de se développer et de durer en France» (1922, p. 20).

A lo largo del decenio posterior a la fundación de la École, la plantilla del seminario de gramática comparada fue creciendo paulatinamente. En 1869, Gaston Paris se vio elevado al rango de *maître de conférences*, de modo que hubo que escoger un nuevo *répétiteur* para las lenguas románicas. El elegido, Auguste Brachet, tenía en su haber una *Grammaire historique de la langue française* (1867), pero no dejaba de ser «un autodidacte en romanistique» (Bergounioux, 1984, p. 19). Cuatro años después, tras renunciar de Brachet¹⁴⁵, el puesto pasó a manos de un exalumno de la École: el joven Arsène Darmesteter, hoy recordado, sobre todo, como autor de *La vie des mots*, un estudio —basado en materiales románicos— «des procédés logiques et des causes psychologiques ou linguistiques qui se cachent derrière l'évolution des sens» (Darmesteter, 1887, pp. VII-VIII)¹⁴⁶. Mas la juventud no era privativa de

¹⁴⁵ Los motivos no están del todo claros. En el breve obituario que le dedicó (apenas dos páginas), el romanista Paul Meyer se limita a hacer este apunte: «En 1872, il abandonna cet emploi pour devenir professeur et examinateur d'allemand à l'École polytechnique. Mais il n'exerça pas longtemps ces nouvelles fonctions, auxquelles, à vrai dire, il était médiocrement préparé» (Meyer, 1898, p. 118). El abandono de la École Polytechnique fue el final de su carrera académica y científica: Brachet dejó la capital, se instaló en provincias y rompió casi por completo la relación con sus antiguos compañeros.

¹⁴⁶ Sería injusto, empero, reducirlo a la condición de autor de *La vie des mots*: para darse cuenta, basta leer el sentido obituario que le dedicó Gaston Paris (1888-1892, pp. XXXV-XLV). El sabio romanista hablaba *ex abundantia cordis*: para él fue extremadamente doloroso ver cómo uno de sus más queridos discípulos moría a la temprana edad de cuarenta y dos años. La pérdida, por inesperada, era aún más triste. Darmesteter arrastraba problemas de salud desde hacía algún tiempo: «[U]n refroidissement auquel il avait à peine

los romanistas. En 1872 ingresaba en el cuerpo de profesores un latinista de veintitrés años: Louis Havet. Cinco años después, el puesto de *répétiteur* para la lengua avéstica se le concedía a un iranista de veintiocho: James Darmesteter, cuyos estudios sobre el libro sagrado y sobre las doctrinas y prácticas religiosas de los mazdeístas habían de hacerlo conocido en toda Europa e incluso entre los *parsis* de Bombay, con quienes, además, convivió durante tres meses (Bréal, 1894-1896, p. LXIX)¹⁴⁷. Pronto, en 1881, llegaría a la École des Hautes Études un joven ginebrino de estirpe ilustre, Ferdinand de Saussure, que había estudiado en la Universidad de Leipzig. Aunque por su edad no podía ser más que un aprendiz (tenía veinticuatro años), había sido capaz de producir, casi sin darse cuenta, una obra magistral (Saussure, 1879), cuya comprensión estaba al alcance de muy pocos (Joseph, 2012, p. 222). Sus relaciones con sus condiscípulos y profesores alemanes no habían sido fáciles. Convencido de que no se le daba todo el crédito debido, se sentía desilusionado (Joseph, 2012, p. 258), y París se le presentaba, probablemente, como una magnífica oportunidad para encontrar las satisfacciones que en Leipzig se le habían negado. Llegado a la École Pratique en calidad de alumno, se ganó enseguida un puesto en el cuerpo docente. Se inició entonces una nueva era, que era ya, casi, la de Antoine Meillet. Ha sido él, precisamente, quien mejor ha sabido descri-

fait attention et qui pendant plusieurs jours sembla peu grave [...], prit soudain un caractère funeste. [...] Ses amis les plus chers avaient à peine eu le temps d'apprendre sa maladie: ils accoururent auprès de lui pour recevoir la foudroyante nouvelle de son agonie et de sa mort» (Paris, 1888-1892, p. XLIV).

¹⁴⁷ Como la de su hermano Arsène, la muerte de James Darmesteter fue prematura: falleció en 1894, a los cuarenta y cinco años, como consecuencia de una afección cardíaca (Monod, 1897, p. 155). Michel Bréal, que ya había sufrido la pena de ver morir a Abel Bergaigne, cerró su obituario de James expresando una emoción que suele asaltar a los padres que ven morir a sus hijos: «Il me revient à l'esprit une pensée qu'on trouve retournée en un grand nombre de façons sur les tombeaux romains, mais dont l'expression la plus simple se lit sur une épitaphe de la Gaule cisalpine: *Aequius fuerat te hoc mihi fecisse* ['Más justo habría sido que tú me hubieses enterrado a mí']» (Bréal, 1894-1896, p. LXXII).

bir el impacto que sobre su generación (y sobre las posteriores) tuvieron las enseñanzas de Saussure y la tutela de Bréal:

Quand on a commencé à étudier en France la grammaire comparée des langues indo-européennes, elle avait déjà en Allemagne ses manuels et ses dictionnaires. Mais Michel Bréal lui a donné aussitôt un tour original et bien français, en montrant dans les langues l'œuvre de l'homme. Puis le Genevois Ferdinand de Saussure a, durant dix ans, imprimé à l'école linguistique française la marque de son pénétrant génie; son enseignement, où la précision technique la plus rigoureuse laissait toujours entrevoir les idées les plus générales et où des formules exactement arrêtées se joignaient à la poésie de l'expression, a laissé à tous ceux qui l'ont entendu un souvenir qui ne s'effacera jamais et dont vit encore le groupe des linguistes français. Des séries de morts précoces ont privé de ses meilleurs espoirs cette école linguistique [...]. Mais, malgré les vides, l'école de linguistique française demeure; chacun de ceux qui la composent apporte des travaux où, à travers des tendances communes, se marquent des personnalités originales, et la Société de Linguistique dont Bréal a longtemps été l'âme, a pris dans la linguistique une place dont nous avons le droit d'être fiers. *Tous élèves de l'Ecole des Hautes Etudes, tous membres de la Société de Linguistique, tous ceux qui enseignent la Linguistique en France sont, directement ou indirectement, de la lignée de Bréal et de F. de Saussure* (Meillet, 1922, pp. 21-22; las cursivas son nuestras).

3. 2 ETAPA DE FORMACIÓN (1888-1901)

3.2.1 Los primeros pasos de su carrera académica

No es mucho, en verdad, lo que sabemos a ciencia cierta sobre los primeros momentos de la carrera académica de Meillet. Gracias al testimonio de Paul Boyer (1936, p. 192) y Joseph Vendryes (1937, p. 205), nos consta que

en octubre de 1885 ingresó en la Facultad de Letras de París, con el fin de prepararse para las pruebas de licenciatura y el concurso de *agrégation*. Al parecer (Vendryes, 1937, *ibid.*), siguió puntualmente los cursos de Arsène Darmesteter (*Langue et Littérature Françaises du Moyen-Âge*) y Louis Havet (*Philologie et Métrique*), así como los de Abel Bergaigne (*Langue et Littérature Sanscrite*) y su sucesor Victor Henry¹⁴⁸. En aquel entonces, la Facultad no era ya el humilde establecimiento docente que había sido treinta años antes, a mediados del siglo. Ya no estaba encerrada en el angosto marco que se le había impuesto en el Primer Imperio, ni aquejada de constante escasez de alumnos inquietos y de docentes *al día*. El centro había cambiado para bien, y ello a pesar de que la atención del joven régimen republicano se había centrado en la reforma de la Enseñanza Primaria.

Con todo, el paso por la Facultad de Letras no parece haber dejado una huella profunda en la personalidad intelectual de nuestro hombre. Para él, la experiencia determinante fue el ingreso en la École Pratique de Altos Estudios, una institución dedicada, como ya sabemos, al solo cultivo de la ciencia, sin atribuciones administrativas como la colación de grados y la expedición de títulos. Que la estancia en la École le infundió su vocación científica es cosa

¹⁴⁸ En su gran estudio sobre la implantación de los estudios filológicos y lingüísticos en las universidades francesas del s. XIX, Gabriel Bergounioux le atribuye a la cátedra de Bergaigne el nombre que arriba hemos consignado (1990, p. 33; 1998, p. 27). En un trabajo anterior, más modesto y más breve, le daba el de *Sanscrit et grammaire comparée* (1984, p. 22). No se puede descartar que, contra lo que el sentido común sugiere, esta última opción sea la correcta. Son significativas las palabras con las que Victor Henry abrió la lección inaugural del curso 1889-1890, dedicada a rendir homenaje al maestro desaparecido: «Appelé à continuer parmi vous les traditions de *cet enseignement de la grammaire comparée*, que mon cher maître et ami Abel Bergaigne inaugurerait naguère avec tant d'autorité et pour un temps si court, je voudrais pouvoir dignement reconnaître la bienveillance de ceux qui ont daigné m'en ouvrir l'accès» (Henry, 1889, p. 1; las cursivas son nuestras). Por el mismo cauce discurre el testimonio de Henri Wallon: «Un décret du 27 décembre 1885 y avait créé la chaire de sanscrit et de grammaire comparée. Le Ministre l'y nomma» (Wallon, 1896, p. 549).

que sabemos a través de Vendryes (1937, p. 205), pero también por el propio Meillet. En una de las contadas entrevistas que concedió¹⁴⁹, nuestro autor, próximo a los sesenta años, evocaba sus primeros tiempos en París, y lo hacía de tal manera que sus afectos e inclinaciones saltaban a la vista. A los cursos de la Sorbonne les dedicaba menos de una línea; a la École —o, mejor dicho, a dos de sus profesores—, más de un párrafo:

J'ai suivi les cours à la Sorbonne et à l'École des Hautes Études. Je suivais tous les cours où on enseignait de la linguistique. J'ai rencontré deux hommes: le vieux Bréal[,] qui avait gardé une extrême sympathie pour les jeunes gens; l'autre, Ferdinand de Saussure[,] était un aristocrate, fils d'émigrés. Il descendait en droite ligne du naturaliste qui a fait la première ascension du Mont Blanc. Saussure avait tout un côté de génie. C'était un être tellement à part: technicien extraordinairement précis, esprit tout à fait systématique, et en même temps une langue si pure et si nette, une manière d'enseigner si artiste que ses cours étaient de véritables œuvres d'art. Il voyait les choses scientifiques avec des yeux bleus de poète et de visionnaire (Lefèvre, 1924, p. 1).

Con todo, Bréal y Saussure no fueron los primeros profesores con los que Meillet tuvo contacto en la École. Vendryes (1937, p. 205) afirma que su primera inscripción, en el otoño de 1885, fue «pour les conférences de latin

¹⁴⁹ Su entrevistador fue el literato crítico y Frédéric Lefèvre, redactor jefe del semanario *Les Nouvelles littéraires, artistiques et scientifiques* (fundado en 1922). Aquel coloquio formaba parte de una larga serie titulada «Une heure avec» ('Una hora con'), de la cual se ha dicho que fue «un élément déterminant du succès des *Nouvelles*» (Helbert, 2012). Durante sus más de diez años de vida, «Une heure avec» acogió a una infinidad de cultores de las letras, las artes, la política y la filosofía. Los lingüistas y filólogos aparecían de tarde en tarde, pero, en fin, aparecían. Meillet no fue el único entrevistado: Ferdinand Brunot (Lefèvre, 1923a) y Joseph Bédier (Lefèvre, 1923b) también aceptaron someterse a las cuestiones de Lefèvre, y acaso la nómina sea más larga.

(Riemann) et de sanskrit (Bergaigne, puis Sylvain Lévi)», y que las lecciones de gramática comparada comenzó a seguirlas «l'année suivante». En realidad, el contacto de Meillet con Bréal y Saussure se hizo esperar aún más, según se infiere de los *rapports* oficiales de la École. En el del curso 1885-1886, ningún Meillet aparece entre los alumnos de Othon Riemann (Boissier *et al.*, 1885-1886, p. 176); entre los de Abel Bergaigne (Hauvette-Besnault, Lévi y Bergaigne, 1885-1886, p. 197) encontramos un Millet [*sic*] que podría ser nuestro hombre, pero también podría no serlo. En el *rapport* del curso 1886-1887, Meillet —así, con todas las letras— aparece como estudiante de sánscrito bajo la tutela de Sylvain Lévi (Hauvette-Besnault, Lévi y Bergaigne, 1886-1887, p. 212), pero sigue sin asistir al curso de Riemann (Boissier *et al.*, 1886-1887, p. 191), y tampoco se ha sumado al público de Bréal y Saussure (Bréal y Saussure, 1886-1887, p. 205). Será en el curso 1887-1888 cuando se dilaten apreciablemente las experiencias formativas de nuestro autor: además de continuar con el estudio del sánscrito (Hauvette-Besnault, Bergaigne y Lévi, 1886-1887, p. 212), aborda el de la filología latina (Boissier *et al.*, 1886-1887, p. 195) y, al lado de jóvenes promesas como Georges Dottin, Georges Guieysse y Paul Boyer, el de la gramática comparada (Bréal y Saussure, 1887-1888, p. 206)¹⁵⁰.

La lectura de Meillet y de sus biógrafos nos ha revelado que las enseñanzas de Bréal y Saussure —más las de este que las de aquel, en verdad— le imprimieron a su vida intelectual un rumbo del que nunca se desviaría. Cabe suponer, por otra parte, que el alumno no tardó en llamar la atención de su

¹⁵⁰ A quien no pueda consultar las copias digitales de los folletos informativos de la *IV^{ème} section*, un viejo trabajo de Michel Fleury (1964, pp. 53-66) le ofrece reproducciones perfectas de los *rapports* de todos los cursos de Saussure. Fleury aporta también una relación exhaustiva de los alumnos, con mención de su lugar y fecha de nacimiento, de los años durante los cuales asistieron a las lecciones del maestro y de los títulos que poseían cuando se inscribieron en ellas (pp. 43-51). No hace falta decir que sus datos sobre Meillet no difieren de los nuestros, dado que ha manejado las mismas fuentes: fue en el curso 1887-1888, no antes, cuando comenzó a asistir a las clases de Saussure (p. 48).

maestro. Ya en enero de 1888 (o de 1889, pues el año no se ha podido determinar), Saussure se tomó la molestia de enviarle una carta (*apud* Testenoire, 2015, pp. 200-201) para responder a una consulta suya sobre un punto de métrica homérica. Son de notar las palabras finales del maestro; antes de la fórmula conclusiva (*Je vous prie d'agréer, cher Monsieur, l'assurance...*), que es mera convención, Saussure deslizaba un elogio que a buen seguro no dispensaba a cualquiera: «J'ai été charmé de rencontrer une contradiction aussi judicieuse que la vôtre» (*apud* Testenoire, 2015, p. 201). No nos consta que, durante sus años en la École, Saussure dejase más testimonios escritos de su estimación por Meillet¹⁵¹. Ahora bien, hizo algo mucho más importante y revelador: proponerlo como sustituto para el curso 1889-1890, esto es, solo dos cursos después de su primer contacto.

La historia es bien conocida (Joseph, 2012, p. 361). En otoño de 1889, Saussure le escribió a Gaston Paris, entonces presidente de la cuarta sección de la École, para pedirle un año de excedencia por motivos personales¹⁵². Oficialmente, la petición se justificaba por razones de salud (Fleury, 1964, p. 61). En la bibliografía saussureana se han barajado otras causas, sin embargo. Se ha sugerido que Saussure empezaba a sentirse incómodo en París (Joseph, 2012, pp. 351 y ss.), ya fuese por la decepción de que no se le hubiese confiado la

¹⁵¹ Sí lo hizo años después, cuando ya había abandonado París por su Ginebra natal. Valga como ejemplo el *post scriptum* de la segunda de sus cartas a Meillet, separada de la anterior por un lapso de cinco o seis años: «Vous voulez bien m'appeler votre maître, et je serais bien flatté d'avoir mérité ce titre en quoi que ce soit. Mais je tiens encore davantage à un autre, et si vous le voulez bien, nous correspondrons désormais entre amis» (carta de 4 de enero de 1894, *apud* Benveniste, 1964, p. 96). No menos significativas son las palabras con que respondió al homenaje que Meillet le rindió al dedicarle la *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes* (1903) con ocasión «des vingt-cinq ans écoulés depuis la publication du *Mémoire sur le système primitif des voyelles*». «Vous pouvez être bien certain —dirá Saussure (carta de 20 de marzo de 1903, *apud* Benveniste, 1964, p. 102)— que l'honneur que vous me faites me va directement au cœur».

¹⁵² El texto de la carta no se incluye en la colección de materiales reunida por Marc Décimo (1994).

cátedra de Bergaigne en la Facultad de Letras¹⁵³, ya por el dolor de perder al jovencísimo y brillante Guieysse, que puso fin a sus días por razones no del todo claras¹⁵⁴. En cualquier caso, lo que ahora nos importa es que la suplencia se le asignase a Meillet. John E. Joseph, biógrafo de Saussure, anota secamente: «Arrangements were made for Saussure's lectures [...] to be covered by his student Meillet» (2012, p. 361). No parece creíble, con todo, que el titular se abstuviese de declarar y hacer valer sus preferencias. Desde luego, el interesado no tenía dudas: «En 1889, Saussure [...] me prit comme suppléant», dijo (Lefevre, 1924, p. 1). Según relata Vendryes, la elección de Meillet no fue una sorpresa para el resto de los alumnos ni suscitó protestas ni rencores entre ellos, puesto que todos reconocían, sin reservas, su superioridad:

Dès 1889, l'année où il fut chargé de la suppléance de son maître F. de Saussure, Meillet trouva devant lui, de l'autre côté de la table, ses condisciples de l'année précédente, Boyer, Dottin, Grammont, attentifs à l'écouter, *et auxquels, dit l'un d'eux, ce changement de rôle paraissait tout naturel, tant ce jeune agrégé de 24 ans exerçait déjà sur ses pairs l'autorité que donnent l'expérience et le talent* (Vendryes, 1937, p. 231; las cursivas son nuestras).

Y no bastaba la École des Hautes Études para apagar la sed de saber de nuestro autor. Un par de años antes, en 1887, se había inscrito en la École des Langues Orientales para seguir el curso de armenio de Auguste Carrière (Bo-

¹⁵³ Como sabemos, el puesto fue para Victor Henry (cfr. *supra*, n. 53).

¹⁵⁴ Guieysse, hombre dotado —al parecer— de una rara inteligencia, acababa de escribir un trabajo sobre el argot en colaboración con Marcel Schwob (Schwob y Guieysse, 1889). Gozaba del afecto y el reconocimiento de sus compañeros y de sus profesores, y su porvenir como lingüista se presentaba luminoso. Su suicidio se ha explicado como consecuencia de un grave episodio de depresión (Décimo, 1999, p. 107) o, sin pruebas concluyentes, como una expiación de la *culpa* de haber tenido tratos amorosos con su amigo Schwob (Joseph, 2012, p. 356).

yer, 1936, p. 192; Vendryes, 1937, p. 215). De hecho, el joven Meillet parecía llamado a especializarse en armenología, campo en el que su labor había de recordarse con admiración durante largo tiempo. Más de treinta años después de su fallecimiento, su discípulo Georges Dumézil, profesor, precisamente, en la École des Langues Orientales, dirá: «C'est aujourd'hui dans son *Altarmenisches Elementarbuch* [...] que se forment nos étudiants» (Dumézil, 1948, p. 67). Ahora bien, en el momento en el que nos hallamos, faltan más de diez años para que Meillet haga sus grandes contribuciones a los estudios armenios¹⁵⁵: aún no es más que un principiante. Como tal, con el fin de ampliar *in situ* sus conocimientos, hará un viaje al Cáucaso. Sale de París el 15 de abril de 1891, no sin albergar dudas sobre el sentido y el provecho de la expedición. Algunas de ellas, como enseguida veremos, las expresó el día 29 en una carta dirigida a su prima y amiga Berthe Esbaupin, a quien ya hemos tenido ocasión de conocer (cfr. *supra*, §§ 1.1.1-1.1.2):

J'ai eu quelque tristesse aujourd'hui. Je ne puis me dissimuler que les résultats de mon voyage restent bien incertains. Je vais apprendre à parler; j'ai si peu de dons pour cela que je ne me vois pas de chances d'y réussir — pour faire connaissance avec la littérature moderne; mais je lis trop peu couramment — pour étudier l'orthographe ancienne des manuscrits, et je ne sais ce qu'on me montrera (*apud* Gandon, 2014, p. 121).

No nos detendremos a hacer relación de todas las experiencias e impresiones de nuestro autor durante su largo periplo. Nada diremos de sus observaciones —poco benevolentes, por lo general— sobre el carácter de los nativos de la Transcaucasia, sobre la escasa lealtad lingüística de la colonia armenia en Tiflis, sobre la falta de fervor religioso de los monjes del convento de Ech-

¹⁵⁵ No esta es la ocasión adecuada para un examen de las contribuciones de Meillet a los estudios armenios. Además, solo los especialistas (Bolognesi, 1987; Lamberterie, 1988; Lamberterie, 2006) están en condiciones de acometer tal empresa.

miadzín, sede del *Katholikós*, patriarca de la Iglesia Armenia, etc.¹⁵⁶ Tampoco examinaremos los resultados científicos de su viaje, acaso no tan magros como él se figuraba en un principio. Solo nos interesa tomar nota de un suceso que determinaría su porvenir. El 14 de junio, mientras él estaba en Echmiadzín, Saussure le enviaba una carta de dimisión a Gaston Paris:

Au commencement de l'année, prévoyant que j'aurais probablement à prendre une détermination qui m'éloignerait de Paris pour l'avenir, j'ai tenu à vous informer de l'intention que j'avais de me retirer des fonctions qui me sont confiées à l'École des Hautes-Études à la fin du semestre qui s'achève actuellement. Je viens, Monsieur et cher Maître, vous confirmer ma détermination, et vous prie de bien vouloir considérer ces lignes comme établissant régulièrement ma démission.

Les circonstances qui me décident sont, vous le savez, toutes personnelles. Je quitte l'École des Hautes-Études en gardant pour elle autant d'attachement que de reconnaissance envers mes collègues auprès de qui j'ai trouvé de précieuses sympathies (*apud* Décimo, 1994, p. 78).

No sabemos con certeza cuáles fueron las circunstancias «toutes personnelles» que provocaron la retirada de Saussure. Acaso sintiese que París, escenario mucho más adecuado que Ginebra para quien aspirase a brillar, no lo era tanto para quien ya se había resignado a no pasar de medianía (Joseph, 2012, p. 371-372). En su ciudad natal le esperaban una plaza como profesor extraordinario —esto es, no numerario— y la posibilidad de un matrimonio con su prima Marie Faesch (*ibid.*). En cualquier caso, su partida era un pro-

¹⁵⁶ Estas observaciones se recogen parte en la correspondencia con Berthe Esbaupin y parte en el diario que Meillet redactó durante el viaje. De dicho diario, publicado por Francis Gandon (2014, pp. 73-108), se ha conservado dos testimonios: el original, veinticinco páginas de difícil lectura, y una copia manuscrita de su discípulo Dumézil, sin cuyo auxilio la empresa tal vez no fuese realizada (Gandon, 2014, p. 73-74).

blema para los gestores de la École; para Meillet, en cambio, una oportunidad extraordinaria. Aparecía el interrogante sobre quién ocuparía el lugar del maestro. Meillet, que ya lo había hecho en una ocasión, estaba bien situado, pero tenía un rival en Louis Duvau, exalumno de Saussure y profesor de la Facultad de Letras de Lille¹⁵⁷. Desde Echmiadzín, en una carta a su prima (fechada el 5 de julio), Meillet contemplaba con pocas esperanzas su inmediato porvenir:

Je n'ai pas trop d'espérance. Duvau a sur moi bien des avantages, l'appui de G. Paris et de Havet, ses travaux qui comptent déjà, tandis que les miens n'existent pas. Moi, j'ai, ou plutôt j'avais[,] l'appui des spécialistes: Saussure, Bréal, Darmesteter [...], le fait que je suis beaucoup plus un spécialiste en grammaire comparée que ne l'est Duvau. J'ai eu dans Carrière un bon soutien, s'il est resté jusqu'à la séance. Dans ces conditions, je ne puis prévoir le résultat. Si Duvau est choisi et qu'on m'offre sa place à Lille, je la prendrai. C'est, en province, la seule que je puisse accepter (*apud* Gandon, 2014, p. 173).

Al cabo de pocos días, desde la villa de Ashtarak, sita alrededor de 20 km al Norte de Echmiadzín, Meillet volvía a manifestarle a Berthe sus escasas esperanzas de prosperar en la École y su firme propósito de luchar por la plaza que su adversario abandonaría si triunfase en París: «[J]'ai écrit à Bréal. J'ai posé nettement ma candidature à la place que D[unau] laisserait vacante à Lille s'il était nommé aux Hautes Études» (*apud* Gandon, 2014, p. 179). Enojado quizá, y sabiendo que se dirige a una persona de su plena confianza,

¹⁵⁷ Su plaza le había pertenecido a Victor Henry, que la había ocupado desde 1883 hasta 1889, el año en que, como sabemos (cfr. *supra*, n. 135), se trasladó a París para suceder a Bergaigne. El cambio de titularidad vino acompañado de una transformación del perfil del puesto: de estar ligado a la enseñanza de *Philologie et grammaire comparée*, pasó a vincularse con la de *Philologie grecque et latine* (Bergounioux, 1990, pp. 60-61).

nuestro autor no esconde la mala opinión que le merecen las aptitudes intelectuales de Duvau. No deja de resultar sorprendente que un hombre de apenas veinticinco años, con un historial científico todavía exiguo, juzgase los méritos de su compañero con tantísima severidad:

Je serai tant soit peu vexé si D[vau] est nommé, parce que je ne lui crois aucun talent et parce que je suis convaincu qu'il sera un mauvais professeur de linguistique: sa méthode est dangereuse et il est dépourvu d'originalité. C'est sans doute pour cela que de Saussure m'a proposé pour lui succéder. Il a bien reconnu que c'est moi qui ai ses principes, sa méthode, sinon son talent, hélas![,] et que si c'est moi qui suis là, son esprit restera toujours sur le cours pour le vivifier (*ibid.*).

Como sabemos, Meillet estaba seguro de que Saussure lo había propuesto como sucesor. Aquel signo de confianza era verdadero un timbre de gloria para él; así lo prueban estas líneas, tomadas de la misma carta: «Avoir été proposé par Saussure, je ne désirais presque rien de plus, et j'aime mieux avoir échoué [...] contre son opinion que d'avoir réussi sans son consentement» (*ibid.*). No tenemos razones para suponer que Meillet se equivocaba, pero tampoco hay pruebas de que Saussure lo quisiese como único heredero. De hecho, la información disponible apunta en sentido contrario. Al parecer el maestro no intervino en la resolución del conflicto, sino que fue un mero espectador. A mediados de julio, el problema estaba solventado. El remedio había sido salomónico: el puesto iban a ocuparlo Meillet y Duvau, con reparto equitativo de las horas lectivas y del salario¹⁵⁸. Algún tiempo después (el

¹⁵⁸ En su entrevista con Lefèvre (1924, p. 1), Meillet recuerda que su primer salario era de 2.000 francos al año, y que hubo de aguardar diez años para verlo ascender a 3.000 francos. «Il fallait faire quelques sacrifices», dice nuestro autor. Se necesita un punto de referencia para apreciar justamente a el valor de la retribución; nosotros creemos haberlo

30 de diciembre de 1891), Saussure envió a Gaston Paris una carta donde, entre otras cosas, manifestaba su satisfacción ante el resultado: «La nouvelle de la double nomination de M. Meillet et de M. Duvau [...] était de celles [...] qui pouvaient le plus contenter le cœur d'un linguiste ami des deux candidats» (*apud* Décimo, 1994, p. 79). A esta declaración añadía una conjetura sobre las responsabilidades: «Je ne doute pas, Monsieur et cher Maître, que cette solution n'ait été également conforme à votre désir, *si vous ne l'avez même provoquée comme il est permis de le supposer*» (*ibid.*; las cursivas son nuestras). Leídas estas líneas, queda claro que Saussure había permanecido al margen del proceso y, por lo tanto, no había propugnado la partición. Más aún: se declaraba sorprendido por el resultado (*ibid.*).

En cuanto al joven Meillet, Vendryes afirma que aceptó el reparto «sans amertume» (1937, p. 206). Con todo, la pésima opinión de nuestro hombre acerca de Duvau puede movernos a desconfiar de ese relato. La sospecha es razonable, pero la correspondencia de Meillet parece confirmar el testimonio de Vendryes. A juzgar por unas líneas que le escribió a su prima el 13 de julio, todavía desde Ashtarak, el desenlace del conflicto se le antojaba satisfactorio:

J'ai eu bien de l'impatience. Mais enfin c'est fait; il ne manque plus que l'approbation ministérielle et elle n'est guère douteuse. Plus question de province et j'en suis fièrement content. C'était me séparer de tout et m'abrutir et, je puis le dire franchement, ma résolution de suicide était à

hallado en el *Décret du 25 septembre 1872* (*apud* Savoie, 2000, pp. 429-431), que fija los emolumentos del profesorado de los *lycées*. Pues bien, en los más modestos centros de provincias, los docentes titulares del rango inferior del escalafón percibían 3.000 francos anuales; en París, donde el coste de la vida era más alto, la retribución se duplicaba. Dos decenios después, cuando Duvau y Meillet relevaron a Bréal, un sueldo de 2.000 francos al año era excesivamente modesto.

peu près absolue, surtout si j'avais dû entrer dans l'enseignement secondaire. Maintenant c'est fini, bien fini (*apud* Gandon, 2014, p. 181).

Después de semanas de zozobra, Meillet se encontraba con un horizonte despejado. Mantenía su conexión con la École, que le aseguraba unos módicos emolumentos y le daba la oportunidad de seguir haciendo lingüística (su máxima aspiración, como sabemos). Con aquel soporte económico, por precario que fuese, nuestro hombre podía pensar en hacer avanzar su carrera científica, para lo cual —él era consciente— necesitaba alargar su lista de publicaciones. Era en el campo de la gramática comparada de las lenguas indoeuropeas donde más le convenía e interesaba trabajar, pero ello no obstaba para que hiciese incursiones en ámbitos ajenos a dicha especialidad. De una de ellas vamos a ocuparnos en el próximo apartado.

3.2.2 Las leyes del lenguaje

Hace un instante dijimos que la obtención de una plaza en la École des Hautes Études —de media plaza, en rigor— le dio a Meillet el sosiego que necesitaba para poder darle impulso a su carrera científica. De 1891 en adelante, publicó en abundancia y con regularidad perfecta: no habría año en que no diese a la imprenta uno o varios artículos (decenas, a veces); ni siquiera la vejez y la enfermedad lograrían alejarlo de sus estudios. Pero regresemos a la primera mitad del último decenio del Ochocientos. Al examinar la lista de publicaciones confeccionada por Benveniste, veremos que nuestro autor da a la luz, en las *Mémoires de la Société de Linguistique*, un puñado de breves contribuciones a la indoeuropeística, con especial atención a dos de sus especialidades: los estudios armenios y los eslavos. Al tiempo, asiste habitualmente a las sesiones de la *Société*, donde presenta un gran número de comunicaciones sobre diversos puntos de gramática comparada de distintas ramas del tronco indoeuropeo. No son estos, con todo, los trabajos que ahora nos conciernen,

sino dos artículos de carácter divulgativo y orientación generalista que publicó en la *Revue Internationale de Sociologie* (Meillet, 1893; Meillet, 1894b), cuando aún no había cumplido treinta años ni tenía el grado de doctor. Es en ellos donde tal vez encontraremos las raíces de la lingüística general meilletiana.

3.2.2.1 La *Revue Internationale de Sociologie*

Antes de adentrarnos en la lectura de los textos de Meillet, conviene que tracemos unas breves notas acerca de su cauce de publicación. Conocer la *Revue*, esto es, saber quién la fundó y a qué intereses servía, será de gran ayuda para comprender lo que nuestro autor pretendía cuando se sentó a escribir aquellas páginas.

La *Revue Internationale de Sociologie*, órgano del *Institut International de Sociologie*, había nacido, al igual que este, en 1893. Ambos eran fruto de la iniciativa y las dotes organizativas de René Worms, un hombre bien formado (filósofo, jurista, economista), ambicioso y, además, bien relacionado: su padre, Émile Worms, enseñaba economía política en la Facultad de Derecho de Rennes (Clark, 1973, p. 148; Mucchieli, 1998, pp. 144-145). Worms, que aspiraba a convertirse en el árbitro de la sociología francesa, quiso convertir la *Revue* en un punto de encuentro para los historiadores, los lingüistas, los etnógrafos y, en fin, para los cultivadores de todas aquellas disciplinas que pueden aspirar al título de *ciencias sociales*. Para comprender aquel su proyecto (y, por tanto, la contribución de Meillet), debemos detenernos a examinar la forma y el sentido de la etiqueta en cuestión, situándola en el contexto de la época. Hoy por hoy, el nombre de *ciencias sociales* ha llegado a ser trivial: en él no vemos ya un problema, un reto que pida respuesta, como no lo vemos

en *física, química o botánica*. A fines del s. XIX, la situación era muy otra, sin embargo.

Cuando se indaga sobre la expresión *ciencias sociales*, se advierte que, en el momento en el que Worms fundó su revista, retenía un leve halo de novedad. Cincuenta años antes, un John Stuart Mill les daba aún el viejo nombre de *ciencias morales* a «those which relate to man himself, the most complex and most difficult subject of study on which the human mind can be engaged» (1843, vol. II, p. 476)¹⁵⁹. El filósofo inglés da testimonio, además, de las discusiones sobre el estatus intelectual de dichas disciplinas. Había pareceres encontrados, en efecto. Algunos autores creían que, en la fórmula *ciencias morales*, el sustantivo y el adjetivo se repudiaban mutuamente: su coexistencia en el recinto de una frase se les antojaba un abuso de lenguaje¹⁶⁰. La astronomía —decían— es la más perfecta de las ciencias empíricas, dado que ha rebasado la mera acumulación de observaciones para elevarse hasta la enunciación de leyes; unas leyes cuyo conocimiento permite anticiparse a los acontecimientos, o sea, hacer predicciones exactas. Ahora bien, a diferencia del movimiento de los cuerpos celestes, el comportamiento humano no está su-

¹⁵⁹ Stuart Mill habla también de la *social science*, singular, pero no de las *social sciences*, plural. Visto su empleo de la expresión, parece obvio que su *social science* coincide, en líneas generales, con nuestra *ciencia política*: «It is [...] but of yesterday that the conception of a *political or social science* has existed anywhere but in the mind of here and there an insulated thinker, generally very ill prepared for its realization [...]. The condition, indeed, of *politics* as a branch of knowledge was, until very lately, [...] that which Bacon animadverted on, as the natural state of the sciences while their cultivation is abandoned to practitioners» (Stuart Mill, 1843, vol. II, p. 531; la cursiva es nuestra).

¹⁶⁰ No es fácil mencionar nombres ni títulos, y no porque dicha opinión no se hubiese difundido, sino, muy al contrario, porque formaba parte del repertorio de *creencias* fundamentales —en el sentido orteguiano de la palabra (Ortega y Gasset, 1940, pp. 381-405)— de la generalidad de los hombres de ciencia. No en vano, cuando hace referencia a esa doctrina, Stuart Mill habla de «*[t]he vulgar notion* [...] that all pretension to lay down general truths on politics and society is quackery; that no universality and no certainty are attainable in such matters» (1843, vol. II, p. 533; la cursiva es nuestra).

jeto a leyes. En su estudio no podemos superar lo que Auguste Comte llamaba, con indisimulado desdén, «vaine érudition» (1844, p. 16)¹⁶¹. Hasta aquí los argumentos de quienes creen fútiles todos los intentos de construir unas *ciencias* morales que no lo sean solo de nombre.

Concede el bando contrario que las ciencias morales no alcanzarán jamás la exactitud de la mecánica celeste. Las acciones humanas son resultado de las circunstancias (ya que se producen en vista de ellas) y del carácter (que predispone a reaccionar de una determinada manera). Las circunstancias —apuntan— son diversas, cambiantes, y el carácter es el producto de un sinnúmero de influjos y vivencias. Siendo sobremanera imperfecto nuestro conocimiento de aquellas y de este (Mill, 1843, vol. II, pp. 493-495), es imposible —admiten— predecir el comportamiento con tanta precisión como la trayectoria de los astros. Hay, eso sí, circunstancias, influjos y vivencias comunes a una enorme multitud de individuos, lo cual comporta, de un lado, la existencia de situaciones-tipo, y, de otro, la de rasgos caracteriales ampliamente difundidos. Por tanto, se pueden enunciar «general propositions which are *almost always* true», las cuales permiten hacer «predictions which will *almost always* be verified» (Mill, 1843, vol. II, p. 495; la cursiva es nuestra). Con respecto al comportamiento futuro de un individuo concreto, nada sabemos con certeza;

¹⁶¹ Al citar al filósofo francés, no hemos pretendido contarle entre quienes creían imposible construir una verdadera *ciencia* de la sociedad. De hecho, Comte pensó siempre que la empresa era factible y que su puesta en marcha no debía demorarse (cfr. *infra*). Lo hemos mencionado en tanto que representante de una epistemología que expulsaba del campo de la ciencia el mero conocimiento de lo particular: «C'est dans les lois des phénomènes que consiste réellement la science, à laquelle les faits proprement dits, quelque exacts et nombreux qu'ils puissent être, ne fournissent jamais que d'indispensables matériaux» (1844, p. 16). Lo que separa a Comte de la opinión que hemos expuesto en el cuerpo del texto no es la visión *nomocentrista* de la ciencia, sino el convencimiento de que los fenómenos naturales no son los únicos que están sujetos a leyes.

cuando se trata de inclinaciones colectivas, en cambio, podemos pronosticar con menos temor al error:

[A]n approximate generalization is, in social inquiries, for most practical purposes equivalent to an exact one; that which is only probable when asserted of individual human beings indiscriminately selected, being certain when affirmed of the character and collective conduct of masses (Stuart Mill, 1843, vol. II, p. 495)¹⁶².

Aunque pensada para aplicarla al estudio de la condición humana individual, esta reivindicación de las «approximate generalizations» es extensible al de las sociedades. En última instancia, estas no son más que agregados de individuos, de modo que, si hay rasgos compartidos por todos los hombres en tanto hombres, forzosamente habrá regularidades estructurales y operativas comunes a todas las sociedades. Se observa entre ellas diversidad, como entre los individuos, pero la variación tiene límites que, con ser dúctiles, se hacen notar. Los cambios de las estructuras sociales no se pueden predecir a la perfección, pero tampoco son caprichosos; dadas ciertas circunstancias, su puesta en actuación de ciertas fuerzas, el haz de trayectorias posibles experimenta una reducción drástica. Es posible, en suma, descubrir las condiciones generales de la evolución de la sociedad, aunque no prever los resultados:

We may be able to conclude, from the laws of human nature applied to the circumstances of a given state of society, that a particular cause will operate in a certain manner unless counteracted; but we can never be assured to what extent or amount it will so operate, or affirm with certainty

¹⁶² Para que todas esas generalizaciones empíricas alcancen el nivel de verdades científicas *pleno iure* —apunta Stuart Mill (1843, vol. II, pp. 512 y ss.)—, es indispensable vincularlas con los «principles of human nature» (aún por descubrir, en su mayoría), porque en estos reside su explicación.

that it will not be counteracted; because we can seldom know, even approximately, all the agencies which may co-exist with it (Stuart Mill, 1843, vol. II, pp. 565-566).

Worms compartía las aspiraciones y esperanzas de Stuart Mill, a quien por fuerza hubo de leer. Él también deseaba la constitución de una ciencia que descubriese «les *conditions* fundamentales de la vie sociale» (1893a, p. 173; la cursiva es nuestra), que se alzase por sobre las varias ciencias de lo social (historia, economía, jurisprudencia, etc.) y que, nutriéndose de sus resultados, enunciase verdades de orden superior:

En un mot donc, à l'opposé des diverses sciences sociales, qui sont particulières et par leur objet et par leur méthode, la sociologie est générale par son objet, mais générale aussi par sa méthode, en ce que, au lieu de descendre dans les détails, elle aspire à atteindre les sommets, en ce qu'elle n'étudie pas des faits isolés, mais les rapports des faits entre eux, en ce qu'au mobile et au contingent elle préfère l'immuable et le nécessaire (Worms, 1893a, p. 176).

A esta ciencia nueva, Worms quiere darle el nombre de *sociología*, todavía poco ajado por el uso¹⁶³, que será el pabellón bajo el que formen filas todos

¹⁶³ Erraríamos, con todo, si lo creyésemos enteramente nuevo. A principios de la centuria, a la sombra de Henri de Saint-Simon (por entonces su maestro y amigo), Comte había introducido el término *physique sociale*, con el cual se refería a la ciencia *positiva* ('basada en la observación') de las sociedades, una disciplina que aún era solo un proyecto. La labor primera de la *physique sociale* sería descubrir, a través del estudio del pasado, las leyes que habían presidido el desarrollo de la Humanidad. Luego, apoyándose en el conocimiento de esas regularidades históricas, trazaría las líneas maestras del nuevo «système social» que había de ponerle fin a la gran crisis revolucionaria de la civilización europea (Comte, 1822, p. 187). Diecisiete años después, en el tomo IV de su *Cours de philosophie positive*, Comte propondrá *sociologie* como alternativa al viejo nombre: «Je crois devoir hasarder [...] ce terme

los estudiosos del hombre como ser social. En opinión de Worms, ese encuadramiento es una necesidad inaplazable. Hasta la fecha, los estudiosos que han procurado conocer a la Humanidad en la historia se han mantenido alejados entre sí, con graves perjuicios para sus investigaciones. «Les sciences sociales [...] manquent d'une coordination véritable», dice con gran pesar (1893b, p. 5). Hora es de convencer a sus cultivadores de que la realidad que escrutan es una sola, por más que la contemplen desde atalayas distintas. Esta labor de coordinar a los especialistas es la misión propia de la sociología. Y llegará el día —todavía lejano (Worms, 1893b, pp. 13-14)— en el que los sociólogos, desde su privilegiada posición, hallarán las leyes fundamentales de las sociedades humanas, logro que hará posible una intervención deliberada con vistas a su mejoramiento:

Lorsqu'on aura [...] découvert par induction les lois les plus générales, on en pourra tirer par déduction des conséquences. Et ces déductions ne nous montreront pas seulement ce qui a été ou ce qui est, mais elles nous éclaireront aussi sur ce qui doit être: elles nous permettront de mettre nos connaissances au service de nos aspirations, de travailler à l'amélioration des sociétés en prévoyant quel effet doit résulter de l'intervention de telle force donnée, et en appliquant nos forces au point voulu et dans la mesure la meilleure (1893b, p. 15).

Ahora bien, si la enunciación de las supremas leyes estructurales y evolutivas de la civilización está lejos, más aún lo está el momento en que los soció-

nouveau, exactement équivalent à mon expression, déjà introduite, de *physique sociale*, afin de pouvoir désigner par un nom unique cette partie complémentaire de la philosophie naturelle qui se rapporte à l'étude positive de l'ensemble des lois fondamentales propres aux phénomènes sociaux» (Comte, 1839, p. 252 n. 1). Estas líneas son, probablemente, el acta de nacimiento de un término que comenzaría a hacer fortuna medio siglo después.

logos puedan aplicar *clínicamente* sus saberes *anatómicos y fisiológicos*¹⁶⁴. Volvamos al presente —al de Worms— y preguntémonos cómo concibe la organización de las ciencias sociales y qué lugar asigna, en particular, a la del lenguaje. Con este fin, leeremos un fragmento extenso, pero luminoso, de uno de sus trabajos:

[Les sciences sociales] devraient, suivant nous, être divisées en deux séries. La première pourrait s'intituler *sociologie descriptive*. Elle comprendrait l'étude monographique des principaux faits sociaux, présents ou passés, de tous genres: elle ferait l'histoire des individus, des familles, des villes, des nations, des races, dans leur vie matérielle et morale; elle énumérerait, dans la mesure du possible, leurs pensées, leurs croyances, leurs travaux, les actions qu'ils ont exercées et les réactions qu'ils ont subies; elle nous initierait ainsi au détail vivant et concret du monde social. La seconde série pourrait être appelée *sociologie comparée*. S'appuyant sur les données fournies par la sociologie descriptive, elle essaierait de rapprocher ces données, et d'en tirer des lois universelles. Elle chercherait à dégager les principes qui ont présidé à l'organisation et au fonctionnement des classes sociales, du gouvernement, de la justice, des divers pouvoirs publics, de l'industrie, des

¹⁶⁴ Muchas veces se ha llamado la atención sobre el gusto de Worms por los símiles y las metáforas organicistas (cfr., p. ej., Mucchieli, 1998, pp. 150-153). Siendo innegable tal predilección, no menos lo es que buena parte de la ciencia social del s. XIX participó del mismo sesgo. Ya Comte, al proponer la división de la *physique sociale* en *statique sociale* y *dynamique sociale*, se había complacido en afirmar que la primera de ellas era «[une] sorte d'anatomie sociale», y le había asignado, por tanto, la tarea de descubrir «[l]es lois [...] statiques de l'organisme social», es decir, las «actions et réactions mutuelles» que mantienen en equilibrio las diversas partes del sistema, que él parangonaba abiertamente con un «corps vivant» (1839, p. 339). Pocos años después, Stuart Mill señalaba que los estudiosos de la sociedad se habían comportado al modo de un médico que tratase de sanar un cuerpo cuyo funcionamiento ignorase: «[They] attempted to study the pathology and therapeutics of the social body before they had laid the necessary foundation in its physiology» (1843, vol. II, p. 533). No sería difícil alargar esta breve nómina de ejemplos.

corps enseignants et religieux, des relations internationales, dans les divers pays et aux diverses époques (Worms, 1893a, pp. 9-10).

Como vemos, la extensión del concepto de *sociología* ha aumentado de forma prodigiosa. En un principio era una nueva ciencia de la sociedad que se superponía a las ya constituidas; ahora, en cambio, las engloba, conque se ven reducidas a «subdivisions de la sociologie descriptive ou de la sociologie comparée» (1893a, p. 11). Forzoso es preguntarse qué lugar le asigna Worms a la lingüística dentro de esa macrociencia social que las incluye todas. Sensible al creciente prestigio de la disciplina, enterado —al menos someramente— de algunos de sus grandes triunfos, decide situarla en el territorio de la sociología comparada:

On peut dire toutefois, d'une manière générale, que l'histoire, au sens où elle est généralement prise à présent, c'est-à-dire l'histoire des nations et de leurs subdivisions, formerait, en s'appuyant sur l'ethnographie, le centre de la sociologie descriptive. Au contraire, l'histoire de la civilisation, la psychologie comparée, la linguistique, l'histoire des religions et les parties proprement scientifiques de la morale, du droit, de l'économie politique et de la politique, deviendraient le noyau de la sociologie comparée. – Qu'importent ici du reste les vocables? Ce qui est certain, c'est que le labeur de ces sciences, dussent leurs noms disparaître, ne serait point perdu (Worms, 1893a, p. 11).

La decisión de Worms quiere ser, sin duda, un homenaje. Para él, la sociología comparada tiene por misión el descubrimiento de «lois universelles» en la esfera de *lo social*; dicho de otro modo: está llamada a elevar hasta la cientificidad el conocimiento que la humanidad tiene de sí misma. Al situar la lingüística en ese campo —en vez de ubicarla en el de la sociología descriptiva—, Worms está elevando la disciplina. Con todo, la decisión es sorprendente,

porque los propios lingüistas dudaban que su ciencia se encontrase en posición tan ventajosa. Como ya sabemos (cfr. *supra*, § 2.2.3), en los últimos años del s. XIX y primeros del XX, eran muchos los que se dolían del particularismo imperante en la investigación lingüística, por mucho que esta fuese eminentemente comparativa. Cuando se pone al servicio de la clasificación genealógica y de la reconstrucción de protolenguas, la comparación es una herramienta al servicio de la historia, y decir *historia* es tanto como decir ‘conocimiento de lo particular’, de acontecimientos únicos, localizados en el espacio y en el tiempo.

No estaba Worms, por lo tanto, muy al corriente de los verdaderos logros del s. XIX en lo tocante al estudio del lenguaje. Sabía, eso sí, que habían quedado atrás los tiempos en los que el oficio de lingüista —o de gramático, mejor dicho— se tenía por un menester de eruditos¹⁶⁵. La ciencia del lenguaje se ha-

¹⁶⁵ Opinión esta que aún era común en las postrimerías del siglo anterior. Valgan como indicio las palabras que, allá por 1782, el Juan Pablo Forner lanzaba —sin nombrarlos— contra Tomás de Iriarte, su tío Juan y otros *humanistas*: «En realidad, [...] andarse todo un hombre fatigando perenemente en aberiguar [*sic*] si *Pacubio* [*sic*] se ha de escribir con *v* o con *b*, quando no importa maldita la cosa que el tal Pacubio haya o no vivido, claro es que esto es querer los hombres ser niños toda su vida y hacer poquísimo caso del entendimiento que Dios nos dio, despreciándole en vagatelas ridículas bien poco dignas de que inspiren vanidad como no sea a un mocoso mayorista [‘alumno de la clase superior de un Estudio de Gramática’]. Mas no todos lo entienden de este modo. Siendo así que las lenguas [...] son útiles en quanto nos prestan la inteligencia de las cosas, a las quales sirven como de cortezas o cáscaras, hay en el mundo un número innumerable de Orbilios [Lucio Orbilio Pupilo, gramático latino del s. I a. C., gran amigo de los libros... y de la vara (cfr. Suetonio, 1985, § IX)] que se consumen infatigablemente en saber que tal voz significa tal cosa, sin parar a enterarse de la esencia o uso de ella; como si dixéramos, que gustan de alimentarse de cáscaras [...], no haciendo caso del meollo» (Forner, 2000, cap. IV). Se objetará que las palabras de Forner tenían su origen en una profunda antipatía contra el ideario iluminista de Iriarte, y que, con tal de dar rienda suelta a sus críticas, el autor extremeño se hubiese servido de cualquier pretexto. Probablemente sea cierto, pero diatribas como la que acabamos de presenciar, daban testimonio de un estado de opinión. Si la visión de los estudios

bía ganado el derecho a ostentar el título de *ciencia*, con todo el prestigio de que estaba revestido. Ignorarlo no era de buen tono, al menos en ambientes como los que podía frecuentar Worms. Las gentes instruidas debían saber algo, por poco que fuese, acerca de las más recientes conquistas de la lingüística.

Por fortuna, no era difícil aparentar un conocimiento que no se tenía; bastaba con retener un puñado de nombres en la memoria: nombres de autores (Bopp, Pott, Grimm), de lenguas exóticas (sánscrito, avéstico, gótico) y de textos de singular importancia como documentos lingüísticos y culturales (los Vedas, el Avesta, la traducción bíblica de Ulfilas...). Una simple reverencia, al modo de Worms, ya bastaba para cubrir el expediente. Mas, aunque fuese impostada, la reverencia tenía valor de síntoma. Revelaba el acatamiento —más o menos franco— de una jerarquía de valores intelectuales, gesto que no se puede desechar como una simple anécdota. Para Meillet la tenía, como la hubiera tenido para cualquier otro lingüista invitado a colaborar en la *Revue*. En aquel entonces, como ahora, la consideración que el director de una publicación mostraba para con una disciplina no era indiferente a sus cultivadores. Era señal de facilidades para la difusión de trabajos, para conseguir contactos, para hacerse un nombre, en fin. En los elogios que de la lingüística hacía Worms, por mal orientados que estuviesen, Meillet veía una oportunidad para darse a conocer. Veamos qué hizo para aprovecharla y en qué medida satisfizo, con su trabajo, las aspiraciones de Worms.

3.2.2.2 Propósito divulgativo

Nuestro autor da comienzo a su primer artículo con una afirmación que, a pesar del tiempo transcurrido, suena actual todavía. Los lectores cultos no

gramaticales como una futilidad no tuviese el estatus de *idée reçue*, Forner no hubiese lanzado su ataque contra ese flanco.

especialistas —dice Meillet (1893, p. 311)— desconocen los métodos y logros de la lingüística moderna: «La science du langage a [...] obtenu des résultats [*sic*] très précis, mais qui restent ignorés de ceux qui ne sont pas proprement linguistes»¹⁶⁶. El propósito de nuestro autor es combatir esa ignorancia tan extendida. Intentará poner al alcance del *gran público* —que, en realidad, es bastante pequeño— aquellos resultados de la lingüística que revistan «un intérêt général» (1893, p. 312). Basta la frase «intérêt général» para despertar en nosotros la esperanza de encontrar sillares con los que edificar este estudio. Ahora bien, antes de disponerlos en hiladas, hemos de dedicar algunas líneas a determinar en qué medida es preciso el juicio de Meillet sobre las carencias formativas de los lectores. La empresa no es fácil. Se trata de reconstruir todo un clima de opinión a partir de fuentes anecdóticas y, sobre todo, indirectas. En efecto, más que oír la voz del gran público, escuchamos lo que sobre él

¹⁶⁶ Son palabras que podría haber escrito un lingüista de nuestra época; más de uno las ha escrito, de hecho. Valgan como ejemplo las que Laurie Bauer y Peter Trudgill, hace veinte años, ponían en el prólogo de una colección de ensayos sobre los prejuicios lingüísticos más difundidos en el ámbito cultural anglosajón: «The main reason for presenting this book is that we believe that, on the whole, linguists have not been good about informing the general public about language» (1998, p. XV). Los lingüistas —prosигuen (1998, pp. XV-XVI)— se han dedicado casi exclusivamente a la investigación, de suerte que la divulgación (y, por lo tanto, la educación lingüística de la sociedad) ha quedado en manos de literatos, periodistas y psicólogos. Por supuesto, Bauer y Trudgill deploran tal estado de cosas y quisieran verlo cambiar: «[I]f you want to know about human respiratory physiology you should ask a medic or a physiologist, not an athlete who has been breathing successfully for a number of years. [...] [I]f you want to know how language works you should ask a linguist and not someone who has used language successfully in the past» (1998, p. XVI).

dicen los especialistas, en las pocas ocasiones en que han sentido curiosidad por esta modalidad singularísima de *folk linguistics*¹⁶⁷.

Cabe preguntarse, pues, cómo de extensos y profundos fueron, durante el s. XIX, los conocimientos de los profanos acerca de las grandes conquistas de la ciencia del lenguaje. Dar respuesta cumplida a este interrogante excede con mucho lo conveniente en este lugar. Podemos, eso sí, introducir algunas puntualizaciones y deshacer algún malentendido. Lo primero, y tal vez lo más importante, es alertar contra la confusión entre el tener formación en lingüística y el exhibir un barniz, más o menos brillante, de orientalismo *blando*. Es de sobra conocido el papel que en la génesis de la gramática comparada desempeñó la atracción por los mitos y leyendas, por los dioses y héroes, por los sabios y poetas, por las costumbres, etc., de la antigua Persia y del Indostán. Esa atracción fue, en efecto, el sustrato en el que prendió la planta del comparatismo, cuyo esqueje más lozano sería la lingüística indoeuropea. Fue una fascinación de raíz extralingüística —etnológica, filológica— la que promovió el desarrollo de la indoeuropeística.

Con todo, sería un error suponer que la mera difusión de motivos orientales en la literatura comportaba una auténtica familiaridad con los problemas y métodos de la nueva lingüística. Entre las clases cultas, lo habitual fue conformarse con vagas nociones que se podían asimilar sin necesidad de un estudio serio y prolongado; o bien, en el mejor de los casos, profundizar solo en el contenido *ideológico* de aquellas civilizaciones antiguas (religión, costumbres,

¹⁶⁷ La denominación *folk linguistics* ('lingüística popular') la acuñó Henry M. Hoenigswald en el título de un trabajo en el que proponía líneas de investigación para los lingüistas y antropólogos con interés por las creencias de los profanos sobre el lenguaje y las lenguas (Hoenigswald, 1966, pp. 17-20). Más cerca de nosotros, Dennis Preston, uno de los grandes cultivadores de la especialidad, describe en estos términos su materia de estudio: «beliefs about, reactions to, and comments on language by what we call *real people* (i.e., nonlinguists)» (2002, p. 13). Aunque el ejemplo del pionero y de su continuador no nos autoricen, parece razonable ensanchar el concepto de *folk linguistics* para que acoja los saberes de los hablantes acerca de la ciencia del lenguaje.

leyes...), sin cuidarse del instrumento *idiomático* que le había servido de soporte. Cada vez más abundantes, las traducciones brindaban la posibilidad de familiarizarse con aquellas nuevas culturas —nuevas para Occidente— a muchas personas que no tenían paciencia ni recursos para aprender sus lenguas.

Este orientalismo más o menos *blando*, desprovisto de toda faceta propiamente lingüística, era el de los escritores y las gentes de mundo. Era, p. ej., el de Victor Hugo, que discutía con Albert Lacroix, su editor, acerca del puesto que se debía conceder a los autores del *Mahābhārata* y el *Rāmāyana* en una historia de los grandes genios de la literatura universal (Schwab, 1950, pp. 387-389). Era el de Alfred de Vigny, fascinado por el budismo, que había conocido a través de las páginas de Jules Barthélemy-Saint-Hilaire (p. 404). Era el de Arthur Schopenhauer, que creía descubrir orígenes indostánicos a todas las doctrinas que le complacían (desde las del maestro Eckart hasta las de Spinoza), y despreciaba el monoteísmo hebraico (con sus hijuelas cristiana y musulmana) para exaltar el panteísmo brahmánico (pp. 447-451). Era, en fin, el de los intelectuales extraacadémicos que, en la Alemania de finales del s. XIX, devoraban traducciones *populares* de los textos del canon budista y llegaban, a veces, a renegar de la fe cristiana de sus padres (McGetchin, 2009, 120 y ss.).

Obviamente, no pretendemos repudiar ese orientalismo que hemos calificado de *blando* ni negarle repercusiones en el plano de la ciencia. Antes bien, creemos que fue un combustible y, al mismo tiempo, uno de los productos de combustión del orientalismo *duro*, esto es, de la actividad docente e investigadora de los arabistas, hebraístas, turcólogos, iranistas, indianistas, etc. Ahora bien, la combustión propiamente dicha —continuamos con el símil— fue siempre oficio de minorías. Y entre los productos resultantes, la fracción más pesada comprendía algunos materiales de asimilación imposible para los profanos. Una cosa es, p. ej., preguntarse si la leyenda latina de Hércules y Caco y la griega de Heracles y Gerión son variantes particulares de un mismo mito fundamental: el combate entre el dios del rayo y el demonio que intenta

robarle sus vacas (las nubes) e impedir que su leche (la lluvia) alimente la tierra (Bréal, 1863, pp. 71 y ss.). Otra es preguntarse, dada una correspondencia como gr. φέρω = lat. *fero* = scr. *bhárāmi*, si el indoeuropeo común poseía solo una vocal abierta *a* y el griego y el latín la escindieron, o si distinguía *a* y *e* y el sánscrito las ha fundido en *a* (cfr., p. ej., Delbrück, 1880, pp. 58-59). Una cosa es preguntarse si Zaratustra había sido un reformador religioso que se había propuesto reemplazar el culto de una pléyade de entidades divinas, los *ahuras*, por el de un único dios omnipotente y omnisciente y eterno, *Abura Mazda* (Haug, 1862, pp. 256 y ss.), o si, por el contrario, era una figura mítica, una de muchas manifestaciones del dios de la luz celeste en su lucha contra el demonio de la oscuridad (Darmesteter, 1877, pp. 194 y ss.). Y otra cosa es preguntarse, ante correspondencias, como gr. φέρω = scr. *bhárāmi* y gr. εἰμί = scr. *ásmi*, si la existencia de dos desinencias de 1.^a pers. sing. es una innovación del griego o si fue el sánscrito el que innovó reduciéndolas a una (Pedersen, 1924, pp. 290-292).

No andaba descaminado Meillet, en suma, cuando llamaba la atención sobre la ignorancia del gran público. Con «Les lois du langage», Meillet trató de contribuir a remediarla. En sus páginas, ofrece una presentación clara y relativamente breve de la forma en que operan los dos mecanismos principales de la evolución lingüística: en primer lugar, el cambio fonético regular («les lois phonétiques», dice el subtítulo del primer artículo); a continuación, la asociación de las formas en virtud de sus similitudes materiales y de contenido («l'analogie», como dice el subtítulo del segundo). Al seleccionar estos dos puntos focales, nuestro autor se revelaba inserto en la gran tradición científica a la que los *Junggrammatiker* habían dado su más acabada formulación. De hecho, no dudaba en invocar la autoridad de Hermann Paul, que pasa por ser el gran teórico de la escuela. Omite, en cambio, el de su maestro Michel Bréal, frente a cuyas doctrinas, sin mencionarlas, se muestra reticente.

Treinta años después, con una guerra de por medio, Meillet descubriría que Alemania ya no ostentaba, en términos cualitativos, el cetro de las ciencias

del lenguaje: «Beaucoup des initiatives qui ont ouvert des voies nouvelles depuis 1870 environ sont venues de savants non allemands» (1923, pp. 157-158)¹⁶⁸. Ahora, en 1893, está dispuesto a reconocer la preeminencia de Alemania en todos los órdenes, si no con declaraciones explícitas, sí por la vía de los hechos, dado que salpica el texto de referencias al más brillante teórico del país vecino. Por lo demás, aunque Meillet no haga referencia alguna a Karl Brugmann ni a Hermann Osthoff, en sus páginas se ven las huellas del célebre prólogo al primer número (1878) de la revista *Morphologische Untersuchungen auf dem Gebiete der indogermanischen Sprachen* ('Investigaciones morfológicas en el campo de las lenguas indoeuropeas')¹⁶⁹. Allí, inspirándose en parte en una tesis avanzada por August Leskien¹⁷⁰, Brugmann y Osthoff habían puesto el foco sobre los dos mecanismos que ahora estudiaba Meillet:

The two most important principles of the “neogrammarian” movement are the following:

First, every sound change, inasmuch as it occurs mechanically, takes place according to laws that admit no exception. That is, the direction of

¹⁶⁸ En términos cuantitativos, en cambio, la posición de Alemania seguía siendo de privilegio, y Meillet no podía dejar de reconocerlo: «[M]algré le nombre imposant des travailleurs bien formés et ingénieux qui produisent, la grammaire comparée donne en Allemagne des signes de déclin» (1923, p. 157).

¹⁶⁹ Con Karl Brugmann ya hemos tenido ocasión de encontrarnos (cfr. *supra*, § 2.1.4). En cuanto a Hermann Osthoff, profesor de sánscrito y de gramática comparada en la Universidad de Heidelberg, nos consta que se le ha descrito a veces como «one of the leading figures of the Neogrammarian school of historical linguistics» (Meyer, 2009, p. 1103). Solo los especialistas en lingüística indoeuropea tienen la formación necesaria para aquilatar sus contribuciones a la especialidad. Entre el resto de los lingüistas, el apellido Osthoff evoca únicamente el famoso manifiesto de 1878, del cual es *el otro firmante*.

¹⁷⁰ Especialista en lingüística báltica y eslava, profesor en la Universidad de Leipzig durante casi cincuenta años (1870-1915), August Leskien ha quedado un tanto eclipsado por el brillo de sus discípulos, entre los cuales se encuentran hombres tan eminentes como

the sound shift is always the same for all the members of a linguistic community except where a split into dialects occurs; and all words in which the sound subjected to the change appears in the same relationship are affected by the change without exception.

Second, since it is clear that form association, that is, the creation of new linguistic forms by analogy, plays a very important role in the life of the more recent languages, this type of linguistic innovation is to be recognized without hesitation for older periods too, and even for the oldest. This principle is not only to be recognized, but is also to be utilized in the same way as it is employed for the explanation of linguistic phenomena of later periods. And it ought not strike us as the least bit peculiar if analogical formations confront us in the older and in the oldest periods of a language in the same measure or even in still greater measure than in the more or most recent periods (Osthoff y Brugmann, 1878, p. 204).

De hecho, la pareja de artículos que Meillet publica en el bienio 1893-1894 viene a ser —sin un reconocimiento explícito— una glosa de los dos párrafos que acabamos de citar. Si Brugmann y Osthoff se habían dirigido a un público de especialistas, nuestro autor hablaba para legos, lo cual lo obligaba a ser más cauto y más prolijo. El afán «didáctico» se hace patente en todas sus páginas, y Meillet pone singular empeño en prevenir las equivocaciones que

Hermann Paul, Karl Brugmann y Eduard Sievers (Hammel, 2009, p. 895). Goza, no obstante, de una distinción que nadie puede disputarle: fue el primero en enunciar con claridad el principio de la regularidad del cambio fonético. En efecto, lo hizo en una monografía sobre *Die Deklination im Slavisch-Litauischen und Germanischen* ('La declinación en eslavolituano y germánico'), que se publicó dos años antes de que apareciera el *manifiesto* de Brugmann y Osthoff. Leskien prevenía a sus colegas contra una tentación que sabía peligrosa: la de aceptar que el curso regular de la evolución de los sonidos puede sufrir alteraciones que no estén, ellas también, sujetas a reglas. Obrar de esa manera sería, para él, aceptar que el lenguaje es el reino del azar y, por tanto, que no es susceptible de estudio científico (1876, p. XXVIII).

una formulación demasiado tajante (o demasiado esquemática) puede inducir en el lector profano.

3.2.2.3 Las leyes fonéticas

El deseo de claridad se manifiesta, sobre todo, en los pasajes dedicados al cambio fonético regular. Es comprensible. En el léxico especializado de nuestra disciplina, pocas expresiones hay que superen a *leyes fonéticas* en capacidad de sembrar la confusión. Como no puede eludir la fórmula, ya consagrada por el uso, Meillet tiene que afanarse en desactivarla, en despojarla de su peligrosidad. No es de extrañar, pues, que su exposición comience recordando que enunciar una ley fonética es levantar acta de *un* acontecimiento, de *una* de las numerosas peripecias que *una* lengua ha sufrido en *un* momento de su pasado:

[L]es lois phonétiques sont l'énoncé de phénomènes historiques: elles ne valent que pour un lieu et une époque déterminés. En grec, le groupe -ενσε- devient -εινε- dans tous les dialectes; le même groupe[,] réintroduit plus tard, subsiste tel quel en Crète, mais devient -εισε- en attique: non seulement la première loi n'agissait plus, mais dans toute une partie de son premier domaine, elle était remplacée pour une autre. La loi phonétique, dépendant de conditions multiples qui n'ont pas chance de se reproduire jamais identiques à elles-mêmes, limitée para suite dans l'espace et dans le temps, n'a de commun avec les lois physiques que le nom même

de lois (V. Paul, *Prinzipien der Sprachgeschichte*, 2e édition, p. 60 et suiv[antes]) (Meillet, 1893, p. 312)¹⁷¹.

La referencia final a Paul sugiere que Meillet no se siente lo bastante fuerte para impugnar por sí solo, sin ayuda, un error común entre los profanos; busca el respaldo de una autoridad externa, y no hay mayor autoridad que la de Hermann Paul, uno de los pocos lingüistas teóricos cuya fama rebasaba los círculos de especialistas¹⁷². En lo tocante al estatus epistemológico de las leyes fonéticas, Hermann Paul no decía, en efecto, nada que nuestro autor no suscribiese. Después de advertir que la palabra *ley* era una constante invitación al malentendido, Paul había advertido que las leyes fonéticas no describían «what must always under certain general conditions regularly recur»,

¹⁷¹ Para no adular el documento, hemos copiado el texto tal como se publicó en las páginas de la *Revue Internationale de Sociologie*, sin introducir modificaciones. No obstante, sospechamos que los impresores cometieron errores al reproducir las secuencias escritas en caracteres griegos, pues resulta extraño que se hable de «le groupe -ενσε-». En -ενσε- tenemos una secuencia de dos sílabas, pero en fonética histórica, como es sabido, la denominación *grupo* se aplica a una combinación de consonantes: hablamos, p. ej., de los resultados *del grupo latino* /-kt-/ en los romances hispánicos o de la reducción *del grupo* /kn-/ a /n-/ en el tránsito del inglés medio al moderno. Lo más probable es que Meillet hubiese escrito: «En grec, le groupe -*ns- devient -v- dans tous les dialectes; le même groupe réintroduit plus tard, subsiste tel quel en Crète, mais devient -ισ- en attique». Por lo demás, la situación era, al parecer, un poco más complicada (Lejeune, 1972, pp. 129-130): por un lado, la nasal implosiva no se conservó solo en Creta, sino también en Tesalia, Arcadia y la Argólida; por otro lado, su vocalización no se produjo solo en el Ática, y a veces no consistió en el paso de /-n^{cons}/ a /i^{cons}/, sino en un alargamiento compensatorio de la vocal precedente.

¹⁷² En los últimos decenios del s. XIX y los primeros del XX, Paul fue el único lingüista que tuvo la satisfacción de verse citado por los filósofos, sociólogos e historiadores con interés por la epistemología de las ciencias humanas y sociales. Valga como ejemplo el buen trato que le dispensan Heinrich Rickert (1922, pp. 11-12, 26-28, 113-114) y Ernst Cassirer (1951, pp. 61-62), así como las referencias críticas, pero respetuosas, que a él hace Alexandru D. Xenopol en su *Théorie de l'histoire* (1908, pp. 7-8, 23-24).

sino «the reign of uniformity within a group of definite historical phenomena» (1886, p. 57).

Meillet decide citar a Paul porque, como ya hemos dicho, su prestigio lo convertía en el mejor de los avales. Bueno es saber, con todo, que la idea era patrimonio común del grupo de los lingüistas *ortodoxos*. Idéntica en sustancia a la de Paul, aunque con diferencias formales, es la formulación que encontramos en otros miembros de su generación, como Berthold Delbrück y Eduard Sievers¹⁷³. El primero, que acepta resignadamente la expresión *leyes fonéticas*, consagrada por el uso, deja claro que tras ella no se esconden constantes universales, sino «uniformities which appear in a certain language and period, for which alone they are valid» (1880, p.130). La misma posición adopta Sievers en sus *Grundzüge der Phonetik*, ('Principios de fonética'), uno de los grandes tratados de fonética del último tercio del s. XIX:

The word [*sic*] sound law, as one sees, is not to be conceived in the sense in which one speaks of natural laws. It is not meant to imply that under certain given conditions a certain result must necessarily follow everywhere; but it should merely indicate that, if somewhere under certain conditions a shift in the manner of articulation has occurred, the new

¹⁷³ La figura de Eduard Sievers, especialista en fonética histórica, ha quedado empañada por la cercanía de colosos como Paul y la pareja Brugmann-Delbrück. Jacques François, p. ej., guarda silencio sobre él. No así Kurt R. Jankowski: «Eduard Sievers — escribe (1972, p. 162)— established the international reputation of German linguistics more than anyone». Solo los germanistas que conozcan bien la historia de su especialidad pueden determinar la dosis de exageración que contiene este aserto. Más matizada parece la valoración de Horst Ehrhardt: «Sievers made an important contribution to the international reputation of the Leipzig Neogrammarian school, though he himself was not one of its protagonists» (2009, p. 1396).

manner of articulation must be applied without exception in all instances which are subject to exactly the same conditions (1901, p. 266)¹⁷⁴.

Salta a la vista, en suma, que Meillet no se ha desviado de la opinión común acerca del alcance de las leyes fonéticas, bien entendido que, en este contexto, *leyes fonéticas* se refiere los enunciados con los que el lingüista constata y describe correspondencias regulares entre segmentos fónicos pertenecientes a estados de lengua sucesivos. Otro sería nuestro dictamen si *leyes fonéticas* aludiese a los procesos evolutivos que dan lugar a las regularidades comprobadas por el lingüista; con otras palabras: si *leyes fonéticas* dejase de ser el nombre de cierta especie de proposiciones *metalingüísticas* para convertirse en el de cierta especie de hechos *lingüísticos*¹⁷⁵. En tal caso, habría que decir que nues-

¹⁷⁴ Llama la atención que la expresión *sound law* se describa como una palabra («the word *sound law*...»). Ocurre que el traductor tiene a la vista el original alemán: «das Wort Lautgesetz» (Sievers, 1901, p. 272). *Lautgesetz* es una sola palabra, en efecto,

¹⁷⁵ La expresión *ley fonética* adolece de una equivocidad peligrosa: en algunos textos se emplea para designar un aserto *del estudioso*; en otros, para designar un fenómeno ínsito *en el objeto de estudio*; y no son pocos, en fin, los textos en que las dos acepciones conviven promiscuamente. En el marco de una discusión sobre los límites de la lingüística histórica tradicional (1974, p. 21), André Martinet acuñó la expresión *ecuación metacrónica*, que permitía liberar a *ley fonética* de su primera acepción. Desde la época de los neogramáticos —decía Martinet—, los cultivadores de la gramática histórica han solido contentarse con descubrir y describir correspondencias fonéticas entre estados lingüísticos sucesivos, y solo algunos hombres audaces han intentado ir más allá, con resultados no siempre satisfactorios: «[S]iempre ha habido espíritus curiosos que no han podido sentirse satisfechos con la llamada lingüística histórica practicada a base de ecuaciones metacrónicas: *ū* latina = *ü* francesa, no hay duda, pero ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿por qué? De aquí es de donde partió la teoría del sustrato» (*ibid.*). Apoyándonos en las distinciones establecidas por Mario Bunge (cfr., p. ej., 2014), podríamos afirmar que, con su brillante innovación terminológica, Martinet nos ayuda a distinguir claramente entre los *enunciados nomológicos* del lingüista (las *ecuaciones metacrónicas*) y las *pautas* que operan en el devenir de la lengua (las *leyes fonéticas*). Por desgracia, la acuñación martinetiana ha tenido una circulación muy limitada, lo cual mengua gravemente su usabilidad (bien que no su utilidad). Aparte de Göran Hammars-tröm (1974, pp. 132-133), pocos lingüistas se han hecho eco de ella.

tro autor sí se distancia de sus colegas de allende Rin —y no poco— en cuanto a la concepción de las *leyes fonéticas*.

Autores como Delbrück, Sievers y Paul sostienen que los cambios fonéticos en el uso lingüístico comunitario resultan de la extensión gradual de innovaciones que han tenido su origen en uno o varios individuos (primero, en sus *actos* verbales; después, en sus *hábitos* idiomáticos). Entre el nacimiento de la innovación (nivel individual) y la compleción del cambio (nivel comunitario), transcurre un lapso de tiempo que puede ser más o menos prolongado.

Obviamente, la mayoría de las innovaciones individuales no se propagan; de hecho, a menudo se extinguen incluso en el individuo en el que nacieron. La exposición al hablar ajeno realimenta y vivifica las imágenes acústicas (*Lautbilder*) que durante años se han ido conformando en la memoria del hablante, y estas actúan como patrones de referencia y diques de contención: ponen límite a las desviaciones que se producen en cada nueva ejecución de los movimientos (*Bewegungen*) requeridos para pronunciar tal o cual segmento fónico. Ni siquiera el arquero más preciso puede clavar la flecha una y otra vez en el mismo punto de la diana; ni siquiera el calígrafo más habilidoso puede escribir una y otra vez la misma letra sin que aparezcan pequeñas diferencias en el trazo; pues bien, «[i]t must be the same —señala Paul (1886, pp. 43-44)— with the movements whereby sounds are produced». La variación no es, por tanto, un enojoso percance, un hecho excepcional, sino un fenómeno omnipresente, connatural al hablar¹⁷⁶. Ahora bien, la mayor parte de las desviaciones, al ser refrenadas por el influjo de las imágenes acústicas, escapan a la autopercepción motriz del sujeto (al. *Bewegungsgefühl*) y, por tanto, no dejan rastro en los programas motores —en Paul, imágenes memoriales (al. *Erinnerungsbilder*)— que presiden la articulación. (Paul, 1886, pp. 49-50).

¹⁷⁶ A los lingüistas de hoy tiene que resultarles familiar la idea de que la variación articulatoria es la raíz primera de los cambios fonéticos, aun cuando no toda variación articulatoria engendre cambios (Ohala, 2003, pp. 671 y ss.; Luraghi, 2010, pp. 360-361).

Solo en ocasiones sucede que una desviación individual no ve ahogada por el contacto con el habla de otros sujetos, sino que resulta reforzada: de accidente ocasional pasa a hábito individual; de hábito de unos cuantos individuos, a uso corriente de la comunidad. Restaría explicar por qué el *uso lingüístico general*, que suele ser un freno para la innovación, deja a veces de comportarse como tal. Sievers (1901, p. 265) y Delbrück (1880, p. 120) se limitan a afirmar que las innovaciones se difunden por imitación, esto es, que no surgen simultánea y espontáneamente en todos los miembros de una comunidad. El problema de las causas —¿por qué algunas innovaciones se repudian y se agostan?, ¿por qué otras se imitan y propagan?— no pueden resolverlo, razón por la cual prefieren no plantearlo. En cuanto a Paul, sugiere que hay ciertos factores que operan sobre todos y cada uno de los hablantes, lo cual propicia que las desviaciones individuales, si se producen, discurran por el mismo camino: la similitud de las condiciones de partida tiende a producir similitud de resultados (Paul, 1886, p. 50)¹⁷⁷. A la postre, con todo, su posición es similar a la de sus dos compatriotas:

It will [...] be labour in vain to endeavour to explain the fact of the agreement of all the individuals in a single group as a spontaneous result,

¹⁷⁷ Después de recordar, una vez más, que la interacción con *los otros* actúa a menudo como freno para las desviaciones individuales, Paul escribe: «A displacement of greater extent can only appear if it prevails throughout the entirety of the individuals in a group which is to some extent secluded from all external influences. [...] The possibility of such a process needs no demonstration in cases where the deviation suits the convenience of all, or almost all, the organs of speech better than the strict conservancy of the direction of the motory sensation» (Paul, 1886, p. 51). El razonamiento no es fácil de seguir, acaso porque la expresión resulta un tanto *elíptica*. En lo que sigue, apoyándonos en un ejemplo, intentaremos ofrecer una interpretación que sea coherente y esté en consonancia con las palabras de Paul. Comenzaremos con dos constataciones: a) salvo en los casos de malformaciones congénitas o de lesiones sobrevenidas, la configuración del tracto vocal es esencialmente idéntica en todos los miembros de nuestra especie; b) al hablar, todos los hablantes de una

and therein to overlook the other factor, which is operative side by side with this spontaneity, viz., the force of community of intercourse (Paul, 1886, p. 51).

Meillet, en cambio, da a entender que la innovación y el cambio son un único momento, de modo que explicar la primera es explicar el segundo. Nuestro autor admite —no podía ser de otra manera— que las innovaciones se manifiestan en el hablar de los individuos, pero niega que sean fenómenos individuales *stricto sensu*¹⁷⁸. Su razonamiento es, poco más o menos, el siguiente. Dado que su actividad elocutiva está sometida a patrones idénticos (porque hablan la misma lengua), una suerte de armonía preestablecida reina entre los individuos forman parte de la misma comunidad lingüística (una

comunidad tienen que pronunciar las mismas secuencias de sonidos, lo cual implica que sus órganos articulatorios activos han de ejecutar unas mismas secuencias de movimientos. Siendo esto así, no es de extrañar que una misma alteración se pueda presentar independientemente en numerosos individuos, del mismo modo que no lo es el hecho de que muchos viandantes tropiecen y caigan en un trecho de acera donde hay un socavón. Un fenómeno como el cambio de /-kt-/ en /-tt-/ (lat. *factu* > it. *fatto*; lat. *tractu* > it. *tratto*; lat. *lacte* > it. *latte*, etc.), que se encuentra no ya en el italiano estándar, sino en todos los dialectos de Italia al Sur de los Apeninos (Meyer-Lübke, 1890, p. 414), se puede explicar sin suponer una propagación gradual a partir de un reducido número de focos: la asimilación de la /-k/ a la /-t-/ contigua es tan *natural* como los tropiezos y caídas de los viandantes, conque se comprende que suceda muchas veces.

¹⁷⁸ En algunos de los trabajos que va a publicar a principios del s. XX, Meillet agudiza su *colectivismo* hasta extremos sorprendentes. Valgan como muestra las afirmaciones que desliza en una recensión del primer tomo (*Die Sprache*) de la *Völkerpsychologie* (1900) de Wilhelm Wundt: «La fidélité avec laquelle des nuances infiniment délicates de prononciation, des subtilités grammaticales qui échappent presque à la définition se conservent pendant de longues suites de générations et en même temps la rigueur et la constance avec lesquelles s'opèrent les innovations essentielles ne peuvent s'expliquer par une influence directe des sujets parlants les uns sur les autres, mais seulement par le fait que les mêmes causes[,] agissant simultanément chez tous, produisent chez tous les mêmes effets. Dès son commencement même, le changement phonétique et morphologique porte sur un groupe social, non sur un individu» (Meillet, 1900-1901, p. 599; las cursivas son del autor).

pequeña aldea, p. ej.), sobre todo si pertenecen al mismo grupo etario. La infancia de cada generación es un campo de batalla donde se resuelve el conflicto entre tradición y novedad. «[U]ne fois qu'il a achevé d'apprendre sa langue —escribe Meillet (1893, p. 317)—, [l'enfant] a sa phonétique fixée une fois pour toutes: il articulera toute sa vie comme il articulait à 6 ou 8 ans». Los niños que han nacido en torno a la misma fecha conservan exactamente las mismas articulaciones heredadas y, en caso de que introduzcan modificaciones, introducirán exactamente las mismas.

Esta doctrina, como el propio Meillet nos advierte (1893, p. 317), tiene su origen en una atenta lectura de la tesis doctoral del P. Jean-Pierre Roussetot: *Les modifications phonétiques du langage étudiées dans le patois d'une famille de Cellefrouin (Charente)* (1891)¹⁷⁹. Aquel trabajo, entonces radicalmente novedoso, era la consecuencia y la expresión de la protesta de Roussetot contra «les mauvais livres de philologie romane» (1891, p. 2) que había tenido que leer en sus años de formación; libros en donde los cambios fonéticos se estudiaban solo a través de su equívoco reflejo en tumbos, fueros y cartas-pueblas, sin ninguna preocupación por la realidad del hablar, por el proceso de producción de los sonidos. Roussetot se convenció de que solo la observación del presente, del habla viva, podía dar las claves para comprender el pasado, del que no queda más registro que la letra muerta. Puso entonces por obra un proyecto ambiciosísimo. En primer lugar, describir —con la ayuda del instrumental más avanzado— el repertorio de sonidos del *patois* de la lo-

¹⁷⁹ El P. Roussetot sintió pronto la llamada del sacerdocio (se ordenó a los veinticuatro años); la de la ciencia, en cambio, un poco tarde (no se doctoró hasta los cuarenta y cinco). Con todo, sus méritos como investigador compensaron con creces la demora, de modo que no tardó en verse situado en una posición ventajosísima: en 1897, por iniciativa de Michel Bréal, se le confió la dirección del recién creado Laboratorio de Fonética Experimental del Collège de France (Roussetot, 1897). Veinticinco años después, solo dos antes de su fallecimiento, el Collège crearía para él una cátedra de fonética experimental (para más información acerca de su vida y, sobre todo, de su obra, Galazzi, 2014).

calidad aquitana de Cellefrouin, tomándose a sí mismo como informante (puesto que era un hablante nativo). En segundo lugar, estudiar la pronunciación de los miembros de varias generaciones de su familia, a fin de inferir el curso de la evolución fonética del *patois* durante el siglo en curso. Para el joven Meillet de 1893, las conclusiones de Rousselot (1891, pp. 347-352) eran casi un dogma. Deslumbrado por el rigor de la investigación, las adoptó prácticamente *in toto*, postura en la que se mantuvo hasta finales de la primera década del s. XX (1901-1902, p. 576; 1902-1903, pp. 675-676; 1903, pp. 15 y ss.; 1905, p. 233)¹⁸⁰. Estas formulaciones tempranas de Meillet, con toda su insistencia en la simultaneidad e independencia de las innovaciones individuales, han sido a veces objeto de dura crítica (Coseriu, 1978b, pp. 80-81) y blanco de comentarios más o menos jocosos. «Il Meillet —escribe, p. ej., Vittore Pisani (1949, p. 18)— tralascia di dirci a qual dio dobbiamo il miracolo di questa azione identica». Si nuestro autor hubiese podido leer a Pisani, habría respondido que las conservaciones simultáneas son tan *milagrosas* —o tan poco—

¹⁸⁰ En las publicaciones posteriores a 1910, se advierte un cambio de rumbo que Meillet no anuncia (acaso temía que una rectificación explícita menoscabase su reputación). Nada más revelador que el contraste entre las afirmaciones de los primeros años y las que podemos leer en su contribución al volumen colectivo *De la méthode dans les sciences* (1911): «Une loi phonétique suppose un changement; mais elle n'indique pas si ce changement résulte du changement de langue d'une population, d'un développement spontané ou d'un emprunt, si le procès dont elle résulte est simple ou multiple, si les transformations qu'elle suppose ont été successives ou simultanées. [...] [E]lle n'est autre chose qu'une formule exprimant la correspondance entre deux états linguistiques donnés» (Meillet, 1911, p. 307). En este pasaje, *ley fonética* ya no alude al proceso evolutivo mismo; es solo el nombre de un enunciado con el que se levanta acta de los resultados de dicho proceso. Diríase que a Meillet —aquí se nos revela su *alma* de comparatista— le interesan los resultados, esto es, las correspondencias regulares, porque son el único dato con el que se opera a la hora de practicar la reconstrucción: «Le linguiste n'envisage [...] que des correspondances; ce sont les seuls faits positifs qui lui soient donnés; le reste n'est que théorie et construction hypothétique» (Meillet, 1908, p. 47).

como las innovaciones simultáneas, y que, si las primeras no causan estupor, las segundas no tienen por qué provocarlo:

[O]n a vu que les articulations conservées ou changées sont les mêmes chez tous les enfants nés en un même lieu et un même temps, dans les mêmes conditions d'hérédité, sauf le cas d'un vice de prononciation. Il y a ici deux choses bien distinctes: le fait même du changement et la simultanéité de ce changement chez tous les enfants. La première est naturelle: l'enfant, tout en rectifiant ses habitudes d'articulation, n'arrive pas à s'en créer qui soient identiques de tous points à celles des personnes qui l'entourent, soit que son oreille le renseigne mal, soit qu'il n'arrive pas à reproduire exactement tous les mouvements et toutes les coordinations de mouvements. *Quant à la simultanéité du changement, elle peut être surprenante, mais elle ne l'est pas beaucoup plus que la simultanéité de la reproduction exacte de toutes les autres articulations.* Si les articulations, aussi bien les nouvelles que les anciennes, sont sensiblement identiques chez tous les enfants nés dans les mêmes conditions, cette identité tient nécessairement à ce que les deux facteurs dont elles dépendent sont eux-mêmes sensiblement identiques: ce sont *la langue elle-même* et l'hérédité (Meillet, 1893, p. 318; las cursivas son nuestras).

De los dos factores invocados, *la lengua misma* y *la herencia*, es el primero, con mucha diferencia, el que más atención recibe de parte de nuestro autor. A primera vista, la consideración de *la lengua misma* como desencadenante de su propia modificación suscita el asombro y la extrañeza del lector. Ambas reacciones se disipan cuando, al continuar la lectura, se descubre que lo que Meillet tiene en mente es, simplemente, este hecho: que la configuración del sistema les impone un cauce —esto es, les marca límites— a sus posibles modificaciones. «*Le premier et peut-être le plus important* des facteurs de la conservation ou du changement des articulations —escribe (Meillet, 1893, pp. 319-320) *est le système phonétique de la langue elle-même*» (las cursivas

son nuestras). Unas pocas páginas antes, nuestro autor era aún más rotundo en sus expresiones, puesto que, no contento con presentar la estructura del sistema como condicionante, la elevaba al rango de causante, audaz movimiento que anticipaba las tesis fundacionales de la fonología diacrónica:

[L]es lois phonétiques [...] sont le produit de *causes inhérentes au langage* d'un temps et d'un lieu déterminés. [...] [L]oin d'être le résultat d'un caprice individuel, consciemment imité par d'autres individus, elles sont *l'inévitable conséquence d'un état donné de la langue* (Meillet, 1893, p. 314; las cursivas son nuestras).

Meillet insiste en que los sonidos no se modifican aislados, por la simple razón de que el inventario de unidades fónicas de una lengua no es un mero conjunto de elementos sin orden ni jerarquía¹⁸¹. Las unidades se agrupan formando redes asociativas —la expresión no es de Meillet— según sus propiedades, y las alteraciones que afectan a un nodo repercuten forzosamente en los demás. Así, p. ej., las consonantes *g* y *k* se asocian en virtud de su modo (oclusivas) y su punto de articulación (velares). Si una de ellas, emplazada en un determinado contexto fonético, experimenta una alteración, es probable que la otra, en ese mismo contexto, reaccione de algún modo al *movimiento* de su pareja. En los dialectos neolatinos de buena parte de la Galia —observa Meillet (1893, p. 315)—, *g* se palataliza y asibila cuando precede a la vocal *a*, y *k*, su correlato sordo, experimenta el mismo cambio: «[L]e *g* latin devant *a* se prononçait mouillé en gallo-romain; *g*' devient *dj*, d'où le moderne *j*:

¹⁸¹ Cuarenta años después, su amigo y condiscípulo Maurice Grammont expresaría las mismas ideas con un lenguaje de clara impronta meilletiana: «Il n'y a pas de changement phonétique isolé. [...] L'ensemble des articulations d'une langue constitue [...] un système où tout se tient, où tout est dans une étroite dépendance. Il en résulte que si une modification se produit dans une partie du système, il y a des chances pour que tout l'ensemble du système en soit atteint, car il est nécessaire qu'il reste cohérent» (Grammont, 1933, p. 167).

gamba donne *jambe*; le *k* devant la même voyelle devient *k'*, *tch*, enfin *ch*: *campum* donne *champ*». Un comprehensible afán didáctico induce a Meillet a simplificar un panorama sobremanera complejo: en realidad, los *movimientos* no se produjeron de forma perfectamente acompasada en toda la Galorromania (Meyer-Lübke, 1890, pp. 354 y ss.). De todos modos, lo que importaba era que la tesis de fondo quedase bien clara: en un sistema, las alteraciones de cada uno de los componentes repercuten sobre los demás, un poco a la manera en que, en los animales con sistema nervioso reticular (las medusas, p. ej.), «la excitación de un punto del sistema [...] se difunde irradiativamente hacia el resto de la red» (Pinillos, 1975, p. 25)¹⁸².

En cuanto al segundo de los factores contemplados por Meillet, *la herencia*, un vistazo a las líneas que le dedica basta para no incurrir en un malentendido: bajo ese vocablo, repleto de resonancias biológicas, se ocultan el fenómeno al que hoy aludimos al hablar de *la acción del sustrato*¹⁸³. Cuando un grupo humano abandona su lengua heredada y adopta una foránea (proceso que nunca es instantáneo), los hábitos articulatorios adquiridos a través de la práctica constante de la primera lengua son un agente perturbador en el aprendizaje de la segunda. De ahí que, p. ej., en comparación con los italianos, los dialectos galorrománicos presenten un fonetismo muy alejado de los patrones latinos: el período de bilingüismo galo-latín ha dejado huellas indelebiles (Meillet, 1893, p. 320). Con todo, algunas de las expresiones que Meillet utiliza («tendances transmises aux enfants par leurs parents», «tendances

¹⁸² En el ejemplo que Meillet nos ofrece (el paso de las oclusivas velares a fricativas palatales sonora y sorda), la asociación entre las dos unidades se traduce en un desarrollo estrictamente paralelo: los dos miembros de la pareja modifican su punto y modo de articulación en el mismo sentido. En otros casos, por supuesto, la interacción entre los nodos de la red puede tener consecuencias diferentes.

¹⁸³ Según parece (Vàrvaro, 1988, p. 128), el término *sustrato* [lingüístico], lo acuñó Graziadio I. Ascoli, aunque él prefería servirse de la expresión *reacciones étnicas* (it. *reazioni etniche*), como ha apuntado Carlo Tagliavini (1963, p. 200, n. 2).

héréditaires des Gaulois») abren la puerta a interpretaciones *biologistas* en la línea del Jacques van Ginneken de los años treinta¹⁸⁴.

En el texto que nos ocupa, nuestro autor —lo hemos visto— trata de mostrarnos que su doctrina se funda en los resultados de la investigación lingüística más sólida y reciente. La oposición al difusionismo, la consiguiente concepción de las innovaciones generales como fenómenos de poligénesis¹⁸⁵,

¹⁸⁴ Profesor en la Universidad Católica de Nimega desde su fundación (1923), el P. Jacques (o Jacobus) van Ginneken, S. J., se había formado en la Universidad de Leyden junto a Christianus Cornelius Uhlenbeck, de quien heredó su curiosidad universal y su afición a explorar terrenos poco transitados por el común de los lingüistas (para una crónica bastante circunstanciada de su carrera académica y producción científica. Wils, 1949). En los últimos años de su carrera, Van Ginneken se convirtió en defensor del carácter hereditario de la *base de articulación*, lo cual lo condujo a interpretar los fenómenos de sustrato como efectos del cruce entre stirpes, no del contacto entre lenguas: «Notre arbre généalogique des langues romanes a [...] le défaut capital d'être unilatéral. Il y a ici dans chaque cas deux facteurs: le soldat romain et la femme indigène qu'il épousa. Tous les deux avaient leur propre base d'articulation, *que la nature leur avait donné, et qu'ils ne pouvaient pas changer, et dont leur progéniture a hérité la combinaison selon les règles de la biologie*» (1935, pp. 32-33). Curiosamente, Van Ginneken bucea en los escritos de Meillet en busca de pasajes que puedan interpretarse como anticipaciones de su concepción (1935, p. 31), pero no da con el oscuro artículo de 1893.

¹⁸⁵ En una reseña de las investigaciones de Ernst Robert Curtius sobre los grandes *topoi* de la literatura europea, Dámaso Alonso empleó los términos *tradición* y *poligénesis* para referirse a las dos modalidades diferentes de concordancias interliterarias (o, más aún, interculturales): «Siempre que nos encontremos dos hechos literarios —o en general dos hechos culturales— A y B, de los que B —posterior en el tiempo— es parecido a, tendremos que elegir entre dos explicaciones: la de que entre B y A haya una vinculación literaria o la de que no exista entre ellos vinculación literaria alguna[. A] esa vinculación literaria la llamamos tradición; cuando no hay tradición alguna entre A y B, estamos ante un caso de poligénesis: la mente humana ha creado en dos momentos y lugares distintos un mismo (o muy parecido) producto» (Alonso, 1963, p. 6). Inspirándonos en la distinción conceptual y terminológica de Alonso, hemos decidido emplear *poligénesis* para describir la concepción meilletiana de los cambios fonéticos regulares: un mismo proceso (la caída de una consonante final, la lenición de una intervocálica, la diptongación de una vocal tónica, etc.) se produce en varios individuos distintos de forma independiente, esto es, sin que uno de ellos se la haya contagiado a los restantes.

el énfasis en el carácter necesario e inconsciente de las transformaciones fonéticas, etc., no son —viene a decirnos— ideas importadas de otros campos disciplinares, sino fruto de un desarrollo autónomo de la ciencia del lenguaje. No obstante, si nos acercamos al artículo teniendo en cuenta otras lecturas, veremos al trasluz una discusión que se entabló y dirimió fuera del campo de la lingüística. En efecto, en las palabras de Meillet sobre las leyes fonéticas se descubre un anuncio de la polémica entre Émile Durkheim y Gabriel Tarde sobre el papel de la imitación como generador consensos sociales; una polémica que fue ejercicio intelectual, pero también pugna por el liderazgo de la sociología, ciencia emergente en la Francia de fin de siglo.

Obviamente, este no es momento para un examen detenido de las contribuciones intelectuales ni de la trayectoria profesional de Gabriel Tarde (sobre este particular, cfr., p. ej., Mucchielli, 1998, pp. 113-143). Bastará con decir que Tarde hacía de la imitación la piedra angular del edificio social y, por lo tanto, la clave de su propio pensamiento sociológico. «La société, c'est l'imitation, et l'imitation[,] c'est une espèce de somnambulisme», escribe Tarde (1890, p. 509) en alusión a la sugestionabilidad de los sonámbulos, que por entonces era objeto de estudio para los médicos (Bottey, 1886, pp. 46-95) y tema de conversación para el gran público. Para Tarde, el hombre en sociedad es, en cierto modo, un títere ciego: incapaz de ver los hilos que lo accionan y la mano que ase la cruceta, llega a creer que se mueve *sponte sua*. «N'avoir que d[']idées suggérées et les croire spontanées: telle est —escribe (1890, p. 501)— l'illusion propre au somnambule, et aussi bien à l'homme social». Los franceses del último cuarto del s. XIX, ciudadanos de una república democrática, se jactan de su autonomía moral e intelectual, pero, en su opinión, no la poseen en mucho mayor grado que los hombres de otros tiempos y lugares:

[I]l faut songer à quelque peuple ancien d'une civilisation bien étrangère à la nôtre, Égyptiens, Spartiates, Hébreux ... Est-ce que ces gens-là ne se croyaient pas autonomes comme nous, tout en étant[,] sans le sa-

voir, des automates dont leurs ancêtres, leurs chefs politiques, leurs prophètes, pressaient le ressort, quand ils ne se le pressaient pas les uns aux autres ? Ce qui distingue notre société [...] de ces sociétés étrangères et primitives, c'est que la magnétisation y est devenue mutuelle[,] pour ainsi dire [...]; et, comme nous nous exagérons un peu cette mutualité, dans notre orgueil égalitaire, [...] nous nous flattons à tort d'être moins crédules et moins dociles, *moins imitatifs en un mot*, que nos ancêtres. C'est une erreur (Tarde, 1890, pp. 501-502; la cursiva es nuestra).

La realidad —prosigue Tarde— no es como queremos imaginarla. Al igual que nuestros ancestros, vivimos sujetos al influjo de las personas que se nos aparecen revestidas de prestigio (Tarde, 1890, p. 502), una cualidad que no coincide necesariamente (aunque a menudo lo haga) ni con el poder ni con la fuerza (Tarde, 1890, p. 507). Solo los hombres de genio, siempre pocos, logran escapar en parte al influjo del prójimo, pasando así —retomamos el símil— de títeres a titiriteros. Como el hipocentro de un temblor de tierra, son el foco de una perturbación que se propaga por contacto (perdiendo intensidad a medida que se aleja). En esta irradiación progresiva consiste, *grosso modo*, la dinámica social: «[U]n homme naturellement prestigieux donne une impulsion, bientôt suivie par des milliers de gens qui le copient [...] et lui empruntent même son prestige, en vertu duquel ils agissent sur des millions d'homme inférieurs» (Tarde, 1890, pp. 506-507).

En cuanto a Durkheim, comúnmente aclamado como «père fondateur» de la sociología en Francia (Mucchielli, 1998, p. 155)¹⁸⁶, su figura y su

¹⁸⁶ En rigor, la paternidad de una disciplina no le corresponde jamás a una sola persona. Los grandes hombres, por grandes que sean, no son capaces de engendrar por partenogénesis, como apuntaba Robert K. Merton (1957, p. 643). Cabría discutir, por tanto, la justicia de ese título que de ordinario se le atribuye a Durkheim. El propio Mucchielli, a quien citábamos hace un instante, lo reconoce sin ambages: «[I]l est clair qu'il ne faut pas parler *du* fondateur mais *des* fondateurs de la sociologie française, et même plutôt d'un

doctrina son tan conocidas que hacen innecesarias las presentaciones. En oposición a Tarde, Durkheim le niega a la imitación el papel de garante de la cohesión social. Nada adelantamos —dice— al constatar que cierto fenómeno social (la adopción de una nueva modalidad de *aliño indumentario*, p. ej.) se difunde con rapidez a través de la comunidad, mientras que otro fenómeno de la misma especie permanece encerrado en el estrecho círculo en que se gestó. Habría que indagar por qué sus suertes han sido tan diversas, y hablar de la imitación no ayuda a dar con la respuesta. A poco que cavilemos, nos daremos cuenta de que un comportamiento individual no se eleva al rango de hecho social porque se imite, sino que se imita porque es ya, desde el primer momento, un hecho social (que se manifiesta a través del comportamiento de los individuos, claro está). Tarde —concluye Durkheim— está tomando el efecto por una causa:

[N]os recherches ne nous ont nulle part fait constater cette influence prépondérante que M. Tarde attribue à l'imitation dans la genèse des faits collectifs. [...] [L]'imitation non seulement n'exprime pas toujours, mais même n'exprime jamais ce qu'il y a d'essentiel et de caractéristique dans le fait social. *Sans doute, tout fait social est imité, il a, comme nous venons de le montrer, une tendance à se généraliser, mais c'est parce qu'il est social, c'est-à-dire obligatoire. Sa puissance d'expansion est, non la*

moment fondateur de la sociologie française» (1998, p. 529). De lo que no se duda, empero, es de que Durkheim fue el «leading patron» de la disciplina en la Francia de la *Belle époque* (Clark, 1973, p. 98). En pugna con rivales como Worms o Tarde, logró erigirse en director principal del proceso de institucionalización de la sociología francesa, esto es, su paso de mero campo del saber a verdadera especialidad académica.

cause, mais la conséquence de son caractère sociologique (Durkheim, 1895, p. 16; la cursiva es nuestra).

No es difícil advertir las semejanzas de fondo entre estas palabras de Durkheim y las de Meillet —que ya conocemos— acerca de los cambios fonéticos regulares. Nos hallamos ante dos tentativas de descripción de los cambios culturales como fenómenos radical y genuinamente *sociales*, sin suponer la existencia de focos innovadores y de ulteriores procesos de irradiación. Ahora reparemos en los años de publicación de los textos. El de Meillet es anterior, de tal modo que, en principio, se puede descartar que Durkheim influyese sobre él en esta fase inicial de su carrera. Quizá podamos decir sobre nuestro autor lo que él dijo sobre Saussure casi cuatro décadas después, polemizando con el lingüista polaco Witold Doroszewski: que no necesitaba leer *Les règles de la méthode sociologique* para percatarse de que la lengua es una institución social y de que la iniciativa del individuo para transformarla está sujeta al control de la comunidad. Ambas observaciones venían circulando en la literatura especializada desde antes de que Meillet y Durkheim inaugurasen sus carreras científicas. A finales de la década de los sesenta, Whitney ya había comenzado a describir el lenguaje —la lengua, mejor dicho— como «a great popular institution, which is bound up with the interests of the whole community» (1867, p. 44), y advertía que el mero capricho de un hablante no puede dejar una huella profunda y duradera:

The community, to whom [language] belongs, will suffer no finger to be laid upon it without a reason; only such modifications as commend themselves to the general sense, as are virtually the carrying out of *tendencies universally felt*, have a chance of winning approval and acceptance,

and so of being adopted into use, and made language (Whitney, 1867, p. 45; las cursivas son nuestras).

Ello no excluye, desde luego, acercamientos ulteriores entre Meillet y Durkheim. Los hubo, de hecho. Casi un decenio después de publicar en la *Revue Internationale de Sociologie*, nuestro autor se incorporó a la nómina de colaboradores habituales de *L'Année sociologique*, la revista de Durkheim. Ha de quedar claro, empero, que esta aproximación se debe describir como un caso de confluencia, no de dependencia. Nuestro autor no esperó a leer *Les règles de la méthode sociologique* para tomar conciencia del carácter social del fenómeno lingüístico; no tenía ninguna necesidad de ponerse bajo la tutela de Durkheim... y no se puso. Un testigo de excepción avala este aserto. Es el sociólogo y antropólogo Marcel Mauss, que se unió a *L'Année* desde 1898, el año de su fundación (Clark, 1973, pp. 178-181)¹⁸⁷. Mauss declara, sin asomo de duda, que el *sociologismo* de Meillet era el resultado de una evolución espontánea de su pensamiento:

C'est [...] naturellement, *par un développement autonome de sa méthode*, qu'Antoine Meillet devint sociologue, que, *sans aucune pression d'aucune part*, il trouva Durkheim, lui réclama sa place parmi nous. A partir du tome IV [...], il se chargea presque seul de la rubrique linguistique,

¹⁸⁷ Sociólogo, antropólogo y, en cierto modo, también filólogo y lingüista. En 1896 lo encontramos como alumno del curso de sánscrito que Sylvain Lévi impartía en la École Pratique des Hautes Études, y no era, por cierto, un estudiante común y corriente: «Il convient de signaler les surprenants progrès de M. Mauss, qui, débutant de l'an dernier, est aujourd'hui en état de s'orienter avec sûreté dans les textes» (Lévi y Finot, 1897, p. 67). El año siguiente estaba siguiendo con regularidad las lecciones de Lévi sobre la historia de las religiones de la India (Lévi y Foucher, 1898, p. 35). Cuatro años después, Mauss conseguía una posición estable en el cuadro docente de la École: habiendo fallecido el profesor titular, Léon Marillier, se le encomendó el curso de *Religions des peuples non civilisés* (Anónimo, 1901, p. 27).

que nous avons toujours su isoler, mais que nous avons si mal classée parmi les «Divers» (Mauss, 1937, p. 2; las cursivas son nuestras).

3.2.2.4 La analogía

Nuestro acercamiento a la cuestión de la analogía comenzará con un examen de la doctrina que Meillet enuncia en el segundo de sus textos aurales, a fin de situarla en el contexto de las discusiones teóricas del último cuarto del s. XIX. Seguidamente adoptaremos un enfoque prospectivo: leeremos las páginas de 1894 buscando en ellas las simientes de algunas ideas que iban a germinar en sus publicaciones posteriores.

Meillet abre su tratamiento de la analogía (1894b, p. 861) con una referencia a la obra de Hermann Paul, como hizo cuando se ocupó de las leyes fonéticas. No era el nombre de Paul el único que podía invocar en este nuevo episodio de su carrera como teórico, pero sí, como sabemos, el más conocido entre los profanos. Razón suficiente para preferirlo, ya que Meillet —no se olvide— estaba escribiendo para una revista *de Sociologie*. No obstante, creemos que hubo un motivo de mayor peso: la afinidad entre las tesis de uno y otro acerca de la naturaleza y los efectos de la analogía.

Como acabamos de advertir, Paul era una de entre las varias autoridades que se ofrecían a la consideración de Meillet. Había algunas que, en principio, debían resultarle más familiares, más cercanas. Pensamos, particularmente, en Victor Henry, que pocos años antes había publicado un voluminoso estudio sobre *Etude sur l'analogie en général et sur les formations analogiques de la langue grecque* (1883). Ocurre que basta con hojear el capítulo II, titulado de «De l'analogie en général», para comprobar que Henry contempla la analo-

gía a través de una lente de comparatista, esto es, que la concibe más como un hecho patológico que como un fenómeno fisiológico:

D'une manière générale il y a contamination analogique toutes les fois qu'une forme hystérogène et anti-grammaticale s'introduit dans le langage, créée à l'image d'une autre forme primitive et régulière. Quand nous disons «la corde est *tendue*» pour la corde est *tense*» nous modelons un participe anormal sur le participe régulier du verbe *rendre*, et l'enfant qui dit «il m'a *prendu* ma poupée» ne fait qu'obéir au même principe. La première forme passe pour correcte, parce que l'usage l'a adoptée, la seconde est un barbarisme, parce qu'il ne lui a pas plu de la consacrer; mais au fond l'une est aussi barbare que l'autre et Cicéron n'y ferait aucune différence (1883, p. 15).

Con sus intervenciones (ocasionales, impredecibles), la analogía entorpece el cumplimiento de los cambios fonéticos *regulares*, sustrayendo gran cantidad de formas a su influjo. En conjunción con los préstamos léxicos y los cambios fonéticos *esporádicos*, introduce perturbaciones en la evolución de los sonidos, restando así certidumbre a las predicciones —o retrodicciones— del comparatista y enmascarando la regularidad de las leyes fonéticas. Así, p. ej., la desaparición de perfectos fuertes como *priso* (reemplazado por *prendió*), *escriso* (reemplazado por *escribió*), o *riso* (reemplazado por *rió*)¹⁸⁸, en conjunción con el desarrollo paralelo que se ha producido en gallego (*escribiu, prendeu, riu*), podría haber ocultado a los ojos del lingüista todo un capítulo de la historia de verbo castellano. Si no sobreviviesen testimonios escritos del latín ni de los romances hispánicos medievales, si solo el castellano y el gallego actuales fuesen accesibles a los romanistas, si fuera de Hispania no quedase viva ninguna lengua neolatina (ni vestigios documentales de las extintas), sería im-

¹⁸⁸ Ejemplos tomados de Ramón Menéndez Pidal (1994, pp. 317-318).

posible reconstruir los perfectos sigmáticos latinos **presit*, *scripsit* y *risit*. Se objetará que tales condiciones son demasiado numerosas y demasiado extravagantes. Lo son, sin duda, pero solo desde el punto de vista de un romanista. En cuanto a los indoeuropeístas, la situación en que se encuentran es semejante a la que acabamos de imaginar: a partir de estados de lengua de los que a veces tienen un conocimiento precario, deben adentrarse en un pasado del que no hay testimonio alguno. En tales condiciones, la posibilidad de que se hayan producido innovaciones analógicas paralelas e independientes arrojan siempre una sombra de duda sobre la validez de las reconstrucciones¹⁸⁹.

De ahí que el comparatista puro contemple la acción de la analogía con un gesto de contrariedad. Su oficio se cifra, sobre todo, en restaurar estados lingüísticos no documentados apoyándose en el postulado de la inexceptibilidad de las leyes fonéticas. La analogía se le aparece, por tanto, como una garlopa que iguala, unifica y borra las irregularidades que le permiten inferir el *statu quo* anterior. Esta concepción de la analogía, resultado de una suerte de *deformación profesional*, se advierte incluso en algunos comparatistas de la segunda mitad del s. XX. Oswald Szemerényi, por ejemplo, llegó a decir en una ocasión que el efecto principal de la analogía es «interferir y oscurecer la evolución exigida por las leyes fonéticas» (1978, p. 49). Más cerca de noso-

¹⁸⁹ Meillet fue siempre consciente de este riesgo, que no es accidental, sino consustancial a la naturaleza de la labor comparativa y reconstructiva: «[L]es ressemblances que présentent les langues indo-européennes entre elles admettent souvent deux interprétations: identité initiale ou développement dialectal identique [...]. La question qui se pose est alors de déterminer laquelle des deux interprétations est la vraie» (1900, pp. 15-16). Veamos un ejemplo. Se sabe (Meillet, 1918, p. 99) que el indoeuropeo común poseía dos terminaciones alternativas de la 1.^a pers. sing. del presente de indicativo, *-ō* y *-mi*, dualidad conservada en griego: λέγω ('digo'), presente temático, δίδωμι ('doy'), presente atemático. En armenio, irlandés y sánscrito, entre otras lenguas, la analogía, obrando independientemente en cada caso, ha provocado la extensión de *-mi* a todos los verbos. De no conservarse otras lenguas del tronco indoeuropeo, los comparatistas se verían abocados a atribuirle una sola terminación, *-mi*, a la lengua originaria.

tros, André Martinet ha descrito con gran claridad la posición los comparatistas clásicos ante la acción de la analogía:

En francés antiguo, la alternancia de las vocales [i, que acabamos de comprobar en *prouver*, ‘probar’,] valía también para el verbo *laver*, ‘lavar’. No se decía, pues, *il se lave*, *nous nos lavons*, sino *il se lève*, *nous nos lavons*, pero pronto surgió el conflicto con la forma (analógica) *il lève*, del verbo *lever*, ‘levantar’, lo que favoreció la extensión de la —a— todas las formas de *laver*. [...]

Sin duda se advierte cómo el funcionamiento de la analogía puede complicar la tarea del comparativista: las «leyes fonéticas» deberían permitirle prever con seguridad la evolución de una forma, pero el juego de la analogía es sumamente imprevisible (Martinet, 1997, pp. 161-162).

Hemos visto que los comparatistas han tendido a representarse la acción de la analogía como un accidente que puede invalidar sus cálculos. Otros lingüistas han preferido considerar lo que la analogía es en sí misma y determinar sus condiciones de posibilidad, sin cuidarse mucho de las repercusiones que a veces tiene para los que cultivan la gramática comparada. Uno de los *otros* lingüistas fue Hermann Paul. En este punto, sus méritos gozan de un reconocimiento franco por parte de la historiografía especializada (Morpurgo Davies, 1978, pp. 41 y ss.; Graffi, 1988, pp. 224 y ss.; Morpurgo Davies, 1998, pp. 256 y ss.). Para Paul, la analogía no es una desgraciada incidencia que viene a emborronar el cuadro que las leyes fonéticas han pintado, sino una de las constantes vitales del lenguaje. En prevención de malentendidos, debemos advertir que Paul concibe la expresión *la vida del lenguaje* —con todo su cortejo de expresiones derivadas— como una metáfora, solo como una metáfora. El lenguaje, si *vive*, lo hace en la memoria de cada uno de los hablantes, «as a highly complicated psychical formation, consisting of many groups of ideas, confused and interpenetrating with each other» (Paul, 1886, p. 4). Estos «groups

of ideas», que conforman lo que el propio Paul ha bautizado con el nombre de «psychical organism» (1886, p. 4), son el depósito que deja en la mente la práctica continua de la actividad verbal en todas sus formas:

These groups are the product of all that has entered into our consciousness whether through listening to the utterances of another, through our own speaking, or through thought clothed in the forms of language. Through these groups what has once been in consciousness can again, under favourable circumstances, be recalled into consciousness, and also what has been once understood or uttered can again be either understood or uttered. [...] [N]o idea which has been introduced by linguistic activity into consciousness disappears and leaves no traces (Paul, 1886, p. 4).

Ese incesante (re)agruparse de los materiales idiomáticos en la memoria del hablante es lo que hace posible que la analogía opere. En efecto, el acervo lingüístico individual no se asemeja al cuaderno de campo de un dialectólogo, donde las formas se registran a medida que afloran en boca de los informantes, sin sujetarse a ningún criterio de ordenación¹⁹⁰. Sin pretenderlo ni percatarse,

¹⁹⁰ Obviamente, el dialectólogo en el que estamos pensando no es el que va provisto de cuestionario y espera cosechar datos para un atlas lingüístico. El dialectólogo que tenemos en mente es el que, para confeccionar una monografía dialectal, se instala entre los hablantes nativos y convive con ellos (y, si aún no la conoce, aprende la variedad lingüística local al tiempo que la describe). Para un dialectólogo de este género, «l'idéal est de noter au vol une conversation libre» (Cohen, 1928, p. 81), y ello implica que las formas se van registrando sobre la marcha, no dispuestas en paradigmas: probablemente, una forma como *tengo*, p. ej., aparecerá junto a *hambre*, *sed* o *frío*, no junto a *tenía*, *tuve* o *tendré*. Al informante se le debe pedir que hable, no que decline o conjugue... aunque a veces es preciso recurrir a ese expediente: «[C]omme il est généralement nécessaire d'abrégier l'enquête, et comme des formes existantes pourraient ne se présenter qu'après des années d'observation libre, on pourra se permettre de demander des séries grammaticales à un bon informateur, sous certaines conditions» (Cohen, 1928, p. 93).

el hablante ingenuo lleva a cabo operaciones de clasificación de las formas que van entrando en su memoria, de suerte que constituyen series en virtud de sus afinidades de expresión y de contenido:

[S]ingle words attract each other in the human mind, and the result is the appearance of a quantity of larger or smaller groups. This reciprocal attraction depends always upon a partial correspondence of the sound or of the meaning, or of the sound and the meaning conjoined (Paul, 1886, p. 92; cfr. también pp. 5-6).

A continuación, Paul presenta una clasificación bipartita de los grupos. Por una parte, tenemos los grupos *materiales*, esto es, series de formas portadoras de un mismo significado léxico con diferente envoltura gramatical: «for instance, the different cases of a substantive» (1886, p. 93). Por otra parte, tenemos los grupos *formales*, esto es, series de formas que coinciden en uno o varios aspectos de su envoltura gramatical, pero difieren en cuanto a su significado léxico: «the sum of all nouns of action taken together, of all comparatives, of all nominatives, of all first persons of the verb, etc.» (1886, p. 94). Por lo general, las palabras reunidas en un grupo, sea *material* o *formal*, presentan coincidencias no solo en sus significaciones, sino también en su forma fónica. Así, salvo en los casos de supletivismo (Paul, 1886, p. 94), los miembros de un grupo material presentan en común una porción de su cuerpo fónico (cfr., p. ej., lat. **liber**, **librum**, **libri**, **libro**, **libro**). En los grupos formales, la coincidencia puede y suele afectar a los dos planos (cfr., p. ej., lat. *amat*, *monet*, *timet*, *audit*), pero también es posible que se ciña al terreno del significado (cfr., p. ej., lat. *puella*, *libro*, *patre*, *manu*, *die*, formas de abl. sg. todas ellas, pero con distintas terminaciones). En cualquier caso, el hablante está acostumbrado a esperar coincidencias de sonido y de significación entre los

miembros de un grupo, y es ese hábito el que posibilita las operaciones analógicas.

Entre los grupos materiales y formales se producen, según Paul (1886, p. 93), entrecruzamientos constantes. Así, p. ej., la serie *amo, amas, amat, amamus, amatis, amant* es un grupo híbrido, material-formal, puesto que: a) todas sus formas expresan el mismo concepto fundamental (*amare*); b) todas sus formas son de tiempo presente, modo indicativo y voz activa. Híbrida es también la serie *amat, amabat, amavit, amabit*: hay concordia en lo material (el concepto fundamental es el mismo) y en lo formal (3ª persona de singular, modo indicativo, voz activa). Los grupos de carácter material-formal dan pie al establecimiento de *proporciones* (Paul 1886, pp. 93-94), y, con ellas, a la acción de la analogía. Sea, p. ej., el verbo *betizare*, del que Augusto se servía (Suetonius Tranquillus, 1908, 87.1) en lugar del clásico *languere* o el coloquial *lathanizare*. Siendo *betizare* ('estar débil') una suerte de extravagancia lingüística de Augusto, sus interlocutores no podían haberse encontrado previamente con ninguna de sus formas, y, por lo mismo, no habían podido memorizarlas. Con todo, les bastaría escuchar *betizo, betizavi* o *betizabo* para poder engendrar, de inmediato, cualquier otra forma, ya que el ejemplo de *amare* —y de otros muchos verbos— acudiría en su ayuda. Supongamos que el oyente quisiese tomar la palabra y atribuirle a un tercero, ubicándola en el futuro, la afección anímica y corporal de la languidez. Diría, en tal caso, *betizabit*, y lo haría con absoluta certeza de ser comprendido. La forma de 3.ª pers. del sg. del futuro imperfecto de indicativo es una incógnita que se ha despejado guardando las proporciones: si a *amat* le corresponde *amabit*, a *betizat* le corresponde *betizabit* (o, empleando la anotación de Paul, *amat, amabit = betizat, betizabit*).

Como acabamos de comprobar, la acción de la analogía permite acuñar formas significativas sin necesidad de haberlas escuchado y memorizado previamente. Ahora bien, son muchas las ocasiones en las que la analogía no implica la acuñación de combinaciones verdaderamente nuevas, es decir, no re-

gistradas nunca con anterioridad en el uso lingüístico de la comunidad: «[I]t is natural enough that, by the aid of proportions, groups should often be created which were before common in language» (Paul, 1886, p. 102). Quien habla —insiste Paul— *analogiza*:

Those proportion-groups which have gained a certain degree of solidity are of supreme for all linguistic activity, and for all development of language. *It is unjust to this important factor in the life of language to neglect to take into any account, until it produces an actual change in the use of language.* One of the fundamental errors of the old science of language was to deal with all human utterances, as long as they remain constant to the common usage, as with something merely reproduced by memory, and the result of this has been that we have not been in a position to form any right conception of the share taken by proportion-groups in the alteration of language.

The fact is that the mere reproduction by memory of what is has once mastered is only one factor in the words and groups of words which we employ in our speech. Another hardly less important factor is the *combinatory activity* based upon the existence of the proportion groups (1886, p. 97).

Así pues, podríamos decir que la analogía no es solo una fuerza innovadora, sino también un agente de conservación, ya que presupone y reproduce los cánones idiomáticos vigentes¹⁹¹. Empero, se ha de advertir que lo canónico

¹⁹¹ No es esta, en verdad, una tesis novedosa. Ya en el *Cours de linguistique générale*, p. ej., se apunta que la analogía si atendemos al papel que desempeña en la actividad lingüística (y no solo a algunos de sus efectos), se nos aparece como «[un] facteur de conservation pure et simple» (Saussure, 1931, p. 236). Saussure explicita las razones que abonan esta tesis: «Le latin *agunt* s'est transmis à peu près intact depuis l'époque préhistorique (où l'on disait **agonti*) jusqu'au seuil de l'époque romane. Pendant cet intervalle, les généra-

y lo usual no son clases idénticas, sino que, siendo distintas, presentan elementos comunes¹⁹². En un momento dado, nos encontraremos con formas y construcciones que, siendo conformes con los cánones, no son de uso frecuente (cfr., p. ej., cast. *perrezno* ‘perro pequeño, cachorro’), y con otras que, siendo de uso frecuente, no son conformes con los cánones (cfr., p. ej., cast. *torrezno*, de *torrar*, con un uso del sufijo *-ezno* que parece aberrante a la luz de formas como *osezno* ‘cría de oso’ y *lobezno* ‘cría de lobo’). Este desajuste entre lo canónico y lo usual es particularmente llamativo en el ámbito de la flexión. En las lenguas genética y tipológicamente afines a las nuestras, la conjugación es, sin duda alguna, la zona donde más patente se hace la verdad de una célebre frase de Charles Bally: «Dès qu’on essaie de démonter la machine [de la langue], on est bien [...] effrayé du désordre qui y règne, et l’on se demande comment des rouages si enchevêtrés peuvent produire de mouvements concordants» (1944, p. 17). Los llamados *verbos irregulares*, al fin y al cabo, no son otra cosa que formaciones vestigiales¹⁹³, resultantes de la aplicación de un ca-

tions successives l’ont repris sans qu’aucune forme concurrente soit venue le supplanter. L’analogie n’est-elle pour rien dans cette conservation? Au contraire, la stabilité de *agunt* est aussi bien son œuvre que n’importe quelle innovation. *Agunt* est encadré dans système; il est solidaire de formes telles que *dicunt*, *legunt*, etc. et d’autres telles que *agimus*, *agitis*, etc. Sans cet entourage, il avait beaucoup de chances d’être remplacé par une forme composée de nouveaux éléments» (*ibid.*)

¹⁹² Nos encontramos, pues, ante una relación lógica diagramable por medio de dos círculos, A y B, en intersección (Ferrater Mora y Leblanc, 1962, pp. 130-131), siendo A la clase de las combinaciones canónicas y B la de las usuales. La *suma* de las dos clases constituiría la totalidad de lo «decible»; su *producto*, esto es, la clase que abarca sus miembros comunes, es el núcleo del *organismo lingüístico* alojado en la psique del hablante (acerca de las nociones de *suma* y *producto* en la lógica de clases, cfr. Ferrater Mora y Leblanc, 1962, pp. 125-126).

¹⁹³ Bien entendido que la vestigialidad no consiste en una baja frecuencia de uso; lo que confiere carácter vestigial a una forma o construcción es la obsolescencia de su patrón constitutivo, que la hace aparecer como una rareza y, al mismo tiempo, como una reliquia de estadios anteriores. Cabe, pues, decir que el término *vestigial* tiene en lingüística un sen-

non que ha perdido su vigencia y que, por ende, ya no se reconoce como tal. Pues bien, la analogía puede intervenir también en casos como estos, engendrando formas canónicas que entrarán en conflicto con las usuales y tal vez lograrán reemplazarlas. Ello nos conduce a matizar la visión de la analogía como agente de conservación. Por serlo de conservación, lo es también de innovación: reproduce cánones preexistentes y, al hacerlo, puede introducir formas y construcciones nuevas en el uso lingüístico. Obviamente, no basta la aparición de una combinación nueva para que se produzca el desalojo de la tradicional. En muchos casos, esta no llegará a peligrar en ningún momento: será la formación analógica *rival* la que acabe por extinguirse (pensemos, p. ej., en la suerte de las *sobrerregularizaciones* introducidas por los niños en la primera infancia: su destino es perecer a manos de la presión del entorno). Si la innovación triunfa (es decir, si se incorpora al uso lingüístico de la comunidad y suplanta a la formación heredada), no será sino al término de una lucha prolongada.

Se ha de advertir, finalmente, que Paul no circunscribe la acción de la *analogía proporcional* al nivel de la palabra (hechos de flexión y derivación); también la cree operante en el de las combinaciones sintácticas (1886, pp. 95-96). Considérese, p. ej., el uso latino del ablativo instrumental con verbos deponentes como *fruor*, *fungor* o *utor* (Bassols de Climent, 1956, § 121). No parece descabellado suponer que, para saber con qué caso construye *fruor*, bastase haber escuchado combinaciones como *utor muneribus*, *utor virtute*,

tido afín al que cobró en la biología darwiniana. Para el paleontólogo, en efecto, los trazos vestigiales son testimonio presente de un estado de cosas ya caducado: «[O]f all organisms that of man has been most minutely investigated by anatomists; and therefore I think it will be instructive to [give] a list of the more noteworthy vestigial structures which are known to occur in the human body. [...] [T]he number of obsolescent structures which we all present in our own persons is so remarkable, *that their combined testimony to our descent from a quadrumanous ancestry appears to me in itself conclusive*» (Romanes, 1892, p. 73; la cursiva es nuestra).

fungor muneribus, *fungor virtute*, etc. La afinidad de forma y sentido entre los verbos propicia el establecimiento de proporciones: *utor muneribus* = *fungor muneribus* = *fruor muneribus*. Una vez memorizadas unas cuantas combinaciones y abstraída la regla —inconscientemente, puntualiza Paul (1886, pp. 99)—, el hablante puede construir —y construye a voluntad— secuencias como *utor gladio hispaniense* (‘manejo un *gladius* de Hispania’), *utor laeva manu* (‘uso la mano izquierda’) o *utor calice vitreo* (‘utilizo una copa de cristal’), aunque jamás las haya registrado en su memoria. Como ocurría en el nivel de la palabra, las proporciones señalan el camino; encauzan —mejor dicho— la actividad verbal de los individuos, que es creativa, pero no anárquica: si con *utor* va *toga*, entonces no pueden ir *gladius*, *gladium* ni *gladii*, sino solo *gladio*.

Una vez examinada la doctrina de Hermann Paul, ha llegado la hora de regresar al texto de Meillet, que solo a la luz de aquella se comprende cabalmente. Como ya sabemos, Meillet abre su tratamiento de la cuestión con una referencia al texto del insigne germanista. Leámosla con detenimiento —el pasaje es muy largo—, y nos encontraremos en condiciones de valorar la extensión y la profundidad de la deuda que nuestro autor contrajo con el maestro alemán:

Les paradigmes grammaticaux ne sont qu’une traduction de certains phénomènes psychiques et n’ont pas d’autre réalité que celle de ces phénomènes; M. Paul a analysé ces systèmes complexes d’associations de formes et d’idées dans son livre bien connu [...]; il suffira de rappeler ici les faits essentiels. Considérons les formes suivantes [,] écrites —très grossière-

rement— d'une manière phonétique, pour faire apparaître plus nettement les faits tels qu'ils sont:

	A	B	C	D	E
1	ilèm	ilroul	ilpans	ilachèt	ilapèl
2	nouzèmon	nouroulon	noupanson	nouzachton	nouzaplou
3	tuèmè	turoulé	tupansé	tuachté	tuaplé
4	tuèmra	turoulra	tupansra	tuachètra	tuapèlra
5	émé	roulé	pansé	achté	aplé

Ce tableau peut être lu en deux sens qui répondent à deux catégories d'associations; lu verticalement, on voit que chacune de ses colonnes A, B, C, D, E renferme dans les cinq formes citées Un élément commun, respectivement: *èm*, *roul*, *pans*, *achèt* (ou *acht-*), *apèl* (ou *apl-*); lu horizontalement, il renferme aussi des éléments communs qui sont: 1^o préfixe *il-*; 2^o préfixe *nou* (*nouz* devant voyelles), suffixe *-on*; 3^o préfixe *tu-*; suffixe *-é*; 4^o préfixe *tu-*; suffixe *-ra*; 5^o pas de préfixe; suffixe *-é*. À l'élément commun de la série verticale est attaché l'idée de la nature de l'action: *aimer*, *rouler*, *penser*, *acheter*, *appeler*; aux éléments communs de la série horizontale sont associées les diverses particularités de l'action: Quel en est l'agent? En quel temps se fait-elle? Est-elle faite ou commandée? etc. (Meillet, 1894b, p. 861).

Son obvias las semejanzas entre la doctrina de Paul y la que Meillet sienta en el párrafo que acabamos de trasladar. Salta a la vista que las series *vertical* y *horizontal* de nuestro autor se corresponden con los agrupamientos *materiales* y *formales* de los *Prinzipien*, respectivamente. Hay, con todo, una diferencia no menos notable. Mientras que Meillet dispone las formas en filas y en

columnas para proceder a su análisis, esto es, a su segmentación, Paul describía las bases y el funcionamiento de la analogía sin segmentar las formas flexivas en unidades significativas menores (el tema y la desinencia). En su opinión, el análisis se prestaba a interpretaciones *genéticas* que, por ser engañosas, debían evitarse. Al descomponer las formas en constituyentes menores, se invitaba a creerlas engendradas por agregación de unidades originariamente autónomas, a la manera de Franz Bopp (cfr. *supra*, § 2.1.3). Para Paul (Morpurgo Davies, 1978, p. 45), como para muchos de sus coetáneos (Morpurgo Davies, 1998, pp. 265-267), era un acto de ingenuidad¹⁹⁴. Al practicar un análisis explícito de las formas, sin reservas ni titubeos, Meillet se distanciaba de Paul y se acercaba a maestros por entonces menos conocidos, como Baudouin de Courtenay y Kruszewski.

Desde la periferia de la lingüística europea (cfr. *supra* § 2.2.3), Baudouin y Kruszewski vieron con claridad lo que muchos lingüistas del centro no quisieron ver: que la descomposición de las formas flexivas en *tema* y *desinencia*, primero, y la identificación de la *raíz* dentro de *tema*, a continuación, no son meras invenciones del lingüista. Se fundan en la asociación de cada forma con toda una serie de formas afines, una asociación que no se produce solo en las páginas de los manuales de gramática, sino también —y ante todo— en la me-

¹⁹⁴ Ingenuidad sería, p. ej., analizar las formas latinas de ablativo singular de tipo *dominō* en *domin-* + *-ō*, al modo de las gramáticas escolares, y suponer luego que, en un estado de lengua anterior, *domin-* y *-ō* habían mantenido una relación semejante a la que existe entre un sustantivo y una posposición. En realidad (Ernout, 1953, pp. 14, 29), en el latín primitivo, el elemento *ō* ni siquiera formaba parte de la terminación: era la vocal temática y hacía cuerpo con la raíz; la desinencia era *-d*, que aún se conserva en textos arcaicos. Para deshacerse de estos espejismos, Paul no veía otra solución que deshacerse del análisis. Algunos de sus colegas no tenían reparo en seguir hablando de temas y desinencias, ya que facilitaba la exposición, pero insistían en que los unos y las otras no eran realidades *de la lengua*, sino productos de las operaciones analíticas *del lingüista*: «[T]here is really no objection to the employment of illustrative aids, so long as they are not confused with realities» (Delbrück, 1880, p. 77).

moria de los hablantes. Los temas y las desinencias son resultado del análisis de unidades que se presentan al mismo tiempo en la conciencia del individuo, y, por tanto, no se suponen anteriores a las formas de las que se han extraído¹⁹⁵. Kruszewski razonó con suma claridad el carácter ahistórico del análisis morfológico, tomando como base las palabras rusas *prisonit* ('traer [a pie]'), *privozit* ('traer [en un vehículo]') y *privodit* ('traer, conducir'):

[I]t can easily be observed that a word is not connected with other words merely as a whole: each of its parts is connected by separate bonds of similarity with the same or almost the same parts in thousands of other words. We can find thousands of words in which the parts *pri*, *nos* and *it* with their characteristic [...] meaning encountered in combination of one another; each of them is also encountered thousands of times with completely different sound complexes. This causes their separation *in our consciousness* or, more accurately, *in our linguistic feeling*. Only this fact makes them the morphological elements of a word. [...] [T]he separation of the morphological elements of a word depends exclusively on this fact and [N. B.] cannot depend on any other (1995, p. 101; las cursivas son nuestras).

Por este mismo sendero avanza Saussure en su *refugio* ginebrino: «[I]l est faux —escribe en su cuaderno (2002, p. 183)— que les distinctions comme *racine*, *thème*, *suffixe* soient de pures abstractions». Las innovaciones analógicas, precisamente, son la viva prueba de que «les sujets parlants ont conscience d'unités morphologiques —c'est-à-dire [...] significatives— inférieures à l'unité du mot» (Saussure, 2002, p. 184). Creamos formas como *recommenceur* ('recomenzador', de *recommencer*) y *meneur* ('conductor', de *mener*) porque tenemos clara conciencia de que en *graveur* ('grabador'), *pen-*

¹⁹⁵ Del mismo modo —por ejemplo—, la posibilidad de identificar orgánulos en el citoplasma de una célula animal (lisosomas, mitocondrias, retículo endoplasmático, etc.) no implica que esta se haya formado por la agregación de dichos elementos; de hecho, desde los tiempos de Rudolf Virchow sabemos que *omnis cellula e cellula* (Albarracín Teulón, 1992, p. 39).

seur ('pensador'), *porteur* ('portador'), etc., está contenida la unidad *-eur*. No es diferente el parecer de Meillet, aunque sea vea imposibilitado de desarrollar sus ideas hasta el final, ya que no escribe para especialistas, como Kruszewski, ni para sí mismo, como Saussure. Nuestro autor se limita a dar por sentada la divisibilidad de las formas, tomándola como punto de partida para la explicación del fenómeno de la productividad:

L'examen du tableau montre qu'à tout élément commun au système vertical on peut ajouter un élément du système horizontal et réciproquement; celui qui dit *ilém* peut dire aussi *tuémra*, s'il peut dire *tupansra*, il pourra dire aussi *tuémré*. Ainsi *pans-* peut être dans tous les cas substitué à *ém-* ou à *roul-*, et *-ra* peut de même être substitué à *-é*. Le système grammatical d'une langue donnée n'est donc autre chose qu'un ensemble infiniment complexe d'éléments substituables les uns aux autres et associés aux différentes idées exprimées par cette langue (Meillet, 1894b, p. 862).

Sirviéndonos de los términos de Meillet, podríamos decir que toda unidad significativa contrae relaciones *horizontales* y *verticales*. Son horizontales las relaciones entre unidades se unen para conformar unidades más complejas: así, p. ej., las que existen entre {pās-} y {-ra} u {-ō}¹⁹⁶. Son verticales las

¹⁹⁶ Al escribir *pans-*, *ém-*, *roul-*, etc., Meillet trata de dar una idea aproximada de la pronunciación sin utilizar los caracteres especiales propios de alfabetos fonéticos como el de la Asociación Fonética Internacional (Anónimo, 1893) o el que Jean-Pierre Rousselot y Jules Gilliéron crearon para la *Revue des Patois Gallo-Romans* (Anónimo, 1890). Es de suponer que los impresores de la *Revue Internationale de Sociologie*, faltos de los tipos apropiados, obligaron a nuestro autor a servirse de letras comunes y corrientes. Nos ha parecido oportuno reemplazar la *pronunciación figurada* por una verdadera transcripción fonética, con la sola excepción de las citas, donde la fidelidad a la fuente debe ser absoluta.

Sabemos, por lo demás, que representar los signos mínimos mediante una transcripción entre llaves entraña un riesgo: el de que aquellos se identifiquen con su manifestación material, error contra el que se nos ha prevenido muchas veces (Fernández Pérez, 1991, p.

relaciones entre las unidades que podrían reemplazarse mutuamente en una determinada combinación: así, p. ej., las que existen entre {pās-} y {εm-}. A la vista está que, en pasajes como el que hemos citado, las expresiones *sistema horizontal* y *sistema vertical* tienen un sentido —digamos— especial: al leerlas, se hace imposible no evocar las *relaciones sintagmáticas* y *relaciones asociativas* de Saussure (1931, pp. 170-171). En cualquier caso, más que señalar la similitud, lo que urge es desvelar la tesis que está latente en el párrafo que acabamos de citar, a saber: que la identidad de una unidad significativa viene dada por sus relaciones con las unidades contiguas.

En prevención de malentendidos que podrían ser graves, se ha de tener presente que hay dos tipos de contigüidad: la contigüidad en la memoria y la contigüidad en el enunciado (o en la *phrase*, como dice Meillet). La desinencia {-ba} es lo que es —una desinencia, no una simple sílaba— por dos razones. En primer lugar, porque, en la memoria del hablante, tiene vecindad: a) con unidades como {-a} (cfr. *il/elle pensa* ‘pensó’) y {-ε} (cfr. *il/elle pensait* ‘pensaba’); b) con unidades como {-βε} (cfr. *je penserais* ‘pensaré’, *vous penserez* ‘pensaréis’) y {-βō} (cfr. *nous penserons* ‘pensaremos’, *ils/elles penseront* ‘pensarán’). En segundo lugar, porque, en el enunciado, es vecina de unidades como {βul-}, {εm-} y {pās-}, con las cuales puede entrar en combinación (*il/elle roulera*, *il/elle aimera*, *il/elle pensera*...). En rigor —sostiene nuestro autor—, la gramática de una lengua es una urdimbre de series de unidades mutuamente sustituibles: «Le système grammatical d’une langue donnée n’est [...] autre chose qu’un ensemble infiniment complexe d’éléments substituables les uns aux autres» (1894b, p. 862).

La identificación de las unidades por parte del hablante se funda en el juego de las relaciones horizontales y verticales, sin que intervenga ninguna

60; Fernández Pérez, 1993, pp. 38-46). Nuestro *modus operandi* no tiene otra justificación que el afán de brevedad y la conveniencia de eludir discusiones teóricas que estarían fuera de lugar en este contexto.

otra consideración. Al niño, al aprendiz de hablante, no se le ofrecen las unidades significativas ya delimitadas, con un suplemento de instrucciones sobre sus posibilidades combinatorias. Eso sería hacerle entrega del léxico y la gramática *exentos*, abstraídos de la realidad concreta del hablar, para que con ellos acuñe nuevos enunciados. A nadie se le oculta que no es así como procedemos. «Aucune association d'idées —escribe Meillet— n'est transmissible d'un individu à l'autre» (1894b, p. 863). Al niño no se le proporcionan las asociaciones ya establecidas, sino tan solo los materiales (las formas) con que ha de construirlas. Y ni siquiera las formas se le brindan separadas, perfectamente delimitadas; lo que recibe son *frases*, unidades de sentido que, en un principio, se le aparecen como bloques indivisos:

L'enfant qui s'assimile une langue n'y voit et n'y peut voir d'abord que des phrases. Il reconnaît assez vite dans les phrases simples qu'on lui adresse que certains éléments peuvent être substitués à d'autres; il isole tout d'abord les mots, surtout les substantifs qu'on lui indique souvent en dehors de toute phrase. Ses premiers essais se bornent à des mots isolés et il s'en tient là pendant plusieurs mois. Là même où il emploie des formes qui, aux yeux de ceux qui l'entourent, rentrent dans des types grammaticaux, il reproduit simplement des mots qu'il a entendus et qui pour lui ne sont pas associés à d'autres. Puis il s'aperçoit peu à peu de l'existence des substitutions analysées plus haut; il se met à les reproduire lui-même; une fois commencée, cette acquisition se produit très vite et au bout de peu de mois l'enfant use de formes grammaticales (Meillet, 1894b, p. 863; las cursivas son nuestras).

La labor del niño es aislar —mediante la comparación y el análisis— unidades significativas cada vez más pequeñas, condición necesaria para poder recombinarlas y construir unidades grandes que, siendo nuevas, resulten aceptables para otros miembros de la comunidad. Al cotejar emisiones simi-

lares (no iguales), advertirá que las identidades parciales en el ámbito del sentido están ligadas con identidades parciales en el del sonido¹⁹⁷. Por lo mismo, verá que las diferencias parciales en el terreno del sentido lo están con diferencias parciales en el del sonido. Dadas, p. ej., las combinaciones {pāsṽō} ('pensaremos') y {pāsō} ('pensamos'), se da cuenta de que la identidad (parcial) de sentido reposa sobre la repetición de {pā-}, y la diferencia, sobre la presencia de {-ṽō} o de {-ō}, que pueden sustituirse recíprocamente.

En estas páginas de su artículo, Meillet está abordando —es obvio— el mismo problema que el *Cours de linguistique générale* aborda bajo el rótulo de «Méthode de délimitation» (Saussure, 1931, pp. 146-147). No tenemos intención de sugerir que Meillet depende de Saussure en este punto; no queremos insinuar que está recordando las lecciones que el maestro había dado, pocos años atrás, en la École des Hautes Études¹⁹⁸. Nos limitamos a señalar el

¹⁹⁷ Utilizamos los términos *sonido* y *sentido* no ya a pesar de su vaguedad, sino por causa de ella, a fin de evitar las distorsiones que introduciría el uso de parejas como *significante* y *significado* o *expresión* y *contenido*. Además, el propio Meillet, en varios lugares de su obra, habla de *sonido* (fr. *son*) y *sentido* (fr. *sens*) para designar los dos órdenes de fenómenos que se ponen en relación en el lenguaje. Valga esta cita como muestra: «Si l'on observe le discours d'un sujet parlant et qu'on se propose de l'analyser, on peut se placer à deux points de vue. Ou bien l'on étudie l'émission sonore, indépendamment du sens exprimé par le discours, et l'on fait de la *phonologie*, ou bien l'on étudie cette même émission en fonction du sens exprimé, et l'on fait de la *grammaire* ou de la *lexicologie*» (Meillet, 1911, p. 266).

¹⁹⁸ En efecto, la dependencia intelectual no se puede dar por demostrada con solo recordar que Meillet fue alumno de Saussure. Dicho esto, sería un error —y grave— hacer de la falta de pruebas de dependencia una prueba de independencia. Lo más razonable es practicar la suspensión del juicio, visto que las fuentes disponibles discurren por caminos divergentes. John E. Joseph, habiendo estudiado las notas preparatorias de Saussure para sus lecciones parisinas, ha concluido que «Saussure's mature conception of language was present in most of its key aspects in his lectures of 1884–5» (2012, p. 319). De ser así, cabría siempre la posibilidad de que, en aquellos años, Meillet ya hubiese tenido contacto con algunas ideas del Saussure maduro. Por otra parte, sin embargo, el propio Meillet ha dejado escrito

paralelismo, que es indicio de una evidente afinidad y de ubicación en un mismo marco intelectual: un marco que *invitaba* a quienes trabajaban dentro a hacerse ciertas preguntas. Como ya sabemos (cfr. § 3.2.2.3), Meillet sostenía que, en hablantes sujetos a la acción de idénticos factores, las mismas innovaciones fonéticas se presentan de forma simultánea e independiente. Esta tesis —lo hemos visto— ha sido rechazada por lingüistas de renombre. Trasladada al terreno del pensamiento, en cambio, nadie osaría impugnarla. Ya Sir Francis Bacon dijo que las nuevas verdades e invenciones, más que del ingenio, son hijas del tiempo: «Once the needed antecedent conditions obtain, discoveries are off-shoots of their time, rather than turning up altogether at random» (Merton, 1961, p. 473).

Meillet, por lo demás, se mantendrá fiel a estas ideas durante el resto de su carrera. Aquí no hay rectificaciones, ni explícitas ni silenciosas. Sería fácil hacer acopio de citas demostrativas, pero el acarreo de textos muy similares en forma y contenido resultaría oneroso por demás (en tiempo y en espacio) y poco instructivo. Ofreceremos, sobre la marcha, un par de referencias ilustrativas (1911, pp. 279-281, 292-293; 1929a, pp. 72-73), y solo citaremos por extenso uno de los trabajos tardíos de nuestro autor: el último, que vio la luz cuando el maestro ya había fallecido. Nos referimos a su contribución al tomo I de la *Encyclopédie française* (cfr. *supra*, § 1.1.2), que llevó el título de «Structure générale des faits linguistiques» (Meillet, 1937). Por su sobriedad (como la música celestial de los pitagóricos, la erudición de Meillet está, pero no se

que Saussure solo compartió sus doctrinas *generalistas* con los alumnos de la etapa ginebrina: «Des réflexions sur la linguistique générale qui ont occupé une grande partie des dernières années, rien n'a été publié. F. de Saussure voulait surtout bien marquer le contraste entre deux manières de considérer les faits linguistiques: l'étude de la langue à un moment donné, et l'étude du développement linguistique à travers le temps. *Seuls les élèves qui ont suivi à Genève les cours de F. de Saussure sur la linguistique générale ont pu profiter de ces idées*; seuls, ils connaissent les formules précises et les belles images par lesquelles a été illuminé un sujet neuf» (1913, p. 123; las cursivas son nuestras; testimonios semejantes, en Cano López, 2005, p. 175).

nota), por su claridad, por su enfoque generalista, «Structure générale» puede considerarse un testamento científico. Veremos cómo, cuarenta años después de «Les lois du langage», Meillet aborda en términos prácticamente idénticos el primero de los retos que afrontan el (futuro) hablante y el lingüista que pretende describir una lengua que (todavía) no habla: partiendo la observación de los actos comunicativos y la recepción de las frases que en ellos se intercambian, elevarse hasta la reconstrucción de los patrones conforme a los cuales aquellas se han cortado. He aquí las palabras de Meillet, que parecen una segunda edición —levemente corregida y bastante aumentada— de las que había publicado en 1894:

Chez ces hommes, il existe [...] un ensemble complexe de possibilités qui, suivant les besoins, passent à une réalisation. Ces possibilités n'existent que dans l'esprit des hommes parlant une même langue. *On n'a donc pas le moyen de les observer directement; on n'en saisit que les réalisations qui interviennent à l'occasion; c'est dans les paroles que les hommes échangent entre eux qu'on peut observer indirectement l'existence de ces systèmes complexes de possibilités qui constituent les langues.*

Pour analyser des paroles, on est amené en principe à comparer des cas tels que l'on puisse faire varier un seul élément, de manière à l'isoler de tous les autres. Soit par exemple des paroles telles que «Pierre joue, Paul joue, Louis joue»; on isole ainsi un élément «joue» propre à indiquer un certain acte accompli par des personnages différents dont le nom se trouve également isolé par là même. Les éléments isolés de cette manière sont propres à figurer dans d'autres paroles destinées à d'autres communications; ainsi: «j'ai vu Pierre, j'ai vu Paul, j'ai vu Louis», ou bien: «ceci est à Pierre, ceci est à Paul, ceci est à Louis». Le langage opère donc avec des éléments capables d'être substitués les uns aux autres; le nombre et les modalités de ces substitutions sont sans limite; par là le langage se prête à énoncer des choses différentes; analyser une langue, c'est examiner quelles y sont les

substitutions possibles (Meillet, 1937, 1*32~9-1*32~10; las cursivas son nuestras).

Como hemos visto, la única novedad reseñable es la introducción de un cuasisinónimo de *phrases: paroles* —eco tal vez del *Cours*—, que no alude aquí a la actividad locutiva de los hablantes, sino a los productos verbales de dicha actividad, o sea, a los enunciados. Por lo demás, la estabilidad del pensamiento meilletiano es, en este punto, verdaderamente sorprendente; aunque, bien mirado, lo justo maravillarse de la precocidad que demostró cuatro decenios atrás. Se objetará, para restarle importancia, que esta doctrina no encierra misterios: todos los días podemos observar que, cuando está en vías de adquirir su primera lengua, el niño reconstruye en su mente el mecanismo formal que ha permitido y permite a sus allegados producir todas las frases que él escucha. Creemos que esa objeción no es justa: todos los días se puede *ver; observar*, en cambio, es otra cosa y no está al alcance de todos¹⁹⁹. Asimismo, creemos que la doctrina en cuestión, con toda su sencillez, es fecunda en implicaciones para el lingüista práctico, el lingüista que aborda la tarea de describir una lengua a partir de los textos (orales o escritos), no apoyándose en el conocimiento intuitivo que de ella pueda tener ni en esquemas arrancados de la tradición gramatical autóctona, si es que existe. La primera y más importante lección es esta. Si el objetivo del gramático es sacar a la luz el «*système personnel d'associations linguistiques*» (Meillet, 1894b, p. 863) de los hablantes, solo ha de tomar en consideración las formas que, habiéndose introducido en la memoria del individuo a través de la escucha repetida, se organizan allí en series sobre la base de sus afinidades de forma y/o de contenido. Las formas que —por pertenecer a estados lingüísticos anteriores— son extrañas al sistema de aso-

¹⁹⁹ No es inoportuno recordar aquí una sentencia de Jean-Jacques Rousseau en su *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes* (1755): hace falta mucha filosofía, dice, «pour savoir observer une fois ce qu'il a vu tous les jours» (Rousseau, 1755, p. 39).

ciaciones del hablante, no hay que tenerlas jamás en cuenta: evocarlas sirve tan solo para introducir distorsiones en la descripción. Todo lo que proyecta la sombra del pasado muerto sobre el presente vivo, sea una tradición gramatical retardataria, sea una tradición ortográfica conservadora, debe ser puesto entre paréntesis. Como su maestro Saussure, Meillet ha llegado a la exigencia de sincronía a partir de la reflexión sobre la analogía:

De toutes les grammaires, celle du français est la moins propre à donner une idée exacte de ces systèmes de formes, en partie parce que le français présente beaucoup d'anomalies, et en partie parce que les manuels scolaires[,] plus faits pour enseigner aux enfants une orthographe de convention que pour leur faire reconnaître et observer les faits réels, dissimulent les véritables associations. Peu de Français cultivés savent que l'idée du féminin est associée à l'addition d'une consonne à la forme du masculin (il s'y joint très souvent une différence du timbre de la voyelle précédente): *vêr, vêrt* – *gran, grand* – *lou, louo* [sic] – *lon, long* – *cureu, cureuz* – *bon* (avec *on*, voyelle nasale), *bon* (*o* suivi de *n*) – *bénin, bénign* – *fré, frêch* – *premye, premyer*. Plus d'un grammairien même ignore peut-être ce procédé de formation, mais le peuple l'indique nettement quand il dit qu'une poire est *crute* ou qu'une petite fille est *gaite* (Meillet, 1894b, p. 862).

3. 3. EL ASCENSO A LA CUMBRE (1902-1906)

En el apartado anterior tuvimos ocasión de acompañar a Antoine Meillet en las primeras etapas de una escalada que —nadie lo hubiera dicho por entonces— había de conducirlo hasta la cima de los estudios lingüísticos en Francia. Vimos, así, cómo halló sostén e impulso en dos sucesos: por un lado, la partida de su admirado maestro Ferdinand de Saussure, que dejó París para recluirse en su Ginebra natal; por otro, el inesperado deceso de James Darmes-

teter, aquel brillante iranista que, no contento con haber heredado los laureles de Eugène Burnouf, aspiraba a conquistar los de Ernest Renan. Observamos también cómo, entre las indagaciones especializadas a que lo obligaban sus compromisos docentes, nuestro autor logró deslizar un par de trabajos de índole teórica (y de carácter divulgativo), signos tempranos de una preocupación que jamás había de abandonarlo. Advertimos, en fin, que aquella temprana afición a los problemas de alcance general estaba llamada a convertirse en un rasgo que lo singularizaría entre sus coetáneos.

Llega ahora el momento de presenciar un nuevo ascenso de Meillet, propiciado en parte, como el anterior, por circunstancias luctuosas. La muerte, en dos ocasiones, y la vejez, en una, apartaron varios obstáculos de su camino y lo colocaron en una posición inmejorable, más cerca de la cumbre de lo que poco antes hubiera imaginado. Esta progresión en su carrera profesional propició, como veremos, una nueva germinación de sus inquietudes generalistas, que no tardó en dar cumplidos frutos. No hace falta decir que recogeremos y describiremos los más granados, que excedieron con mucho los que la etapa anterior había rendido.

3.3.1 La sucesión de Carrière y muerte de Duvau (1902-1903)

Sabemos ya (cfr. *supra*, § 1.1.2, n. 26) que las primeras investigaciones de Meillet tuvieron lugar en el campo de la lingüística y la filología armenias, del cual parecía llamado a ser un excelente cultivador²⁰⁰. Como recompensa de

²⁰⁰ Un pronóstico que hacían incluso quienes no lo tenían en muy alta estima. En 1891, el latinista Émile Chatelain, defensor de Duvau en la querella por la sucesión de Sausure (cfr. *supra*, § 3.2.1), ya concedía que Meillet, entonces un joven con escasa obra escrita, llevaba trazas de convertirse en un armenólogo sobresaliente. «À l'origine de l'École —escribía Chatelain, en carta a Gaston Paris—, on a nommé Maspero, Bergaigne, Guyard avec aussi peu de titres [que Meillet], [...] mais leurs nominations ne brisaient la carrière de per-

sus desvelos, fueron ambas disciplinas las que le brindaron su primer puesto de profesor titular. El 25 de enero de 1902, a los 64 años, fallecía Auguste Carrière fallece, y quedaba vacante la cátedra de armenio de la École des Langues Orientales Vivantes. En razón de su historial científico, nuestro autor fue llamado a ocuparla. El cambio era de personas y, sobre todo, de personalidades. Según cuentan quienes lo conocieron, Carrière supeditaba la investigación a la docencia: «Il multipliait sans compter ses leçons parce qu'il songeait plus à faire profiter un grand nombre de jeunes gens de ses [...] connaissances [...] qu'à s'assurer une réputation [...] par des publications» (Barbier de Meynard, 1902, p. 131). Meillet, en cambio, no era hombre dispuesto a poner tasa a su prodigiosa productividad científica. No estamos insinuando que fuese negligente en el cumplimiento de sus obligaciones como enseñante. Nada hay que invite a suponerlo. Lo más probable es que albergase la convicción de que solo el trato directo con las fuentes y el estudio personal de los problemas candentes lo ponían en condiciones de impartir lecciones a la altura de la institución que lo acogía.

Debió de ser esta convicción la que lo empujó a emprender, en el verano de 1903, su segundo viaje al Cáucaso. Después de un trayecto de dos semanas, Meillet recalaba en Echmiadzín el 19 de julio, y al día siguiente estaba ya ins-

sonne. En 1891, l'École est trop célèbre pour qu'une vocation soit un titre suffisant à prendre place sur notre affiche pour 40 ans. La grande force de l'École consiste en ce que chacun n'enseigne que ce qu'il sait dans la perfection. *J'admets que M[eillet] est ou sera le premier arménologue de l'Europe; il suivra ses goûts en traitant des "langues du Caucase"*. Ces conférences [...] ne se feront peut-être pas tous les ans» (*apud* Décimo, 2012, p. 196; las cursivas son nuestras). A ojos de Chatelain, Meillet era un especialista de primera magnitud — en rigor, un *futuro* especialista de primera magnitud — en la lengua y la literatura armenias. Con el paso de los años, aquel muchacho tan prometedor podría hablar de vez en cuando sobre «las lenguas del Cáucaso»; el sánscrito, el griego, el latín, el gótico, etc., que reclamaban un tratamiento asiduo y continuado, corresponderían — parece decirnos Chatelain — a profesores con aficiones menos *exóticas*. No hace falta decir que la previsión se quedó corta: Meillet fue un gran armenólogo, sí, pero no basta esa pincelada para pintar su retrato.

talado con todas las comodidades que el cenobio permitía: «[O]n me donne appartement complet: chambre à coucher, salon, cabinet en face de l'église [...]. Je suis traité comme un vardapet» (*apud* Gandon, 2014, p. 210). Su misión —apunta Vendryes (1937, p. 207)—, «étudier des manuscrits et rafraîchir sa pratique de la langue vivante». Fue precisamente durante su estancia cuando recibió una noticia que cerraba toda una etapa de su trayectoria profesional. Louis Duvau, su rival de otrora (cfr. *supra*, § 3.2.1), había fallecido el día 14 de julio, a la temprana edad de treinta y nueve años²⁰¹. No estará de más transcribir por entero las anotaciones que sobre el hecho dejó Meillet en su diario, fechadas el 7 de agosto:

En apprenant ce matin la mort de Duvau par une carte de Berthe [Esbaupin], je n'ai pas été ému autant que je l'aurais été à Paris, ni même si la nouvelle était fraîche.

Je pense que nous avons été nommés ensemble durant mon premier séjour en ce pays. C'est peu intéressant. J'ai seulement pensé à faire nommer [Robert] Gauthiot à sa place (*apud* Gandon, 2014, p. 218).

En su diario, Meillet solo escribió estas líneas acerca del que había sido su compañero durante más de diez años²⁰². De cara al público, en cambio, le rindió homenaje, pero sin exhibir una admiración que no había sentido. De he-

²⁰¹ En el panegírico que pronunció con ocasión de las exequias de Duvau, Émile Chatelain refiere que su muerte fue consecuencia de una grave dolencia gástrica de curso largo: «[U]ne terrible maladie d'estomac, qu'il n'avait surmontée que par la force de la volonté, a fini par le vaincre. Ni les soins, ni le dévouement de sa mère n'ont pu réparer un organisme épuisé» (Chatelain, 1904, p. 135).

²⁰² Como apunta André Rousseau (2010, p. 100, n. 55), Meillet «ne manifeste aucun sentiment de cordialité envers son collègue», indicio seguro de que las relaciones entre los dos herederos de Saussure «n'ont jamais dû être cordiales».

cho, no tuvo reparo en poner en evidencia lo exiguo, lo inconcluso del legado científico de Duvau:

On a, plus d'une fois, publié des recueils de travaux en l'honneur de savants morts prématurément. Mais, quand il s'agit d'un homme [...] à qui des circonstances diverses n'ont pas permis de réaliser l'œuvre qu'il avait préparée, le meilleur hommage à rendre à sa mémoire, et le plus profitable à la science, est de chercher à dégager *les idées originales qu'il s'était formées et qu'il n'a pas pu développer*» (Meillet, 1906b, p. 233; las cursivas son nuestras).

Varias son, según Meillet, las causas que explican la baja productividad de su colega. De un lado, operaron dos factores de índole extraintelectual: sus constantes y graves problemas de salud (Meillet, 1903-1905, p. LXVI) y las obligaciones anejas al puesto de secretario de la *Société de Linguistique de Paris*, que él desempeñó con probidad y diligencia extraordinarias (Meillet, 1903-1905, p. LXVI-LXVII). De otro lado, lo afligió una afección del espíritu de la que jamás pudo desembarazarse: el perfeccionismo. Su ansia por dejar una obra que fuese original, personal (y no por ello menos rigurosa), acabó por atenazarlo e impedirle dar la medida de su talento:

Il est aisé à un savant de publier souvent et beaucoup, quand il se contente d'utiliser des méthodes enseignées et pratiquées en son temps; il suffit d'appliquer ces méthodes à quelque nouvel objet en monnayant les idées générales qui ont cours. *Duvau était plus exigeant pour lui-même; il tenait à ne publier que s'il apportait des faits inédits et des idées neuves*, ou du moins s'il présentait une idée connue sous une forme nouvelle. Du reste, il faut l'ajouter, il se défiait, à tort ou à raison, des méthodes et des

idées générales actuellement admises par la plupart des linguistes» (Meillet, 1906b, p. 233; las cursivas son nuestras).

Aunque no es imposible leerlas como un elogio, estas palabras comportan, en el fondo, un juicio bastante áspero. Al afirmar que Duvau publicó poco porque solo estaba dispuesto a hacerlo cuando aportase «des faits inédits et de idées neuves», Meillet está tasando a la baja los méritos de su compañero; está diciendo, en efecto, que fueron pocas las ocasiones en que logró aportar una cosa o la otra. Esta explicación contrasta con la que da Émile Chatelain, que ve modestia donde Meillet veía solo inseguridad:

C'est que Duvau ne courait pas après la renommée, il travaillait pour le plaisir de savoir et d'enseigner. Un caractère droit et ferme, éloigné de toute intrigue, le garantissait contre tout sentiment d'ambition. Ce sont uniquement ses chefs, depuis le proviseur du lycée d'Orléans jusqu'à l'illustre maître du Collège de France [*scil.* Michel Bréal] qui, après avoir reconnu ses mérites, l'ont poussé dans une voie digne de sa valeur (Chatelain, 1904, p. 135).

En el retrato que de él traza Chatelain, Duvau se nos presenta como un hombre de genio apacible, y su figura reviste un atractivo particular. Muchos años después, en 1945, un Joseph Vendryes casi anciano añadía una pincelada a la pintura de Chatelain. En una reunión de la *Société de Linguistique de Paris*, que reanudaba su actividad tras una pausa de cuatro años, Vendryes presentó una comunicación sobre la comparación interlingüística y el papel que había de cumplir en un porvenir no muy lejano. El viejo amigo y discípulo de Meillet recorría —a paso largo— las tierras ya explotadas, y exhortaba a explo-

rar las que seguían vírgenes²⁰³. Pues bien, cuando hubo de describir el funcionamiento y los resultados de la comparación interlingüística tal como se practicaba desde hacía más de cien años, se le vino a la memoria el nombre de Duvau, un hombre agudo, ingenioso, capaz de advertir una debilidad que otros preferían pasar por alto:

Un linguiste homme d'esprit (n'était-ce pas Louis Duvau ?) aimait à dire que toute la grammaire comparée reposait sur le rapprochement d'une centaine de mots, invariablement les mêmes. C'est avec *śatām* - *ἑκατόν* - *centum*, *áçvah* - *ἵππος* - *equos*, *bhárāmi* - *φέρω* - *ferō*, *yákr̥t* - *ἵπαρ* - *iecur* et quelques triades de ce genre qu'on bâtitait, prétendait-il, tout l'indo-européen. Il y a un peu de vrai dans cette boutade, et il est non moins

²⁰³ Hasta la fecha —escribe Vendryes (1942-1945, p. 6)—, la comparación se ha utilizado casi exclusivamente como herramienta al servicio de la lingüística histórica. Su objetivo ha sido detectar, reuniéndolas en familias, las lenguas que presentan concordancias explicables solo como herencia de un estado lingüístico lengua anterior (pp. 1-2). Al llevar a cabo el deslinde de cada familia, se obtiene, por fuerza, un elenco de los caracteres compartidos por sus miembros, el cual conduce a una reconstrucción —parcial, conjetural— del antepasado común. Dicha reconstrucción, a su vez, posibilita la identificación de las alteraciones que han producido la particular fisonomía de cada uno de los descendientes. Esta ha sido —dice Vendryes— la magna obra de la lingüística del s. XIX y de las primeras décadas del s. XX, una obra susceptible de refinamientos de detalle (p. 7), pero concluida en lo esencial. Es la hora de imprimirle a la comparación un rumbo diferente; diferente, que no nuevo (pp. 7-8). Es la hora de buscar concordancias interidiomáticas que no reposen sobre la continuidad histórica, sino sobre la unidad esencial de la mente humana: «Le linguiste n'aura plus pour objet d'établir par la comparaison un rapport de parenté entre des états de langue séparés dans l'espace et dans le temps; il tirera de la comparaison de ces états de langue une connaissance précise des besoins universels de l'esprit humain et des lois générales qui en régissent l'activité» (p. 6). Pablo Cano López (2007) ha escrito sobre las raíces, la naturaleza y el impacto de este proyecto del último Vendryes.

certain que ces mots-là, si intéressants qu'ils soient, ne constituent pas l'essentiel de la langue (Vendryes, 1942-1945, p. 4).

Mas, cualesquiera que fuesen las cualidades intelectuales y morales de Duvau, no cabe duda de que su muerte dejó a Meillet sin rivales. Como veremos, esta circunstancia no tardaría en revelarse decisiva.

3.3.2. La sucesión de Bréal (1905-1906)

Habiendo cumplido setenta años en 1902, Bréal había empezado a convencerse de que su cansancio y sus achaques le hacían necesario abandonar la docencia por completo. De sus cargas en la École Pratique des Hautes Études se había liberado tiempo atrás; ahora era el momento de abandonar el que ocupaba en el Collège de France. El reglamento del Collège, establecido por el *Décret du 1^{er} février 1873*²⁰⁴, le permitía permanecer de por vida en la cátedra, pero, obviamente, no lo obligaba; antes bien, daba por sentada la posibilidad del retiro voluntario: «Les professeurs qui, a raison de leur âge avancé [...], sollicitent leur admission à une pension de retraite ou se rendent démissionnaires, peuvent obtenir le titre de professeur honoraire» (art. 12)²⁰⁵. La solicitud debía someterse a discusión en la *assemblée de professeurs*, órgano que, según el reglamento (arts. 14-20), tomaba las decisiones relativas a la ordenación académica y la gestión del personal. Pues bien, en la reunión del 2 de abril de 1905, Bréal manifestó a todo el claustro su voluntad de retirarse;

²⁰⁴ *Légifrance* nos da acceso al número del *Journal Officiel de la République Française* en el que se publicó el decreto, que es el del 7 de febrero de 1873: <https://bit.ly/2RHoMtw>.

²⁰⁵ Las cosas han cambiado, por supuesto. En nuestros días, los profesores del Collège deben retirarse a los setenta años; así lo dispone el *Code de l'Éducation* (art. L-952-10), que se puede consultar a través de *Légifrance*: <https://bit.ly/2TfO2rt>.

no lo hizo personalmente, sin embargo, sino a través de la voz del profesor Pierre Émile Levasseur, administrador del Collège, que presidía la reunión²⁰⁶:

M. le Président communique la lettre par laquelle M. Bréal demande sa mise à la retraite. Il dit qu'il l'a retenu depuis plus d'un an, et qu'il aurait voulu retenir plus encore un collègue dont le nom fait honneur au Collège.

L'Assemblée exprime ses regrets et demandera, pour M. Bréal, le titre de professeur honoraire²⁰⁷.

No mucho después (26 de abril), el *Journal Officiel* publicaba la descripción de las lecciones que se impartirían en el Collège a partir del 1 de mayo. Entre ellas, las del viejo maestro: «Michel Bréal [...] exposera ses idées sur la langue et la composition de l'*Illiade*, les lundis à onze heures; il expliquera quelques-uns des plus anciens textes latins, les jeudis, à la même heure» (p. 2718)²⁰⁸. Era evidente, pues, que el retiro no se haría efectivo hasta que comenzase el siguiente curso. En un principio, la noticia no fue tal: fuera del claustro del Collège, nadie reparó en ella. Ahora bien, a la vuelta de las vacaciones estivales, a medida que se aproximaba el inicio del nuevo curso, la decisión de Bréal empezó a conocerse y comentarse en las páginas de los periódicos. Para comprenderlo, debemos contemplar el hecho con los ojos de un periodista de entonces. En el caso de los profesores del Collège de France, el retiro voluntario era excepcional. De ahí que la noticia llegase entreverada de

²⁰⁶ No por accidente, sino en virtud de su cargo de administrador, conforme a lo dispuesto en el reglamento: «L'administrateur préside l'assemblée des professeurs, et, s'il le juge convenable, toutes les commissions dont il est membre de droit; il correspond seul avec le ministre et veille au bon ordre des cours et à la régularité des différents services» (art. 2).

²⁰⁷ *Salamandre* (<https://salamandre.college-de-france.fr/>), portal de los archivos del Collège de France, nos da acceso al acta: <https://bit.ly/3fJPBW7>.

²⁰⁸ El número es consultable en *Légifrance*: <https://bit.ly/3hSgrOG>.

rumores. Se dijo que Bréal había sido maltratado por el Ministerio de Instrucción Pública; incluso se insinuó que la jubilación se le había impuesto mediante coacciones. Un indicio de aquella poderosa corriente de opinión lo tenemos, p. ej., en este suelto del diario *Le Temps*, destinado precisamente a revertirla:

M. Bréal, un des maîtres les plus estimés du Collège de France, quitte cet établissement après un long et brillant enseignement.

À ce propos, des journaux ont annoncé que M. Bréal aurait été obligé de donner sa démission dans des conditions qui lui auraient été désagréables et qui auraient été tenues secrètes.

Voici les déclarations qui nous ont été faites, relativement au départ de M. Bréal, à l'administration du Collège de France:

M. Bréal, qui, vous le savez, est très âgé, avait l'intention depuis un assez long temps déjà de donner sa démission. Une première fois, M. Levasseur, administrateur du collège, put le faire revenir sur cette intention; mais M. Bréal, peu après, insistait à nouveau. Sa mise à la retraite est du 18 avril dernier. Le même jour, il était nommé professeur honoraire du collège. Sa retraite, de plus, ne devait avoir d'effet que le 1^{er} novembre prochain. M. Bréal est encore, à cette heure, en activité de service.

La vérité, c'est que, en dehors du Collège et du ministère, M. Bréal a rencontré quelques mécomptes, lorsqu'il a voulu se choisir un nouveau remplaçant. Il n'est pas facile de suppléer un maître comme M. Bréal. Mais, je vous le répète, c'est sur son désir plusieurs fois exprimé, qu'a été signée, le plus tard possible, sa mise à la retraite.

Que va-t-on faire de sa classe?

La question n'est pas encore tranchée.

Réglementairement, le ministre de l'Instruction publique doit inviter l'assemblée des professeurs du collège à délibérer sur le maintien d'une chaire vacante; nous n'avons pas encore reçu cette invitation. D'ailleurs,

M. Bréal ne sera vraiment en retraite que le 1^{er} novembre (Anónimo, 1905, p. 6)²⁰⁹.

No es de extrañar que los ecos de la noticia cruzasen la frontera francesa y llegasen hasta Ginebra y, por tanto, a oídos de Ferdinand de Saussure. Un amigo, que había leído el suelto apresuradamente (conque no recordaba la fecha ni los detalles), le comentó a Saussure que la sucesión de Bréal se complicaba. Saussure, inquieto, le escribió a Meillet en busca de aclaraciones: «J'espère vivement, ou qu'il aura mal compris le sens de l'article, ou en tous cas qu'il ne s'agit de rien de grave ou de pénible pour vous ou pour M. Bréal» (carta del 31 de octubre de 1905, *apud* Benveniste, 1964, p. 103). La respuesta de Meillet no ha llegado a nuestras manos, pero, dada la contestación de Saussure, salta a la vista que disipó sus temores: «Votre lettre m'a fait un bien sensible plaisir. A vrai dire je n'avais pas d'inquiétude sérieuse, il me paraissait plus qu'extraordinaire qu'une difficulté [...] se présentât à propos de la succession de M. Bréal» (carta del 3 de noviembre de 1905, *apud* Benveniste, 1964, p. 104). Al final, en efecto, no hubo problemas; era previsible, porque, muerto Duvau, ¿podía alguien arrebatarse la cátedra a Meillet? Se comprende que, treinta años más tarde, los obituarios de nuestro autor refiriesen su ascenso al puesto de Bréal sin hacer ni un solo comentario al respecto, como

²⁰⁹ ¿Cuáles fueron los periódicos que anunciaron que Bréal se había visto «obligé de donner sa démission dans des conditions qui lui auraient été désagréables»? No hemos logrado identificarlos con total seguridad. Lo único que hemos podido descubrir es que, dos días antes, el joven romanista Albert Dauzat había publicado un artículo sobre el caso en el diario *La Liberté*. Dauzat afirmaba que Bréal —a quien atribuía, erróneamente, ochenta años de edad— había dimitido porque se le había negado la posibilidad de procurarse un suplente, y añadía que la dimisión, hecho insólito, había creado preocupación en el Ministerio: «Jamais, en effet, on n'avait vu un professeur du Collège de France demander sa mise à la retraite; il est d'usage, paraît-il, que tous travaillent jusqu'à leur dernière heure, à moins qu'ils ne se fassent suppléer» (Dauzat, 1905). El suplente deseado no era otro que Meillet, pero, según Dauzat, la dirección de la École des Langues Orientales no le había permitido compaginar la enseñanza de armenio con la de gramática comparada en el Collège.

cosa que se da por supuesta. Incluso el que escribió Alfred Merlin, que se tiene más que otros en el tratamiento del relevo, presenta el nombramiento de Meillet como una simple decisión de su maestro, motivada por un íntimo convencimiento de que era el sustituto idóneo:

En 1905, Michel Bréal, l'initiateur des études linguistiques chez nous, prenait spontanément sa retraite, alors qu'à cette époque les professeurs du Collège de France étaient nommés à vie, pour faire place à celui qui lui paraissait le plus apte à poursuivre et à développer son œuvre.

Quand il eut été nommé professeur au Collège de 1906, Meillet se démit de ses fonctions à l'École des Langues Orientales et désormais[,] pendant une trentaine d'années, il devait dispenser tant à l'École des Hautes Études qu'au Collège de France l'enseignement de la grammaire comparée à un auditoire aussi fervent que fidèle (Merlin, 1952, p. 574).

Aunque verdadero en lo esencial, este relato es inexacto. Meillet estaba llamado a ocupar aquella cátedra, pero la sucesión no fue —y no podía ser— el *traspaso* instantáneo que describe Merlin. Como cualquier otro de los nombramientos del Collège, el de Meillet fue el último acto de un proceso sujeto a una estricta periodización, con trámites ineludibles y plazos improrrogables. El 5 de noviembre, consumado el retiro de Bréal, la *assemblée de professeurs* se reunió para decidir si su cátedra se suprimiría, se mantendría o se transformaría²¹⁰. Había que reflexionar también —aunque el punto no figurase en el orden del día— sobre la suerte del laboratorio de fonética experimental anejo a la cátedra, dirigido por el abate Rousselot (cfr. *supra*, § 3.2.2, n. 179). Louis

²¹⁰ Lo cual no es señal de que la posición de la gramática comparada fuese menos segura que la de otras disciplinas, sino mera aplicación del reglamento del Collège. En efecto, el reglamento prescribía que la justificación y el perfil de *todas* las cátedras se reexaminasen cuando los titulares se retirasen: «Lorsqu'il survient une vacance, le ministre, dans le mois qui suit, invite l'assemblée à lui faire connaître les considérations scientifiques qui peuvent justifier le maintien du titre de la chaire ou nécessiter sa transformation» (art. 16).

Havet se apresuró a tomar la palabra para defender una posición que sería, a la postre, la de todos sus compañeros:

M. Havet demande le maintien de la chaire[,] qui[,] d'après lui, s'impose. La grammaire comparée est actuellement en pleine croissance et son domaine s'élargit infiniment. Des langues jusqu'ici peu étudiées fournissent des documents pour l'étude des langues classiques. La grammaire comparée doit avoir au Collège de France un enseignement à part, indépendant du sanscrit.

M. Havet souhaite donc qu'on maintienne la chaire, mais qu'on rend indépendant le laboratoire de phonétique expérimentale²¹¹.

Como ya hemos dicho, la propuesta de Havet se aprobó por unanimidad. En los meses anteriores, alguien —su identidad nos es desconocida— había albergado la intención de convertir la cátedra de gramática comparada en cátedra de fonética experimental²¹². Quienquiera que fuese, no osó discrepar. La resolución de la asamblea se puso en conocimiento del ministro de Instrucción Pública, Jean-B. Bienvenu-Martin. Al cabo de pocos días, de acuerdo con el proceder usual, el *Journal Officiel* anunciaba que la cátedra estaba va-

²¹¹ El acta se puede consultar a través de Salamandre: <https://bit.ly/3hT3EcG>.

²¹² Hay dos indicios inequívocos de que la idea estaba en circulación en algunos ambientes. Por un lado, el artículo de Dauzat sobre el *caso Bréal* (cfr. *supra*, n. 209) incluía una defensa abierta, sin ambages, del cambio en cuestión: «La grammaire comparée est une science adulte [...]. La phonétique expérimentale, au contraire, est une science toute jeune; [...] elle ouvre au linguiste des horizons insoupçonnés [...]. Entre les deux, la grammaire comparée doit plutôt être sacrifiée: le Collège de France [...] doit être le jardin d'acclimatation des sciences nouvelles» (Dauzat, 1905). Por otro lado, en una de sus cartas a Meillet, Saussure aludía fugazmente al proyecto, sin mencionar a su(s) impulsor(es): «Drôle d'idée, si on tient à créer une chaire de Phonologie expérimentale, que de vouloir l'installer sur la tombe de la Grammaire Comparée» (carta de 3 de noviembre de 1905, *apud* Benveniste, 1964, p. 104).

cante y concedía un plazo de un mes para que los aspirantes «produi[sent] leurs titres» (14 de noviembre de 1905, p. 6622)²¹³.

El 17 de diciembre, los profesores volvían a reunirse. En el orden del día figuraba, entre otros asuntos, la elección del nuevo titular de la cátedra de Gramática Comparada. Dos candidatos concurrían: Antoine Meillet y Maurice Grammont, que enseñaba Gramática Comparada en la Facultad de Letras de Montpellier²¹⁴. En el acta encontraremos un cálido elogio de nuestro autor, de quien se viene a decir que posee, en altísimo grado, todas las cualidades que el puesto exige:

M. Meillet, directeur adjoint à l'École des Hautes Études, professeur à l'École des Langues Orientales[,] est admirablement préparé pour l'ensemble des langues indo-européennes, familier en particulier avec les langues de l'Iran, de l'Arménie, avec les langues slaves, très au courant de toutes les sciences auxiliaires. Il a composé des ouvrages aussi importants que variés, remarquables par l'esprit de synthèse qui le systématise et met en lumière leur interdépendance par la sévérité de son méthode (2 AP 11, p. 125).

Cauto, humilde, Grammont renuncia a competir por el primer puesto: solo compite —él mismo lo declara— *pour la seconde ligne* (*ibid.*), expresión harto fácil de traducir, pero de sentido dudoso. ¿En qué consiste la condición de *candidat de seconde ligne*? No podemos responder sin interrumpir el relato para describir, con brevedad, el mecanismo de provisión de plazas del Collège.

²¹³ *Légifrance* nos ofrece una copia digital: <https://bit.ly/2SunLFy>.

²¹⁴ Como sabemos (cfr. *supra*, § 2.2.3, n. 121), la carrera docente de Grammont había comenzado en la Universidad de Dijon. En el curso 1895-1896 pasó a Montpellier, en calidad de *maître de conférences* de Gramática y Filología (Bergounioux, 1990, p. 68). Su nombramiento como profesor de Gramática comparada se había anunciado en el *Journal Officiel* del 21 de noviembre de 1901; como de costumbre, el número está disponible en *Légifrance*: <https://bit.ly/3oPvBoZ>.

Según parece, las asambleas debían proponer dos candidatos: uno *en première ligne* y otro *en seconde ligne*. Luego, el ministro de Instrucción Pública elegía a uno de ellos, que solía ser el preferido del cuerpo docente, esto es, el *candidat de première ligne* (Faraco Benthien, 2015, p. 196). Cabe suponer, pues, que Grammont estaba ayudando a su amigo: de no ser por su colaboración, no se habría cumplido el requisito de la doble candidatura, y, por lo tanto, la plaza habría quedado vacante. Hasta hace muy pocos años, de hecho, la costumbre era que los aspirantes bien situados buscasen un amigo dispuesto a presentarse para *couvrir el expediente*: «Jusqu'aux tout récents statuts de juillet 2014, vous deviez même solliciter un ami pour qu'il se présentât comme candidat de *seconde ligne*» (Compagnon *et al.*, 2015, p. 10)²¹⁵.

El acta de la asamblea del 17 de diciembre contiene un elogio del profesor de Montpellier, generoso, pero bastante más escueto y menos cálido que el de

²¹⁵ Conviene señalar, empero, que el reglamento en vigor a principios del s. XX no avala la reconstrucción historiográfica que nosotros mismos —apoyándonos en Faraco Benthien y en Compagnon y sus colaboradores— hemos ofrecido en las líneas anteriores. Como es natural, la norma disponía que los resultados de las votaciones se le comunicasen «sans délai» al ministro (art. 17), acompañándolos de un informe sobre los méritos científicos de los candidatos. Ahora bien, al titular de Instrucción Pública no se le atribuía ninguna potestad decisoria; su papel era el de un simple intermediario: «Ces documents sont communiqués par le ministre à la classe de l'Institut [de France] qui doit participer à l'élection» (art. 17). Desgraciadamente, el reglamento no aclara cuándo se produce ni en qué consiste la intervención de los miembros del Institut. La clave la encontramos en un decreto de principios de 1852: «En cas de vacance d'une chaire au collège de France, au musée d'histoire naturelle, à l'école des langues orientales vivantes, ou d'une place au bureau des longitudes, à l'observatoire de Paris et de Marseille, les professeurs ou membres de ces établissements présentent deux candidats; la classe correspondante de l'institut en présente également deux. Le ministre peut en outre proposer au choix du président de la République un candidat désigné par ses travaux» (*Décret du 9 mars 1852*, art. 2; texto consultable a través del portal *Légifrance*: <https://bit.ly/3oG1AIv>). No sabemos durante cuánto tiempo se cumplió esta disposición (visto que *Décret du 1^{er} février 1873* no la menciona, cabe preguntarse si había caído en el olvido). En cualquier caso —insistimos—, la situación

Meillet: «C'est un esprit synthétique [...], puissant, hardi, qui, à considérer la valeur scientifique de ses productions[,] aurait été digne d'une présentation en 1^{ère} ligne» (*ibid.*). La votación se desarrolló según lo previsto. Asistían a la asamblea treinta y cuatro profesores, de modo que la mayoría absoluta ascendía a dieciocho votos. Pues bien, en la *première ligne*, Meillet obtuvo treinta y tres; hubo uno para su rival, por más que este —como sabemos— hubiese renunciado a serlo. En la *seconde ligne*, Grammont logró treinta y dos votos; los dos restantes fueron en blanco. Pasadas apenas tres semanas, el *Journal Officiel* publicaba los resultados de la votación (38.º año, n.º 5, 6 de enero de 1906, p. 121)²¹⁶, y luego, transcurridas otras dos, anunciaba el nombramiento de nuestro autor:

M. Meillet (Antoine), docteur ès lettres agrégé de grammaire, directeur d'études pour la grammaire comparée à l'École pratique des hautes études, professeur d'arménien à l'école des langues orientales vivantes, est nommé professeur de la chaire de grammaire comparée du Collège de France, en remplacement de M. Bréal, admis à faire valoir ses droits à la retraite (38.º año, n.º 18, 19 de enero de 1906, p. 369).

Con estas pocas líneas del *Journal* se cerraba un brevísimo episodio de la carrera profesional de Antoine Meillet y Maurice Grammont; un episodio del

que en ella se dibuja no se corresponde punto por punto con la que hemos descrito en el cuerpo del texto.

²¹⁶ El número es accesible a través de *Légifrance*: <https://bit.ly/3fKD2cZ>. Por alguna razón que se nos escapa (o tal vez por causa de un error mecánico), el *Journal Officiel* no reproduce con exactitud las cifras que figuran en el acta de la asamblea, sino que las modifica: «[E]n première ligne, M. Meillet par 32 voix; en deuxième ligne, M. Grammont par 27 voix» (*ibid.*).

que hoy —dicho sea de paso— no se guarda un recuerdo suficientemente nítido²¹⁷.

3.3.3. Un *manifesto* y un programa: la primera conferencia en el Collège de France (1906)

Fue el día 13 de febrero de 1906 cuando Antoine Meillet pronunció la conferencia inaugural de su primer curso de gramática comparada en el Collège de France. Una jornada de gran dicha para nuestro autor, que, sin embargo, rehusó atribuirse el éxito en régimen de monopolio; por el contrario, se complació en aparecer como el representante de toda una constelación de lingüistas franceses: «La jeune école linguistique française, dont une amitié fraternelle unit les membres» (Meillet, 1906, p. 2). Con él alcanzaba la cima de la profesión —en Francia— un grupo de hombres con edades comprendidas entre treinta y cincuenta años: el mayor, Louis Havet, había nacido en 1849; los más jóvenes, Joseph Vendryes y Robert Gauthiot, en 1875 y 1876, respectivamente. Fuera todavía, pero a punto de ingresar en el *círculo*, se encontraba un joven Marcel Cohen, nacido en 1884, pero ya alumno de Meillet en la École Pratique des Hautes Études (Blachère, 1955, p. 3)²¹⁸. Aun perte-

²¹⁷ La bibliografía sobre Meillet, incluida la más reciente, no suele entrar en los pormenores del proceso sucesorio. Lo mismo se puede decir de los estudios —más breves, menos numerosos— dedicados al estudio de la vida y obra de Grammont: los que hemos logrado consultar (Halphen, 1946; Wible, 1948; Fryba-Reber, 1999) no aluden ni una sola vez a aquella pacífica contienda. Hasta donde sabemos, solo Faraco Benthien (2015, pp. 205-206) ha referido que Meillet tuvo un rival —un rival que no quería serlo—, pero, por desgracia, no ha intentado explicar el comportamiento de Grammont.

²¹⁸ Otros lingüistas que, por lo general, se adscriben a la *escuela francesa*, como Georges Dumézil (n. 1898), armenólogo e historiador de las religiones, Pierre Chantraine (n. 1899), helenista, y Émile Benveniste (n. 1902), indoeuropeísta y lingüista general, ni siquiera aparecían a lo lejos. En 1906 no eran más que niños. Su incorporación al mundo académico solo se produciría pasada la Primera Guerra Mundial.

neciendo a generaciones diferentes, compartían temas, problemas, métodos y experiencias formativas²¹⁹. Entre estas, acaso la más importante fuese el magisterio —directo en unos casos, indirecto en otros— de Ferdinand de Saussure, para quien Meillet tuvo, como solía, palabras cargadas de afecto y admiración:

[A]près avoir donné à notre pays dix ans d'un enseignement lumineux et avoir suscité autour de lui les vocations scientifiques, M. Ferdinand de Saussure est rentré dans sa patrie pour y occuper la chaire de grammaire comparée à la belle Université de Genève. Aucun de ceux qui ont eu le bonheur de les entendre n'oubliera jamais ces leçons familières de l'École des hautes études où l'élégance discrète de la forme dissimulait si bien la sûreté impeccable et l'étendue de l'information, et où la précision d'une méthode inflexiblement rigoureuse ne laissait qu'à peine entrevoir la génialité de l'intuition (Meillet, 1906, p. 2).

No es necesario —tampoco posible— averiguar si la alusión de Meillet a su grupo de referencia es signo de modestia o síntoma de vanidad. No faltan buenas razones con que justificar las dos interpretaciones. En un principio, la primera parece, quizá, la más verosímil, pero, bien mirado, la segunda no lo es

²¹⁹ Vista la caracterización que acabamos de ofrecer, resulta tentador concebir el grupo como una *generación*, entendiendo el vocablo al modo orteguiano. Ortega (1933, pp. 29-42) y sus discípulos (cfr., p. ej., Marías, 1955, pp. 51 ss.) dan el nombre de *generación* a una cohorte de individuos nacidos en el mismo ambiente, dentro de un marco temporal relativamente estrecho, que se encuentran sometidos a las mismas vigencias sociales y que están, en fin, abocados a rehacer en un mismo sentido el mundo que han heredado de sus mayores. Comunidad temporal, comunidad espacial, comunidad de destino: tales son, para Ortega, las notas distintivas de una generación. El problema radica en las dimensiones del marco temporal: para Ortega, su duración ronda los quince años (Ortega, 1933, p. 49 y ss.; cfr. también Marías, 1955, pp. 43 ss., 55 ss.). Siendo esto así, un grupo del que forman parte Havet, en un extremo, y Vendryes y Gauthiot, en el otro, no puede ser una generación (no en el sentido orteguiano, al menos).

menos: mostrarse como la encarnación de una comunidad, como el compendio de todos sus integrantes, es una forma de ensalzarse y engrandecerse. Mas, dado que no podemos entrar en la mente de nuestro autor para escrutar sus motivos, lo que importa es señalar lo mucho que insistió en presentarse como una suerte de vocero y defensor del grupo, de sus logros científicos y, presumiblemente, de sus intereses profesionales:

[C]elui qui occupe aujourd'hui cette chaire [*scil.* Meillet] est [...] l'élú de ses collaborateurs, de ses anciens maîtres, de ses camarades, de ses élèves, et leur représentant; ce sera l'une des parties principales de sa tâche que de travailler à coordonner les efforts des linguistes français et que de contribuer à mettre en lumière leurs recherches (Meillet, 1906, p. 2).

En ocasión tan singular como aquella, que tenía un poco de ceremonia de abdicación de un rey, Bréal, y de coronación de uno nuevo, Meillet, era obligado rendir homenaje al hombre que se retiraba. Nuestro autor lo hizo sin cicatería, pero con contención. No intentó hacer un resumen de la trayectoria de su viejo maestro en el campo de la investigación: «[J]e n'ai pas à parler —decía (Meillet, 1906, p. 1)— d'une carrière scientifique qui se poursuit avec éclat». En cuanto a su actividad docente, destacó, por encima de todo, la amplitud de miras, tolerancia y generosidad de Bréal; en una palabra: su *liberalismo* (cfr. *supra* § 3.1.1). Bréal —observa nuestro autor— no reclamó de sus alumnos que jurasen *in verba magistri*. El elogio es caluroso, pero encierra, al mismo tiempo, una inequívoca declaración de independencia intelectual:

M. Bréal a conseillé, soutenu et encouragé les jeunes gens sans leur demander de penser comme lui, et lorsque, après un enseignement long et glorieux, attristé seulement par la mort d'élèves éminents qu'il aimait [Abel Bergaigne, Georges Guieysse, James Darmesteter, Louis Duvau], il a voulu abandonner sa chaire, il a souhaité d'y avoir pour successeur *un disciple qui le continuerait en ne le répétant pas* (Meillet, 1906, p. 1).

Al erigirse en representante de toda una *escuela*, al proclamar que esta no seguiría servilmente los pasos del anciano maestro, Meillet estaba convirtiendo aquella conferencia inaugural en un acto de afirmación y una declaración de intenciones. Así la interpretaron algunos lectores²²⁰. Es reveladora, a nuestro ver, la reacción de Édouard Bourciez, que observaba los movimientos en la escena científica de la capital desde la lejanía de su cátedra *de provincias*²²¹. A su sucinta reseña —tan solo dos páginas— del texto de la conferencia, Bourciez le dio un título muy significativo: «Un manifeste de la nouvelle école linguistique». En las palabras de Meillet, aquel probo y escrupuloso romanista *de provincias* debió de advertir un fondo de beligerancia que no era de su agrado; tampoco lo eran —salta a la vista— los caminos que Meillet trazaba para el porvenir de la ciencia del lenguaje:

Si l'on peut faire quelque reproche à cet opuscule, *ce n'est point assurément celui de se traîner dans les sentiers battus*. Succédant à M. Bréal dans la chaire qu'il occupait depuis longtemps avec tant d'éclat, M. Meillet a voulu retracer sommairement l'état actuel de nos connaissances en linguistique, mais surtout indiquer l'orientation nouvelle que, selon lui, cette science doit prendre désormais. Tout en rendant hommage à la méthode historique, qui a été celle du siècle passé, et que lui-même possède parfaitement, — comme le prouvent ses travaux antérieurs, — *M. Meillet la juge cependant insuffisante et n'est pas loin en somme d'en proclamer la*

²²⁰ En su día, el texto de la conferencia se difundió en forma de folleto, práctica que por entonces no era inhabitual. Hoy por hoy, casi todos los lectores accedemos a ella a través de su reproducción en el primer tomo de la antología de artículos *Linguistique historique et linguistique générale* (1926).

²²¹ Bourciez fue profesor de lingüística y filología románicas en la Facultad de Letras de Burdeos (Halphen, 1946b). Hoy se le recuerda, sobre todo, como el autor de *Éléments de linguistique romane* (1910), un manual que prestó grandes servicios, como demuestra el hecho de que se reeditase hasta bien entrada la segunda mitad del s. XX.

faillite, quand il nous la montre ne fournissant que des conclusions particulières, aboutissant à «une poussière d'explications» (Bourciez, 1906, p. 272; las cursivas son nuestras).

Veamos ahora, sin la mediación de Bourciez, cuál era la ruta que Meillet les indicaba a *todos* sus compañeros de oficio (no solo a los parisinos, no solo a los franceses), y preguntémosnos si el insigne romanista tenía razones suficientes para sentirse desconcertado. Bien es verdad que, antes de recorrer el camino de la mano de Meillet, entrevemos ya la respuesta: sí, Bourciez tenía buenas razones. No las encontraremos, con todo, en las primeras páginas de la conferencia (Meillet, 1906, pp. 1-6), donde nuestro autor rinde homenaje a sus maestros —ya lo hemos visto— y nos ofrece una visión de conjunto de las nociones con las que la gramática comparada e histórica ha trabajado durante su gran siglo: *ley fonética*, *analogía* y *préstamo*. Esos tres conceptos son —valga la metáfora— los tres cajones del *chiffonnier* en donde los lingüistas, desde hace casi cien años, vienen guardando las formas que han espigado en los documentos. Merced a esa ingrata labor de recogida y clasificación, han logrado determinar de dónde procede y cómo se ha gestado cada una de ellas (y, por extensión, la filiación de las lenguas a las que pertenecen). Más aún: han conseguido remontarse a etapas anteriores a los documentos más antiguos, reconstruyendo —de manera siempre parcial y conjetural— el arquetipo original que provienen las variedades atestiguadas. Con esos «principes d'explication» —escribe Meillet (1906, p. 4)—, los lingüistas del Ochocientos han conseguido éxitos sin precedentes. «La linguistique [...] a été renouvelée tout entière», escribe Meillet (*ibid.*).

Con esta valoración tan halagüeña de lo que se ha conseguido durante el s. XIX, Meillet no trata de insinuar que la gramática comparada e histórica ya ha cumplido su misión y labrado sus terrenos hasta agotarlos. Queda mucho por hacer, en realidad. Por una parte, urge conquistar nuevos dominios, tierras todavía vírgenes, para las investigaciones comparativas: «[I]l reste de fa-

milles entières de langues auxquelles on n'a presque pas commencé de les appliquer» (1906, p. 4). Por otra parte, los troncos indoeuropeo y semítico, que se han cultivado meticulosamente, siguen presentando zonas casi intactas: «une infinité de parlers, de dialectes, de langues même où presque tout est encore à faire»²²². Además, conviene renovar e intensificar el estudio de los testimonios documentales (tarea en la que se habrá de contar, por supuesto, con la colaboración de los filólogos). Para el comparatista, es peligroso conformarse con extraer de gramáticas y diccionarios las formas que va a introducir en sus esquemas. Nada más saludable que el contacto directo con las fuentes primarias, con los textos, agua fuerte que ataca y disuelve las conclusiones prematuras: «Les solutions qui semblent acquises deviennent incertaines quand on serre de près les dépouillements sur lesquels elle reposent» (Meillet, 1906, p. 5).

No concluye aquí la lista de las tareas que Meillet se impone a sí mismo, dada su condición de comparatista, e impone a sus colegas. Exhorta, p. ej., a permanecer al corriente de los progresos en el estudio de las hablas *vivas*. Las condiciones de *vida* de las lenguas de hoy, que son accesibles a la mirada del lingüista, pueden arrojar algo de luz sobre cómo *vivieron* las lenguas de ayer. «L'observation des faits actuels est encore plus capable d'expliquer le passé que l'étude du passé d'expliquer le présent», escribe nuestro autor (1906, p. 5). Las fuerzas que *hoy* operan sobre los hablantes, los factores que *hoy* propician la retención de lo heredado o su sustitución por lo nuevo, han debido de operar también en tiempos pretéritos²²³. No cabe, por otra parte, cerrar los

²²² Y adviértase que, en aquel momento, Meillet no podía saber que se avecinaba el descubrimiento del tocario y del hitita (cfr. *supra*, § 2.1.4).

²²³ He aquí una formulación —concisa en extremo— de la doctrina del uniformismo, que, procedente del campo de la geología, irrumpió con fuerza en la lingüística del último tercio del s. XIX (Jankowsky, 2001, p. 1361; Burridge, 2013, pp. 159, 162). Al igual que la generalidad de los lingüistas europeos (Morpurgo Davies, 1978, p. 36), Meillet no le daba

ojos ante el brillante desarrollo de la geografía lingüística, y menos si se vive y trabaja en Francia, donde el romanista Jules Gilliéron acaba de publicar las primeras entregas del *Atlas linguistique* (Gilliéron y Edmont, 1902). Inadmisible sería también desconocer los frutos del estudio del vocabulario en relación con la cultura material de los hablantes (*Wörter und Sachen*), enfoque que está ganando adeptos en las universidades de allende el Rin (Iordan, 1967, pp. 103 y ss.; Vårvaro, 1988, pp. 187-193). En suma, cuando las fuentes de información disponibles lo permitan²²⁴, los lingüistas deben superar el esquematismo de la gramática histórica al uso. La *foto finish* arroja luz sobre el resultado de una carrera, pero no sobre su desarrollo: a quien pregunte cuál de los corredores tuvo la salida más rápida o quién llevó la delantera durante los primeros veinticinco metros, ninguna respuesta puede darle. De la misma manera, la vieja gramática histórica nos muestra, rigurosamente clasificados, los *faits accomplis* de la evolución lingüística, pero nos oculta —no puede hacer otra cosa— todo su proceso de gestación. La contienda entre dos —o más— soluciones alternativas, la estimación social de la antigua y la nueva, los factores de naturaleza extralingüística (organización política, flujos comerciales, extensión de la institución escolar, etc.) que inclinan la balanza hacia un lado o

el nombre de *uniformismo*, y acaso no tuviese plena conciencia de que era una doctrina. Ahora bien, con o sin conciencia, con o sin nombre, la había elevado a principio rector de su pensamiento lingüístico. Lo prueba, p. ej., la atención que prestó al estudio de Rousselot sobre *Les modifications phonétiques du langage* (cfr. supra, § 3.2.2.3). Por lo demás, conviene saber que, en nuestros días, la lingüística histórica sigue teniendo entre sus supuestos el *principio de uniformidad*, como lo ha denominado William Labov (1996, I, pp. 60-63).

²²⁴ En este sentido, la posición de los romanistas es extremadamente ventajosa; repararemos en ello con solo pensar en las penurias de los germanistas: para los siglos que median entre la Edad del Bronce (?) y la Alta Edad Media, apenas cuentan con otro testimonio que la traducción bíblica de Ulfilas (Nedoma, 2017, p. 879). Evidentemente, el germanista que pretenda adentrarse en ese período solo podrá hacerlo mediante la reconstrucción comparativa, y el resultado de sus esfuerzos solo podrá ser, por tanto, una pura gramática histórica. «Nel periodo preistorico —ha observado Giacomo Devoto (1951, p. 81)— i dati della grammatica storia sono i soli di cui possiamo disporre».

hacia el otro, la contaminación recíproca entre la lengua *oficial* y las variedades vernáculas... todo queda en la penumbra. Al atender solo al resultado último, la gramática histórica puede ofrecernos una misma *foto finish* para varias carreras diferentes:

Quand on constate l'existence d'un mot en latin et de son représentant phonétiquement correct dans un parler français moderne, *on est au premier abord tenté de croire que ce mot s'est simplement transmis de génération en génération*; la géographie linguistique, combinée avec l'examen des choses et l'histoire des choses, a montré que cette vue simple était une vue inexacte; elle a révélé des séries d'emprunts dans des cas où l'on supposait, assez naïvement, la *persistance d'un même vocable durant des suites illimitées de siècles*. Il apparaît de plus en plus qu'on s'est exagéré le rôle du changement spontané; on a attribué au changement spontané, phonétique ou morphologique, tout ce que l'on a pu expliquer par là, et l'on se plaisait à ne voir dans l'emprunt qu'un fait accessoire; en réalité, l'emprunt est un fait normal (Meillet 1906, p. 6; las cursivas son nuestras).

Nada de cuanto hasta ahora hemos leído puede justificar los comentarios de Bourciez, aunque, dado su conservadurismo intelectual (Iordan, 1967, pp. 262, n. 23, 316-317), es muy probable que no secundase a Meillet en su crítica de la gramática histórica convencional²²⁵. El problema no consistía en el llamamiento a manejar herramientas más refinadas en la investigación histórica. Cabe suponer que Bourciez no veía la necesidad (o no la juzgaba acuciante), pero nada había en ello que pudiese inquietarlo seriamente. Lo que sí resul-

²²⁵ Una crítica que —permítasenos insistir— no era en modo alguno destructiva, a diferencia de las que pronto dimanarían de algunas corrientes de la llamada *lingüística idealista*. Meillet no demandaba que se abandonase el cultivo de la gramática histórica, sino tan solo que, cuando hubiese materiales suficientes para ello, se construyesen obras más ambiciosas.

taba desconcertante era la exhortación de Meillet a ir más allá de la indagación histórica:

Mais si près de la réalité que permettent d'approcher les progrès de la philologie, de la physiologie, de la psychologie, de la géographie linguistique, de l'étude des choses elles-mêmes, et si soigneusement que les linguistes tiennent compte de la complication souvent inextricable des faits, le *défaut essentiel* de toute méthode historique demeure: malgré toutes les précisions, malgré tous les enrichissements, *les principes posés n'expliquent jamais que des faits particuliers, et ne fournissent que des conclusions particulières*; on aboutit à une poussière d'explications, dont chacune est juste peut-être, mais qui ne constituent pas un système, et qui ne sont pas susceptibles d'en constituer jamais un. La constitution de l'histoire des langues a été un moment essentiel dans le développement de la linguistique; *mais l'histoire ne saurait être pour la linguistique qu'un moyen, non une fin* (Meillet, 1906, p. 7; las cursivas son nuestras).

Para Meillet, el fin último de la lingüística, su aspiración suprema, es la formulación de leyes generales, de leyes que lo sean en el mismo sentido que las de las Ciencias de la Naturaleza. Lo que se persigue no es ya, por lo tanto, enunciar proposiciones que expresen, en forma condensada, acontecimientos históricos (p. ej., lat. /ka-/ > fr. /ʃa/; cfr. *supra*, § 3.2.2.3), sino dar con las condiciones de posibilidad de dichos acontecimientos. Las nuevas leyes no vienen a abolir las anteriores, sino a convertirlas, por así decirlo, en casos particulares, a *subsumirlas* bajo las leyes generales²²⁶; tienen validez perenne y ubicua, y las

²²⁶ No todos los filósofos de la ciencia están dispuestos a considerar la subsunción como una auténtica explicación (Bunge, 1996, pp. 143-145); en todo caso, este no es lugar ni momento adecuado para discusiones epistemológicas.

leyes históricas —mal llamadas *leyes*— no son más que concreciones cuyo cumplimiento se ciñe a un tiempo y espacio determinados:

[L]a nécessité s'impose de chercher à formuler les lois suivant lesquelles sont susceptibles de s'opérer les changements linguistiques. On déterminera ainsi, non plus des lois historiques, telles que sont les «lois phonétiques» ou les formules analogiques qui emplissent les manuels actuels de linguistique, *mais des lois générales qui ne valent pas pour un seul moment du développement d'une langue, qui au contraire sont de tous les temps; qui ne sont pas limitées à une langue donnée, qui au contraire s'étendent également à toutes les langues* (Meillet, 1906, p. 11; las cursivas son nuestras).

No se le oculta a nuestro autor el riesgo de que se le acuse de arrumbar los fines y los medios que han hecho de la lingüística lo que es, y de perseguir, en cambio, unas metas demasiado ambiciosas, imposibles de alcanzar. Al oír hablar a Meillet sobre *leyes generales*, muchos lingüistas del momento creerían que se les invitaba a la vieja *gramática general* dieciochesca, que pocos conocían, pero casi todos desdeñaban. Meillet se afana en vencer sus recelos. No hay peligro de involución; no olvidará nada de lo que con tanto esfuerzo se ha aprendido en los cien años anteriores:

L'ancienne grammaire générale est tombée dans un juste décri parce qu'elle n'était qu'une application maladroite de la logique formelle à la linguistique où les catégories logiques n'ont rien à faire. La nouvelle linguistique générale, fondée sur l'étude précise et détaillée de toutes les langues à toutes les périodes de leur développement, enrichie des observations délicates et des mesures précises de l'anatomie et de la physiologie, éclairée par les théories objectives de la psychologie moderne, apporte un renouvellement

ment complet des méthodes et des idées: aux faits historiques particuliers, elle superpose une doctrine d'ensemble, un système (Meillet, 1906, p. 15).

La nueva lingüística general no va a dar ni un solo paso sin apoyarse en los resultados de las investigaciones particulares. Deseoso de poner de relieve ese constante anclaje en la experiencia, nuestro autor llega a afirmar que, en tanto el estudio de otras familias no progresa lo suficiente, el tronco indoeuropeo puede ser un óptimo laboratorio para el descubrimiento y la puesta a prueba de leyes generales (Meillet, 1906, pp. 13-14). Los patrones evolutivos recurrentes que la lingüística indoeuropea ha identificado pueden merecer, a título provisional, la consideración de tendencias universales (o, por lo menos, de candidatas a dicho estatus).

Sea —pongamos por caso— el debilitamiento progresivo de los sonidos que se encuentran en final de palabra (Meillet, 1906, p. 8), que se ha producido de manera independiente en varias ramas de la familia²²⁷. Así, p. ej., el it. común **kantāti* ‘canta’, que en latín pasó a *cantat*, ha perdido la consonante final en las lenguas románicas (gall.-port. *canta*; cast. *canta*; cat. *canta*; fr. *il chante*, etc.); el persa antiguo *dātām* es *dād* en persa moderno²²⁸. He aquí un fenómeno que puede ser un foco de interés para la investigación lingüística del porvenir. Al tiempo que se fijan con mayor precisión las circunstancias de su *despliegue* gradual en las diferentes lenguas indoeuropeas, se convierte en un tema —y un problema— para quienes estudian otros grupos lingüísticos:

²²⁷ No es casualidad que la tesis doctoral de Robert Gauthiot se titulase *La fin de mot en indo-européen* (Gauthiot, 1913); tampoco lo es el hecho de que, pese al modificador restrictivo *en indo-européen*, sus horizontes se extendiesen más allá de dicho grupo de lenguas (Cuny, 1914, p. 107). Según el testimonio de su maestro (Meillet, 1917, p. 60), Gauthiot, aunque siempre comparatista, no fue un comparatista al uso: «Les recherches de linguistique historique n'étaient pour lui qu'un moyen de faire progresser la linguistique générale».

²²⁸ Ejemplos tomados de Robert Gauthiot (1913, pp. 111-112).

su primera misión, si así se puede decir, será comprobar si también en ellos se observa la misma propensión.

Otro tanto se podría decir de la reducción del aparato flexional: pérdida —o simplificación— de algunas categorías gramaticales; abandono de las alternancias vocálicas, que implica mayor estabilidad en la forma fónica de las raíces; merma de la variación formal de las desinencias, en pro de correspondencias biunívocas entre funciones y formas (menos ambigüedad desinencial, como la del lat. *-am*, presente en *regam*, *-as*, *-at* ‘rija, rijas, rija’ y en *regam*, *-es*, *-et* ‘regiré, regirás, regirá’; menos sinonimia desinencial, como la del lat. *-ae*, *-ī*, *-īs*, *-ūs* y *-eī*, marcas todas ellas de gen. sing.); reemplazo de algunas desinencias por unidades semiautónomas enclíticas o proclíticas... Este conjunto de fenómenos se ha desencadenado en lenguas indoeuropeas sin contacto entre sí desde la escisión dialectal de la lengua originaria (Meillet, 1906, pp. 8-9, 12-13). Son las manifestaciones de una *deriva* plurisecular —la expresión no aparece en Meillet— que tal vez se pueda descubrir en otros grupos lingüísticos. He ahí otro posible foco de interés para los estudiosos que hayan de levantar el imponente edificio de la lingüística general: comprobar si la tendencia al adelgazamiento de la flexión se manifiesta o se ha manifestado en ellas, si en algún momento se ha documentado un movimiento en sentido inverso, si se pueden identificar factores estructurales que parezcan acelerar o enlentecer el proceso, etc.

En fin, tal como hemos podido comprobar, el proyecto meilletiano de lingüística general estaba ya claramente definido a la altura de 1906. La centuria anterior había excavado, puesto los cimientos y hecho acopio de sillares y mortero. El s. XX tendría que construir. De los cien años que duró, Meillet gozó de casi un tercio, tiempo más que suficiente, en principio, para llegar a ver la obra ya avanzada, pero no la vio... o acaso no creyó verla. Durante los tres decenios que median entre su *conquista* definitiva de París y su óbito en Châteaumeillant, nuestro autor no malgastó el tiempo que su papel de comparatista le dejó libre. Como reseñista infatigable en las páginas del *Bulletin*

de la *Société de Linguistique de Paris*, como promotor de empresas colectivas (Meillet y Cohen, 1924), como participante de relieve en el *Premier Congrès International de Linguistes*, como autor de artículos sencillos y penetrantes sobre problemas de orden general (1912, 1920, 1928b, etc.), su acción fue una prédica incesante. Hizo cuanto pudo para que sus colegas de dentro y fuera de Francia se implicasen en aquel proyecto, que solo podría salir adelante por medio del concierto de voluntades y la coordinación de esfuerzos (más o menos laxa, según la voluntad de cada cual). Esfuerzos infructuosos. Quizá todavía no había llegado la hora del trabajo cooperativo en el campo de las Humanidades. Quizá Meillet subestimó las dificultades que comportaba poner en sintonía a una gran multitud de estudiosos diferentes por sus intereses y su formación intelectual. Nuestro autor, con su noble ambición, supo ganarse la admiración de muchos, pero le faltaron imitadores. La historia de su carrera desde 1906 hasta 1936 es, en parte (solo en parte), la historia de una frustración. Un día habrá que indagar las causas de ese (relativo) fracaso, tratando de averiguar cuáles fueron los factores implicados y cuánto pesó cada uno. Mas ahora nos detenemos aquí, en un día de febrero de 1906 en el que todas las posibilidades parecían abiertas, y todos los retos, superables.

3. 4. CONCLUSIONES

En el capítulo que acabamos de cerrar, hemos tenido la oportunidad de presenciar el ascenso de Antoine Meillet hasta una posición directiva en el concierto de la lingüística francesa. Desde ese sitio, a lo largo de los tres decenios siguientes, lograría alzarse hasta las cumbres de su disciplina en Europa, en parte —en gran parte— porque sus virtudes y esfuerzo así lo reclamaban, en parte porque los decretos del destino lo ayudaron en su escalada. Por un lado, la derrota de los imperios centrales en la Primera Guerra Mundial, con su inevitable cortejo de miseria, enfermedad y turbulencias políticas, dejó gravemente herido el prestigio de la ciencia alemana. Por otro lado, con el paso

de los años, fueron desapareciendo las grandes figuras de la generación anterior, hombres todos nacidos entre 1840 y 1850: August Leskien, Karl Brugmann, Hermann Paul, Berthold Delbrück y Hugo Schuchardt²²⁹. Ahora bien, esas circunstancias favorables — entiéndasenos bien: favorables para la reputación de Antoine Meillet — no concurrieron hasta pasados más de dos lustros desde 1906, el año que cierra el período cubierto por esta investigación. No hemos podido, pues, ni estudiarlas con detenimiento ni detenernos a ponderar sus efectos.

En cuanto a la actividad de Antoine Meillet como teórico del lenguaje y de la lingüística, hemos constatado que ya en los primeros momentos de su carrera se escinde en dos líneas bien diferenciadas (aunque abocadas a entrecruzarse con el tiempo). En primer lugar, Meillet, un magnífico conocedor de la herencia decimonónica en lingüística, pretende destilar las ideas generales que se hallan disueltas en ella. Como en un sinfín de ocasiones ha advertido Henry M. Hoenigswald, los maestros del s. XIX se mostraron, por lo general, muy remisos a internarse en el terreno de los principios, temerosos quizá de

²²⁹ La figura de Hugo Schuchardt, profesor universitario en la pequeña ciudad austríaca de Graz, adquiere un contorno no ya nítido, sino inconfundible, al proyectarse sobre el telón de fondo de la romanística de finales del s. XIX. En efecto, Schuchardt fue un romanista, pero no un romanista al uso. Frente a Wilhelm Meyer-Lübke, disciplinado, tenaz, sistemático, Schuchardt fue volátil y aventurero. Excepto *Der Vokalismus des Vulgärlateins* (1866-1868), no escribió ni un solo libro (Iordan, 1967, p. 79), quizá porque su omnímoda curiosidad lo arrastraba de un tema a otro sin permitirle remansarse en ninguno. Las lenguas artificiales auxiliares, las lenguas criollas de base románica, el posible parentesco del vasco con las lenguas camíticas y caucásicas, las relaciones entre vasco e ibérico, el folclore andaluz... todo le interesaba, y probablemente habría hecho suyas las palabras que Roman Jakobson pronunciaría décadas después: «Linguista sum; linguistici nihil a me alienum puto» (1953, p. 555). Ese continuo peregrinar de asunto en asunto, unido a su nulo interés por crear escuela (Iordan, 1967, p. 101) y a su lejanía respecto de las grandes capitales de la lingüística europea (Fought, 1982, p. 433), aminoró su capacidad de influir sobre la marcha de la disciplina. Con todo, su voz logró hacerse oír siempre, y todos los lingüistas de la época la escucharon con respeto y atención.

verse arrastrados a discusiones poco productivas. «The great linguists of the XIXth century —dice Hoenigswald (*apud* Swiggers, 1995, p. 245)— were averse to spelling out what they were doing[;] their general statements, which occasionally they will make [...] when they have no serious work to do, are usually off the target and mistaken». Hay en estas palabras una cierta dosis de exageración —Hoenigswald no lo ignoraba²³⁰—, pero la dosis de verdad que encierran es, ciertamente, apreciable: entre los lingüistas formados en la devoción por los datos, estaba extendido el hábito de no formular explícitamente las ideas directrices de la investigación. Contra ese hábito se revolvió Meillet. Él quiso formularlas... y lo hizo. Algunas de ellas son relativas a las causas, modalidades y consecuencias de los cambios lingüísticos; otras, a los procedimientos utilizables para estudiar los cambios de la lengua y sus repercusiones (o, más que los cambios *en vivo*, sus huellas) y para, a su debido tiempo, hacer discurrir en sentido inverso la película de la historia (o sea, practicar la reconstrucción).

En segundo lugar, Meillet siente, desde muy temprano, la necesidad de embarcarse —y de embarcar a los demás— en una empresa tan audaz como exigente, cuya realización pasa por la coordinación de esfuerzos individuales y el desarrollo del trabajo en equipo. Se trata, como sabemos, del proyecto de edificar una lingüística general que corone el edificio alzado por los maestros de la centuria anterior. No se puede ni se debe declarar que un siglo ha pasado en vano. El Ochocientos ha dejado una huella indeleble, y lo que las nuevas generaciones han de hacer es tomarla como punto de referencia y dar un paso adelante (muchos, a poder ser). Una vez más, el trabajo al que Meillet se obliga y nos convoca es obra de destilador: tomando como materia prima la infor-

²³⁰ Hoenigswald, que conocía al detalle la historia de la lingüística comparada e histórica en el s. XIX, tenía perfecta noticia de la discusión *teórica* sobre la naturaleza y el alcance de las leyes fonéticas (años 1885-1887, aproximadamente). Basta con acercarse a la intervención de Hugo Schuchardt (1885, p. 72) para ver que fueron muy numerosos los lingüistas que, en un breve lapso de tiempo, tomaron parte en el debate.

mación atesorada durante décadas, se propone extraer de ella un cuerpo de leyes con validez general, que se encuentran en los datos —valga la metáfora— al modo en que el alcohol se halla en el hollejo fermentado. Fuera de nuestro foco de observación ha quedado la propuesta de «description de l'ensemble des langues» que presentó en el *Premier Congrès International de Linguistes*:

Le moment est venu d'entreprendre une description systématique de l'état linguistique du monde entier. Sans faire de comparaison ambitieuse, les linguistes doivent reconnaître la nécessité de faire une description linguistique du monde de même que les astronomes donnent une carte du ciel.

Pareille œuvre ne peut être qu'internationale, et il appartient à un congrès international de linguistes d'en établir le projet et d'envisager les moyens matériels et scientifiques de la réaliser (Meillet, 1929b, p. 28).

Aquella empresa, en la que se habrían combinado las encuestas por cuestionario (destinadas a cubrir grandes extensiones de terreno con suma rapidez) y las «descriptions minutieuses at approfondies» de algunas variedades lingüísticas (1929b, p. 29), habría debido aportar la base empírica necesaria para llevar a término el proyecto. Al final, empero, la enfermedad y la muerte se interpondrían entre nuestro autor y su sueño: un triste desenlace que no se hemos podido contar en estas páginas. Más tarde, tras la Segunda Guerra Mundial, Joseph Vendryes trató de relanzar la iniciativa de su maestro y amigo (cfr. *supra*, § 3.3.1, n. 203), pero sus intentos no tuvieron éxito. Quede para otra ocasión el estudio de las causas de este segundo y definitivo naufragio.

CONCLUSIONES



A lo largo de más de doscientas páginas, hemos acompañado a Antoine Meillet en un viaje que comenzó en noviembre de 1866, en la pequeña ciudad provinciana de Moulins, y terminó en febrero de 1906, en la gran urbe de París, cuando dictó la lección inaugural de su primer curso de gramática comparada en el Collège de France. Michel Bréal, ya añoso, se había retirado para no ser un obstáculo en su camino; Gaston Paris había fallecido tres años antes, al igual que Louis Duvau. Con Saussure semioculto en Ginebra, con Grammont en Montpellier, entorno dominado por los romanistas, Meillet se hallaba en las mejores condiciones para conquistar la jefatura de los estudios lingüísticos en Francia. Una jefatura informal, por supuesto, pero efectiva. Si siguiésemos caminando a su lado durante los tres decenios posteriores, veríamos cómo aprovechó la oportunidad que se le había dado... y cómo sus éxitos en el interior —donde solo el romanista Ferdinand Brunot podía hacerle sombra— lo ayudaron a conquistar «une place sans égale» en el extranjero (Sommerfelt, 1949, p. XLIX). Bien entrada la década de los treinta, nadie le mezquinaba el reconocimiento que sus méritos le habían granjeado; todos, tanto *viejos* como *jóvenes*, lo reconocían como uno de los sumos pontífices —valga la expresión— de las ciencias del lenguaje. «[Le] maître de la linguistique moderne, Antoine Meillet», así se refería a él Roman Jakobson (1938, p. 49), en la conferencia que pronunció ante el pleno del *Quatrième Congrès International de Linguistes* (Copenhague, del 27 de agosto al 1 de septiembre de 1936). Con gusto o a regañadientes, según los casos, todos los oyentes tuvieron que convenir en que aquel título no era de mera cortesía, sino real y merecido.

Meillet se había elevado hasta la cima gracias a la acción concertada de varios factores propicios. El primero era su inteligencia, verdaderamente privilegiada. El segundo, su asombrosa capacidad de trabajo, acreditada, p. ej., por la cantidad de reseñas que escribió para el *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*: provoca estupor que, leyendo tantos libros cada año, tuviese tiempo y bríos suficientes para escribir. El tercero, quizá, la pérdida de

prestigio de la ciencia alemana, que participó, en cierto modo, de la derrota de noviembre de 1918. Como si las alianzas tejidas en los campos de batalla se hubiesen trasladado a las cátedras y las bibliotecas, franceses y eslavos parecían haberse conjurado para despojar a Alemania de un cetro que llevaba cien años en su poder. El triunfo no sería completo —ninguno lo es— ni duradero. Muy pronto iba a llegar una nueva guerra que, además de crímenes y calamidades sin parangón en la historia, traería consigo una suerte de *translatio studiorum*. El cetro se embarcó y cruzó un océano, y desde la otra orilla ya no se veía claramente quién había hecho qué durante los cuatro decenios anteriores. La reputación de Meillet, como la de muchos otros estudiosos, se vio perjudicada por aquel traspaso de poderes, y el cambio cultural resultante no tardó en extenderse a las nuevas generaciones de lingüistas europeos. Meillet aparecía como un comparatista, como un *mero* comparatista, en una época en que la descripción de las lenguas modernas, antes desdeñada por muchos, se había convertido en el corazón de la ciencia del lenguaje. Pues bien, nosotros creemos haber probado que, a pesar de una frase pronunciada en circunstancias muy poco claras («Moi, je suis comparatiste!»), hacer de Meillet un *mero* comparatista es mutilar gravemente su personalidad y su legado científico.

Está fuera de duda, por supuesto, que Meillet se sintió integrante de la tradición comparatista. Jamás hemos tratado de negarlo. Ser comparatista a finales del Ochocientos era saberse heredero de una historia de éxitos, recibida, además, por mediación de unos historiadores que tendían a *heroizar* a los pioneros, a focalizar sus logros y a dejar en la penumbra todo aquello que pudiese reducir su brillo. Hemos tenido la oportunidad de conocer, de primera mano, algunas muestras tempranas de esa historiografía *heroizante*, y hemos comprendido, al hacerlo, que Meillet da continuidad a esa orientación celebratoria, a veces casi propagandística. Bien es verdad que, en armonía con los rasgos definitorios de su carácter, la despoja de los tonos más exaltados y le imprime un carácter más sobrio, sin efusiones líricas ni raptos de entusiasmo.

Siendo quien era, siendo como era, no podía hacer otra cosa sin traicionarse a sí mismo.

Meillet no se avergonzaba, pues, de su estirpe intelectual, sino que blasonaba de ella. Blasonaba, sí, pero jamás permitió que un legítimo orgullo le ahogase la curiosidad, una de las cualidades más importantes del hombre de ciencia (y del hombre a secas). Como otros lingüistas formados en el s. XIX —no había sido el primero, no iba a ser el último—, Meillet supo percatarse de que la ciencia no se reduce a la recolección de *hechos*. ¿Qué se busca?, ¿con qué fin?, ¿de qué medios se dispone para encontrarlo? No se puede espigar ni un solo *hecho* sin responder a esas preguntas, ya sea implícita, ya sea explícitamente. La explicitud —que se alcanza con esfuerzos a veces ímprobos— conlleva una ventaja inestimable: le confiere al sabio una clara conciencia de sus supuestos, sus alcances y sus límites, y lo prepara, por tanto, para ser más crítico consigo mismo. Una respuesta tácita pone al investigador en una situación similar a la de un ciego en un país de ciegos: ni ve ni tiene barruntos de su invidencia. Una respuesta abierta, vertida en palabras, lo hace caminar con los ojos entornados en un crepúsculo neblinoso: no puede ver todo, no puede ver claro, pero al menos tiene noticia de su limitación, condición necesaria para tratar de ponerle remedio. Pues bien, Antoine Meillet no quiso contarse entre los ciegos. Desde el comienzo de su carrera buscó conocer el qué, el cómo y el por qué de su operar, como lo había hecho Hermann Paul, como lo haría Ferdinand de Saussure (cada uno a su manera, desde luego). No tuvo reparo en invertir una parte de su tiempo en tareas de reflexión que otros lingüistas desdeñaban, convencidos de que eran una distracción o una excusa para no ponerse a trabajar *en serio*. Como Saussure, maestro y amigo, él se apercibió de la necesidad de «montrer *au linguiste ce qu'il fait*» (*apud* Benveniste, 1964, p. 95), y no se dejó intimidar por «l'immensité du travail qu'il faudrait» (*ibid.*). Sus respuestas, breves, pero sustanciosas y claras, no difieren

mucho de las que darán autores celebrados —con toda justicia— como padres de la lingüística moderna.

Una vez resueltas las que podríamos llamar *cuestiones prejudiciales* de la investigación lingüística, urgía marcarse una meta y trazar una ruta que condujese hasta ella. Meillet no se mostró timorato. Así, a principios del s. XX, formuló un programa que estaba a la altura de sus ambiciones, aunque rebasaba ampliamente el límite de las fuerzas de un solo hombre. Dos lustros después, en una reseña del *Cours de linguistique générale*, su amigo Maurice Grammont emitiría un juicio contundente, como todos los suyos, a propósito del objetivo de la investigación lingüística. «[L]e général seul —advertía Grammont (1916-1917, p. 404)— est objet de science», verdad no estaba al alcance de «les esprits bornés qui raccourcissent leur vue à mettre au bas des textes des notes filologico[sic]-linguistiques», capaces solo de ver «les petits faits isolés» (*ibid.*). Meillet que nunca habría publicado un texto tan agresivo en sus formas, no estaba lejos de suscribir la tesis de fondo. Por eso, desde 1906 en adelante, invitó a sus colegas a acometer una empresa que, en su opinión, ya no se podía demorar por más tiempo: la empresa de demostrar que el universo de las lenguas no es *caos*, sino *cosmos*; la empresa de descubrir el orden que subyace a una diversidad aparentemente ilimitada.

No se puede negar que, a la altura de 1906, Meillet subestimaba las dificultades inherentes al proyecto; unas dificultades que, por cierto, no radicaban solo en la dificultad de coordinar esfuerzos a escala internacional, sino también en la resistencia que algunas facetas del fenómeno lingüístico oponen a las tentativas de *tipificación* (las categorías morfológicas, p. ej., se prestan menos que las estructuras sintácticas). El curso de los años le mostraría cuán lejos estaba lo que tan cerca le parecía a principios de siglo, y más tarde —cuando él ya no podía verlo— iría borrando el recuerdo de aquellas aspiraciones. En 1961, más de medio siglo después de aquella conferencia inaugural en el Collège de France, un selecto grupo de lingüistas estadounidenses —de nación o de adopción— se reunió para anunciarle al mundo una buena nueva.

«Amid infinite diversity, all languages are [...] cut from the same pattern», decían (Greenberg, Osgood y Jenkins, 1966, p. xv). Descubrir pautas estructurales y evolutivas que rebasen las fronteras de una sola lengua (o familia de lenguas) es una tarea urgente, que la lingüística no puede eludir sin traicionarse a sí misma. Es también una tarea que está «beyond the scope of individual researchers», de manera que su realización exige la coordinación de esfuerzos a nivel global (*ibid.*). Los más de los asistentes a aquel encuentro tenían la impresión de estar tomando parte en una *revolución incruenta* (Osgood, 1966, p. 299). Eran pocos —Henry M. Hoenigswald, Roman Jakobson y acaso nadie más— los que sabían que en la Europa de principios de siglo se había dicho casi lo mismo (y con palabras semejantes, por cierto). La historia de la lingüística, como la de las lenguas, está atravesada por pautas recurrentes. Una de ellas es, como apuntó Jakobson en la reunión (1966, p. 264), la alternancia entre períodos de predominio del «parochial particularism» (atención preferente a la diversidad) y períodos en donde prevalece la «all-embracing solidarity» (búsqueda de la unidad en que aquella se subsume). Otra es, por desgracia, olvidar lo que se ha hecho ayer para así poder mostrarse como heraldo del mañana. Acaso todos los lingüistas estén, *amid infinite diversity*, cortados *from the same pattern*.

BIBLIOGRAFÍA





- Ahrens, H. L. (1839). *De Graecae linguae dialectis. Liber primus. De dialectis Æolicis et Pseudæolicis*. Gottinga: Vandenhoeck & Ruprecht. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10796322-2>
- Ahrens, H. L. (1843). *De Graecae linguae dialectis. Liber secundus. De Dialecto Dorica*. Gottinga: Vandenhoeck & Ruprecht. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10796323-8>
- Albarracín Teulón, A. (1983). *La teoría celular: historia de un paradigma*. Madrid: Alianza Editorial.
- Albarracín Teulón, A. (1992). *La teoría celular en el siglo XIX*. Torrejón de Ardoz: Akal.
- Aldrete, B. de (1606). *Del origen y principio de la lengua castellana ò roma[n]ce que oi se usa en España...* Roma: Carlo Vullietti. Recuperado de <http://bdh.bne.es/bnesearch/detalle/bdh0000089083>
- Alonso, D. (1963). ¿Tradición o poligénesis? *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 1963, 5-27. Recuperado de <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc5t4b9>
- Amacker, R. (1989). Correspondance Bally-Meillet (1906-1932). *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 43, 95-127. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27758416>
- Andrés, J. (1784). *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura. Tomo I* (C. Andrés, Trad.). Madrid: Antonio de Sancha. (Original en italiano, 1782.). Recuperado de https://www.europeana.eu/es/item/9200110/BibliographicResource_1000126606776
- Anónimo (1890). *Système graphique. Revue des Patois Gallo-Romans*, 3, 5-6. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k929850>

- Anónimo (1893). Alphabet phonétique international. *Le Maître Phonétique*, 8, n. p. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k11685075>
- Anónimo (1901). Histoire de la section. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études. Section des Sciences Religieuses*, 1901, 27-28. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0002_1901_num_15_11_19568
- Anónimo (1905). Au Collège de France. *Le Temps*, 17 de octubre de 1905. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k238401x>
- Anónimo (1922). Célébration du cinquantenaire de l'École des Hautes Études. En VV. AA, *Célébration du cinquantenaire de l'École Pratique des Hautes Études* (pp. 1-2). Paris: Honoré Champion. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k33121j>
- Anónimo (1936). M. Antoine Meillet. *L'Action Française*, 23 de septiembre de 1936. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k766465q>
- Anónimo (2014). Vue d'hier: Le paradis d'Antoine Meillet. [Leberry.fr](http://leberry.fr). Recuperado de https://www.leberry.fr/chateameillant-18370/actualites/vue-dhier-le-paradis-d-Antoine-Meillet_1956655/
- Arnauld, A. y Lancelot, C. (1660). *Grammaire générale et raisonnée*. Paris: Pierre le Petit. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b8626248g>
- Aron, R. (1986). *Introduction à la philosophie de l'histoire*. Paris: Gallimard.
- Aróstegui, J. (2001). *La investigación histórica: Teoría y método* (2.ª ed.). Barcelona: Crítica.

- Ascoli, G. I. (1854). *Studi orientali e linguistici*. Milano: Volpato.
Recuperado de http://solo.bodleian.ox.ac.uk/OXVU1:LSCOP_OX:oxfaleph014849194
- Auer, P. y Murray, R. W. (2015). Introduction. En P. Auer y R. W. Murray (Eds.), *Hermann Paul's 'Principles of language history' revisited* (pp. 1-18). Berlin: Walter de Gruyter. DOI: <https://doi.org/10.1515/9783110348842-001>
- Aulard, F. (1899). *Conférence faite à la Sorbonne, le 15 avril 1899, par A. Aulard, sur l'enseignement secondaire et la République*. Paris: Ligue Française de l'Enseignement. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k210132q>
- Aulard, F. (1921). Landau et Sarrelouis villes françaises. En F. Aulard, *Études et leçons sur la Révolution française. Huitième série* (pp. 1-31). Paris: Félix Alcan. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k54320969>
- Auroux, S. (1988). Avant-propos. *Histoire Épistémologie Langage*, 10 (2), 5-7. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/hel_0750-8069_1988_num_10_2_2256
- Auroux, S. (2000). Introduction. Émergence et domination de la grammaire comparée. En S. Auroux (Ed.), *Histoire des idées linguistiques. Tome 3. L'hégémonie du comparatisme* (pp. 9-22). Sprimont: Pierre Mardaga.
- Bally, C. (1944). *Linguistique générale et linguistique française* (2.^a ed.). Berne: A. Francke. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k858607j>

- Bally, C. y Sechehaye, A. (1929). [Réponse à la question: *Quelles sont les méthodes les mieux appropriées à un exposé complet et pratique de la grammaire d'une langue quelconque?*]. En VV. AA., *Actes du Premier Congrès International de Linguistes (à La Haye, du 10-15 avril 1928)* (pp. 36-53). Leiden: A.W. Sijthoff.
- Barbier de Meynard, C. (1902). Nécrologie[: Auguste Carrière]. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études*, 1902, 130-133. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0001_1903_num_1_1_2430
- Bassols de Climent, M. (1956). *Sintaxis latina*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Bassols de Climent, M. (1962). *Fonética latina*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Baudouin de Courtenay, Jan I. (1889). O zadaniach językoznawstwa ('On the tasks of linguistics'). Manejamos la versión inglesa recogida en E. Stankiewicz (Ed.) (1972), *A Baudouin de Courtenay anthology* (E. Stankiewicz, Trad.) (pp. 125-143). Bloomington: Indiana University Press. Recuperado de <https://publish.iupress.indiana.edu/read/a-baudouin-de-courtenay-anthology-4bc63e36-7d7a-4e5a-9c1a-bd35f0c83b15/section/85e1f2e1-1476-47f0-9556-e60896a8b7c4#ch6>
- Baudouin de Courtenay, Jan I. (1904). Językoznawstwo czyli lingwistyka w wieku XIX ('Linguistics of the nineteenth century'). Manejamos la versión inglesa recogida en E. Stankiewicz (Ed.) (1972), *A Baudouin de Courtenay anthology* (E. Stankiewicz, Trad.) (pp. 237-254). Bloomington: Indiana University Press. Recuperado de <https://publish.iupress.indiana.edu/read/a-baudouin-de-courtenay-anthology-4bc63e36-7d7a-4e5a-9c1a-bd35f0c83b15/section/ac9e34a9-b442-40b3-8d8c-3d6e13cecb38#ch11>

- Bauer, L. y Trudgill, P. (1998). Introduction. En L. Bauer y P. Trudgill (Eds.), *Language myths* (pp. XV-XVIII). London: Penguin.
- Becker, J. J. y Berstein, S. (1990). *Victoire et frustrations (1914-1929)*. Paris: Éditions du Seuil.
- Benfey, T. (1869). *Geschichte der Sprachwissenschaft und orientalischen Philologie in Deutschland*. München: Cotta. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10447588-3>
- Benthien, R. F. (2015). Les durkheimiens et le Collège de France (1897-1918). *Revue Européenne des Sciences Sociales*, 53 (2), 191-218. DOI: <https://doi.org/10.4000/ress.3345>
- Benveniste, É. (1952). La classification des langues. Reproducido en É. Benveniste (1966), *Problèmes de linguistique générale* (pp. 99-118). Paris: Gallimard.
- Benveniste, E. (1964). Lettres de Ferdinand de Saussure à Antoine Meillet. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 21, 93-130. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27758046>
- Terracini, B. A. (1949). *Guida allo studio della linguistica storica. I. Profilo storico-critico*. Roma: Edizioni dell'Ateneo.
- Bergaigne, A. (1878). *La religion védique d'après les hymnes du Rig-Veda. Tome I*. Paris: F. Vieweg. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k330547>
- Bergaigne, A. (1883). *La religion védique d'après les hymnes du Rig-Veda. Tome II*. Paris: F. Vieweg. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k111479r>

- Bergounioux, G. (1984). La science du langage en France de 1870 à 1885. *Langue Française*, 63, 7-41. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41558190>
- Bergounioux, G. (1990). L'enseignement de la linguistique et de la philologie en France au XIXe siècle d'après les affiches de cours des Facultés de Lettres (1845-1897). *Archives et Documents de La Société d'Histoire et d'Épistémologie des Sciences du Langage*, 2, 1-105. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/hel_0247-8897_1990_num_2_1_3356
- Bergounioux, G. (1991). L'introduction de l'ancien français dans l'université française (1870-1900). *Romania*, 112, 243-258. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/45039185>
- Bergounioux, G. (1996a). «Aryen», «indo-européen», «sémitique» dans l'université française (1850-1914). *Histoire, Épistémologie, Langage*, 18 (1), 109-126. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/hel_0750-8069_1996_num_18_1_2451
- Bergounioux, G. (1996b). Aux origines de la Société de Linguistique de Paris (1864-1876). *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 91, 1-36. DOI: <https://doi.org/10.2143/BSL.91.1.2002511>
- Bergounioux, G. (1997). La Société de Linguistique de Paris (1870-1914). *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 92, 1-26. Recuperado de <https://hal.archives-ouvertes.fr/halshs-01845144/>
- Bergounioux, G. (1998). Science et institution: La linguistique et l'université en France (1865-1945). *Langue Française*, 117, 22-35. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41558853>
- Bergounioux, G. (2001). L'orientalisme et la linguistique. Entre géographie, littérature et histoire. *Histoire, Épistémologie, Langage*, 23

- (2), 39-57. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/hel_0750-8069_2001_num_23_2_2832
- Bergounioux, G. (2005). La Société de Linguistique de Paris dans son histoire (1863-1970). *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 100, 359-390. DOI: <https://doi.org/10.2143/BSL.100.1.2015463>
- Blachère, R. (1955). Introduction. En M. Cohen, *Cinquante années de recherches linguistiques, ethnographiques, sociologiques, critiques et pédagogiques*. Paris: Librairie C. Klincksieck.
- Bloch, M. (1952). *Introducción a la historia* (P. González Casanova y M. Aub, Trans.). México, D. F.: Fondo de Cultura Económica. (Original en francés, 1949)
- Boissier, G., Riemann, O., Héron de Villefosse, A. y Chatelain, É. (1887). Philologie latine, épigraphie et antiquités romaines. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études*, 1887, 190-194. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0002_1886_num_2_1_19130
- Boissier, G., Riemann, O., Héron de Villefosse, A. y Chatelain, É. (1888). Philologie latine, épigraphie et antiquités romaines. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études*, 1888, 10-12. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0001_1887_num_1_1_1837
- Bolognesi, G. (1987). Il contributo di Antoine Meillet agli studi di linguistica armena. En A. Quattordio-Moreschini (Ed.), *L'opera scientifica di Antoine Meillet* (pp. 119-146). Pisa: Giardini.
- Boltz, A. (1868). *Die Sprache und ihr Leben*. Offenbach am Main: G. André. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10582824-5>
- Bonfante, G. (1936). Antonio Meillet (1866-1936). *Emérita. Boletín de Lingüística y Filología Clásica*, 4, 377-382.

- Bopp, F. (1820). Analytical comparison of the Sanskrit, Greek, Latin and Teutonic languages, shewing the original identity of their grammatical structure. *Annals of Oriental Literature*, 1, 1-65. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10583259-7>
- Bopp, F. (1866). *Grammaire comparée des langues indo-européennes, comprenant le sanscrit, le zend, l'arménien, le grec, le latin, le lithuanien, l'ancien slave, le gothique et l'allemand. Tome I* (M. Bréal, Trad.). Paris: Imprimerie Nationale. (Original en alemán, 1857²) Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57740248>
- Bopp, F. (1868). *Grammaire comparée des langues indo-européennes, comprenant le sanscrit, le zend, l'arménien, le grec, le latin, le lithuanien, l'ancien slave, le gothique et l'allemand. Tome II*. Paris: Imprimerie Impériale. (Original en alemán, 1859²) Recuperado de https://numelyo.bm-lyon.fr/f_view/BML:BML_00GOO0100137001102916355?pid=BML:BML_00GOO0100137001102916355&pg_titre=
- Bopp, F. (1869). *Grammaire comparée des langues indo-européennes, comprenant le sanscrit, le zend, l'arménien, le grec, le latin, le lithuanien, l'ancien slave, le gothique et l'allemand. Tome III*. Paris: Imprimerie Impériale. (Original en alemán, 1861²) Recuperado de https://numelyo.bm-lyon.fr/f_view/BML:BML_00GOO0100137001102916363?pid=BML:BML_00GOO0100137001102916363&pg_titre=
- Borne, D. y Dubief, H. (1989). *La crise des années 30 (1929-1938)* (2.^a ed.). Paris: Éditions du Seuil.
- Bottey, F. (1886). *Le «magnétisme animal»: Étude critique et expérimentale sur l'hypnotisme ou sommeil nerveux provoqué chez les sujets sains (léthargie, catalepsie, somnambulisme, suggestions, etc.)* (2.^a

- ed.). Paris: Librairie Plon. Recuperado de
<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6341969f>
- Bourciez, É. (1906). Un manifeste de la nouvelle école linguistique. *Revue des Études Anciennes*, 8, 272-274. Recuperado de
https://www.persee.fr/doc/rea_0035-2004_1906_num_8_3_1449
- Boyer, P. (1936). Antoine Meillet. I. L'homme et le savant. *Revue des Études Slaves*, 16, 191-198. Recuperado de
https://www.persee.fr/doc/slave_0080-2557_1936_num_16_3_7621
- Brachet, A. (1867). *Grammaire historique de la langue française*. Paris: J. Hetzel et Cie. Recuperado de
<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k2052461>
- Bracke (1936a). Le legs d'Antoine Meillet. *Le Populaire*, 1 de octubre de 1936. Recuperado de
<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k822437k>
- Bracke (1936b). Antoine Meillet est mort. *Le Populaire*, 23 de septiembre de 1936. Recuperado de
<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k822428m>
- Bréal, M. (1862a). De la géographie de l'Avesta. Reproducido en M. Bréal (1877), *Mélanges de mythologie et de linguistique* (pp. 187-199). Paris: Librairie Hachette et Cie. Recuperado de
<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k36115b>
- Bréal, M. (1862b). La légende du brahmane converti par Zoroastre. Reproducido en M. Bréal (1877), *Mélanges de mythologie et de linguistique* (pp. 201-205). Paris: Librairie Hachette et Cie. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k36115b>

- Bréal, M. (1863a). *Hercule et Cacus: Étude de mythologie comparée*. Paris: A. Durand. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5328258n>
- Bréal, M. (1863b). Le mythe d'Oedipe. Reproducido en M. Bréal (1877), *Mélanges de mythologie et de linguistique* (pp. 163-185). Paris: Librairie Hachette. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k36115b>
- Bréal, M. (1866). *Introduction à la Grammaire comparée des langues indo-européennes de M. fr. bopp: Extrait du tome premier de la traduction française*. Paris: Imprimerie Impériale. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k115676b>
- Bréal, M. (1879). La science du langage. *Revue Scientifique de la France et de l'Étranger*, 8 (43), 1005-1011. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k215092v> Reproducido en P. Desmet y P. Swiggers (Eds.) (1995), *De la grammaire comparée à la sémantique. Textes de Michel Bréal publiées entre 1864 et 1898* (pp. 242-251). Louvain: Peeters.
- Bréal, M. (1888). Discours prononcé aux obsèques de M. Abel Bergaigne. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études*, 1888, 209-212. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0002_1888_num_4_1_19310
- Bréal, M. (1897a). *Essai de sémantique*. Paris: Librairie Hachette et Cie. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k97937040>
- Bréal, M. (1897b). Des lois phoniques. À propos de la création du laboratoire de phonétique expérimentale au Collège de France. *Mémoires de la Société de Linguistique de Paris*, 10, 1-11. Recuperado de <https://salamandre.college-de-france.fr/archives-en->

- [ligne/ead.html?id=FR075CDF_00RAP001](#) Reproducido en P. Desmet y P. Swiggers (Eds.) (1995), *De la grammaire comparée à la sémantique. Textes de Michel Bréal publiés entre 1864 et 1898* (pp. 336-346). Louvain: Peeters.
- Bréal, M. y Saussure, F. d. (1887). Grammaire comparée. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études*, 1887, 205. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0002_1886_num_2_1_19135
- Brisson, H. (1902). *La congrégation: Opinions et discours (1871-1901)*. Paris: Édouard Cornély. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1167968x>
- Brown, K. y Law, V. (Eds.). (2002). *Linguistics in Britain: Personal histories*. Oxford: Blackwell. Recuperado de <https://www.wiley.com/en-us/Linguistics+in+Britain%3A+Personal+Histories-p-9780631234760>
- Brugmann, K. (1895). *Elements of the comparative grammar of the Indo-Germanic languages. Volume IV. Morphology, part III* (R. S. Conway, W. H. D. Rouse, Trad.). London: Kegan Paul, Trench, Trübner & Co. (Original en alemán, 1892) Recuperado de <http://archive.org/details/elementsofcompar04bruguoft>
- Buck, C. D. (1933). *Comparative grammar of Greek and Latin*. Chicago: The University of Chicago Press. Recuperado de <http://archive.org/details/BuckComparativeGrammar>
- Bühler, K. (1979). *Teoría del lenguaje* (J. Marías, Trad.). Madrid: Alianza Editorial. (Original en alemán, 1934)
- Buisson, F. (1912). La morale laïque se suffit-elle? Réponse a M. Combes, président du Conseil. *La foi laïque: Extraits de discours et d'écrits*

- (1878-1911) (pp. 153-161) Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6112464n>
- Bunge, M. (1996). *Finding philosophy in social science*. New Haven: Yale University Press.
- Buriot-Darsiles, H. (1927). Compte rendu de la première séance publique annuelle de la société d'Émulation. *Bulletin de la Société d'Émulation du Bourbonnais*, 30, 177-218. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k54413257>
- Burridge, K. (2013). Nineteenth-century study of sound change from Rask to Saussure. En K. Allan (Ed.), *The Oxford handbook of the history of linguistics* (pp. 141-165). Oxford: Oxford University Press.
- Butterfield, H. (1931). *The whig interpretation of history*. London: G. Bell and Sons. Recuperado de <http://archive.org/details/whiginterpretati0000butt>
- Butterfield, H. (1950). *The origins of modern science*. London: G. Bell and Sons. Recuperado de <http://archive.org/details/in.gov.ignca.12937>
- Campbell, L. (2003). How to show languages are related: Methods for distant genetic relationship. En B. Joseph y R. Janda (Eds.), *The handbook of historical linguistics* (pp. 262-282). Oxford: Blackwell. DOI: <https://doi.org/10.1002/9780470756393.ch4>
- Campbell, L. (2006). Why Sir William Jones got it all wrong, or Jones' role in how to establish language families. *Anuario del Seminario de Filología Vasca 'Julio de Urquijo'*, 40, 245-264.
- Campbell, L. (2013). *Historical linguistics* (3.^a ed.). Edinburgh: Edinburgh University Press.

- Cannon, G. (1964). *Oriental Jones. A biography of Sir William Jones (1746-1794)*. New Delhi: Indian Council for Cultural Relations.
- Cannon, G. (Ed.). (1970). *The letters of Sir William Jones. Volume II*. Oxford: Clarendon Press. Recuperado de <https://archive.org/details/lettersofsirwill0002jone/mode/2up>
- Cano López, P. (2005). Georges Mounin y Antoine Meillet: Observaciones críticas sobre una semblanza. *Histoire, Épistémologie, Langage*, 27 (1), 153-197. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/hel_0750-8069_2005_num_27_1_2055
- Cano López, P. (2007). Joseph Vendryes y la gramática general. En P. Cano López et al. (Eds.), *Actas del VI Congreso de Lingüística General (Santiago de Compostela, 3-7 de mayo de 2004)*. Vol. 3 (pp. 2831-2850). Madrid: Arco Libros.
- Caro Baroja, J. (1986). *El laberinto vasco*. Madrid: Sarpe.
- Cassirer, E. (1951). *Las ciencias de la cultura* (W. Roces, Trad.). México, D. F.: Fondo de Cultura Económica. (Original en alemán, 1942)
- Chabrolle-Cerretini, A. (2007). *La vision du monde de Wilhelm von Humboldt. Histoire d'un concept linguistique*. Lyon: ENS Éditions.
- Chantraine, P. (1961). *Morphologie historique du grec* (2.^a ed.). Paris: Klincksieck.
- Chantraine, P. (1971). Le souvenir d'Antoine Meillet. *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 66, 35-43.
- Charles, J. (1936). Les prix Osiris. *L'Intransigeant*, 3 de julio de 1936. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k7951581>

- Chatelain, É. (1903). Nécrologie[: Louis Duvau]. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études*, 1903, 133-136. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0001_1904_num_1_1_2483
- Chatelain, É, Héron de Villefosse, A., Boissier, G. y Riemann, O. (1886). Philologie latine, épigraphie et antiquités romaines. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études*, 1886, 176-180. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0002_1885_num_1_1_19046
- Chaudhuri, N. C. (1974). *Scholar extraordinary. The life of professor the Rt. Hon. Friedrich Max Müller, P. C.* London: Chatto & Windus. Recuperado de <http://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.185477>
- Chavée, H. J. (1862). *Les langues et les races*. Paris: Chamerot. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k58128952>
- Chevalier, J. (1936). Antoine Meillet (1866-1936). *La Région du Centre*, 16, 378-380. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k2371076g>
- Chevalier, J. (1937). Antoine Meillet (1866-1936). *Bulletin de la Société d'Émulation du Bourbonnais*, 40, 40-46. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6303722v>
- Chevalier, J. y Encrevé, P. (1984). La création de revues dans les années 60 : Matériaux pour l'histoire récente de la linguistique en France. *Langue Française*, 63, 57-102. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/lfr_0023-8368_1984_num_63_1_5197
- Chevalier, J. y Encrevé, P. (2006). *Combats pour la linguistique, de Martinet à Kristeva. Essai de dramaturgie épistémologique*. Lyon: ENS Éditions. Recuperado de <http://catalogue-editions.ens-lyon.fr/en/livre/?GCOI=29021100917330>

- Clark, T. N. (1973). *Prophets and patrons: The French university and the emergence of the social sciences*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Cœurduoux, G. (1808). Supplément au mémoire qui précède [*i. e.*, *Le premier fleuve de l'Inde, le Gange, selon les anciens, expliqué par le Gange, selon les modernes*, par Abraham-H. Anquetil-Duperron]. *Mémoires de Littérature de l'Académie Royale des Inscriptions et Belles-Lettres*, 49, 647-697. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10500268-8>
- Cohen, M. (1928). *Instructions d'enquête linguistique*. Paris: Institut d'Ethnologie.
- Cohen, M. (1961). Quelques souvenirs politiques jusqu'à 1921. *La Pensée: Revue du Rationalisme Moderne*, 95, 90-94. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k58161680>
- Compagnon, A. et al. (2015). *Le Collège de France: Cinq siècles de libre recherche*. Paris: Gallimard.
- Comte, A. (1822). *Prospectus des travaux scientifiques nécessaires pour réorganiser la société*. Paris: Marchands de nouveautés. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k15164976>
- Comte, A. (1839). *Cours de philosophie positive. Tome quatrième. La philosophie sociale et les conclusions générales*. Paris: Bachelier. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k76270k>
- Comte, A. (1844). *Discours sur l'esprit positif*. Paris: Carilian-Goeury et Victor Dalmont. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k61282910>
- Coseriu, E. (1975). Gli universali linguistici e gli altri. En L. Heilmann y E. Rigotti (Eds.), *La linguistica: Aspetti e problemi* (pp. 377-412).

- Bologna: Il Mulino. Recuperado de <http://www.romling.uni-tuebingen.de/coseriu/publi/coseriu102.pdf>
- Coseriu, E. (1978a). Semántica y gramática. En E. Coseriu, *Gramática, semántica, universales* (pp. 128-147). Madrid: Gredos.
- Coseriu, E. (1978b). *Sincronía, diacronía e historia* (3.ª ed.). Madrid: Gredos.
- Coseriu, E. (2007). Du primat de l'histoire (Stijn Verleyen, Trad.). *Texto*, 12. (Original en alemán, 1980) Recuperado de http://www.revue-texto.net/1996-2007/Saussure/Sur_Saussure/Coseriu_Histoire.pdf
- Croce, B. (1920). *Teoria e storia della storiografia* (2.ª ed.). Bari: Gius. Laterza e Figli. Recuperado de <https://archive.org/details/teoriaestoriadel00crocuoft>
- Cuny, A. (1914). R. Gauthiot, *La fin de mot en indo-européen*, 1913. *Revue des Études Anciennes*, 16, 105-108. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/rea_0035-2004_1914_num_16_1_1811_t1_0105_0000_3
- Curtius, E. R. (1955). *Literatura europea y Edad Media latina* (M. Frenk, A. Alatorre, Trad.). México, D. F.: Fondo de Cultura Económica. (Original en alemán, 1948)
- Darmesteter, J. (1877). *Ormazd et Ahriman: Leurs origines et leur histoire*. Paris: F. Vieweg. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k330516>
- Daudet, L. (1936). L'Italie et le trouble européen. *L'Action Française*, 23 de septiembre de 1936. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k766465q>

- Dauzat, A. (1905). La démission de M. Bréal. *La Liberté*, 15 de octubre de 1905. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k4795429c>
- Davis, B. y O'Cain, R. K. (Eds.). (1980). *First person singular. Papers from the Conference on an Oral Archive for the History of American Linguistics. (Charlotte, N. C., march 1979)*. Amsterdam: John Benjamins. Recuperado de <https://benjamins.com/catalog/sihols.21>
- Décimo, M. (1994). Saussure à Paris. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 48, 75-90.
- Décimo, M. (1995). Victor Henry (1850-1907) ou l'itinéraire d'un linguiste autodidacte, d'après les fragments de sa correspondance. *Archives et Documents de la Société d'Histoire et d'Épistémologie des Sciences du Langage*, 12, 5-94. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/hel_0247-8897_1995_num_12_1_3407
- Décimo, M. (1999). Une petite famille de travailleurs autour de Georges Guieysse: Le monde de la linguistique parisienne. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 52, 99-121.
- Décimo, M. (2012). Saussure correcteur de Louis Duvau. *Genesis. Manuscripts-Recherche-Invention*, 35, 195-200.
- Delbrück, B. (1880). *Einleitung in das Sprachstudium. Ein Beitrag zur Methodik der vergleichenden Sprachforschung*. Leipzig: Breitkopf und Härtel. Manejamos la versión inglesa: B. Delbrück (1882). *Introduction to the study of language. A historical survey of the history and methods of comparative philology of indo-european languages* (E. Channing, Trad.). Leipzig: Breitkopf und Härtel. Recuperado de <http://archive.org/details/introductiontost00delb>

- Delord, T. (1869). *Histoire du Second Empire (1848-1869)* (5.^a ed.). Paris: Germer Baillière. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5426633t>
- Demarteau, J. (1863). *Étude sur les universités allemandes*. Anvers: Imprimerie de L. J. de Cort. Recuperado de <http://dbooks.bodleian.ox.ac.uk/books/PDFs/N10234609.pdf>
- Descartes, R. (1824). Discours de la méthode. En Cousin V. (Ed.), *Oeuvres de Descartes. Tome I*. Paris: F. G. Levrault. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k94258n>
- Desmet, P. y Swiggers, P. (1995). *De la grammaire comparée à la sémantique: Textes de Michel Bréal publiés entre 1864 et 1898*. Louvain: Peeters.
- Devoto, G. (1951). *I fondamenti della storia linguistica*. Firenze: Sansoni.
- Devoto, G. (1975a). Antoine Meillet. En G. Devoto, *Civiltà di persone* (pp. 112-116). Firenze: Vallecchi.
- Devoto, G. (1975b). La sua compagna. En G. Devoto, *Civiltà di persone* (pp. 117-118). Firenze: Vallecchi.
- Diringer, D. (1969). *L'alfabeto nella storia della civiltà* (2.^a ed.). Firenze: Giunti.
- Droixhe, D. (1978). *La linguistique et l'appel de l'histoire (1600-1800)*. Genève: Droz. Recuperado de <http://orbi.ulg.ac.be/handle/2268/832>
- Duchesne-Guillemain, J. (1937). Antoine Meillet. *L'Antiquité Classique*, 6, 141-146. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41642441>
- Dumézil, G. (1948). Arménien. En VV. AA, *Cent-cinquantenaire de l'École des langues orientales* (pp. 65-74). Paris: Imprimerie Nationale de France.

- Durkheim, É. (1895). *Les règles de la méthode sociologique*. Paris: Félix Alcan. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1055050>
- Duruy, V. (1868). Rapport à Sa Majesté l'Empereur sur l'enseignement supérieur (1865-1868). *Bulletin Administratif de l'Instruction Publique*, 10, 574-619. Recuperado de https://education.persee.fr/doc/baip_1254-0714_1868_num_10_191_27190
- Duruy, V. (1901). *Notes et souvenirs (1811-1894)*. Paris: Librairie Hachette. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k648758>
- Eggers, E. (2009). Delbrück, Berthold Gustav Gottlieb. En H. Stammerjohann (Ed.), *Lexikon grammaticorum* (pp. 364-365). Tübingen: Max Niemeyer.
- Eichhorn, J. G. (1807). *Geschichte der neuern Sprachenkunde*. Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10447457-7>
- Ehrhardt, H. (2009). Sievers, Eduard. En H. Stammerjohann (Ed.), *Lexicon grammaticorum: A bio-bibliographical companion to the history of linguistics* (pp. 1395-1397). Tübingen: Max Niemeyer
- Ernout, A. (1936). Antoine Meillet. *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*, 53, 16-21. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/bude_0004-5527_1936_num_53_1_6094
- Ernout, A. (1953). *Morphologie historique du latin* (3.^a ed.). Klincksieck: París.

- Febvre, L. (1936). De Spengler à Toynbee. Quelques philosophies opportunistes de l'histoire. *Revue de Métaphysique et de Morale*, 43, 573-602. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/40898631>
- Febvre, L. (1937). Avant-propos. En A. Rey, A. Meillet & P. Montel (Eds.), *Encyclopédie française, 1. l'outillage mental: Pensée, langage, mathématique* (pp. 1.30-1.30.4). Paris: Société de Gestion de l'Encyclopédie Française. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k39435h>
- Febvre, L. (1943). Propos d'initiation: Vivre l'histoire. *Mélanges d'histoire Sociale*, 3, 5-18. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ahess_1243-2571_1943_num_3_1_3073
- Fernández Pérez, M. (1986). Las disciplinas lingüísticas. *Verba. Anuario Galego de Filoloxía*, 13, 15-73. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10347/4891>
- Fernández Pérez, M. (1991). Sobre el concepto de *morfema* y el ámbito de la *morfología*. *Verba. Anuario Galego de Filoloxía*, 18, 27-68. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10347/3150>
- Fernández Pérez, M. (1993). *Las categorías gramaticales (morfológicas) del español*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10347/12094>
- Fernández Pérez, M. (1999). *Introducción a la lingüística*. Barcelona: Ariel.
- Ferrater Mora, J. y Leblanc, H. (1962). *Lógica matemática* (2.ª ed.). México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Filliozat, J. (1987). Deux cents ans d'indianisme: Critique des méthodes et des résultats. *Bulletin de L'École Française d'Extrême-Orient*, 76, 83-116. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/befeo_0336-1519_1987_num_76_1_1718

- Fleury, M. (1964). Notes et documents sur Ferdinand de Saussure (1880-1891). *Annales de l'École Pratique des Hautes Études*, 1964, 35-67. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0001_1964_num_1_1_4797
- Forner, J. P. (2000). *Los gramáticos: Historia chinesca*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado de <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmck9354>
- François, J. (2017). *Le siècle d'or de la linguistique en Allemagne: De Humboldt à Meyer-Lübke*. Limoges: Lambert-Lucas.
- Franklin, M. J. (2011). *Orientalist Jones: Sir William Jones, poet, lawyer, and linguist (1746-1794)*. Oxford: Oxford University Press.
- Fřcek, J. (1936). Antoine Meillet: L'enseignement, l'oeuvre, l'homme. *La Revue Française de Prague*, 15, 242-252. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5415307q>
- Fries, N. (2009). Brugmann, Karl (Friedrich Christian). En H. Stammerjohann (Ed.), *Lexikon grammaticorum* (pp. 212-214). Tübingen: Max Niemeyer.
- Fryba-Reber, A. (1995). Charles-Albert Sechehaye: Un linguiste engagé. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 49, 123-137.
- Fryba-Reber, A. (1999). Maurice Grammont (1866-1946) et l'école française de linguistique. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 52, 139-153. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27758587>
- Fryba-Reber, A. (2006). Antoine Meillet, le chroniqueur et le voyageur à la lumière de deux manuscrits inédits. En G. Bergounioux y Ch. de Lamberterie (Eds.), *Antoine Meillet aujourd'hui* (pp. 3-19). Leuven: Peeters.

- Fryba-Reber, A. (2009). Sechehayé, Albert. En H. Stammerjohann (Ed.), *Lexikon grammaticorum* (pp. 1372-1373). Tübingen: Max Niemeyer.
- Fryba-Reber, A. y Bergounioux, G. (Eds.) (2006). Journal d'Antoine Meillet (1896-1907). En G. Bergounioux y Ch. de Lamberterie (Eds.), *Meillet aujourd'hui* (pp. 27-81). Leuven: Peeters.
- Galazzi, E. (2014). Pierre Jean Rousselot: La phonétique expérimentale au service de l'homme. *Dossiers d'HEL. Linguistiques d'intervention: Des usages socio-politiques des savoirs sur le Langage et les Langues*, 6. Recuperado de <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-01115159>
- Gandon, F. (2014). *Meillet en Arménie. Journaux et correspondance (1891, 1903)*. Limoges: Lambert-Lucas.
- Gauthiot, R. (1913). *La fin de mot en indo-européen*. Paris: Librairie Paul Geuthner. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k115827m>
- Gauthiot, R. (1915). Notice. En VV. AA., *Ferdinand de Saussure (1857-1913)* (pp. 87-95). Genève. Reproducido en Th. A. Sebeok (Ed.) (1966), *Portraits of linguists: A biographical source book for the history of western linguistics, 1746-1963. Volume Two* (pp. 87-91). Bloomington: Indiana University Press. Recuperado de <https://publish.iupress.indiana.edu/read/untitled-82cf7470-9317-4434-915b-f0f25f3620fe/section/b552c587-0050-4f28-aa79-b11b6178d884#chr7-1>
- Gilliéron, J. y Edmont, E. (1902). *Atlas linguistique de la France. 1er fascicule*. Paris: Honoré Champion. Recuperado de <http://diglib.uibk.ac.at/ulbtirol/151930>
- Giner de los Ríos, F. (1879). Instrucción y educación. Reproducido en F. Giner de los Ríos (1922), *Estudios sobre educación* (pp. 11-25). Madrid:

Espasa-Calpe. Recuperado de

<http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000045694>

Giner de los Ríos, F. (1884). Un peligro de toda enseñanza. Reproducido en F. Giner de los Ríos (1913), *Ensayos sobre educación* (pp. 159-166).

Madrid: Ediciones de La Lectura. Recuperado de

<http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000202921>

Ginneken, J. van (1935). Relazione ufficiale [sulla influenza reciproca dei linguaggi come causa d'innovazione]. En B. Migliorini y V. Pisani (Eds.), *Atti del III Congresso Internazionale dei Linguisti (Roma, 19-26 settembre 1933)* (pp. 29-47). Firenze: Felice Le Monnier.

Graffi, G. (1988). Luoghi comuni su Hermann Paul (e la scuola neogrammatica). *Lingua e Stile*, 23, 211-234.

Grammont, M. (1912). *Mélanges linguistiques offerts à M. Ferdinand de Saussure*, Paris, Honoré Champion, 1908. *Revue des Langues Romanes*, 55, 387-389. Recuperado de

<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k19879t/f391.item>

Grammont, M. (1895). *La dissimilation consonantique dans les langues indo-européennes et dans les langues romanes*. Dijon: Imprimerie Darantier. Recuperado de

<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k115842d>

Grammont, M. (1903). Meillet (A.). — *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*, Paris: Hachette, 1903. *Revue des Langues Romanes*, 46, 600-602. Recuperado de

<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k19870q>

Grammont, M. (1917). F. de Saussure — *Cours de linguistique générale*, Paris: Payot, 1916. *Revue des Langues Romanes*, 59, 403-410.

Recuperado de

<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k198832/f410.item>

Grammont, M. (1933). *Traité de phonétique*. Paris: Librairie Delagrave.

Granucci, F. (1992). Complementi a *Pour un manuel de linguistique générale* di Antoine Meillet. *Studi e Saggi Linguistici*, 33, 13-232.

Grasset, J. (1916). Lettre au professeur Gabriel Petit. En G. Petit y M. Leudet (Eds.), *Les allemands et la science* (pp. 199-203). Paris: Félix Alcan.

Gray, L. H. (1937). Antoine Meillet (1866-1936). *Proceedings of the American Academy of Arts and Sciences*, 71, 524-526. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/20023259>

Greenberg, J. H. (1966). Introduction. En J. H. Greenberg (Ed.), *Universals of language (report of a conference held at Dobbs Ferry, New York, april 13-15, 1961* (2.^a ed.) (pp. XI-XIII). Cambridge, Mass.: The M. I. T. Press.

Greenberg, J. H., Osgood, C. E. y Jenkins, J. J. (1966). Memorandum concerning language universals. En J. H. Greenberg (Ed.), *Universals of language (report of a conference held at Dobbs Ferry, New York, april 13-15, 1961* (2.^a ed.) (pp. XV-XXVII). Cambridge, Mass.: The M. I. T. Press.

Guerrier de Dumast, A. (1854). *L'orientalisme rendu classique, dans la mesure de l'utile et du possible* (2.^a ed.). Paris: Benj. Duprat.

Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5822764f>

Gulya, J. (1974). Some eighteenth century antecedents of nineteenth century linguistics: The discovery of Finno-Ugrian. En D. H. Hymes (Ed.), *Studies in the history of linguistics: Traditions and paradigms* (pp. 258-276). Bloomington: Indiana University Press.

- Guyard, S. (1870). *Nouvel essai sur la formation du pluriel brisé en Arabe*. Paris: A. Franck.
- Gyarmathi, S. (1799). *Affinitas linguae Hungaricae cum linguis Fennicae originis grammaticae demonstrata*. Gotinga: J. Ch. Dieterich. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10589162-2>
- Hammel, R. (2009). Leskien, (Johann) August (Heinrich). En H. Stammerjohann (Ed.), *Lexicon grammaticorum: A bio-bibliographical companion to the history of linguistics* (pp. 895-897). Tübingen: Max Niemeyer.
- Hahn, E. A. (1952). Edgar Howard Sturtevant. *Language*, 28, 417-434. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/409678>
- Halphen, L. (1946a). Éloge funèbre de M. Édouard Bourciez, correspondant de l'Académie. *Comptes Rendus des Séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 90, 579-582. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/crai_0065-0536_1946_num_90_4_78041
- Halphen, L. (1946b). Éloge funèbre de M. Maurice Grammont, membre libre non résidant de l'Académie. *Comptes Rendus des Séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 90, 560-565. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/crai_0065-0536_1946_num_90_4_78037
- Hammarström, G. (1974). *Las unidades lingüísticas en el marco de la lingüística moderna* (M. Marín Casero, Trad.). Madrid: Gredos. (Original en alemán, 1966)
- Handourtzet, R. (1997). *Vichy et l'école: 1940-1944*. Paris: Éditions Noësis.
- Harrison, S. P. (2003). On the limits of the comparative method. En B. D. Joseph y R. Janda (Eds.), *The handbook of historical linguistics* (pp.

- 213-243). Oxford: Blackwell. DOI: <https://doi.org/10.1002/9781405166201.ch2>
- Haug, M. (1862). *Essays on the sacred language, writings and religion of the Parsees*. Bombay: Bombay Gazette Press. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10572490-0>
- Hauvette-Besnault, E.-L., Lévi, S. y Bergaigne, A. (1886). *Langue sanscrite. Annaires de l'École Pratique des Hautes Études*, 1886, 196-199. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0002_1885_num_1_1_19055
- Havet, L. (1922). Discours de M. Louis Havet. En VV. AA., *Célébration du cinquantenaire de l'Ecole pratique des Hautes Études* (pp. 3-12). Paris: Honoré Champion. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k33121j>
- Heine, H. (1855). *De l'Allemagne. Tome I*. Paris: Michel Lévy Frères. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k68419n>
- Helbert, C. (2012). Frédéric Lefèvre et *Les Nouvelles Littéraires. Fabula*. Recuperado de <https://www.fabula.org/443/colloques/document1455.php>
- Henry, V. (1883). *Etude sur l'analogie en général et sur les formations analogiques de la langue grecque*. Lille: Imprimerie L. Danel. Recuperado de https://numelyo.bm-lyon.fr/f_view/BML:BML_00GOO0100137001103827403?pid=BML:BML_00GOO0100137001103827403&dsID=IMG00000003&
- Henry, V. (1889). *L'œuvre d'Abel Bergaigne, leçon d'ouverture du cours de grammaire comparée à la Faculté des Lettres de Paris*. Paris: Ernest Thorin. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5803852b>

- Henry, V. (1893). *Précis de grammaire comparée de l'anglais et de l'allemand*. Paris: Librairie Hachette. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k370105g>
- Henry, V. (1894). *Précis de grammaire comparée du grec et du latin* (5.^a ed.). Paris: Librairie Hachette. Recuperado de <http://archive.org/details/precisdegrammairecompareedugrecetdulatin>
- Henry, V. (1896). *Antinomies linguistiques*. Paris: Félix Alcan. Reproducido en V. Henry (2001). *Antinomies linguistiques. Le langage martien* (J. Chiss y Ch. Puech, Eds.). Louvain: Peeters.
- Hervás y Panduro, L. (1801). *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas. Volumen II. Lenguas y naciones de las islas de los mares Pacífico é Indiano austral y oriental, y del continente del Asia*. Madrid: Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia. Recuperado de <http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000049124>
- Hockett, C. F. (1965). Sound change. *Language*, 41, 185-204. DOI: <https://doi.org/10.2307/411873>
- Hoenigswald, H. M. (1950). The principal step in comparative grammar. *Language*, 26, 357-364. DOI: <https://doi.org/10.2307/409730>
- Hoenigswald, H. M. (1960). *Language change and linguistic reconstruction*. Chicago: The University of Chicago Press. Recuperado de <http://archive.org/details/languagechangeli00hoen>
- Hoenigswald, H. M. (1963). On the history of the comparative method. *Anthropological Linguistics*, 5, 1-11. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/30022394>
- Hoenigswald, H. M. (1966a). Are there universals of linguistic change? En J. H. Greenberg (Ed.), *Universals of language (report of a conference*

- held at Dobbs Ferry, New York, april 13-15, 1961* (2.^a ed.) (pp. 30-52).
Cambridge, Mass.: The M. I. T. Press.
- Hoenigswald, H. M. (1966b). A proposal for the study of folk-linguistics.
En W. Bright (Ed.), *Sociolinguistics: Proceedings of the UCLA Sociolinguistics Conference, 1964* (pp. 16-26). The Hague: Mouton.
DOI: <https://doi.org/10.1515/9783110856507-004>
- Hoenigswald, H. M. (1974). Fallacies in the history of linguistics: Notes on the appraisal of the nineteenth century. En D. H. Hymes (Ed.), *Studies in the history of linguistics: Traditions and paradigms* (pp. 346-358).
Bloomington: Indiana University Press. Recuperado de
<https://archive.org/details/studiesinhistory0000hyme>
- Hoenigswald, H. M. (1986). Nineteenth-century linguistics on itself. En T. Bynon y F. R. Palmer (Eds.), *Studies in the history of western linguistics in honour of R. H. Robins* (pp. 172-188). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hřozný, B. (1934). El hitita: Historia y progreso del desciframiento de sus textos. En M. Sánchez Barrado y A. Magariños (Eds.), *Las lenguas y los pueblos indoeuropeos* (pp. 65-101). Madrid: Centro de Estudios Históricos.
- Hültenschmidt, E. (2001). La chaire de grammaire comparée à la Sorbonne (1852-1864), occupée par un philhellène: Charles Benoît Hase. *Beiträge zur Geschichte der Sprachwissenschaft*, 11, 49-67.
- Humboldt, W. von (1812). Essai sur les langues du nouveau continent. En A. Leitzmann (Ed.) (1904), *Wilhelm von Humboldts Werke. Dritter Band (1799-1818)* (pp. 300-341). Berlin: B. Behr. Recuperado de
<http://archive.org/details/gesammelteschrif03humbuoft>

- Humboldt, W. von (1836). *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts*. Berlin: Druckerei der Königlichen Akademie der Wissenschaften. Manejo la versión española: W. von Humboldt (1990). *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad* (A. Agud, Trad.). Barcelona: Anthropos.
- Humboldt, W. von (1822). Über das vergleichende Sprachstudium in Beziehung auf die verschiedenen Epochen der Sprachentwicklung ('Sobre el estudio comparado de las lenguas en relación con las diversas épocas de su evolución'). En Königlichen Akademie der Wissenschaften zu Berlin, *Abhandlungen [...] aus den Jahren 1820–1821* (pp. 239–260). Berlin: Georg Reimer. Manejo la versión española recogida en W. von Humboldt, *Escritos sobre el lenguaje* (A. Sánchez Pascual, Trad.). (pp. 33-59). Barcelona: Península.
- Iordan, I. (1967). *Lingüística románica: Evolución, corrientes, métodos* (M. Alvar, Trad.). Madrid: Alcalá. (Original en rumano, 1962)
- Jakobson, R. (1938). Sur la théorie des affinités phonologiques des langues. En K. Barr, V. Bröndal, L. L. Hammerich y L. Hjelmslev (Eds.), *Actes du Quatrième Congrès International de Linguistes (tenu à Copenhague, du 27 août au 1er septembre 1936)* (pp. 48-59). Copenhague: Einar Munksgaard.
- Jakobson, R. (1966). Implications of language universals for linguistics. En J. H. Greenberg (Ed.), *Universals of language (report of a conference held at Dobbs Ferry, New York, april 13-15, 1961 (2.^a ed.))* (pp. 263-278). Cambridge, Mass.: The M. I. T. Press.

- Jakobson, R. (1988a). Antoine Meillet. En R. Jakobson, *Obras selectas. I* (G. Costas, Trad.) (pp. 130-133). Madrid: Gredos. (Original en alemán, 1937)
- Jakobson, R. (1988b). Baudouin de Courtenay y su escuela. En R. Jakobson, *Obras selectas. I* (J. L. Melena, Trad.) (pp. 34-62). Madrid: Gredos. (Original en inglés, 1971)
- Jakobson, R. (1988c). Importancia de Kruszewski para el desarrollo de la ciencia del lenguaje. En R. Jakobson, *Obras selectas. I* (V. Díez, Trad.) (pp. 63-78). Madrid: Gredos. (Original en ruso, 1972)
- Jakobson, R., Karcevsky, S. y Troubezkoy, N. S. (1929). [Réponse à la question: *Quelles sont les méthodes les mieux appropriées à un exposé complet et pratique de la grammaire d'une langue quelconque?*]. En VV. AA., *Actes du Premier Congrès International de Linguistes (à La Haye, du 10-15 avril 1928)* (pp. 33-36). Leiden: A.W. Sijthoff.
- Jamison, S. W. (2008). Sanskrit. En R. D. Woodard (Ed.), *The ancient languages of Asia and the Americas* (pp. 6-32). Cambridge: Cambridge University Press.
- Jankowsky, K. R. (1972). *The neogrammarians: A re-evaluation of their place in the development of linguistic science*. The Hague: Mouton.
Recuperado de <http://archive.org/details/neogrammariansre0000jank>
- Jasanoff, J. (2017). The impact of hittite and tocharian: Rethinking Indo-european in the 20th century and beyond. En J. Klein, B. Joseph & M. F. Fritz (Eds.), *Handbook of comparative and historical Indo-European linguistics* (pp. 31-53). Berlin: De Gruyter Mouton. DOI: <https://doi.org/10.1515/9783110261288-018>

- Jasanoff, J. H. (2008). Gothic. En R. D. Woodard (Ed.), *The ancient languages of Europe* (pp. 31-53). Cambridge: Cambridge University Press.
- Jensen, H. (1970). *Sign, symbol and script : An account of man's efforts to write* (G. Unwin, Trad.). London: Allen & Unwin. (Original en alemán, 1969³)
- Jespersen, O. (1938). Discours de M. Otto Jespersen. En K. Barr, V. Bröndal, L. L. Hammerich y L. Hjelmslev (Eds.), *Actes du Quatrième Congrès International de Linguistes (tenu à Copenhague, du 27 août au 1er septembre 1936)* (pp. 25-30). Copenhague: Einar Munksgaard.
- Jones, D. (1941). Paul Passy. *Le Maître Phonétique*, 56, 30-39. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/44705103>
- Jones, W. (1784). A discourse on the institution of a society for inquiring into the history, civil, and natural, the antiquities, arts, sciences, and literature, of Asia. En W. Jones, *The works of Sir William Jones. Vol. I* (pp. 1-7). London: G. G. and J. Robinson & R. H. Evans. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10218684-8>
- Jones, W. (1786). The third anniversary discourse, delivered 2 february, 1786. En W. Jones, *The works of Sir William Jones. Vol I* (pp. 19-34). London: G. G. and J. Robinson & R. H. Evans. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10218684-8>
- Joseph, J. E. (2012). *Saussure*. Oxford: Oxford University Press.
- Karady, V. (1986): De Napoléon à Duruy: les origines et la naissance de l'université contemporaine. En J. Verger (Dir.), *Histoire des universités en France* (pp. 261-322). Toulouse: Privat.
- Koerner, E. F. K. (1995). Mikołaj Kruszewski's contribution to general linguistics. En M. Kruszewski, *Writings in general linguistics* (pp. XI-

- XXXII). Amsterdam: John Benjamins. Recuperado de <https://www.jbe-platform.com/content/books/9789027275097-acil.11.03mik>
- Koerner, E. F. K. (1972). Hermann Paul and synchronic linguistics. *Lingua*, 29, 274-307. DOI: [https://doi.org/10.1016/0024-3841\(72\)90027-7](https://doi.org/10.1016/0024-3841(72)90027-7)
- Koerner, E. F. K. (1991). *First person singular II: Autobiographies by North American scholars in the language sciences*. Amsterdam: John Benjamins.
- Koerner, E. F. K. (1998). *First person singular III: Autobiographies by North American scholars in the language sciences*. Amsterdam: John Benjamins.
- Koerner, E. F. K. (1999a). The history of linguistics: Attainments and remaining challenges. En E. F. K. Koerner, *Linguistic historiography: Projects & prospects* (pp. 23-38). Amsterdam: John Benjamins. Recuperado de <https://benjamins.com/catalog/sihols.92>
- Koerner, E. F. K. (1999b). On the uses of the history of linguistics. En E. F. K. Koerner, *Linguistic historiography: Projects & prospects* (pp. 1-20). Amsterdam: John Benjamins. Recuperado de <https://benjamins.com/catalog/sihols.92>
- Koerner, E. F. K. (2008). Hermann Paul and general linguistic theory. *Language Sciences*, 30, 102-132. DOI: <http://dx.doi.org/10.1016/j.langsci.2006.10.001>
- Kragh, H. (1989). *Introducción a la historia de la ciencia* (T. de Lozoya, Trad.). Barcelona: Crítica. (Original en inglés, 1987)
- Kruszewski, M. (1881). *Über die Lautabwechslung* ('On sound alternation'). Kazan: Universitätsbuchdruckerei. Manejo la versión

- inglesa recogida en M. Kruszewski (1995), *Writings in general linguistics* (E. F. K. Koerner, Ed.) (R. Austerlitz, Trad.) (pp. 1-34). Amsterdam: John Benjamins.
- Kruszewski, M. (1883). *Očerk nauki o jazyke* ('Outline of linguistic science'). Kazan: Tipografia Imperatorskago Universiteta. Manejo la versión inglesa recogida en M. Kruszewski (1995), *Writings in general linguistics* (E. F. K. Koerner, Ed.) (G. M Eramian, Trad.) (pp. 35-178). Amsterdam: John Benjamins.
- Laborda i Gil, X. (2012). Historia de la lingüística británica y autobiografía en *Linguistics in Britain: Personal histories. Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación*, 50, 63-90. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/CLAC/article/view/40622/38948>
- Laborda i Gil, X. (2015). Memorias de lingüistas estadounidenses: *First person singular. Linred: Lingüística En La Red*, 13. Recuperado de <https://ebuah.uah.es/dspace/handle/10017/25279>
- Laborda, X., Romera, L. y Fernández Planas, A. M. (2014). *La lingüística en España: 24 autobiografías*. Barcelona: Editorial UOC. Recuperado de <https://elibro.net/ereader/elibrodemo/57683>
- Labov, W. (1996). *Principios del cambio lingüístico. Vol 1. Factores internos* (P. Martín Butragueño, Trad.). Madrid: Gredos. (Original en inglés, 1994)
- Laín Entralgo, P. (1978). *Historia de la medicina*. Barcelona: Salvat.
- Lamberterie, Ch d. (1988). Meillet et l'arménien. *Histoire, Épistémologie, Langage*, 10 (2), 217-234. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/hel_0750-8069_1988_num_10_2_2275

- Lamberterie, Ch d. (2006). La place de l'arménien dans le vie et l'oeuvre d'Antoine Meillet. En G. Bergounioux y Ch. de Lamberterie (Eds.), *Meillet aujourd'hui* (pp. 146-189). Leuven: Peeters.
- Lang, R. y Cabrera, B. (1933). *Física experimental. II*. Barcelona: Labor.
- Langlois, Ch.-V. y Seignobos, Ch. (1898). *Introduction aux études historiques*. Paris: Librairie Hachette et Cie. Recuperado de <https://archive.org/details/introductiontos00langgoog>
- Lanjuinais, J. (1832). *Oeuvres de J.-D. Lanjuinais. recherches sur les langues, la littérature, la religion et la philosophie des indiens*. Paris: Dondey-Dupré Père et Fils. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k454799s>
- Lanson, G. (1902). *L'Université et la société moderne*. Paris: Armand Colin. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1142297>
- Lapesa, R. (1979). Menéndez pidal, creador de escuela: El Centro de Estudios Históricos. En VV. AA., *¡Alça la voz, pregonero! Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal* (pp. 43-79). Madrid: Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza. Recuperado de <https://mdc.ulpgc.es/cdm/ref/collection/MDC/id/44041>
- Lavissee, E. (1895). *Un ministre: Victor Duruy*. Paris: Armand Colin. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k65470p>
- Lefèvre, F. (1923a). Une heure avec Ferdinand brunot, doyen de la Faculté de Lettres. *Les Nouvelles Littéraires, Artistiques et Scientifiques*, 2 (21), 1-2. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6442377g>
- Lefèvre, F. (1923b). Une heure avec M. J. Bédier. *Les Nouvelles Littéraires, Artistiques et Scientifiques*, 2 (28), 1-2. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6442384m>

- Lefèvre, F. (1924). Une heure avec M. A. Meillet, de l'Institut. *Les Nouvelles Littéraires, Artistiques Et Scientifiques*, 3 (108), 1-2.
Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6442462c>
- Lejeune, M. (1972). *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien*. Paris: Éditions Klincksieck. Recuperado de <https://archive.org/details/LeJeunePhonetiqueHistoriqueDuMyceniEnEtDuGrecAncien>
- Leroy, M. (1936). Antoine Meillet (1866-1936). *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, 15 (3-4), 1292-1295. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/rbph_0035-0818_1936_num_15_3_5263
- Leroy, M. (1969). *Las grandes corrientes de la lingüística* (J. J. Utrilla, Trad.). México, D. F.: Fondo de Cultura Económica. (Original en francés, 1966)
- Leroy, M. (1985). Chavée, Honoré-Joseph. En Académie Royale des Sciences, des Lettres et des Beaux-Arts de Belgique (Ed.), *Biographie nationale*, 44. dernier supplément, 16 (fasc. 1er). artoisenet — éracle (pp. 197-206). Bruxelles: Établissements Émile Bruylant. Recuperado de <https://www.academieroyale.be/Academie/documents/FichierPDFBiographieNationaleTome2102.pdf>
- Leskien, A. (1876). *Die Declination im Slavisch-litauischen und Germanischen* ('La declinación es eslavo-lituano y germánico'). Leipzig: S. Hirzel. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb11326332-0>
- Lévi, S., Bergaigne, A. y Hauvette-Besnault, E.-L. (1887). Langue sanscrite. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études*, 1887, 211-214.

Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0002_1886_num_2_1_19139

Lévi, S. y Finot, L. (1897). Langue sanscrite. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études. Section des Sciences Historiques et Philologiques*, 30 (1), 66-68. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0001_1898_num_1_1_2152

Lévi, S. y Foucher, A. (1898). Religions de l'Inde. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études. Section des Sciences Religieuses*, 12 (8), 35-35. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0002_1898_num_12_8_19504

Lévi, S. y Hauvette-Besnault, E.-L. (1888). Langue sanscrite. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études*, 1888, 27-29. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0001_1887_num_1_1_1847

Liard, L. (1894). *L'enseignement supérieur en France. Tome second*. Paris: Armand Colin. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k54526053>

López Piñero, J. M.^a (1992). *La anatomía comparada antes y después del darwinismo*. Torrejón de Ardoz: Akal.

López Piñero, J. M.^a (2000). *Cajal*. Madrid: Debate.

Ludolf, H. (1702). *Grammatica aethiopica* (2.^a ed.). Frankfurt am Main: Johann David Zunner. Recuperado de <http://data.onb.ac.at/rep/10305A3F>

Maistre, J. de (1797). *Considérations sur la France*. Londres: Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b86269002>

Malkiel, Y. (1986). Linguistique générale et linguistique romane (des deux côtes de l'Atlantique). *Linguistique générale et linguistique romane*:

- Histoire de la grammaire. Actes du XVIIe Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes (Aix-en-Provence, 29 août-3 septembre 1983). Vol. n.º 1* (pp. 13-32). Aix-en-Provence: Université de Provence.
- Malmberg, B. (1947). Maurice Grammont. *Studia Linguistica*, 1 (1), 52-55. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1467-9582.1947.tb00357.x>
- Marías, J. (1955). *La estructura social: teoría y método*. Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones. Recuperado de <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-estructura-social-teoria-y-metodo/>
- Marouzeau, J. (1936). Nécrologie: Antoine Meillet. *Revue des Études Latines*, 14, 257-261. Recuperado de <https://archive.org/details/revuedestudieslat1415maro>
- Marrou, H.-I. (1975). *De la connaissance historique*. Paris: Éditions du Seuil.
- Martí Sánchez, M. (2014). *La lingüística en España: 24 autobiografías*, de Xabier Laborda, Lourdes Romera y Ana M.ª Fernández Planas. *Linred: Lingüística en la Red*, 12, Recuperado de <https://ebuah.uah.es/dspace/handle/10017/23331#.YJ4yOW3PoiE.mendeley>
- Martinet, A. (1974). *Economía de los cambios fonéticos* (Fuente Arranz, Alfredo de la, Trad.). Madrid: Gredos. (Original en francés, 1964²)
- Martinet, A. (1997). *De las estepas a los océanos: El indoeuropeo y los indoeuropeos* (S. Álvarez Pérez, Trad.). Madrid: Gredos. (Original en francés, 1986)
- Maspero, G. (1916). Notice sur la vie et les travaux de M. Michel Bréal. *Comptes Rendus des Séances de L'Académie des Inscriptions et Belles-*

- Lettres*, 60 (6), 544-574. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/crai_0065-0536_1916_num_60_6_73791
- Mauss, M. (1937). *In memoriam: Antoine Meillet (1866-1936). Annales Sociologiques. Série E. Morphologie Sociale, Langage, Technologie, Esthétique*, 2, 1-7. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27882317>
- Mazon, A. (1936). Antoine Meillet. III. Le président de l'Institut d'Études Slaves. *Revue des Études Slaves*, 16 (3-4), 205-210. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/slave_0080-2557_1936_num_16_3_7623
- Mazon, A. (1946). Nécrologie[: Jan Fřcek]. *Revue des Études Slaves*, 22 (1-4), 280-313. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/slave_0080-2557_1946_num_22_1_1445
- Mazure, M. A. (1837). Préface. En F. Schlegel, *Essai sur la langue et la philosophie des indiens* (M. A. Mazure, Trad.) (pp. v-LI). Paris: Parent-Desbarres. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k9772893g>
- McGetchin, D. T. (2009). *Indology, indomania, and orientalism: Ancient India's rebirth in modern Germany*. Madison: Fairleigh Dickinson University Press.
- Meillet, A. (1893). Les lois du langage, I. Lois phonétiques. *Revue Internationale de Sociologie*, 1, 311-321. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k442583r>
- Meillet, A. (1894). Les lois du langage, II. L'analogie. *Revue Internationale de Sociologie*, 2, 860-870. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k4425844>

- Meillet, A. (1900a). *Völkerpsychologie. Eine Untersuchung der Entwicklungsgesetze von Sprache, Mythos und Sitte. Erster Band. Die Sprache*, par Wilhelm Wundt. *L'Année Sociologique*, 5, 595-601. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27881369>
- Meillet, A. (1900b). *Note sur une difficulté générale de la grammaire comparée*. Chartres: Imprimerie Durand. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k168068x>
- Meillet, A. (1902). *Lectures on the study of language*, par Hanns Oertel. *L'Année Sociologique*, 7, 675-676. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27881844>
- Meillet, A. (1903). *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*. Paris: Librairie Hachette. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k432937j>
- Meillet, A. (1905). Nécrologie: L. Duvau. *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 13, LXV-LXVII. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k321548>
- Meillet, A. (1906). L'œuvre scientifique de L. Duvau. *Mémoires de la Société de Linguistique de Paris*, 13, 233-236.
- Meillet, A. (1910). Ch. Bally, *Traité de stylistique française*, Paris, Klincksieck, 1909. *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 16, CXVIII-CXXII. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k936597h>
- Meillet, A. (1912). L'évolution des formes grammaticales. *Scientia*, 12, 6-22. Reproducido en A. Meillet (1926), *Linguistique historique et linguistique générale* (2.^a ed.) (pp. 130-148). Paris: Honoré Champion. Disponible en <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k21349s>

- Meillet, A. (1913a). L.-V. Scherba, *Russkie glasnye v kačestvennom i količestvennom otnošenii*, Pétersbourg, Imprimerie Erlikh. *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 18, CXIII-CXIV. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k936597h>
- Meillet, A. (1913b). Sur la méthode de la grammaire comparée. *Revue de Métaphysique et de Morale*, 21 (1), 1-15. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/40894764>. Reproducido en A. Meillet (1926), *Linguistique historique et linguistique générale* (2.^a ed.) (pp. 19-35). Paris: Honoré Champion. Disponible en <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k21349s>
- Meillet, A. (1915). La linguistique. En VV. AA, *La science française*, 2 (pp. 117-124). Paris: Larousse. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k37403d>
- Meillet, A. (1917). Robert Gauthiot. *Annuaire de l'École Pratique des Hautes Études*, 1917, 57-61. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0001_1917_num_1_1_9344
- Meillet, A. (1918). Convergences des développements linguistiques. *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 85, 97-110. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41081558>. Reproducido en A. Meillet (1926), *Linguistique historique et linguistique générale* (2.^a ed.) (pp. 61-75). Paris: Honoré Champion. Disponible en <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k21349s>
- Meillet, A. (1920). Sur les caractères du verbe. *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 89, 1-22. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41083318>. Reproducido en A. Meillet (1926), *Linguistique historique et linguistique générale* (2.^a ed.) (pp. 175-198). Paris: Honoré Champion. Disponible en <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k21349s>

- Meillet, A. (1922). Les langues à l'École des Hautes Études. *Célébration du cinquantenaire de l'Ecole pratique des Hautes Études* (pp. 19-23). Paris: Honoré Champion. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k33121j>
- Meillet, A. (1925). *La méthode comparative en linguistique historique*. Paris: Honoré Champion. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k934150p>
- Meillet, A. (1926a). *Caractères généraux des langues germaniques* (3.^a ed.). Paris: Librairie Hachette. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k131619s>
- Meillet, A. (1926b). *Linguistique historique et linguistique générale* (2.^a ed.). Paris: Honoré Champion. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k21349s>
- Meillet, A. (1928a). Avant-propos. En VV. AA, *Étrennes de linguistique offertes par quelques amis à Émile Benveniste* (pp. V-VII). Paris: Librairie Orientaliste Paul Geuthner.
- Meillet, A. (1928b). Sur la terminologie de la morphologie générale. Reproducido en A. Meillet (1936), *Linguistique historique et linguistique générale. Tome II* (pp. 29-35). Paris: Librairie C. Klincksieck. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k936597h>
- Meillet, A. (1929a). Le développement des langues. En VV. AA., *Continu et discontinu* (pp. 117-131). Paris: Bloud et Gay. Reproducido en A. Meillet (1936), *Linguistique historique et linguistique générale. Tome II* (pp. 70-83). Paris: Librairie C. Klincksieck. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k936597h>

- Meillet, A. (1929b). Description de l'ensemble des langues. En VV. AA., *Actes du Premier Congrès International de Linguistes (à La Haye, du 10-15 avril 1928)* (pp. 28-30). Leiden: A.W. Sijthoff.
- Meillet, A. (1932). Michel Bréal et la grammaire comparée au Collège de France. En A. Lefranc *et al.* (Eds.), *Le Collège de France (1530-1930). Livre jubilaire composé à l'occasion de son quatrième centenaire* (pp. 279-289). Paris: Presses Universitaires de France. Reproducido en A. Meillet (1936), *Linguistique historique et linguistique générale. Tome II* (pp. 212-227). Paris: Librairie C. Klincksieck. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k936597h>
- Meillet, A. (1936). *Linguistique historique et linguistique générale. Tome II*. Paris: Librairie C. Klincksieck. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k936597h>
- Meillet, A. (1987). *Lettres de Tiflis et d'Arménie* (M. Minassian, Ed.). Vienne: s. n.
- Meillet, A. (1995). *Pour un manuel de linguistique générale* (F. Granucci, Ed.). Roma: Accademia dei Lincei.
- Meillet, A. (1924). Introduction. En A. Meillet y M. Cohen (Eds.), *Les langues du monde* (pp. 1-18). Paris: Édouard Champion. Recuperado de <http://archive.org/details/LanguesDuMondeMeilletCohen>
- Meillet, A. y Cohen, M. (Eds.) (1924). *Les langues du monde*. Paris: Édouard Champion. Recuperado de <http://archive.org/details/LanguesDuMondeMeilletCohen>
- Meillet, A., Gauthiot, R. y Bréal, M. (1915). Grammaire comparée. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études*, 1915, 47-48. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0001_1915_num_1_1_9230

- Meinecke, F. (1943). *El historicismo y su génesis* (T. Muñoz Molina, Mingarro y San Martín, José, Trad.). México, D. F.: Fondo de Cultura Económica. (Original en alemán, 1936)
- Menéndez Pidal, R. (1950). *Orígenes del español* (3.ª ed.). Madrid: Espasa-Calpe.
- Menéndez Pidal, R. (1994). *Manual de gramática histórica española* (22.ª ed.). Madrid: Espasa-Calpe.
- Merlin, A. (1952). Notice sur la vie et les travaux de M. Antoine Meillet, membre de l'Académie. *Comptes Rendus des Séances de L'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 96 (4), 572-583. DOI: <https://doi.org/10.3406/crai.1952.10016>
- Merton, R. K. (1957). Priorities in scientific discovery: A chapter in the sociology of science. *American Sociological Review*, 22 (6), 635-659. DOI: <https://doi.org/10.2307/2089193>
- Merton, R. K. (1961). Singletons and multiples in scientific discovery: A chapter in the sociology of science. *Proceedings of the American Philosophical Society*, 105 (5), 470-486. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/985546>
- Metcalf, G. J. (1966). Andreas Jäger and his *De lingua vetustissima Europae* (1686). *Modern Language Notes*, 81 (4), 489-493. DOI: <https://doi.org/10.2307/2908075>
- Metcalf, G. J. (1974). The Indo-European hypothesis in the sixteenth and seventeenth centuries. En D. H. Hymes (Ed.), *Studies in the history of linguistics: Traditions and paradigms* (pp. 233-257). Bloomington: Indiana University Press. Recuperado de <https://archive.org/details/studiesinhistory0000hyme>

- Meyer, L. (1861). *Vergleichende Grammatik der Griechischen und Lateinischen Sprache. Erster Band*. Berlin: Weidmannsche Buchhandlung. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb11340045-6>
- Meyer, L. (1865). *Vergleichende Grammatik der Griechischen und Lateinischen Sprache. Zweiter Band*. Berlin: Weidmannsche Buchhandlung. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb11340046-1>
- Meyer, P. (1898). Chronique. *Romania*, XXVII (107), 517-528. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/roma_0035-8029_1898_num_27_107_5557
- Meyer-Lübke, W. (1890). *Grammaire des langues romanes. Tome premier. Phonétique* (E. Rabiet, Trad.). Paris: H. Welter. (Original en alemán, 1890) Recuperado de <http://archive.org/details/grammairedesla01meyer>
- Minassian, M. (1987). Avant-propos. En A. Meillet, *Lettres de Tiflis et d'Arménie* (pp. 7-19). Vienne: s. n.
- Mommsem, T. (1876). *Historia de Roma. Tomo III. Desde la reunión de Italia hasta la sumisión de Cartago y de Grecia* (A. García Moreno, Trad.). Madrid: Francisco Góngora. Recuperado de https://bibliotecadigital.jcyl.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=10127440
- Monod, G. (1876). Du progrès des études historiques en France depuis le XVIème siècle. *Revue Historique*, 1 (1), 5-38. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/40925999>
- Monod, G. y Fagniez, G. C. (1876). Avant-propos. *Revue Historique*, 1 (1), 1-4. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/40925998>

- Monteil, P. (1992). *Elementos de fonética y morfología del latín* (C. Fernández Martínez, Trad.). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Morpurgo Davies, A. (1978). Analogy, segmentation and the early neogrammarians. *Transactions of the Philological Society*, 76 (1), 36-60. Recuperado de <https://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download?doi=10.1.1.737.4878&rep=rep1&type=pdf>
- Morpurgo Davies, A. (1986). Karl Brugmann and late nineteenth-century linguistics. En T. Bynon y F. R. Palmer (Eds.), *Studies in the history of western linguistics* (pp. 150-171). Cambridge: Cambridge University Press.
- Morpurgo Davies, A. (1988). Meillet, Greek and the *Aperçu*. *Histoire Épistémologie Langage*, 10 (2), 235-252. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/hel_0750-8069_1988_num_10_2_2276
- Morpurgo Davies, A. (1998). *History of linguistics*, 4. *Nineteenth-century linguistics*. London: Longman.
- Mounin, G. (1971). *Historia de la lingüística: desde los orígenes al siglo XX* (F. Marcos, Trad.). Madrid: Gredos. (Original en francés, 1967)
- Mounin, G. (1977). *La lingüística del siglo XX* (S. Álvarez Pérez, Trad.). Madrid: Gredos. (Original en francés, 1972)
- Mucchielli, L. (1998). *La découverte du social: Naissance de la sociologie en France*. Paris: La Découverte.
- Müller, F. M. (1901). *My autobiography: A fragment*. New York: Charles Scribner's Sons. Recuperado de <http://archive.org/details/myautobiographyf00mluoft>

- Müller, F. M. (1902). En Müller G. A. (Ed.), *The life and letters of the right honourable friedrich max müller*, 1. London: Longmans, Green and Co. Recuperado de <http://archive.org/details/lifelettersofrig01mluoft>
- Muller, H. F. (1937). Antoine Meillet, 1866-1936. *Romanic Review*, 28 (1), 63-66. Recuperado de <https://www.proquest.com/openview/455824a0777f41be05a2b9573a5e52b6/1?pq-origsite=gscholar&cbl=1816663>
- Müller, M. (1861). *Lectures on the science of language*. London: Longman, Green, Longman & Roberts. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10583044-0>
- Müller, M. (1864). *Lectures on the science of language. Second series*. London: Longman, Green, Longman and Roberts. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10583045-5>
- Naville, A. (1901). *Nouvelle classification des sciences* (2.^a ed.). Paris: Félix Alcan. Recuperado de <http://archive.org/details/nouvelleclassif01navigoog>
- Naville, A. (1908). Le programme et les méthodes de la linguistique théorique. À propos d'un ouvrage récent. *Revue de Synthèse*, 16 (47), 175-180. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k365056d>
- Nerlich, B. (1990). *Change in language : Whitney, Bréal, and Wegener*. London: Routledge.
- Nietzsche, F. (2006). *Segunda consideración intempestiva: Sobre la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida* (J. Etoarena, Trad.). Buenos Aires: Libros del Zorzal.

- Noordegraaf, J. (2009). Ginneken, Jacobus Joannes Antonius. *Lexicon grammaticorum: A bio-bibliographical companion to the history of linguistics* (pp. 538-539). Tubinga: Max Niemeyer.
- Normand, C. (2000). La généralité des principes. En S. Auroux (Ed.), *Histoire des idées linguistiques. Tome 3. L'hégémonie du comparatisme* (pp. 463-471). Sprimont: Pierre Mardaga.
- Oppert, J. (1858). *Considérations générales sur la philologie comparée des langues indo-européennes*. Paris: Imprimerie de H. Carion.
Recuperado de https://numelyo.bm-lyon.fr/f_view/BML:BML_00GOO0100137001102844243?pid=BML:BML_00GOO0100137001102844243&pg_titre=
- Ortega y Gasset, José. (1926). Orígenes del español. *El Sol*, 12 de diciembre de 1926. Recuperado de <http://hemerotecadigital.bne.es:80/details.vm?q=id:0000338365>
- Ortega y Gasset, J. (1928). La «Filosofía de la Historia» de Hegel y la historiología. Reproducido en J. Ortega y Gasset (1947a), *Obras completas. Tomo IV (1929-1933)* (pp. 521-541). Madrid: Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, J. (1933). En torno a Galileo. Reproducido en J. Ortega y Gasset (1947b), *Obras completas. Tomo V (1933-1941)* (pp. 5-160). Madrid: Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, J. (1940). Ideas y creencias. Reproducido en J. Ortega y Gasset (1947b), *Obras completas. Tomo V (1933-1941)* (pp. 381-405). Madrid: Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, J. (1942). Ideas para una historia de la filosofía. Reproducido en J. Ortega y Gasset (1947c), *Obras completas. Tomo VI (1941-1946)* (pp. 377-418). Madrid: Revista de Occidente.

- Ortega y Gasset, J. (1945-1953). Origen y epílogo de la filosofía.
Reproducido en J. Ortega y Gasset (1962), *Obras completas. Tomo IX (1960-1962)* (pp. 345-434). Madrid: Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, J. (s. a.). Prólogo. En W. Dilthey (1986), *Introducción a las ciencias del espíritu* (J. Marías, Trad.) (pp. 11-24). Madrid: Alianza Editorial.
- Osthoff, H. y Brugmann, K. (1878). Vorwort ('Preface'). *Morphologische Untersuchungen auf dem Gebiete der indogermanischen Sprachen* ('Morphological investigations in the sphere of the indo-european languages'), 1, III-XX. Versión inglesa en W. P. Lehmann (Ed.), *A reader in nineteenth century historical indo-european linguistics* (pp. 197-209). Bloomington: Indiana University Press. Recuperado de <https://liberalarts.utexas.edu/lrc/resources/books/reader/14-h-osthoff.php>
- P., P.-P. (1936). Antoine Meillet. *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 24 de septiembre de 1936. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5085404>
- Pagliaro, A. (1993). *Storia della linguistica*. Palermo: Novecento.
- Paris, G. (1862). *Étude sur le rôle de l'accent latin dans la langue française*. Paris: Librairie A. Franck. Recuperado de <http://archive.org/details/tudesurlerle00pariuoft>
- Paris, G. (1865). *Histoire poétique de Charlemagne*. Paris: Librairie A. Franck. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k62745863>
- Passy, P. (1890). *Étude sur les changements phonétiques et leurs caractères généraux*. Paris: Firmin-Didot. Recuperado de <https://numelyo.bm->

[lyon.fr/f_view/BML:BML_00GOO0100137001103826546?pid=BML:BML_00GOO0100137001103826546&pg_titre=](http://www.lyon.fr/f_view/BML:BML_00GOO0100137001103826546?pid=BML:BML_00GOO0100137001103826546&pg_titre=)

Paul, H. (1886). *Prinzipien der Sprachgeschichte* (2.^a ed.). Halle an der Saale: Max Niemeyer. Versión inglesa: H. Paul (1891), *Principles of the history of language* (H. A. Strong, Trad.). London: Longmans, Green and Co. Recuperado de <http://archive.org/details/cu31924026442586>

Pedersen, H. (1931). *Linguistic science in the nineteenth century* (J. W. Spargo, Trad.). Cambridge, Mass.: Harvard University Press. (Original en danés, 1924) Recuperado de <http://archive.org/details/discoveryoflangu0000pede>

Penney, J. H. W. (2017). The documentation of tocharian. En J. Klein, B. Joseph & M. Fritz (Eds.), *Handbook of comparative and historical indo-european linguistics. Volume 2* (pp. 1298-1303). The Hague: Mouton de Gruyter. DOI: <https://doi.org/10.1515/9783110523874-029>

Petit, G. y Leudet, M. (Eds.). (1916). *Les allemands et la science*. Paris: Félix Alcan.

Peyrefitte, A. (1987). *Rue d'Ulm: Chroniques de la vie normalienne*. Paris: Fayard.

Pezzi, D. (1869a). Introduzione. *Compendio di grammatica comparativa dello antico indiano, greco ed italico di augusto schleicher e lessico delle radici indo-italo-greche di leone meyer* (pp. i-lvii). Torino: Ermanno Loescher. Recuperado de https://www.europeana.eu/es/item/9200110/BibliographicResource_1000126607186

- Pezzi, D. (1869b). Prefazione. *Compendio di grammatica comparativa dello antico indiano, greco ed italico di Augusto Schleicher e lessico delle radici indo-italo-greche di Leone Meyer* (pp. 3-11). Torino: Ermanno Loescher. Recuperado de https://www.europeana.eu/es/item/9200110/BibliographicResource_1000126607186
- Pezzi, D. (1875). *Introduction à l'étude de la science du langage* (V. Nourrisson, Trad.). Paris: Sandoz et Fischbacher. (Original en italiano, 1869) Recuperado de <http://dbooks.bodleian.ox.ac.uk/books/PDFs/N11070895.pdf>
- Pinillos, J. L. (1975). *Principios de psicología*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pisani, V. (1949). Augusto Schleicher e alcuni orientamenti della moderna linguistica. *Paideia*, 4, 297.
- Plessis, A. (1979). *De la fête impériale au mur des fédérés: 1852-1871*. Paris: Éditions du Seuil. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k10030129>
- Pomorska, K. (1984). Roman Kakobson (october 11, 1896—July 18, 1982). *The Polish Review*, 29 (4), 43-56. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/25778094>
- Popper, K. R. (1983). Hacia una teoría racional de la tradición (N. Míguez, Trad.). En K. R. Popper, *Conjeturas y refutaciones* (pp. 156-173). Buenos Aires: Paidós. (Original en inglés, 1949)
- Popper, K. R. (2002). *La miseria del historicismo* (P. Schwartz, Trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Predari, F. (1842). *Origine e progresso dello studio delle lingue orientali in italia*. Milano: Paolo Lampato. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10521828-2>

- Preston, D. (2002). What is folk linguistics? *Målbryting*, (6), 13–23. DOI: <https://doi.org/10.7557/17.4751>
- Prévéraud de La Boutresse, Roger y Aubert de La Faige, Genest-Émile. (1936). *Les fiefs du bourbonnais. tome 2. moulins, rive droite de l'Allier*. Moulins: Crépin-Leblond. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5038836>
- Prochasson, C. (1994). Émile Durkheim et Ernest Lavisse, *Lettres à tous les français. Annales*, 49(1), 167-168. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ahess_0395-2649_1994_num_49_1_279251_t1_0167_0000_002
- Puech, Chr. (Ed.) (2004). *Linguistique et partages disciplinaires à la charnière des XIXe et XXe siècles: Victor Henry (1850-1907)*. Louvain: Peeters.
- Quattordio-Moreschini, A. (Ed.). (1987). *L'opera scientifica di Antoine Meillet*. Pisa: Giardini.
- Quirk, R. y Wrenn, C. L. (1957). *An old english grammar*. London: Methuen.
- Rabier, F. (1903). *Le rapport Rabier: La république et ses congrégations*. Paris: H. Simonis Empis. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k82270t>
- Ramón y Cajal, S. (1917). *Recuerdos de mi vida*. Madrid: Imprenta y Librería de Nicolás Moyá. Recuperado de <http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000200617>
- Ramón y Cajal, S. (1934). *El mundo visto a los ochenta años: Impresiones de un arterioesclerótico*. Madrid: Tipografía Artística. Recuperado de <http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000191873>

- Raumer, R. v. (1870). *Geschichte der germanischen philologie vorzugsweise in deutschland*. München: R. Oldenbourg. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10801217-5>
- Ravelet, C. y Swiggers, P. (Eds.). (2010). *Trois linguistes (trop) oubliés: Antoine Meillet, sylvain lévi, Ferdinand brunot*. Paris: L'Harmattan.
- Rebérioux, M. (1975). *La république radicale?: 1898-1914*. Paris: Éditions du Seuil.
- Reinach, S. (1916). Michel Bréal. *Revue Archéologique*, 3, 139-150.
Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41024267>
- Renan, E. (1859). *Essais de morale et de critique*. Paris: Michel Lévy Frères.
Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6116238q>
- Renan, E. (1863). *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques. première partie. histoire générale des langues sémitiques* (3.^a ed.). Paris: Imprimerie Impériale. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k64370643>
- Renan, E. (1864). L'instruction supérieure en France: Son histoire et son avenir. *Revue Des Deux Mondes*, 51(1), 73-95. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/44727384>
- Renan, E. (1890). *L'avenir de la science: Pensées de 1848*. Paris: Calmann Lévy. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k107920k>
- Richet, Ch. (1916). Science française et science allemande. En G. Petit y M. Leudet (Eds.), *Les allemands et la science* (pp. 345-361). Paris: Félix Alcan.
- Rickert, H. (1922). *Ciencia cultural y ciencia natural* (M. García Morente, Trad.). Madrid: Calpe. (Original en alemán, 1921⁵)

- Robins, R. H. (1990). *A short history of linguistics* (3.^a ed.). London: Longman. Recuperado de http://archive.org/details/shorthistoryofli0000robi_k2r6
- Rocher, R. (1995). Discovery of Sanskrit by Europeans. En E. F. K. Koerner y R. E. Asher (Eds.), *Concise history of the language sciences* (pp. 188-191). Oxford: Pergamon.
- Rollin, Ch. (1863). *Traité des études, 1*. Firmin Didot Frères: Paris. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k204672h>
- Romanes, G. J. (1910). *Darwin and after Darwin. I. The Darwinian theory* (4.^a ed.). Chicago: The Open Court Publishing Company. DOI: <https://doi.org/10.5962/bhl.title.1248>
- Rousseau, A. (2010). Antoine Meillet et Louis Duvau: Histoire d'une rivalité sourde entre deux proches disciples de Saussure. En C. Ravelet y P. Swiggers (Eds.), *Trois linguistes (trop) oubliés: Antoine Meillet, sylvain lévi, Ferdinand brunot* (pp. 79-103). Paris: L'Harmattan.
- Rousseau, J. (1755). *Discours sur l'origine et les fondemens de l'inégalité parmi les hommes*. Ámsterdam: Marc Michel Rey. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6240585m>
- Rousselot, J. (1891). *Les modifications phonétiques du langage étudiées dans le patois d'une famille de cellefrouin, charente*. Paris: H. Welter. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k887149k>
- Rousselot, J. (1897). Le laboratoire de phonétique expérimentale au Collège de France. *Revue Internationale De l'Enseignement*, 34, 16-19. Recuperado de https://education.persee.fr/doc/revin_1775-6014_1897_num_34_2_3452

- Russell, E. S. (1916). *Form and function: A contribution to the history of animal morphology*. London: John Murray. Recuperado de <https://www.biodiversitylibrary.org/item/15993>
- Sajnovics, J. (1770). *Demonstratio idioma ungarorum et lapponum idem esse*. Trnava: Typis Collegii Academici Societatis Jesu. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10524231-4>
- Sallustius Crispus, C. (1919). *Catilina, iugurtha, orationes et epistulae excerptae de historiis* (A. W. Ahlberg, Ed.). Leipzig: B. G. Teubner. Recuperado de <https://archive.org/details/catilinaugurtha00salluoft>
- Sánchez Ron, J. M. (2007). *El poder de la ciencia. historia social, política y económica de la ciencia (siglos XIX y XX)*. Barcelona: Crítica.
- Sapir, E. (1921). *Language: An introduction to the study of speech*. New York: Harcourt, Brace and Company. Recuperado de <http://archive.org/details/languageintroduc00sapi>
- Saussure, F. de (1879). *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes*. Leipzig: B. G. Teubner. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k729200>
- Saussure, F. de (1931). *Cours de linguistique générale* (Ch. Bally y A. Sechehay, Eds.) (3.^a ed.). Paris: Payot. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k314842j>
- Saussure, F. de (2002). *Écrits de linguistique générale* (S. Bouquet y R. Engler, Eds.). Paris: Gallimard.
- Saussure, F. de y Bréal, M. (1888). Grammaire comparée. *Annales de l'École Pratique des Hautes Études*, 22-23. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/ephe_0000-0001_1887_num_1_1_1843

- Savoie, P. (Ed.). (2000). *Les enseignants du secondaire. XIXe - XXe siècles. le corps, le métier, les carrières. textes officiels, 1 (1802-1914)* Recuperado de https://www.persee.fr/doc/inrp_0000-0000_2000_ant_23_1_8998
- Sayce, A. H. (1874). *The principles of comparative philology*. London: Trübner & Co. Recuperado de <http://archive.org/details/principlescompa06saycgoog>
- Sayce, A. H. (1880). *Introduction to the science of language. Volume I*. London: C. Kegan Paul & Co. Recuperado de <http://archive.org/details/sciencelang01sayc>
- Schlegel, F. von (1808). *Über die Sprache und Weisheit der Indier*. Heidelberg: Mohr und Zimmer. Manejo la versión francesa: F. von Schlegel (1837), *Essai sur la langue et la philosophie des indiens* (M. A. Mazure, Trad.). Paris: Parent-Desbarres. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k9772893g>
- Schleicher, A. (1861). *Compendium der vergleichenden Grammatik der Indogermanischen Sprachen. I*. Weimar: Hermann Böhlau. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10588617-6>
- Schleicher, A. (1862). *Compendium der vergleichenden Grammatik der Indogermanischen Sprachen. II*. Weimar: Hermann Böhlau. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10588618-1>
- Schuchardt, H. (1885). *Ueber die Lautgesetze: Gegen die Junggrammatiker* ('Des lois phonétiques: Contre les néo-grammairiens'). Berlin: Robert Oppenheim. Versión francesa en H. Schuchardt (2011), *Textes théoriques et de réflexion (1885-1925)* (Dorner. Marc, A Tabouret-Keller, Trad.) (pp. 25-73). Limoges: Lambert-Lucas.
- Schwab, R. (1950). *La renaissance orientale*. Paris: Payot.

- Schwob, M. y Guieysse, G. (1889). *Étude sur l'argot français*. Paris: Imprimerie Nationale. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1149624>
- Sechehaye, A. (1908). *Programme et méthodes de la linguistique théorique: Psychologie du langage*. Paris: Honoré Champion. Recuperado de <http://archive.org/details/programmeetmth00sech>
- Seignobos, C. (1920). *Histoire de France contemporaine. Tome huitième. L'évolution de la 3e république (1875-1914)*. Paris: Librairie Hachette. Recuperado de <http://archive.org/details/histoiredfranc08lavi>
- Sharp, H. (Ed.). (1919). *Selections from educational records. Part I (1781-1839)*. Calcutta: Superintendent Government Printing. Recuperado de <http://archive.org/details/SelectionsFromEducationalRecordsPartI1781-1839>
- Sievers, E. (1901). *Grundzüge der Phonetik* ('Foundations of phonetics') (5.^a ed.). Leipzig: Breitkopf und Härtel. Versión inglesa (incompleta) en W. P. Lehmann (Ed.), *A reader in nineteenth century historical indo-european linguistics* (pp. 256-266). Bloomington: Indiana University Press. Recuperado de <https://liberalarts.utexas.edu/lrc/resources/books/reader/18-e-sievers.php>
- Sihler, A. L. (1995). *New comparative grammar of Greek and Latin*. Oxford: Oxford University Press.
- Simmel, G. (1977). *The problems of the Philosophy of History: An epistemological essay* (G. Oakes, Trad.). New York: The Free Press. (Original en alemán, 1905²)

- Sljusareva, N. A. (1970). Lettres de Ferdinand de Saussure à J. Baudouin de Courtenay. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, (27), 7-17. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27758111>
- Sommerfelt, A. (1924). «La philosophie linguistique française». Réponse à M. Hjalmar Falk. *Bulletin de la Société De Linguistique de Paris*, 25, 22-33. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k321668>
- Sommerfelt, A. (1962). Antoine Meillet, the scholar and the man. A. Sommerfelt, *Diachronic and synchronic aspects of language* (pp. 379-385). The Hague: Mouton. Reproducido en T. A. Sebeok (Ed.), *Portraits of linguists: A biographical source book for the history of western linguistics, 1746-1963. Volume Two* (pp. 241-249). Bloomington: Indiana University Press. Disponible en <https://publish.iupress.indiana.edu/read/untitled-82cf7470-9317-4434-915b-f0f25f3620fe/section/80034e81-51e2-4068-b1a6-afe87c996236#chr15-2>
- Spitzer, L. (Ed.). (1930). *Meisterwerke der romanischen sprachwissenschaft, 2: Namenforschung, syntax, stilforschung, systematik*. München: Max Hueber.
- Staël-Holstein, G. de (1814). *De l'Allemagne. Tome premier* (2.^a ed.). Paris: H. Nicolle & Mame Frères. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k9676861h>
- Stampini, E. (1906). Domenico Pezzi. *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica*, 34, 1.
- Stankiewicz, E. (1972). Baudouin de Courtenay. His life and work. En E. Stankiewicz (Ed.), *A Baudouin de Courtenay anthology* (pp. 3-47). Bloomington: Indiana University Press. Recuperado de <https://publish.iupress.indiana.edu/read/a-baudouin-de-courtenay->

[anthology-4bc63e36-7d7a-4e5a-9c1a-bd35f0c83b15/section/44d215fc-9086-440b-ac55-323fbf29581e#fm1](#)

- Stuart Mill, J. (1843). *A system of logic, ratiocinative and inductive. Vol. II.* London: John W. Parker. Recuperado de <http://dbooks.bodleian.ox.ac.uk/books/PDFs/N13276895.pdf>
- Suetonius Tranquillus, C. (1908). *De vita Caesarum libri VIII* (M. Ihm, Ed.). Leipzig: B. G. Teubner. Recuperado de https://www.hsaugsburg.de/~harsch/Chronologia/Lspost02/Suetonius/sue_vc00.html
- Swiggers, P. (1983). La méthodologie de l'historiographie de la linguistique. *Folia Linguistica Historica*, 4 (1), 55-80. DOI: <https://doi.org/10.1515/flih.1983.4.1.55>
- Swiggers, P. (1987). A l'ombre de la clarté française. *Langue Française*, 75, 5-21. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41558323>
- Swiggers, P. (1990). Reflections on models (for) linguistic historiography. En W. Hülsen (Ed.), *Understanding the historiography of linguistics. Problems and Projects* (pp. 21-34). Münster: Nodus Publikationen.
- Swiggers, P. (1995). Languages, language history, and the history of linguistics: From structure to transformation, between Europe and America, an interview with Henry Hoenigswald. *Orbis. International Journal of General Linguistics and Linguistic Documentation*, 38, 233-250. DOI: <https://doi.org/10.2143/ORB.38.0.563373>
- Swiggers, P. (1996-1997). [E. F.] Konrad Koerner, *Professing Linguistic Historiography*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins, 1995. *Orbis. International Journal of General Linguistics and Linguistic Documentation*, 39, 391-397.

- Swiggers, P. (2004). Modelos, métodos y problemas en la historiografía de la lingüística. En C. Corrales Zumbado *et al.* (Eds.), *Nuevas aportaciones a la historiografía lingüística. Actas del IV Congreso Internacional de la SEHL* (vol. 1, pp. 113-145). Madrid: Arco Libros.
- Swiggers, P. (2006). La mort de Meillet. En G. Bergounioux y Ch. de Lamberterie (Eds.), *Meillet aujourd'hui* (pp. 137-146). Leuven: Peeters.
- Swiggers, P. (2009). Meillet, Antoine (Paul-Jules). En H. Stammerjohann (Ed.), *Lexicon grammaticorum: A bio-bibliographical companion to the history of linguistics* (pp. 997-999). Tübingen: Max Niemeyer.
- Swiggers, P. (2010a). History and historiography of linguistics: status, standards and standing. *Eutomia. Revista Online de Literatura e Linguística*, 3 (2). Recuperado de <https://lirias.kuleuven.be/retrieve/141927>
- Swiggers, P. (2010b). Antoine Meillet et sa visée de la linguistique (générale). En C. Ravelet y P. Swiggers (Eds.), *Trois linguistes (trop) oubliés: Antoine Meillet, Sylvain Lévi, Ferdinand Brunot* (pp. 21-39). Paris: L'Harmattan.
- Swiggers, P. (2017). Indo-european linguistics in the 19th and 20th centuries: Beginnings, establishment, remodeling, refinement, and extension(s). En J. Klein, B. Joseph & M. Fritz (Eds.), *Handbook of comparative and historical indo-european linguistic. Volume 1* (pp. 171-210). The Hague: Mouton de Gruyter. DOI: <https://doi.org/10.1515/9783110261288-016>
- Swiggers, P., Desmet, P. y Jooen, L. (1998). Metahistoriography meets (linguistic) historiography. En P. Schmitter y M. van der Wal (Eds.), *Metahistoriography: theoretical and methodological aspects in the*

- historiography of linguistics* (pp. 29-59). Münster: Nodus Publikationen.
- Szemerényi, O. (1978). *Introducción a la lingüística comparativa* (A. Álvarez, Trad.). Madrid: Gredos. (Original en alemán, 1970)
- Tagliavini, C. (1963). *Panorama di storia della linguistica*. Bologna: Riccardo Pàtron.
- Tarde, G. (1890). *Les lois de l'imitation: Étude sociologique*. Paris: Félix Alcan. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k77173k>
- Terracini, B. (1930). L'opera e il pensiero di Graziadio Isaia Ascoli. *La Rassegna Mensile di Israel*, 5 (2), 67-81. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41275491>
- Terrall, M. (2006). Biography as cultural history of science. *Isis*, 97 (2), 306-313. DOI: <https://doi.org/10.1086/504736>
- Tesnière, L. (1936). Antoine Meillet (1866-1936). *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, 15 (2), 33-42. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k56823343>
- Testenoire, P. (2015). Deux nouvelles lettres de Ferdinand de Saussure à Antoine Meillet. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 68, 189-204.
- Thomsen, V. (1945). *Historia de la lingüística* (J. de Echave-Sustaeta, Trad.). Barcelona: Labor. (Original en danés, 1902)
- Timpanaro, S. (1972). Graziadio Ascoli. *Belfagor*, 27 (2), 149-176. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/26142835>
- Timpanaro, S. (1977). Friedrich Schlegel and the development of comparative linguistics in the 19th century. En E. F. K. Koerner (Ed.), *Über die Sprache und Weisheit der Indier* (pp. XI-XLVIII). Amsterdam: John Benjamins. DOI: <https://doi.org/10.1075/acil.1.03tim>

- Toulmin, S. (1972). *Human understanding: The collective use and evolution of concepts*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press. Recuperado de <http://archive.org/details/humanunderstandi0000toul>
- Tovar, A. (1944). *Lingüística y filología clásica: Su situación actual*. Madrid: Revista de Occidente.
- Unamuno, M. de (1905). Sobre la erudición y la crítica. *La España Moderna*, 17 (204), 5-26. Citamos por M. de Unamuno (1918), *Ensayos. Tomo III* (pp. 71-109). Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Recuperado de <http://bdh.bne.es/bnearchive/detalle/bdh0000206132>
- Unamuno, M. de (1916). La evolución del Ateneo de Madrid. *La Nación* (B. A.), 24 de enero de 1916. Citamos por M. de Unamuno (1958), *Obras completas. Tomo X. Autobiografía y recuerdos personales* (pp. 344-354). Madrid: Afrodisio Aguado. Recuperado de <http://archive.org/details/obrascompletas10unam>
- Vàrvaro, A. (1988). *Historia, problemas y métodos de la lingüística románica* (A. M. Mussons, Trad.). Barcelona: Sirmio. (Original en italiano, 1968)
- Vega, G. de la (1609). *Primera parte de los Comentarios Reales que tratan del origen de los yncas...* Lisboa: Pedro Craasbeck. Recuperado de <http://www.larramendi.es/es/consulta/registro.do?id=28120>
- Vendryes, J. (1921). *Le langage: Introduction linguistique à l'histoire*. Paris: La Renaissance du Livre. Recuperado de <http://archive.org/details/lelangageintrodu00venduoft>

- Vendryes, J. (1942-1945). La comparaison en linguistique. *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 42, 1-16. Recuperado de <http://crecleco.seriot.ch/textes/Vendryes46.html>
- Vendryes, J. (1955). Première société linguistique: la Société de Linguistique de Paris (1865-1955). *Orbis: Bulletin International de Documentation Linguistique*, 4 (1), 7-21.
- Vendryes, J. (1937). Antoine Meillet (1866-1936). *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 38, 1-42. Reproducido en T. A. Sebeok (Ed.), *Portraits of linguists: A biographical source book for the history of western linguistics, 1746-1963. Volume Two* (pp. 201-240). Bloomington: Indiana University Press. Recuperado de <https://publish.iupress.indiana.edu/read/untitled-82cf7470-9317-4434-915b-f0f25f3620fe/section/80034e81-51e2-4068-b1a6-afe87c996236#chr15>
- Villar, F. (1996). *Los indoeuropeos y los orígenes de europa* (2.ª ed.). Madrid: Gredos.
- Volney, Constantin-François de Chasseboeuf, conde de (1791). *Les ruines, ou méditation sur les révolutions des empires*. Paris: Desenne, Volland et Plassan. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6515487j>
- Wallon, H. (1896). Notice historique sur la vie et les travaux de Abel-Henri-Joseph Bergaigne, membre de l'Académie. *Comptes Rendus des Séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 40 (6), 529-557. Recuperado de https://www.persee.fr/doc/crai_0065-0536_1896_num_40_6_70877
- Wallon, H. (1902). Notice sur la vie et les travaux de M. jacques-auguste-adolphe régnier, membre ordinaire de l'Académie. *Comptes Rendus des*

- Séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 46, 604-647.
Recuperado de https://www.persee.fr/doc/crai_0065-0536_1902_num_46_6_17317
- Watkins, C. (1978). Remarques sur la méthode de Ferdinand de Saussure comparatiste. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 32, 59-69. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27758198>
- Watkins, C. (1984). L'apport d'Emile Benveniste à la grammaire comparée. En G. Serbat (Ed.), *Émile Benveniste aujourd'hui. Actes du Colloque International du C. N. R. S.* (pp. 3-11). Louvain: Peeters.
- Watkins, C. (1995). El proto-indoeuropeo. En A. Giacalone-Ramat y P. Ramat (Eds.), *Las lenguas indoeuropeas* (pp. 57-118). Madrid: Cátedra. (Original en italiano, 1993)
- Weber de Kurlat, F. (1976). Lope-Lope y Lope-preLope. Formación del subcódigo de la comedia de Lope de Vega y su época. *Segismundo: Revista Hispánica de Teatro*, 12 (23), 111-133.
- Whitney, W. D. (1867). *Language and the study of language: Twelve lectures on the principles of linguistic science*. London: N. Trübner and Co. DOI: <https://mdz-nbn-resolving.de/urn:nbn:de:bvb:12-bsb10583243-5>
- Whitney, W. D. (1873). Müller's lectures on language. First notice. En W. D. Whitney, *Oriental and linguistic studies, 1: The Veda, the Avesta, the science of language* (pp. 239-262). New York: Scribner, Armstrong and Co. Recuperado de <http://dbooks.bodleian.ox.ac.uk/books/PDFs/N13428351.pdf>
- Wiblé, E. (1948). Maurice Grammont: 1866 - 1946. *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 7, 45-46. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27757945>

- Wils, J. (1949). *In memoriam*: Jacques van Ginneken (21 april 1877–20 october 1945). *Lingua*, 1, 133-139. Reproducido en T. A. Sebeok (Ed.), *Portraits of linguists: A biographical source book for the history of western linguistics, 1746-1963. Volume Two* (pp. 447-454). Bloomington: Indiana University Press. Recuperado de <https://publish.iupress.indiana.edu/read/untitled-82cf7470-9317-4434-915b-f0f25f3620fe/section/666f7056-ea6a-4d5e-baa9-59726850320f#chr32>
- Windelband, W. (1980). Rectorial address, Strasbourg, 1894. *History and Theory*, 19 (2), 169-185. DOI: <https://doi.org/10.2307/2504798>
- Worms, R. (1893a). La sociologie. *Revue Internationale de Sociologie*, 1, 3-16. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k442583r>
- Worms, R. (1893b). Sur la définition de la sociologie. *Revue Internationale de Sociologie*, 1, 173-177. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k442583r>
- Wright, J. (1906). *A Old High German primer*. Oxford: Clarendon Press. Recuperado de <https://archive.org/details/oldhighgermanpri00wrigala>
- Xenopol, A. (1908). *La théorie de l'histoire* (2.^a ed.). Paris: Ernest Leroux. Recuperado de <http://archive.org/details/xenopoltheorie00xeno>
- Zsirai, M. (1951). Samuel Gyarmathi, hungarian pioneer of comparative linguistics. *Acta Linguistica Academiae Scientiarum Hungaricae*, 1 (1), 5-17. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/44309995>
- Zuckermann, H. y Merton, R. K. (1972). Age, aging, and age structure in science. En M. W. Riley, M. Johnson y A. Foner (Eds.), *Aging and society. Volume three: A sociology of age stratification* (pp. 292-356).

New York: Russell Sage Foundation. Recuperado de
<https://archive.org/details/agingsociety0003unse>

Županov, I. (2008). Coeurdoux, Gaston-Laurent. En F. Pouillon (Ed.),
Dictionnaires des orientalistes de langue française (pp. 227-228). Paris:
Karthala.

